
UC-NRLF
$B 291 843
BIBLIOTECA
CLÁSICA.


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT
LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

OBRAS COMPLETAS DE HORACIO

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CCXXIV

OBRAS COMPLETAS

DE

HORACIO

TRADUCIDAS Y ANOTADAS POR

DON GERMÁN SALINAS

TOMO II

SÁTIRAS Y EPÍSTOLAS

TURMO Y SULPICIA

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1909

Madrid.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

SÁTIRAS Y EPÍSTOLAS DE HORACIO

SÁTIRAS

LIBRO PRIMERO

I

¿En qué consiste, Mecenas, que nadie está contento con la suerte que le depara el acaso ó la propia elección, y todos envidian la del prójimo? «¡Felices los mercaderes!», grita el soldado veterano ya agobiado por los achaques, y al contrario el mercader, si la tempestad azota su nave, exclama: «¡Cuánto mejor es la milicia!; allí al menos se combate, y en un abrir y cerrar de ojos nos sorprende la muerte repentina ó la alegre victoria.» El abogado envidia la suerte del labriego litigante que al cantar el gallo golpea su puerta, y el labriego que, por haber salido fiador, se traslada del campo á la ciudad, sostiene que sólo en ésta se vive una existencia regalada.

Tan continuas quejas serían capaces de rendir al charlatán Fabio; mas para no ser prolijo quiero que sepas adónde voy á parar. Si un dios les

dijese: «Colmaré vuestros votos: tú, soldado, serás mercader; tú, jurisconsulto, labriego. Ea, pronto, cambiad vuestros respectivos papeles. ¿Qué os detiene?», todos se negarían, dejando escapar la dicha de sus manos. ¿Y osarán quejarse cuando Jove se les muestre colérico, y cierre los oídos insensibles á sus ruegos?

Me cuidaré de tomarlo á risa y chirigota, aunque nadie puede impedirme que diga la verdad en tono chancero, como esos maestros indulgentes que regalan bollos á los niños para que estudien mejor sus lecciones; mas ahora, bromas aparte, hablemos seriamente.

El soldado, el pérfido mesonero, el audaz navegante que cruza los mares, dicen que sufren sus rudos trabajos con el fin de allegar recursos que les aseguren una vejez tranquila, y citan el ejemplo de la pequeña y afanosa hormiga, que acarrea á su troje el grano sin descanso hasta hacinar un montón: tan cauta y previsora le han hecho las contingencias del porvenir. Cierto; mas así que las lluvias de enero entristecen el tiempo, ya no sale de su escondite, y como advertida gasta las provisiones que antes recogiera; mientras á ti ni el sol canicular, ni el frío del invierno, ni el mar, ni la guerra, ni el fuego, logran apartarte de los negocios, siempre temeroso de que un rival te aventaje en riquezas. ¿De qué te sirven los montones de oro y plata que escondes secretamente en las entrañas de la tierra? Si metes la mano en ellos te juzgas arruinado, y si

no has de gastarlos, ¿qué valen los tesoros escondidos? Que se trillen en tu era cien mil modios de trigo, no por eso comerás más pan que yo; y aunque cargues al hombro la cesta llena, tampoco recibirás mayor parte que el esclavo que nada llevó.

Respóndeme: al que vive conforme á la naturaleza, ¿qué le importa arar cien ó mil yugadas de tierra? Dices que es delicioso sacar de un gran montón. Enhorabuena; pero si me permites tomar otro tanto de uno pequeño, no veo por qué haya de preferir á mis sacos tus graneros atestados.

Tal vez no necesitas más que un cántaro ó un vaso de agua, y corres á tomarla del río caudaloso, menospreciando la vecina fuentecilla. ¿Y qué te sucede? Que por tu amor insensato á la abundancia destruye el Ofunto la margen que pisas, y te arrastra al mar en su carrera, mientras el que vive satisfecho con sólo lo necesario, ni bebe el agua enturbiada por el fango, ni pierde la vida en las ondas impetuosas.

El vulgo, seducido por los engaños de la codicia, razona así: «Nunca se posee bastante; cuanto tienes, tanto vales.» ¿Qué responderles? Dejémosles ser desgraciados, ya que lo son por su gusto.

Había en Atenas un rico avariento que refunfuñaba entre dientes, sordo á las murmuraciones del pueblo: «La gente me silba, es verdad; pero yo me aplaudo al entrar en mi casa y contemplar el dinero que guardo en el arca.» Tántalo

muere de sed en medio de las ondas que huyen de sus labios. ¿Te ríes? Pues muda el nombre y aplícate la fábula.

Duermes con inquietud sobre tus talegos llenos, y los miras con el respeto que á las cosas sagradas, ó te extasías con ellos como si fuesen hermosas pinturas. ¿Sabes tú lo que vale el oro y cuál es su mejor empleo? Con él se compra el pan, el vino, las legumbres y aquellas cosas cuya falta nos causa la mayor tristeza; mas vigilar día y noche sobresaltado, temer los incendios, los ladrones y los siervos que maquinan fugarse con el caudal, me divierte tan poco que deseo ser pobrísimo de bienes semejantes.

Si tu cuerpo adolece con los escalofríos del pasmo ó caes en el lecho por cualquier otra dolencia, con el dinero tienes quien te asista, compre las medicinas y llame al médico que procure tu alivio y te devuelva sano y salvo á tus tiernos hijos y queridos parientes. ¡Qué error! Ni á tus hijos ni á tu esposa les importa un bledo tu salud. Vecinos, criados y criadas, todos te aborrecen. ¿Te asombra ser el blanco del odio general cuando tú lo pospones todo al interés?

Pretendes, sin ningún sacrificio de tu parte, conservar el afecto de tus amigos y el amor de los parientes que la Naturaleza unió contigo por los lazos de la sangre, y pierdes tan lastimosamente el tiempo como si te empeñaras en que el asno obedeciese al freno, como el caballo en el campo de Marte.

Cesa de acumular, y no temas la pobreza nadando, como nadas, en la abundancia. Acaben tus angustias, ya que tienes lo que apetecías.

No hagas lo que aquel Umidio, el cuento es breve, tan rico que apaleaba el oro, y tan tacaño que vestía peor que su siervo. Vivió temiendo siempre morir en la miseria, hasta que le partió la cabeza en dos mitades una liberta no menos valerosa que las hijas de Tindaro.

«En fin, ¿qué me aconsejas, que viva al modo de Nevio ó de Nomentano?» Siempre por los extremos. Al reprender la avaricia no te autorizo á convertirte en un disipador y libertino. Se parecen muy poco Tánais y el suegro de Viselo. En todo hay su justo medio y límites prescritos: más acá ó más allá es imposible el acierto.

Vuelvo á mi punto de partida. Que nadie, como el avaro, se consuma de envidia por la fortuna del vecino, ni se entristezca porque las cabras le rindan más abundancia de leche, sino que se compare con la turba de los más necesitados, y ceje en la pretensión de exceder las rentas de éste y aquél, pues por mucho que se afane, siempre encontrará quien le venza en la contienda.

Cuando los bridones precipitan los carros en la arena, el auriga se esfuerza en ganar la mano á los que llevan la delantera, despreciando á los que se quedan atrás. De aquí que sea tan raro un hombre verdaderamente feliz, y que salga de la vida satisfecho como el convidado que sale harto de un banquete.

Pero basta, no quiero añadir una palabra; no vayas á imaginarte que he metido á saco las papeleras del legañoso Crispino.

II

Toda la ruin caterva de parásitos, flautistas, charlatanes, cómicos y danzantes anda mustia y cariacontecida por la muerte del cantor Tigelio, prototipo de liberalidad. Al revés, hay sujeto que por no ser tildado de pródigo, es capaz de negar á su menesteroso amigo un socorro insignificante que le liberte del frío y el hambre.

Si preguntas al primero por qué razón malbarata la hacienda de sus padres y abuelos en continuas francachelas, y contrae deudas enormes comprando manjares exquisitos, te responderá muy fresco que no quiere pasar plaza de sórdido y tacaño; unos le alaban y otros le motejan.

Fufidio, rico en haciendas y dineros puestos á rédito, teme que le tengan por un alocado disipador, y hace sudar al capital el ciento por ciento, prestando á los jóvenes novicios que acaban de vestir la toga viril y tienen padres duros de corazón. Cuanto más perdido está un infeliz, con mayor ensañamiento precipita su ruina.

Alguien que me oiga acaso exclame: «¡Oh sumo Júpiter! Por lo menos gastará al tenor de sus rentas.» ¡Qué disparate! Se trata como si fuera su propio enemigo. Aquel padre de la comedia de Terencio, que vivió miserablemente por haber

dado motivo á la escapatoria de su hijo, no se atormentaba con la furia de tal tacaño.

Si se me pregunta que adónde voy á parar, responderé con esta sentencia: los locos, al huir de un vicio, caen en el extremo opuesto. Maltino en sus paseos arrastra la túnica, habiendo quien tiene á gala llevarla recogida sin pudor casi hasta la cintura. Rutilo apesta con sus perfumes y Gorgonio huele á chotuno. Nadie se pone en lo justo. Quién se dedica á las matronas que cubren sus pies con la vesta guarnecida de púrpura, y quién anda perdido por las meretrices de la nauseabunda mancebía.

El severo Catón dijo muy sabiamente á una persona conocida que salía del lupanar: «No te avergüences; si el brutal apetito te enciende la sangre, mejor es que vengas á este sitio que no dedicarte á corromper las mujeres honradas.»

«No envidio yo tales elogios», responde Cupieno, apasionado por las damas de alta alcurnia. Pues vale la pena de que sepáis los amigos del adulterio cuántos trabajos os aguardan, y cuántas amarguras envenenan los placeres que gozáis rara vez á costa de crueles peligros. Uno tuvo que arrojarse por la ventana, otro fué azotado hasta quedar medio muerto, éste en su fuga cayó en manos de ladrones, aquél salvó la vida entregando la bolsa, los criados abusaron torpemente de alguno, y no faltó desdichado á quien castraron sin compasión: todos aplaudían, menos Galba, que reprobaba.

¡Cuánto menos expuestos son los lances con la clase de las libertinas! Salustio enloquece por ellas, como el adúltero por las mujeres de noble estirpe. Si la razón y prudencia enfrenasen su conducta, y por parecer liberal no cayera en la disipación, socorrería sin vilipendio ni mengua de su fortuna las verdaderas necesidades, y sería bienquisto de todos; pero se jacta continuamente de que no desea ni quiere nada con las matronas, como aquel Marseo, amante de la cómica Origo, que acabó su casa y patrimonio diciendo que no se le hablase de mujeres casadas, y andaba metido entre cómicas y rameras, con gran detrimento de su fama y mayor de su caudal.

Lo que se ha de evitar no es la calidad de la persona, sino los hechos reprensibles. Siempre será un daño gravísimo perder la reputación ó destruir la hacienda, sea con una matrona ó con una pobre esclava.

Vilio, cegado por el esplendor de un nombre ilustre, pretendió seducir á Fausta, hija de Sila, y pagó su loco atrevimiento viéndose arrojado de la casa con el cuerpo lleno de heridas y contusiones, mientras Longareno se holgaba con ella á su sabor. Si el ánimo de Vilio, abatido por los males que le ocasionó su imprudencia, se dijese á sí mismo: «¿Qué quieres? ¿Cuando el apetito me enciende, te pido una mujer de linaje consular envuelta en la estola rozagante?» ¿Qué respondería? «¡Era tan ilustre la estirpe de la joven!»

La Naturaleza, rica en bienes, nos da muy distintos y mejores consejos. Si quieres proceder con rectitud, no confundas lo que se debe evitar y lo que puede ser apetecido, ni achaques á imperfección de las cosas los males que te sobrevienen por tu propia culpa. Ea, deja en paz á las matronas, cuyo trato acarrea mayores disgustos que placeres.

Aunque se presente cubierta de perlas y esmeraldas, visión que tanto te deslumbra, ¡oh Cerinto!, no vayas á creer que tiene la rodilla más derecha, ni la pierna mejor conformada; muchas veces esas partes son más lindas en la mujer cortesana, que lleva la ventaja de ofrecer su mercancía sin afeites postizos, muestra á la luz lo que vende, expone á la vista sus gracias sin encarecerlas, y tampoco se cuida de ocultar lo que tenga defectuoso.

Los grandes señores, al comprar un caballo, suelen registrarlo minuciosamente, y no los engaña una arrogante presencia sostenida por débiles piernas, que el comprador sagaz no se paga sólo de los cuartos hermosos, la cabeza chica y la cerviz enhiesta.

Eso es obrar con cordura. No tengas los ojos perspicaces de Linceo para ver los encantos, siendo tan ciego como Hipsea para descubrir las macas. «¡Oh, qué piernas, qué brazos torneados!» Pero también qué nariz tan picuda, qué talle tan sin garbo, qué caderas tan escuetas y qué pies tan disformes. En la matrona nunca logras ver

más que la cara; lo restante lo cubre la ropa, menos en la impúdica Catia.

Si te empeñas en coger, ya que esa es tu inclinación, los frutos del cercado ajeno, innumerables obstáculos te lo impiden. La litera, los guardianes, los peluqueros y los parásitos; la estola caída hasta los pies, el manto en que se reboza y otros mil estorbos, no te la dejan ver al natural. En la cortesana, al revés, la gasa transparente de Cos la descubre como si estuviese desnuda, sin ocultar ni el lindo pie ni el hermoso muslo, y pudiendo medirle el talle con tus propios ojos; mas tú, por lo visto, prefieres ser engañado y aflojas la bolsa antes de conocer la mercancía.

«Persigue la liebre el cazador en el monte cubierto de nieve, y si se la dan guisada en el plato se niega á probarla.» Canta y prosigue: «Mi pasión es semejante á la del cazador: desdeña lo fácil y busca lo dificultoso». ¿Y con estas cantinelas esperas arrancar del pecho los graves cuidados y apagar el ardor de tu sangre? Es muy útil conocer el límite que la Naturaleza puso á nuestros deseos, y aquello que negado puede ó no sufrirse sin dolor, distinguiendo lo superfluo de lo estrictamente necesario.

Cuando la sed aflija tu gargarta, ¿pedirás una copa de oro donde beber? Si padeces hambre, ¿mandas que te sirvan el pavo ó el rodaballo?

Si el apetito te inflama y tienes á tu disposición una criada ó un esclavo jovencito con quien holgarte, ¿perderás la ocasión, consumiéndote en tu

propia llama? No soy de tu parecer. Me gustan los devaneos fáciles y baratos. La que me dice: «Aguarda un poco, el pago adelantado, cuando salga mi marido», que carguen con ella, como grita Filodemo, los sacerdotes de Cibeles. La que no regatea el precio y se da prisa si la mandan venir, y llega esbelta, limpia y arrogante, sin la pretensión de aparecer más blanca de lo que es en realidad, ésa sí que me seduce. Cuando estoy á su lado, la llamo Ilia ó Egeria ó cualquier otro nombre delicioso. No temo, al estrecharla en mis brazos, que el marido vuelva del campo, que llamen á la puerta, que el perro ladre, que la casa se hunda con estrépito, que la infiel, pálida y azorada, salte del lecho, que la confidenta grite, ¡infeliz de mí!, y que la una tema los golpes, la otra perder su dote, y yo sacar el pellejo agujereado y salir con la túnica suelta y los pies descalzos, para salvar la bolsa, las costillas ó la fama comprometida. Es una desdicha caer en el lazo, y si no que lo diga Fabio.

III

Todos los cantores tienen la misma manía, se niegan obstinados á cantar, si se les ruega en un círculo de amigos, y cuando nadie los insta acaban por hacerse insufribles con sus cánticos. El sardo Tigelio dió en esta gracia; aunque el mismo César, que podía obligarle, se lo rogase por su amistad y la de su padre, no conseguía su propó-

sito; pero metiéndosele en la cabeza, no cesaba de tararear la canción de Baco, ya en el tono más agudo, ya en el más grave del tetracordio, desde el principio hasta los postres del banquete. No hubo nunca hombre tan extravagante. Unas veces corría como si le persiguiera su enemigo, otras caminaba con paso solemne como si llevase las canastillas de Juno; ya se acompañaba con una escolta de doscientos esclavos, ya con otra de diez; ora hablaba enfáticamente de reyes y poderosos, ora decía no apetecer más que la humilde mesa de tres pies, una concha por salero y una toga de lana basta que le resguardase del frío. Si alguien hubiese dado un millón de sestercios á este insensato, que juraba vivir satisfecho con poco, antes de acabar la semana lo encontraría con la bolsa completamente exhausta. Pasaba las noches de claro en claro hasta el amanecer, y los días durmiendo como un lirón; en fin, que no se ha conocido carácter más excéntrico. «¿Y tú no tienes tus faltas?» Sí que las tengo, y puede que mayores.

Desollaba Menio al ausente Novio, y cierta persona le dijo: «Ó no te conoces, ó piensas que no te conocemos; pues tratas de confundirnos con tu garrulería.» Menio responde: «Yo me perdono á mí mismo.» ¡Cuán vituperable tu fatua y estúpida indulgencia! Tus ojos enfermos son muy torpes para descubrir tus macas, pero más perspicaces que los del águila ó la serpiente de Epidauro para ver las de tus amigos, que á la vez

sacan con igual ensañamiento tus vicios á colación.

Fulano es colérico y poco dispuesto á sufrir las cuchufletas de los burlones; con la toga suelta, el pelo mal cortado y los zapatos que se le caen de los pies, provoca la hilaridad; pero es tu amigo, es bueno como el mejor, y encubre un gran talento bajo toscas apariencias. Examinándote á ti mismo, verás que de antiguo te dominan también los vicios, hijos de tu temperamento especial ó de tus malas costumbres, como los abrojos que el fuego ha de consumir en los campos abandonados.

Á todas horas notamos que el amante verdadero jamás ve los defectos de su amiga, y muchas veces hasta le producen deleite, como Balbino se recreaba con el pólipo de Agna. ¡Ojalá errásemos del mismo modo en la amistad, y diese la virtud un nombre hermoso á este error!

Debemos ser tan indulgentes con las faltas del prójimo como el padre con las de sus hijos; éste, si tiene un chico bisojo, dice que tuerce algo la vista; si es un enano, tan menudo como el aborto de Sísifo, le llama su pimpollo; si anda con las piernas torcidas, lo encuentra estevado, y poco derecho si se tambalea sobre los talones.

Del que vive con estrechez, digamos que es económico; del vano y jactancioso, que quiere ser agradable á sus amigos; del rudo y libre de lengua, que es franco y enérgico; del arrebatado, que tiene un gran corazón. Es la única conducta

capaz de hacer y conservar los amigos, pero nosotros ponemos tachas en las mismas virtudes, empañando el cristal transparente del vaso.

Conocemos á un vecino honrado, y como sea algo apático, decimos que es insufrible su pesadez; al que, viviendo en un mundo lleno de envidias y capaz de los mayores crímenes, sabe hurtar el cuerpo á las asechanzas que se le ponen, en vez de tenerle por cauto y precavido, le llamamos solapado y astuto, y si algún inocente, como lo hice yo contigo no pocas veces, ¡oh Mecenas!, viene con su charla importuna á interrumpir nuestros estudios ó meditaciones, decimos que es un mentecato que carece de sentido común: así tan de ligero decretamos leyes rigurosas contra nosotros mismos, puesto que ninguno está libre de defectos, y aquél es el mejor, que tiene menos.

El amigo tolerante y como debe ser, cuando pesa mis tachas y mis prendas, á poco que éstas aventajen á las otras, se inclinará á mi favor, si precia en algo mi amistad, y yo le pagaré en la misma moneda. Quien pretenda ocultar la viga en sus ojos, no vea la paja en los de su amigo, que es de justicia otorgue á los demás la clemencia que para sí demanda, y ya que sea imposible arrancar del alma la cólera y las bajas pasiones, gracias á nuestra insensatez, que la razón pese con fiel balanza los pecados, y los castigue según su mayor ó menor gravedad.

Si un amo crucifica á su esclavo porque al vol-

ver el plato á la cocina se comió un trozo de pescado ó probó la salsa todavía caliente, ¿no será tenido entre los cuerdos por más loco que Labeón?

¡Cuánto más loco y vituperable tu proceder! Un amigo comete contra ti una falta insignificante; se la guardas, cobrando fama de cruel y rencoroso, y lo aborreces y evitas su encuentro, como el deudor de Busón, que con la cabeza baja, como si fuese un esclavo, tiene que escuchar sus atroces improperios, porque el primer día del mes no pudo satisfacer los réditos de su deuda.

Uno de los comensales ha manchado de vino el reclinatorio del festín, ha hecho trizas la fuente que cinceló el gran Evandro, ó se ha engullido famélico el pollo que destinaba para mí. ¿Por estas bagatelas he de negarle mi franca amistad? Pues entonces, ¿qué haría si me robase, me negase la palabra dada ó divulgase mis secretos?

Nunca han logrado convencerme de la bondad de sus razones los que sostienen que todas las faltas son casi iguales; lo repugnan el buen sentido, la moral y hasta la misma utilidad, que es como la madre de lo justo y razonable.

Cuando los hombres primitivos, mudos todavía y deformes, comenzaron á deslizarse por la haz de la tierra, disputábanse la bellota y la cueva que les guareciera con las uñas y las manos primero, después con garrotes, y por último con las armas que su industria inventó, hasta que

dieron vida á la palabra y nombres á los objetos. Cesó entonces la guerra encarnizada, cercáronse los pueblos de murallas, y decretáronse leyes que reprimiesen á salteadores, ladrones y adúlteros; pues antes de nacer Helena la lujuria fué causa frecuentísima de guerras exterminadoras, donde sucumbían con muerte obscura los combatientes, que á modo de fieras se lanzaban á la conquista de una mujer. Vencía siempre el más fuerte, como el toro en el rebaño.

Preciso es reconocer que el miedo á la injusticia ha creado las leyes; así lo proclaman la experiencia de los hechos y los siglos pasados. La naturaleza no alcanza á distinguir lo justo de lo injusto, con la evidencia que distingue el placer del dolor, lo que se debe evitar y lo que debe apetecerse. No alcanza la razón á persuadirme de que comete igual delito el que destroza las coles del huerto ajeno, que el ladrón nocturno que saquea las estatuas de los dioses. Ha de haber una ley que castigue con penas diferentes la diversidad de los delitos, pues sería cosa atroz desgarrar con el látigo las carnes del que sólo mereciese un palmetazo. Mas no espero de ti que corrijas con la férula al que merece una tanda de azotes, cuando te oigo gritar que si te invistieran del supremo mando castigarías con el mismo rigor los hurtos que los latrocinios, los yerros leves que los crímenes espantosos.

Si el sabio es rico y hábil zapatero, y hermoso por ende y hasta rey, ¿á qué deseas lo que tienes?

Me contestas que no he penetrado bien la doctrina del maestro Crisipo. «El sabio no cose, en verdad, zapatos ni abarcas; pero si es sabio, es buen zapatero. ¿De qué modo? Como Hermógenes, que hasta cuando calla es cantor admirable; como el taimado Alfeno era barbero aun después de cerrar la tienda y abandonar las navajas; así el sabio es excelente maestro de todas las artes y verdadero rey.» Sin embargo, rey poderoso de los reyes, los mozalbetes procaces te tiran de la barba, y si no los ahuyentas con el garrote, á pesar de tus gritos y amenazas te perseguirán con sus rechiflas por doquiera; y, en fin, mientras tú con humos de rey corres á bañarte por un as, sin otro cortejo que el imbécil Crispino, mis complacientes amigos perdonan los errores de mi inadvertencia, yo tengo la misma tolerancia con los suyos, y soy más feliz en mi retiro que tú con tu corona.

IV

Eupolis, Cratino, Aristófanes y otros representantes de la comedia antigua, al tropezarse un bellaco digno de la sátira, un ladrón, un adúltero, un salteador ó infame de vil ralea, lo fustigaban con la mayor libertad. Siguió sus pasos, imitándolos en versos de diferente especie y medida, Lucilio, poeta ingenioso y maligno, aunque duro y desaliñado, por la fatal manía de componer en un periquete doscientos versos ó más, como

prueba de su pasmosa facilidad; así que sus raudales fluyen con bastante lodo que debe ser limpiado; aparece prolijo y poco dispuesto á consumir gran esfuerzo y largas horas en la faena de escribir, de escribir bien se entiende, que de escribir mucho, eso no me atrevo á negarlo.

Mirad á Crispino que me provoca con el dedo: «Si te atreves, me dice, coge las tablillas, señalemos hora, sitio y testigos, y veamos quién muestra mayor fecundidad.» ¡Qué bien hicieron los dioses dándome un ánimo corto, pusilánime y de pocas palabras! En cambio tú pretendes imitar al aire encerrado en los fuelles, que sopla y sopla hasta que la llama consiga ablandar el hierro.

¡Qué feliz es Fanio! Sus libros y su retrato merecen los honores de la biblioteca, mientras nadie lee mis escritos, que temo recitar en público, por la sencilla razón de que hay muchos enemigos de la sátira, por lo mismo que hay muchos dignos de ser satirizados.

Escoge á un cualquiera de la turbamulta, y le verás roído por la envidia ó trastornado por la ambición. Éste enloquece por las mujeres casadas, aquél por los mancebos, el de más allá se extasía con una alhaja de plata, y Albio queda estupefacto ante un bronce artístico. El mercader, atento á su negocio, navega desde las playas orientales á las tierras donde el sol se pone, y vese arrebatado á través de mil peligros, como el polvo que arrastra el torbellino; tanto es su

miedo de perder el capital ó no acrecentarlo con nuevas ganancias. Todos éstos odian los versos y á sus autores.

«Huye que embiste, como si llevase haces de paja en los cuernos, y en su propensión á la burla no perdona las faltas de su mejor amigo, y las agudezas que á su costa acaba de escribir, procura que sean conocidas por los mozalbetes y las mujerzuelas que vuelven del horno á la fuente.» Oye lo que te respondo. Primeramente me elimino del número de aquellos á quienes se concede el título de poetas, pues no basta componer versos para conquistarlo, y al que escribe como yo, en lenguaje casi prosaico, no se le ha de estimar como verdadero poeta. Sólo al que está dotado de ingenio agudo, de espíritu divino y de labios que profieran sublimes acentos, se le debe nombre tan honorífico.

Por eso algunos disputan si la comedia merece el título de poema, porque ni en las voces ni en las ideas revela gran nervio y entusiasmo; tanto, que si no fuese por el metro, su lenguaje parecería el mismo de la prosa. Un padre se encoleriza contra su hijo disoluto, que por las gracias de una meretriz rehusa enlazarse con una joven opulenta, y para colmo de vergüenza, recorre embriagado la ciudad antes de obscurecer, precedido de blandones. ¿No oiría Pomponio iguales reprimendas en vida de su padre? Luego no basta escribir versos limpios y castizos, si al romper su medida vemos que cualquiera se

explica del modo que el fingido padre de la comedia.

En las sátiras que yo escribo ahora, en las que compuso Lucilio antiguamente, al quitar el tiempo y la medida, y trastornar el orden de los vocablos, poniendo al principio los últimos, no se encuentra lo que en estos versos, aunque los deshagas:

Después que la discordia rencorosa
Rompió la puerta y quicios de la guerra...

Aquí aun se ven los miembros despedazados del poeta. Y basta por hoy. En otra ocasión discutiremos si estas composiciones merecen el dictado de poemas; ahora veamos si es ó no justo el odio que profesas á la sátira.

El colérico Sulcio y el ronco Caprio han sido con sus libelos el terror de los ladrones; pero el que vive honradamente y tiene limpias las manos se burla por igual del uno y del otro. Y aunque fueses tú más ladrón que Celio ó Birro, ¿á qué temerme, no pareciéndome en nada á Caprio ni á Sulcio? Ninguna librería, ningún anaquel expuso á la venta mis sátiras, y ni el vulgo de los lectores, ni Hermógenes Tigelio, las estropean con sus manos sudorosas. No las recito á todos ni en todo lugar, sino sólo á mis íntimos, y eso cuando me obligan. Muchos se recrean leyendo sus versos en el foro ó los baños públicos, porque en local cerrado la voz adquiere más grata resonancia, sin considerar en su estolidez si es

á propósito el sitio ó la ocasión. Dices que me gusta morder, y que mis versos son harto malignos; ¿y esto quién te lo ha dicho? ¿Acaso alguno de aquellos con quienes vivo en buena amistad? El que difama al amigo ausente, el que no le defiende si le acusan, el que se deleita en provocar la risa á su costa por echársela de chistoso, el que finge lo que no ha visto, el que no sabe guardar un secreto, ése es el malvado de quien debe huir todo el mundo.

Siempre que en los tres lechos del convite veas cenar á doce personas, encontrarás algún belitre que se regodea burlándose de sus adláteres, excepto del anfitrión, y ni aun á éste respeta cuando el vino le desata la lengua y descubre los rincones de su pecho. Tú, enemigo de los ruines, llamas comedido, franco y amable á tal burlón, y á mí, porque suelto la carcajada y digo que el imbécil Rutilo apesta con sus perfumes y Gorgonio con su hediondez, me calificas de envidioso y mordaz.

Si alguien relata los hurtos de Petilio Capitolino en tu presencia, le defiendes como tienes por costumbre. «Capitolino es mi compadre y amigo desde la infancia, Capitolino me ha prestado grandes servicios, y celebro que viva en Roma con entera libertad, aunque me admira cómo pudo salir tan bien librado de aquel proceso.» Esto sí que es tener vil intención y diente venenoso, lo que nadie verá en mis escritos, y todavía menos en mi corazón, y ésta es la pro-

mesa que hago más seguro de cumplirla. Si hablo con libertad y gracejo de ciertas personas, estoy en mi derecho y merezco tu indulgencia.

Mi buen padre me infundió horror al vicio con oportunos ejemplos. Cuando me exhortaba á vivir sobria y ordenadamente, y satisfecho con la herencia que había de legarme: «¿No ves, me decía, lo que pasa al hijo de Albio y al arruinado Baro?» Gran documento para los que derrochan la hacienda paterna. Si quería apartarme de la torpe inclinación á las rameras: «¡Oh, no te parezcas á Sectano!» Y para que huyese de las matronas, prefiriendo saborear deleites menos peligrosos, me traía á cuento la infame reputación de Trebonio cogido infraganti. «El sabio te demostrará con argumentos la bondad ó malicia de los actos; yo sólo aspiro á inculcarte las costumbres sanas de nuestros abuelos, y conservar tu vida y tu fama libres de riesgos mientras necesites maestros. Cuando la edad robustezca tus miembros y aumente tus bríos, entonces nadarás sin corchos.» Con tales consejos instruía mi niñez; y si me ordenaba obrar de un modo, poníame por ejemplo que me persuadiese el de algún conspicuo personaje. Si me vedaba otras acciones: «¿Dudarás que sea afrentoso y dañino, viendo cómo éste y aquél y el de más allá han perdido por ello su reputación?»

Como la muerte de un gastrónomo llena de terror á las víctimas de la gula, y el miedo de tener el mismo desastroso fin les fuerza á corre-

girse, así el oprobio de los demás aparta á la tierna juventud de los hechos reprensibles, y así logré conservarme limpio de maldades, ya que no de leves faltas dignas de tu perdón. Acaso con la edad desaparezcan de raíz, gracias al consejo propio ó á la advertencia de un amigo leal.

Cuando estoy en la cama ó paseo en los pórticos discurro y me digo para mis adentros: «Esto es lo más acertado; obrando así viviré feliz y seré grato á mis amigos; mal hizo en esto Fulano, y yo sería un imprudente si le imitase.» Tales son las reflexiones que me hago sin desplegar los labios, y si me sobra tiempo lo empleo en escribir, que es una de mis principales manías; como no me la dispenses, ¡ay de ti!, vendrá en auxilio mío la turbamulta de poetas, más numerosa de lo que imaginas, y como sectarios judíos te obligaremos, quieras que no, á alistarte en nuestras filas.

V

Salí de Roma; y Aricia me acogió con su modesto hospedaje, acompañado del retórico Heliodoro, doctísimo en la lengua helénica. De Aricia pasamos al foro Apio, donde hormiguean por todas partes marinos y bellacos mesoneros. Este camino lo hicimos en dos jornadas; los más diligentes lo recorren en una, pero la vía Apia parece menos fatigosa á los que viajan sin precipitación.

Aquí el agua, que era detestable, declaró la guerra á mi vientre, y amostazado por la dieta forzosa, tuve que aguardar á que cenasen mis compañeros. Ya la noche comenzaba á tender sus sombras sobre la tierra y cubrir el cielo de estrellas, cuando comienzan á levantar camorras los mozos con los marineros y los marineros con los mozos. «Sube aquí; tú quieres acomodar trescientos; ya tienes bastante.» Mientras se cobra el pasaje y enganchan la mula, pasa una hora larga; los mosquitos y las ranas del estanque no me dejan dormir. El botero, con el mosto que lleva en la cabeza, canta á su amada ausente, y el peatón le acompaña en sus canciones hasta dormirse rendido de cansancio; aquél ata la amarra á una piedra, deja á la mula pacer en el campo, y se tiende á roncar.

Ya había amanecido, y observando que el bote no se movía, un mala cabeza salta á la orilla y la emprende á palos con la mula y el patrón; por fin desembarcamos á las diez de la mañana y pudimos lavar, ¡oh Feronia!, nuestras manos y cara en tus linfas cristalinas. Después de comer subimos tres millas cuesta arriba, y llegamos á Anxur, situado sobre unas rocas que resplandecen de lejos con su blancura. Aquí debían acudir Mecenas y el insigne Coceyo, hábil en componer rotas amistades, como legados para tratar importantísimos asuntos, y aquí me entretuve en curarme los ojos enfermos con un negro colirio, hasta que llegó Mecenas con Coceyo y junta-

mente Fonteyo Capitón, hombre cabal si los hay y muy entrañable amigo de Marco Antonio.

Dejamos con gusto á Fundi y su pretor Aufidio Lusco, riéndonos á carcajada suelta de aquel escribano que no dejaba un momento la pretexta, la laticlavia ni el braserillo encendido, y muy cansados hicimos noche en la ciudad de Mamurra, donde Murena nos alojó en su casa y Capitón nos ofreció su cocina.

El día siguiente fué para nosotros agradabilísimo, pues encontramos en Sinuesa á Plocio Vario y Virgilio, almas las más nobles que existen en la tierra, y de las que soy admirador entusiasta. ¡Qué abrazos, qué alegría! Mientras conserve sana la razón, nada estimaré tanto como un buen amigo.

El caserío que está junto al puente Campano nos guareció bajo techo, y los comisarios nos dieron la sal y la leña obligadas. De aquí á corta distancia los mulos dejan sus cargas en Capua. Mecenas se puso á jugar á la pelota, y Virgilio y yo nos echamos á dormir, que este juego no es para los que adolecen del vientre ó los ojos. Luego arribamos á la espléndida quinta de Coceyo, situada algo más lejos de las hospederías de Candio.

Musa, permíteme relatar en pocos versos la contienda del bufón Sarmento y Mesio Cicerro, escudriñar la casta de estos tunos y el motivo de su camorra. Mesio es oriundo de la noble tierra de los oscos, y aun vive la nodriza de Sarmento;

fieros con su prosapia, acuden al campo. Sarmento comienza por decir á su rival: «Me pareces un potro salvaje.» Soltamos la carcajada, y Mesio le contesta meneando la cabeza: «Acepto el desafío.» — «¡Oh! ¡Cómo acometerías si no te hubiesen arrancado aquel cuerno de la frente, cuando aun mutilado amenazas así!» (en efecto, mostraba una enorme cicatriz á la izquierda de la vellosa frente), y prosiguió burlándose de su extraña cara, de la enfermedad de Campania y hasta le rogó que bailara la danza del Cíclope, ya que no necesitaba para ello máscara ni coturno. Cicerro le devolvió sus dicterios con creces, preguntándole si había ofrecido su cadena á los Lares, si pensaba que por haberse hecho escribano había caducado el derecho de su ama, y cuál era el motivo de su fuga cuando una libra de harina bastaba para mantener á un hombrecillo tan enteco. Vamos, que se prolongó nuestra cena en medio de la mayor diversión, y á la hora del alba emprendimos la marcha á Benevento, donde el huésped, solícito, estuvo á punto de abrasarse al poner unos tordos héticos al fuego, pues la llama se extendió por la vieja cocina, amenazando quemar las altas vigas del techo. Fué de ver entonces á los convidados famélicos y á los siervos llenos de temor, cómo acudían á salvar la cena y á extinguir el incendio.

Desde este lugar la Apulia nos descubrió sus montes, bien conocidos, que el viento Atábulo abrasa, y por los cuales no hubiéramos trepado

á no descansar breve tiempo en la vecina granja de Tribico, haciéndonos llorar á lágrima viva el humo de la chimenea donde se quemaban hojas y ramaje muy verdes. Allí, como un mentecato, estuve aguardando á una moza embustera hasta la una de la noche. El sueño venció al cabo mis sentidos embargados por Venus, y pesadillas que no son para contar mancharon mi vientre y mis vestidos de dormir. Al otro día los carruajes recorrieron veinticuatro millas, y llegamos á un pueblo cuyo nombre no cabe en mis versos, aunque fácil por las señas de ser reconocido. Aquí el agua va tan escasa que se vende, pero el pan es tan blanco y exquisito que el viajero suele llenar las alforjas, porque en Canosa es duro como una piedra, y el agua mala y poco abundante. En esta población, fundada en la antigüedad por el valeroso Diomedes, Vario, con gran tristeza, se separó de sus amigos, más tristes todavía. Molidos y quebrantados llegamos á Rubí, luego de atravesar un largo camino intransitable por los barros y las lluvias. El día siguiente fué mejor, pero el camino aún peor hasta los muros de Bari, rico en pescados. Gnacia, fundada á despecho de las ondas que la baten, nos dió motivo de chacota y risa, queriendo demostrarnos que allí, en los umbrales de los templos, el incienso se quema sin necesidad de llama. Muy bien que lo crea el judío Apela, no yo que sé que los dioses viven tranquilos en sus moradas, y que si la Naturaleza ofrece algún fenómeno portentoso no

lo producen los sombríos dioses desde la bóveda celeste. Por fin llegamos á Brindis, término de nuestra expedición y de mi carta.

VI

No porque vengas de la generosa estirpe de los lidios establecidos en la Etruria, ni porque tus abuelos de padre y madre gobernasen las legiones romanas, desprecias, ¡oh Mecenas!, con insolente altanería á los de humilde linaje, como yo, vástago de un liberto; que nada te importa la calidad del padre si el hijo es un hombre de bien. Sabes perfectamente que antes de reinar Tulio, nacido de una esclava, muchos varones, sin necesidad de antecesores ilustres, vivieron como egregios ciudadanos y treparon á la cumbre del honor.

Al contrario, nadie hubiese dado un miserable as por aquel Levino que descendía del tronco Valerio, el que arrojó del trono á Tarquino el Soberbio, aunque fuera el juez de la venta ese pueblo estólido, que sólo se paga de genealogías y retratos, y concede con frecuencia la fama á los más ineptos y las dignidades á los menos meritorios. ¿Qué debemos hacer los que discurrimos de modo tan diferente del vulgo?

Enhorabuena que el pueblo anteponga el noble Levino al plebeyo Decio, y que el censor Apio me arroje del Senado, si no habiendo nacido de padres libres, oso en mi fatuidad subirme á ma-

yores; no por eso la gloria dejará de arrastrar atados á su fulgente carro lo mismo á los nobles que á los plebeyos. Dime, Tulio, ¿para qué te ha servido vestir de nuevo la laticlavia que habías abandonado y hacerte nombrar tribuno? Para irritar contra ti la envidia, que como simple ciudadano hubiera cesado en tu persecución; pues siempre que algún insensato se calza los negros coturnos hasta la mitad de la pierna y cruza su pecho con la laticlavia, le zumban en las orejas tales preguntas: ¿Quién es este hombre? ¿De qué linaje procede?

Si alguien tiene la manía que puso loco á Burro de desear que le tengan por hermoso, no dará un paso sin que las muchachas pregunten por su cara, su pierna, su pie, sus dientes y sus cabellos; así también el que promete á los ciudadanos tomar á su cargo los negocios de Roma, del Imperio y los templos de los dioses, pone á todos en el caso de inquirir y preguntar de qué padre ha nacido, y si su madre era alguna esclava. ¿Cómo el hijo de Siro, Dama ó Dionisio se atreverá á despeñar á un ciudadano de la roca Tarpeya y entregarlo á Cadmo el lictor?

«El colega Novio se sienta detrás de mí, porque es sólo lo que era mi padre.» ¿Y por eso vas á creerte un Paulo ó un Mesala? Si doscientos carros y tres entierros pasasen por el foro, dejaríase oir la voz potente de Novio, capaz de apagar el sonido de los cuernos y las trompetas. En esto nos lleva ventaja.

Vuelvo otra vez á mí, á quien roen los envidiosos, porque habiendo nacido de padres liberto me distingues, Mecenas, con tu amistad, y porque en mi juventud conseguí ser nombrado tribuno de una legión romana. Cosas bien diferentes entre sí; que si entonces pareció disculpable la envidia de un honor tan poco merecido, no lo es al presente el envidiarme tu afecto, sólo dispensado á personas dignas que no lo conquistan á fuerza de astucia. Yo lo aprecio como singular honra no debida al acaso, sino á la dicha de merecer tu estimación.

El bueno de Virgilio y también Vario te hablaron de mí. Cuando llegué á tu presencia, balbuceé tímidamente pocas palabras; el respeto enfrenaba mi locuacidad. No te alabé mi linaje, ni te dije que recorría mis heredades jinete en un potro de Saturo; antes me mostré tal como soy, y me respondiste, según tu costumbre, con cierto laconismo. Salí de tu casa y me llamaste á los nueve meses, ordenándome que me contara en el número de tus amigos. Qué satisfacción para mí haber sabido agradar á un hombre que tan bien sabe distinguir los pícaros de los honrados. Y esto no lo debo á mi noble cuna, sino á mi probidad y la delicadeza de mis sentimientos.

Pero si mi natural es bueno, y sólo le afean ligeras faltas tan disculpables como pequeños lunares esparcidos en un rostro hermoso; si nadie con razón puede afrentarme por mi avaricia ó mi escandalosa conducta; si, aunque esto

redunde en mi elogio, no pesan sobre mí culpas excesivamente graves, y soy además muy querido de mis amigos, todo lo debo á mi padre, que, á pesar de su corta hacienda, no quiso llevarme á la escuela de Flavio, adonde iban los hijos de los nobles centuriones con el vade y las tablillas debajo del brazo izquierdo, para calcular el rédito que deja una suma en el plazo de medio mes; sino que de niño me condujo á Roma, para que aprendiese las letras que estudian los hijos de senadores y caballeros. Todo el mundo creía de buena fe, al reparar en mi traje y los esclavos de mi séquito, que el patrimonio de mis abuelos hacía frente á tan costosos gastos. Mi padre, como guardián incorruptible, me acompañaba siempre á las lecciones de los maestros, y preservaba mi inocencia, que es la más bella aureola de la virtud, de torpes acciones y hasta de ruines sospechas.

No temió qne nadie le motejase un día por haber hecho de mí un agente de ventas ó cobrador de tributos, como lo fué él mismo, cosa de que no me habría quejado; así que su noble proceder merece de mi parte el más profundo reconocimiento. Mientras conserve sana la razón, nunca me avergonzaré de padre semejante, ni me defenderé como aquellos que sostienen no haber sido por su culpa el no descender de linajudos antecesores. Mi lenguaje y mis convicciones difieren de ese modo de pensar.

Si la Naturaleza me consintiese volver á los

primeros años y escoger padres á la medida de mi vanidad, me quedaría muy satisfecho con los míos, sin ir á buscarlos entre las fasces y la sillas curules. El vulgo me juzgará demente, mas tú apruebas mi conducta cuando rechazó una carga insoportable á mis hombros.

En seguida tendría que pensar en acrecer mis rentas, en saludar á muchos personajes, en llevar numerosos acompañantes al emprender un viaje ó salir al campo, y en sostener además muchos siervos, caballos y carrozas. Ahora, si se me antoja, voy hasta Tarento en mi mulo rabón, cuyos lomos oprime el peso del jinete con su bagaje á la grupa, y nadie me llena de improperios por mi tacañería, como á ti, ¡oh Tulo!, que siendo todo un pretor, caminas por la vía de Tibur, acompañado de cinco mozos que llevan las ollas y las barricas de vino. ¡Oh egregio senador! Mi vida es mucho más cómoda que la tuya y la de otros mil. Voy solo adonde me da la gana, pregunto lo que valen el pan y las verduras, acudo al mentidero del circo, y por la tarde al foro, donde se echa la buenaventura, y de allí me vuelvo á casa y como un plato de berros y garbanzos, con una torta de aceite y miel; tres criados bastan para servir cena tan frugal. En mi aparador de piedra blanca tengo un vaso, dos botellas, un aguamanil y un jarro, todo de tierra de Campania. Luego me retiro á dormir, sin la preocupación de levantarme temprano, para ver la estatua de Marsia, que no puede sufrir la vista

de Novio el menor. Me levanto á las diez, doy un corto paseo, escribo ó leo un rato por distracción, y unjo mi cuerpo con aceite, pero no del que hurta á los velones el inmundo Nata. Si me siento sofocado por el calor, me defiendo en el baño de los rayos caniculares, salgo y tomo en casa un tenteempié, para que el día no se me eternice con el estómago vacío, y me entretengo en mis quehaceres domésticos.

He aquí cómo lo pasan los que están libres de la funesta y mísera ambición. Así me conforto, y vivo más feliz que si mi abuelo, mi tío y mi padre hubiesen sido cuestores.

VII

Creo que no hay legañoso ni rapabarbas ignorante de la venganza que tomó el mestizo Persio de los dicterios atroces del proscripto Rupilio, apodado el Rey. Persio, negociante rico de Clazomene, andaba liado con Rupilio en pleitos fastidiosos; era de genio brutal, hinchado y presuntuoso; aborrecía á su enemigo, y le abrumaba con sus pesadas burlas, dejando tamañitos á los Burros y Sisenas.

Vuelvo al Rey. Trató de componer sus diferencias con Persio, porque sucede entre los pleitistas lo que entre dos bravos que se pelean furiosos. Entre Héctor, el hijo de Príamo, y el animoso Aquiles el odio fué tan inextinguible, que sólo pudo acabar con la muerte, por ser igual

el esfuerzo de entrambos campeones. Cuando la contienda surge entre dos pusilánimes ó dos personas desiguales en valor, como la de Diomedes con Licio Glauco, el más débil se retira del campo y envía sus presentes al contrario.

Siendo Bruto pretor del Asia opulenta estalló la rivalidad de Persio y Rupilio, que pelearon entre sí, como en el circo los gladiadores Baquio y Bito, ofreciendo un original espectáculo á los ociosos con la recíproca defensa de sus derechos. Persio expone sus quejas, y provoca las risas generales; ensalza á Bruto y á sus cohortes, llamando al primero sol de Asia, y estrellas benignas á sus compañeros, hecha excepción del Rey, á quien apoda el can aborrecido de los labradores, y se desborda contra él como torrente de invierno que arrasa los árboles y no deja nada que hacer al filo de la segur.

Á los punzantes sarcasmos de Persio contesta el Rey con palabras más soeces que las de un vendimiador rudo é insolente que á gritos ultraja al pasajero llamándole cornudo. Así que Persio sintió esta rociada de insultos, exclama: «Por todos los dioses te suplico, ¡oh Bruto!, ya que sabes librar la patria de reyes, que cortes á este Rey el pescuezo; sería la hazaña más digna de tu fama.»

VIII

En otro tiempo fuí un tronco inútil de higuera que contempló el artífice perplejo, no sabiendo si haría de mí un banco ó un Príapo; por fin quiso que fuese lo segundo, y quedé convertido en el dios espantajo de aves y ladrones; á éstos los ahuyento con mi diestra y con el palo rojo y obsceno que me sale de las ingles, y las ramas que ciñen mi cabeza, aterran á las importunas aves, y les impiden hacer daño en los huertos recién plantados. Aquí el siervo, sacándolo de su angosta celda, traía á enterrar en vil caja el cadáver de su compañero; aquí estaba la fosa común de la plebe miserable y el sitio donde se pudrían el rufián Pantolabo y el pródigo Nomentano. El terreno extendíase hasta mil pies de largo por trescientos de ancho, con su cipo correspondiente que impidiese las reclamaciones de los herederos.

Hoy las Esquilias son lugar muy saludable, y hermosísimos sus paseos, donde los ojos sólo veían antes un campo blanqueado por los huesos de los cadáveres.

No me infunden tanto susto ni zozobra los ladrones ó las alimañas que habitan estos lugares, como las hechiceras que trastornan el seso de los hombres con sus filtros y ensalmos. ¡Qué desgracia no poder aniquilarlas, ni impedir que cuando la luna muestra su hermosa faz recojan los huesos de los muertos y las hierbas veneno-

sas! Allí vi por mis propios ojos á Canidia, con la negra túnica arremangada, los pies descalzos y el pelo en desorden, que aullaba en compañía de la vieja Sagana, tan pálidas las dos como repugnantes á la vista. Comienzan por escarbar la tierra con las uñas y destrozar con los dientes una cordera negra, recogiendo su sangre en el hoyo cavado para que surjan de allí los Manes que respondan á sus preguntas.

Tenían dos efigies: la una hecha de lana, la otra de cera; la mayor, la de lana, amenazaba á la segunda, que suplicaba tan rendida como la esclava que espera su sentencia de muerte.

Canidia invoca á Hécate, Sagana á la cruel Tisífone; á sus imprecaciones se aparecen las serpientes y los perros del infierno, y la rojiza luna, por no alumbrar semejantes horrores, se ocultó avergonzada detrás de los sepulcros. Si en algo miento, que caiga sobre mi cabeza la blanca inmundicia de los cuervos, y que se orinen y ensucien sobre mí Julio, el podrido Pediata y el ladrón Vacano.

¿Á qué contar más infamias? ¿Á qué recordar los tristes y lúgubres alaridos en que prorrumpían las sombras y la misma Sagana, y á qué referir cómo enterraron en secreto la barba de un lobo y el diente de una culebra, y cómo una vivísima llama encendió la efigie de cera, y cómo, por fin, me vengué de los dichos y hechos odiosos de aquellas dos Furias? De la manera que suena una vejiga rota, así resonó un cuesco en mis

nalgas. Al oirlo las dos corrieron á la ciudad: Canidia dejándose los dientes, Sagana el pelo postizo, las hierbas nocivas y las cintas encantadas. Este espectáculo te hubiese llenado de regocijo.

IX

Iba por la vía Sacra una mañana pensando en las abubillas, según mi costumbre, y todo absorto en mis pensamientos, cuando tropecé un sujeto conocido sólo de nombre, que cogiéndome la mano me preguntó: «¿Qué tal va, querido amigo?»; y contestéle: «Perfectamente, como ves, y me tienes á tus órdenes.» Quiso acompañarme, y le salí al paso diciéndole: «¿Te ocurre algo?», y él me respondió: «Quiero que me conozcas, soy poeta como tú.» «Ese título es bastante para que yo te tenga en la mayor estimación.» Discurriendo cómo zafarme, ya acelero el paso, ya lo acorto, y finjo dar un recado á mi siervo; el sudor me manaba de pies á cabeza, y murmuré entre dientes: «¡Oh Bolano, quién tuviese tus cascos ligeros!» Mi hombre, resuelto á fastidiarme, elogiaba la ciudad y sus arrabales, y observando que nada le respondía, «Ya veo, me dice, que deseas huir; pero es inútil, porque he determinado seguirte, pues llevamos el mismo camino.» «No es necesario que te molestes; voy á visitar á un amigo que tú no conoces, y vive bastante lejos, al otro lado del Tíber, próximo á los jardines de

César.» «No tengo ningún quehacer, y tampoco soy perezoso; te acompañaré hasta allí.» En resolución, no tuve otro remedio que agachar las orejas, como el asno que lleva encima una carga superior á sus fuerzas. Aquél proseguía: «Sin vanidad, creo que has de estimarme tanto como á Visco y Vario. ¿Quién sabe improvisar más versos en menos tiempo? ¿Quién me aventaja en el baile? Pues en el canto soy la envidia del mismo Hermógenes.» «¿Tienes madre y parientes que conserven tu preciosa salud?» «No, ninguno; á todos los enterré. Dichosos ellos, y ¡ay desventurado de mí! Acaba de matarme, pues me parece llegada la hora que me predijo en la niñez una vieja hechicera sabina, dando vueltas á la urna fatal: «Á éste no le matará el veneno, ni la espada enemiga, ni el dolor de costado, ni la tisis, ni la gota: un charlatán acabará sus días, cuando sea hombre hecho y derecho; huya, sobre todo, de los charlatanes.»

Llegamos al templo de Vesta á eso de las diez, hora en que mi compinche estaba citado para responder de una fianza, ó perderla si no comparecía, y me dijo: «Si me estimas, no me abandones.» «Mal rayo me parta si puedo detenerme ó entiendo nada de pleitos; voy á la casa que ya sabes»; y me responde: «Me encuentro perplejo. ¿Qué haré? ¿Dejar tu compañía ó este dichoso pleito?» «Déjame á mí.» «No, jamás», dice, y se me adelanta. Yo le sigo. ¿Quién se atreve á luchar contra el más fuerte? «¿Cómo te trata Mecenas? Es

hombre de gran entendimiento y de pocos, pero buenos amigos. ¡Qué bien has sabido aprovechar la ocasión! Si quisieras presentarme á él, hallarías en mí un segundo que te ayudase á dar cuenta de tus rivales.» «¡Qué error! Allí se vive de modo muy distinto del que imaginas; no hay en Roma casa más noble ni más libre de bajas pasiones. No temo que me eche de ella quien me aventaje en la riqueza ó la sabiduría, pues cada cual ocupa el puesto que le corresponde.» «Me cuentas cosas casi increíbles.» «Y sin embargo, verdaderas.» «Con tus palabras enciendes mis deseos de acercarme á Mecenas.» «Si así lo quieres, tus méritos lo conseguirán muy pronto; no tiene nada de intratable, aunque tampoco se deja ganar á la primera entrevista.» «Eso corre de mi cuenta; ganaré los siervos con dádivas, insistiré en la empresa; si un día me dan con la puerta en los hocicos, volveré al siguiente, y esperaré que salga á la calle para acompañarle. Nada se logra sin penoso trabajo.»

Mientras hablaba, he aquí que llega mi caro amigo Fusco Aristio, que conocía bien al posma, me para y me dice: «¿De dónde vienes, adónde vas?», pregunta y contesta á la vez. Yo empecé á darle empellones y á pellizcarle en los brazos yertos, haciéndole señas con los ojos para que me sacase de aquel atolladero; mas el gran bribón rióse de mi desgracia, é hizo como que no me entendía. La bilis me abrasaba los hígados. «¿No dijiste que tenías que hablarme en secreto?»

«Sí, es verdad, pero lo dejo para otra ocasión. Hoy se celebra la fiesta del trigésimo sábado, y no querrás ofender á los circuncisos judíos.» «No profeso ninguna religión.» «Pues á mí no me sucede lo mismo; soy uno de tantos; dispénsame, hablaremos otro día.»

¡Qué negro amaneció hoy el sol para mí! El bergante escapa, y me deja con el cuchillo á la garganta. La suerte quiso que se apareciera la parte contraria de aquel moscardón, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «¿Adónde vas, infame? Tú me servirás de testigo.» «Con mucho gusto», le respondo. Arrastra al charlatán ante el pretor, el escándalo arremolina á los ociosos, y conseguí salvarme con el favor de Apolo.

X

Dije que los versos de Lucilio, aunque espontáneos, son harto desaliñados. ¿Y habrá tan necio admirador de este poeta que así no lo reconozca?

En la misma página le ensalcé por la gracia con que reprende á los viciosos de Roma; pero concediéndole tal mérito, no le reconozco los demás; de otra manera habría de aplaudir los mimos de Laberio cual hermosos poemas.

No basta que el oyente ría de veras, y eso ya supone un estro chispeante; es necesario que la precisión haga volar al pensamiento, y que una

fastuosa verbosidad no acabe por molestar los oídos; es necesario escribir, ya en el tono serio, ya en el festivo, y mostrarse en ocasiones orador, en otras poeta, y si las circunstancias lo piden, recoger con sagacidad las fuerzas y ocultarlas deliberadamente. El ridículo logra á veces mayores triunfos que la severidad. Esta conducta, que debiéramos imitar, observaron aquellos autores de la comedia antigua, á quienes jamás leyó Hermógenes, ni ese mono que sólo sabe recitar los poemas de Calvo y Catulo.

«Pero Lucilio llevó á cabo una revolución interpolando los vocablos griegos y latinos.» «Ignorantes, ¿tan difícil y maravilloso creéis lo que hacía el rodio Pitoleón?» «La mescolanza de voces de una y otra lengua es tan deliciosa como el vino de Quíos mezclado con el de Falerno. Y yo te pregunto: «Cuando escribes versos ó tienes que defender la enmarañada causa de Petilio, ¿te olvidas de tu patria y linaje latino, cosa que jamás hicieron abogados como Pedio, Poblicola y Corvino, mezclando las palabras castizas con las extranjeras, y hablando como en Canosa un lenguaje bilingüe?» Á mí también, hijo de Italia, me tomó la manía de escribir versos griegos; pero Quirino aparecióseme de madrugada, cuando los sueños son verdaderos, y me lo prohibió en esta forma: «Si llevases leña al bosque, resultarías menos loco que pretendiendo añadir un nombre más á la innumerable caterva de los poetas griegos. Así, mientras

el hinchado Alpino degüella á Memnón ó describe la turbia fuente del Rhin, yo me deleito en componer versos, que no han de ser recitados en el templo de Apolo, presidiendo Talpa el certamen, ni han de repetirse una y cien veces en el teatro.»

Sólo tú, ¡oh Fundano!, sabes presentar en tus comedias las astucias de la meretriz, y los embrollos con que Davo engaña al viejo Cremes. Polión canta en versos senarios las hazañas de los reyes; Vario no consiente rival en el poema heroico, y las Musas campestres inspiran á Virgilio las escenas más graciosas y delicadas.

La sátira, tras los ensayos poco felices de Varrón el Atacino y otros escritores, me pareció el único género en que mis dotes podían sobresalir, quedándome siempre por debajo de su inventor, á quien jamás osaré arrancar la corona que la fama puso en su cabeza. Dije también de éste que era un torrente de lodo, en el que notaba más faltas que primores. Tú que presumes de perito, ¿nada encuentras que reprender en el gran Homero? El mismo Lucilio, ¿no critica las tragedias de Accio, y se burla de los versos de Ennio, que halla sin nobleza? Y al hablar de sí mismo, ¿se cree superior á los que juzga tan severamente? ¿Quién podrá, pues, impedirme, al leer sus escritos, que investigue si lo escabroso del asunto, ó la índole de su ingenio, le impidió componer versos más correctos y armoniosos, ó que le censure porque escribiese

antes de comer doscientos y otros tantos después de la comida, satisfecho con encerrar sus conceptos en los pies cabales? Así, el numen del etrusco Casio fué un torrente desbordado, y al morir, es fama que le quemaron en la pira levantada con sus mismas obras.

Convengamos de buen grado que Lucilio, en lo pulcro, limpio y elegante, llegó más lejos de lo que esperarse podía del inventor de un género desconocido entre los griegos; concedámosle igualmente que aventaja á la turba de los antiguos poetas; pero, á vivir en nuestro siglo, es indudable que hubiese castigado sus escritos, quitándoles vana hojarasca, y que se hubiera rascado muchas veces la cabeza y mordido las uñas hasta hacerse sangre. Si quieres que tus obras sean leídas y releídas, corrígelas sin descanso, y contento con pocos y escogidos lectores, no te afanes por complacer al estólido vulgo.

En tu loca vanidad, ¿acaso quieres que tus versos sean recitados á los niños de la escuela?

Á mí me basta que me aplaudan los caballeros, como dijo Arbúscula, menospreciando los silbidos de la plebe. ¿Voy á hacer caso del chinche Pantilio y atormentarme porque Demetrio me quite el pellejo al volver la espalda, ó porque me muerda el estúpido Fanio, ese parásito de Hermógenes Tigelio? Sea yo alabado por Plocio y Vario, Mecenas y Virgilio, Valgio y el excelente Octavio, Fusco y los dos Viscos; logre sin nota de ambicioso los sufragios de Polión, Mesala y

su hermano, de Servio, Bibulo y el sincero Furnio, con otros doctos y fieles amigos que paso en silencio y á quienes deseo cautivar con mis poemas tanto, que me dolería si les agradaseu menos de lo que se prometen mis esperanzas, y vosotros, Demetrio y Tigelio, recitad los vuestros á las damas. Muchacho, ve y añade esta sátira á mi volumen.

LIBRO SEGUNDO

I

A muchos parecen mis sátiras demasiado cáusticas, y dicen que traspaso los límites de lo justo; otros las juzgan faltas de nervio, y creen que, semejantes á mis versos, podrían escribirse mil cada día. Trebacio, aconséjame; ¿qué debo hacer?

TREBACIO

No hacer nada.

HORACIO

¿Renunciar á la poesía en absoluto?

TREBACIO

Eso.

HORACIO

Muy saludable es tu consejo, pero no podría dormir.

TREBACIO

Si quieres curarte el insomnio, pasa, bien ungido el cuerpo de aceite, tres veces á nado la corriente del Tíber, y regala tu paladar con vino añejo antes de meterte en la cama; mas si el fu-

ror de escribir te arrebata, canta las empresas del invicto César, que sabrá recompensar tus nobles trabajos.

HORACIO

Mi querido Trebacio, lo haría con gusto si fuesen menos débiles mis fuerzas; que no á todos se permite describir las legiones erizadas de dardos, ó al galo expirante con la lanza rota, ó al partho cubierto de sangre y caído á los pies de su caballo.

TREBACIO

No obstante, podías ensalzar la justicia y el valor animoso de César, como el sabio Lucilio las virtudes de Escipión.

HORACIO

Prometo hacerlo á su tiempo; mas ínterin no vea la ocasión propicia, los acentos de Horacio no molestarán los oídos de César, que si se ve lisonjeado torpemente, está sobre aviso, y rechaza indignado la lisonja.

TREBACIO

Cuánto más laudables serían estos elogios que morder con picantes chistes al rufián Pantolabo y á Nomentano el disipador, siendo el blanco del odio de aquellos á quienes jamás ofendiste.

HORACIO

¿Qué le hemos de hacer? Danza Milón cuando el vino se le sube á la cabeza, y le multiplica el

número de las luces; Cástor se goza con los caballos, y su hermano, nacido del mismo huevo, con las luchas del pugilato. Cuantas son las cabezas, tantos los pareceres. Mi delicia mayor consiste en ajustar las palabras á la medida, como lo hizo Lucilio, que nos aventajaba á los dos. Él depositaba en las páginas de sus libros, como en fieles amigos, sus íntimos pensamientos; y lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, jamás buscó otros camaradas; así que la vida entera del viejo poeta se encuentra pintada en sus sátiras como en una tabla votiva. Me confieso su continuador, yo, nacido no sé si en Lucania ó Apulia, pues el labriego venusino trabaja campos que pertenecen á las dos comarcas, y consta por antigua tradición que, expulsados los sabinos, Roma estableció allí una colonia para que sus enemigos no cayesen sobre ella, encontrándola desguarnecida, si el pueblo de Lucania ó el de Apulia le declaraba la guerra. Mi pluma no se ensañará contra personas vivientes; pero me servirá de defensa como la espada en la vaina. ¿Á qué sacarla mientras no me acometan infames ladrones? ¡Oh padre, oh soberano Júpiter!, que el orín pudra mis dardos, y que nadie insulte á un hombre tan amante de la paz como yo, pues el que me provoque, más le valiera no haber nacido; llorará amargamente, siendo la irrisión de toda la ciudad.

Cervio, cuando se irrita, amenaza con la justicia y el rigor de las leyes; Canidia, la hija de Al-

bucio, persigue á los que odia con el veneno; Turio, en su tribunal, anonada á los clientes con sus injustos fallos; cada cual se vale de sus armas para humillar á los enemigos. Es ley de la Naturaleza, y no he de contradecirla. El lobo acomete con los dientes y el toro con las astas, obedeciendo á su instinto. Caiga en manos del libertino Esceva su madre rebosante de salud; no consumará un parricidio con impía diestra, y no es maravilloso, porque ni el lobo ataca dando coces ni el toro á bocados; pero la quitará de en medio un brebaje de miel mezclada con cicuta. En resumen, ya me espere una tranquila vejez, ya la muerte agite en torno mío sus negras alas, rico ó pobre, en Roma ó en el destierro, si así la suerte lo dispone, en cualquier situación he de ser poeta.

TREBACIO

¡Ay joven, cómo temo que algún amigo poderoso acabe tu vida con un frío acogimiento!

HORACIO

¿Pues qué, cuando Lucilio se arrojó el primero á escribir sus violentas sátiras, y arrancó la máscara á los perversos que ocultaban sus crímenes con hipócritas apariencias que fascinasen al vulgo, acaso Lelio y el insigne vencedor de Cartago se ofendieron de sus agudezas ó pusieron el grito en el cielo porque se encarnizara con Metelo y abrumase á Lupo con sus dicterios

infamantes?; y eso que se ensañaba por igual contra magnates y plebeyos, perdonando en sus versos solamente á la virtud y sus amigos. Al revés, retraídos en casa de la escena y los ojos del vulgo, el magnánimo Escipión y Delio, tan sabio y dulce á la vez, hasta solían, desciñéndose las túnicas, divertirse y jugar con él mientras hervía la olla de legumbres. Yo también, aunque inferior á Lucilio en talento y riquezas, me he granjeado la amistad de altos personajes. La envidia tiene por fuerza que confesarlo, y se rompe los dientes que quiere clavar en la parte más delicada de mi cuerpo. ¿Es verdad que no puedes oponer nada á mis palabras?

TREBACIO

Absolutamente nada tengo que replicar; sin embago, vive en guardia, no te acarree algún disgusto la ignorancia de nuestras santas leyes. «Si un poeta escribe contra cualquiera malos versos, sufra el rigor de la condena.»

HORACIO

Si son malos, muy bien; pero si son tan excelentes que merecen ser alabados por el gran César, y el poeta honrado en sus costumbres sólo persigue con ellos á los bribones, ¿qué sucederá?

TREBACIO

Entonces los jueces, muertos de risa, quebrarán las tablillas y te dejarán ir libre.

II

Gran virtud la frugalidad, amigos míos, y el vivir contentos con poco. No soy yo quien lo dice, sino el rústico Ofelo, sabio sin reglas ni estudios. Oid sus lecciones, no entre las vajillas y mesas resplandecientes, que deslumbran la vista con su brillo seductor, é inducen al ánimo obstinado á rechazar la verdad. Este asunto lo hemos de tratar en ayunas. ¿Y por qué en ayunas? Por la sencilla razón de que el juez corrompido por el soborno es incapaz de administrar justicia con rectitud.

Acosa la liebre en el monte, rinde los bríos del potro indómito, ó si tus hábitos griegos no soportan las rudas faenas del campo de Marte, toma la pelota que hace olvidar el esfuerzo con la diversión, ó coge el disco y lánzalo al aire que se hiende á su paso, y cuando la fatiga venza al fastidio y estés hambriento y con el gaznate seco, atrévete á despreciar un plato de habichuelas, ó un vaso de Falerno no endulzado por la miel del Himeto.

Si tu cocinero se halla ausente y el mar alborotado defiende los peces, un mendrugo de pan con pocos granillos de sal basta y sobra para acallar los gritos de tu estómago.

¿Y de dónde nace esto? De que el placer no reside en el costoso manjar, sino en el hambre que tienes.

Tras un rudo trabajo siempre se halla la comida bien sazonada; en cambio el gastrónomo de vientre grueso y pálida cara, no halla deleite con las ostras, ni con los escaros ó faisanes extranjeros.

Lo veo; poniéndote un pavón ante los ojos, despreciaría la gallina tu regalado paladar. Te dejas seducir por las apariencias, y lo prefieres porque se vende á muy alto precio, y porque matizan su cola deslumbrantes colores. Como si esto fuese de tal importancia. ¿Acaso te vas á comer esas plumas que tanto alabas? ¿Dónde están después de guisado? ¿Su carne tiene mejor gusto que la gallina? No, pero te cautiva su hermosísimo plumaje.

Á primera vista reconoces si un lobo marino se crió en el Tíber ó en alta mar, si las ondas lo arrastraron á los puentes ó á la desembocadura del río toscano; admiras extasiado un barbo de tres libras, y para comértelo es preciso que lo dividas en pequeños trozos. Si te encanta su tamaño, entonces, ¿por qué aborreces los lobos marinos que los aventajan en proporciones? Porque la Naturaleza quiso que los unos fuesen grandes y los otros pequeños.

Un estómago ayuno difícilmente rechaza los manjares de la plebe; pero el gastrónomo, más insaciable que las Harpías rapaces, exclama: «Pláceme ver extendido en espaciosa fuente un barbo descomunal.» Austros, venid y corromped sus viandas. La carne fresca del jabalí y el roda-

ballo parece hedionda á quien tiene estragado el estómago por los excesos de la gula, prefiriendo el plato de rábanos y los elenios aderezados con vinagre.

En las mesas de los ricos no han desaparecido todavía los manjares de la ínfima plebe, y aun hoy se les sirve á menudo los huevos de vil precio y las negras aceitunas.

No hace muchos años que Gallón el heraldo infamó su mesa con la presencia de un sollo. ¿Criaban los mares entonces menos rodaballos? No, ciertamente; pero vivían tan tranquilos en las olas, como las cigüeñas en sus nidos, hasta que un pretoriano reveló la excelencia de sus carnes. Que otro pondere el gustoso sabor de los somormujos asados, y la juventud romana seguirá dócil sus consejos.

Según Ofelo, es cosa muy distinta vivir con tacañería ó con frugalidad. Inútil evitar un vicio, si hemos de caer en el extremo opuesto. Avidieno, conocido vulgarmente por el apodo de *el Perro,* se regala con olivas rancias y cerezas silvestres, cata el vino cuando se ha torcido, y gasta en sus cenas un aceite de olor apestoso, aunque solemnice vestido de blanco las tornabodas, los natalicios ú otros días no menos festivos, y empuñando el cuerno capaz de dos libras, adereza sus coles con abundantes rociadas de vinagre.

El hombre sabio, ¿á quién de éstos imitará? ¿Qué trato debe darse? Helo metido entre el lobo y el perro. Ante todo la limpieza, y que tu mesa

no aparezca demasiado lujosa, ni tan pobre que raye en la tacañería. No sigas el ejemplo del viejo Albucio, severísimo con los esclavos de su casa, ni al negligente Novio, que ofrece el agua turbia á sus convidados. Huye de los dos vicios, y repara en las ventajas que la frugalidad lleva consigo. Por lo bien que te hallabas cuando comías un solo plato, conoces cuán dañosa es la profusión y variedad de manjares; pues la mezcla frecuente de los asados con los cocidos, y las ostras con los tordos, engendra la bilis que retuerce el vientre con agudos dolores.

¿No ves cuán pálido se levanta del lecho el comensal de una opípara cena? ¿Cómo su cuerpo, rendido por los excesos de la noche anterior, embota el ánimo y sepulta en el fango esa porción del aliento divino?

La persona sobria en la comida restaura pronto con el sueño el vigor de sus miembros desfallecidos, y acude solícita adonde le llama su obligación. Á veces también se sale de la regla; ya si el curso del año trae algún día festivo, ó necesita restablecer el cuerpo extenuado por la dolencia, ó le cargan los años y la vejez helada le pide un régimen especial; mas tú, ¿qué podrás añadir á la vida regalona que llevas, siendo joven y robusto, cuando te aflija la enfermedad ó la decrepitud caduca?

Nuestros antepasados ponían en las nubes la carne rancia del jabalí, no porque careciesen de olfato, sino, á mi entender, porque á la llegada

de un huésped tardío pudiera satisfacer su apetito, antes que el amo la hubiese devorado por completo fresca y sabrosa. ¡Ojalá hubiera yo nacido en tiempo de tales varones!

Pagas tributo á la lisonja, que suena en tus oídos tan gratamente como una poesía armoniosa, sin ver que esos rodaballos enormes y esas ricas vajillas arruinan tu hacienda y tu crédito, á lo cual sigue el odio de tus parientes, la burla de los vecinos y el desprecio que sientes por la vida, cuando no te queda un miserable as para comprar el lazo con que te ahorques.

Dices que vuelva mis censuras contra Trasio y no contra ti, que cobras rentas cuantiosas y posees bienes bastantes á sufragar el boato de tres monarcas. ¿Y no podrías emplear mejor lo que te sobra? ¿No hay en el mundo infelices merecedores de tu socorro, y templos consagrados á los dioses que amenazan ruina? ¿Por qué no das, perverso, á las necesidades de la patria una buena parte de tus inmensas riquezas? ¿Imaginas que siempre te va á salir todo á pedir de boca? ¡Oh, cómo se te burlarán un día tus enemigos! ¿Quién vencerá más fácilmente los obstáculos el día de la adversidad, el que acostumbró el alma arrogante y el cuerpo soberbio á todas las delicadezas, ó el que satisfecho con poco y mirando como cauto al porvenir se prepara á la guerra en los tiempos de paz?

En fin, para convencerte, te diré que siendo yo niño conocí á este Ofelo, que nadaba en la abun-

dancia, dándose casi el mismo trato que ahora que sólo cuenta escasos recursos. Era cosa de oirle en su campo confiscado que trabajaba como colono, en medio de sus hijos y su rebaño, decir: «Jamás me permití otro exceso en los días no festivos que un plato de legumbres y el pie ahumado del puerco, y si llegaba á mi casa un huésped largo tiempo esperado, ó se sentaba á mi mesa un vecino libre, como yo, de faena por causa de la lluvia, nos regalábamos en grande, no con el pescado que se compra en la plaza, sino con el pollo y el cabrito, y con las uvas colgadas del techo, las sabrosas nueces y los dulces higos para postre. Después apurábamos las tazas, sin llegar al extremo de la embriaguez; se brindaba por Ceres á fin de que prosperasen las lozanas espigas, y el vino desarrugaba las ceñudas frentes de los convidados.

Aunque la fortuna se irrite conmigo y me amenace con nuevas borrascas, ¿qué podrá quitarme? Después que un nuevo dueño se apoderó de mis campos, ¿hemos enflaquecido yo ni vosotros, hijos míos? Ni á él, ni á mí, ni á ningún otro dió la Naturaleza la propiedad de la tierra. Nos ha expulsado, es cierto, mas también pueden expulsarle á él los vicios, un pleito ruinoso, ó por último, y esto con seguridad, un heredero de menos años.

Hoy se llama el campo de Umbreno, ayer se llamaba de Ofelo, y ni es mío, ni de aquél; hoy gozo yo el usufructo, mañana el que venga de-

trás. Así, pues, hijos míos, tened fortaleza, y que los golpes de la suerte se estrellen en el muro de vuestros pechos.»

III

DAMÁSIPO

Ocupado en limar tus versos, escribes tan poco, que apenas pides el pergamino cuatro veces al año, y te revuelves contra ti mismo, porque entregado al vino y al sueño no produces nada digno de alabanza. ¿Qué te pasa? Viniste aquí huyendo de las fiestas saturnales, y pues estás en ayunas, cántanos algo que responda á tus promesas. Vámos, empieza.

HORACIO

Me callo y culpo sin razón á la pluma, y me desato frenético contra la pared, donde descargan sus iras los dioses y los poetas.

DAMÁSIPO

Tu semblante parecía prometernos muchas y muy excelentes cosas, así que bajo el tranquilo techo de tu quinta te vieses libre de enojosas ocupaciones. ¿Á qué revolver los nombres de Platón y Menandro con los de Eupolis, Arquíloco y otros poetas? ¿Piensas desarmar la envidia abandonándote á la holganza? ¡Infeliz! ¡Qué pronto te verás menospreciado! Huye la desidia como

una peligrosa Sirena, ó resígnate á perder la brillante reputación que te conquistó tu antigua laboriosidad.

HORACIO

Los dioses y las diosas, Damásipo, por tu prudente consejo te proporcionen un buen barbero; mas dime, ¿desde cuándo me conoces tan á fondo?

DAMÁSIPO

Después de haber liquidado mi capital en el foro, libre de negocios propios, me ocupo en arreglar los ajenos. Antes ponía todo mi afán en dar con el baño donde se lavaba los pies el bribón Sísifo, ó en juzgar las obras de escultura mal cinceladas y peor vaciadas, por algunas de las cuales, echándomelas de perito, di cien mil sestercios. Nadie aventajó mi sagacidad para hacer negocios con la compra de jardines y palacios, hasta el punto de que los vecinos desocupados me llamasen el favorito de Mercurio.

HORACIO

Lo sé, y me maravilla que hayas sanado de tal manía.

DAMÁSIPO

¡Ca!, una locura nueva ha substituído á la antigua; así suele pasar al pecho el dolor de costado ó de cabeza, y así el delirio sigue al letargo, y

hace que el enfermo, con los puños crispados, arremeta tras el médico.

HORACIO

Di lo que te plazca, pero no hagas lo que este enfermo.

DAMÁSIPO

Amigo mío, no nos engañemos; tú también estás loco como el primero, si no son falsas las sentencias de Estertinio, de quien aprendí lecciones muy provechosas el día que me mandó dejarme crecer la barba á usanza de los filósofos y me obligó á retirarme sin tristeza del puente Fabricio. Por la quiebra de mis negocios quise con la cabeza tapada arrojarme al río, cuando se apareció á mi derecha y me dijo: «No hagas en manera alguna semejante indignidad. Una falsa vergüenza te acongoja. ¿Qué te importa que los locos te tengan por otro tal? Averigüemos ante todo en qué estriba la locura, y si la padeces tú solo, no me opondré á que te quites desesperado la vida. El pórtico de Crísipo y su escuela declaran privados de juicio á cuantos se dejan arrastrar por las pasiones y la estúpida ignorancia, y esta regla comprende lo mismo á los pueblos que á los reyes poderosos; el sabio constituye la única excepción. Óyeme, pues, y te persuadirás de que aquellos que te tachan de loco deliran lo mismo ó más que tú. Como viajeros errantes por el bosque que se apartan del camino recto, tomando los unos á la izquierda, los otros á la de-

recha, víctimas del común error que por distintos senderos los extravía, de igual modo has de creerte loco, sin imaginar que sea más cuerdo el que se mofa de ti, pues también arrastra la cola.

Hay una casta de monomaníacos que tiemblan en los sitios de menos peligro, creyendo ver en campo llano incendios, precipicios y ríos desbordados; y otros, al revés, tan imprudentes, que se arrojan impávidos á las llamas ó las ondas impetuosas; y aunque la madre, la hermana, el padre, la esposa y los parientes les avisen: «Que caes en el precipicio, que vas á estrellarte contra esa enorme roca», no les prestan más oídos que el borracho Fusio cuando se durmió á pierna suelta en la representación de la Ilione, sin que le despertasen los doscientos mil Catienos que le gritaban: «¡Socorro, madre mía!» Yo te demostraré que el vulgo de los mortales delira con un delirio semejante. La manía de Damásipo es la de comprar antiguas estatuas; y el que le presta el dinero, ¿tiene mejor la cabeza? Supongamos que te digo: «Ahí tienes esa suma, que nunca te reclamaré.» Aceptándola, ¿serías un insensato, ó lo serías mucho más rechazando el presente de Mercurio? Que firme Nerio el recibo de diez mil sestercios; si no basta, sujétale bien con las escrituras del capcioso Cicuta, y prende la deuda con cien lazos. Inútil precaución. Este pérfido Proteo sabrá romper las ligaduras, y delante del juez se reirá en tus mismas barbas, convirtiéndose en jabalí ó en pájaro, en roca ó en árbol.

Si malbaratar la hacienda es de locos y de cuerdos el aumentarla, créeme que Petilio no anda bien de la cabeza al dictarte esas obligaciones que nunca verás cumplidas. Oidme y componed vuestras togas, los que palidecéis dominados por la avaricia ó la turbulenta ambición, los que sentís los estímulos de la lujuria, las tristezas del terror supersticioso ó cualquiera otra dolencia del ánimo, acercaos por orden, y os demostraré que todos tenéis el juicio rematado.

Al avaro corresponde la mayor dosis de eléboro, y aun sospecho que la razón le daría toda la isla de Anticira. Estaberio dispuso que sus herederos viniesen obligados á esculpir sobre su sepulcro la cuantía de la herencia; y si olvidaban esta obligación, les condenaba á dar al pueblo cien parejas de gladiadores, un banquete dispuesto por Arrio y cuanto trigo se cosecha anualmente en África. «Así lo ordeno, decía, por mi propia voluntad; si está bien ó mal hecho, nada os importa; no sois mis censores.» Creo que el prudente Estaberio...

DAMÁSIPO

¿Qué se propuso al mandar á sus herederos que grabasen en el mármol la cuantía de su patrimonio?

ESTERTINIO

En vida consideró la pobreza como la mayor deshonra, y se defendió de ella tan bravamente,

que se hubiese reputado un perverso si en la hora de la muerte viera cercenado su capital en un solo cuadrante; pues todo, en su opinión, se rinde al oro: la fama, la virtud, el honor, el cielo y la tierra; y el que lo posee es tenido por preclaro, justo y valeroso.

DAMÁSIPO

¿Y por sabio no?

ESTERTINIO

Sabio también, y rey y cuanto se le antoje: Estaberio creyó merecer eternas alabanzas por sus riquezas, como si fueran el fruto escogido de la virtud.

DAMÁSIPO

¡Qué poco se le parece el griego Arístipo, que hizo á sus esclavos arrojar el oro en los campos de Libia porque la carga les retrasaba el viaje! ¿Quién de estos dos yerra más?

ESTERTINIO

Nada vale el ejemplo que resuelve una dificultad dejando en pie otra mayor. Si el que no sabe música ni frecuenta el trato de las Musas compra gran número de cítaras, hasta formar una colección; si el que no es zapatero acopia hormas y tranchetes, ó velas y jarcias el que nada tiene de mercader, todos pensarán con razón que tiene el seso trastornado. ¿Y en qué se diferencia de éstos el que sepulta en las entrañas de la tierra un tesoro que no sabe gastar, y mira como

sacrilegio el tocarlo con sus manos? Si un hombre, armado con un recio garrote, vigila noche y día sus copiosos graneros, sin atreverse, casi muerto de hambre, á tomar un solo grano, y prefiere alimentarse con amargas raíces, ó si guardando en sus bodegas mil, ¿qué digo?, trescientas mil barricas de dulce Quíos y de viejo Falerno, sólo prueba un vino avinagrado, ó si, en fin, duerme sobre la paja siendo un decrépito ochentón, mientras se pudren en sus cofres magníficos cobertores roídos por los gusanos y la polilla, parecerá sin seso á pocos de sus semejantes, porque la mayor parte adolece de la misma enfermedad.

Vejete enemigo de los dioses, ¿es el miedo ó la miseria lo que te obliga á esconder esos tesoros que mañana derrochará un hijo ó un liberto instituído heredero? ¿Tanto vas á mermar al día tus haberes, aderezando tus legumbres con mejor aceite, ó gastando otra pomada en las greñas que caen sobre tus sienes? Tienes lo bastante, ¿y aun perjuras, robas y estafas? ¿Estás en tus cabales? Si la emprendes á pedradas con las turbas, y hasta con los siervos que te costaron tu dinero, los mozalbetes y las chicuelas te tendrán por un demente; y si estrangulas á tu esposa y envenenas á tu madre, ¿diremos que está sana tu cabeza? ¿Qué más? Ni estos crímenes los perpetras en Argos, ni como Orestes matas con el hierro á la que te dió el sér en el extravío de la razón. ¿Piensas que comenzó á desbarrar después de la

tragedia de la que le llevó en sus entrañas? Pues no, que estaba su juicio completamente trastornado por las Furias antes de hundir el agudo acero en el cuello de su madre. Es más: desde el punto que Orestes cometió tan horrenda maldad, ya no ejecutó ningún acto punible; no asesinó á Pílades ni á su hermana Electra, y se contentó con abrumarlos de maldiciones, llamando á la una horripilante Furia, y vomitando sobre el otro mil denuestos en su ciego furor.

Opimio, pobre á pesar de sus talegos de oro y plata, pues bebe un vino de pésima calidad los días de hacienda, y los festivos apura el de Veyes en un jarro de tierra de Campania, cayó cierto día en un letargo profundo, y su heredero, alegre y triunfante, precipitóse tras las llaves de las arcas. El médico, tan fiel como avisado, quiso salvarle con una hábil estratagema. Manda colocar una mesa ante su vista, derrama los sacos de moneda, y así que le ve incorporarse, le dice: «Si no guardas tu capital, pronto pasará á las manos de un codicioso heredero.» «¿Estando vivo yo?» «Si quieres vivir, levántate y haz lo que te ordeno.» «¿Qué mandas?» «Las fuerzas te abandonarán muy pronto si no restauras con el necesario alimento tu estómago desfallecido. ¿Aun dudas en tomar esta tisana de arroz?» «¿Cuánto cuesta?» «Poca cosa.» «¿Cuánto?» «Ocho ases.» «¡Ah, si he de morir arruinado, ¿qué más me importa serlo por los ladrones ó por los gastos de la enfermedad?»

DAMÁSIPO

Entonces, ¿quién está cuerdo?

ESTERTINIO

El que no está loco.

DAMÁSIPO

¿Y el avaro?

ESTERTINIO

Ese es insensato y loco á la vez.

DAMÁSIPO

¿Será razonable el que no sea avaro?

ESTERTINIO

De ningún modo.

DAMÁSIPO

¿Por qué razón?

ESTERTINIO

Te la diré. Figúrate que Crátero dice: «Este enfermo no padece del estómago»; ¿concluiremos de aquí que esté en disposición de levantarse?» «De ninguna manera, te responderá, porque tiene el mal en el costado ó los riñones.» Aquel sujeto no es perjuro ni tacaño, puede inmolar un lechón á los Lares propicios; pero si es un audaz ambicioso, que navegue hacia la isla de Anticira. ¿Qué diferencia hay entre privarte de gastar el dinero ó arrojarlo á una sima?

Cuentan que Servio Opidio, dueño de antiquí-

simo patrimonio, dividió dos fincas sitas en Canusa, entre sus dos hijos, á quienes dirigió así la palabra desde su lecho de muerte: «Cuando vi, Aulo, que llevabas en la túnica suelta los dados y las nueces, y que los entregabas al primero que te los pedía para jugar, y que tú, Tiberio, los contabas y escondías con ceño adusto, temí que fueseis á dar en la más contraria demencia, conquistando el uno la fama de Cicuta y el otro la de Nomentano; así que os ruego por los dioses Penates, á ti que no disminuyas, y á ti que no te afanes por aumentar la hacienda que os lega vuestro padre. Además, para que no os seduzca el amor á la gloria, voy á ligaros con un solemne juramento. Si uno de vosotros solicita ser edil ó pretor, desde ahora le maldigo y le privo de la herencia; así no la derrochará en garbanzos, habas y altramuces, para que las turbas le abran paso en el circo, ó le levanten una estatua de bronce por haber destruído en su insensatez los caudales y campos paternos. ¿Puede aspirar á los aplausos tributados á un Agripa el astuto zorro que imita al generoso león?»

«Hijo de Atreo, ¿por qué niegas la sepultura al cadáver de Ayax?» «Porque soy rey.» «Me callo como plebeyo.» «Además, lo que ordeno es justo; pero si hay quien opine lo contrario, le permito hablar sin temor á mi resentimiento.» «Rey de los reyes, así los dioses, tras la ruina de Troya, te concedan regresar en tu armada á la Grecia, ¿conque puedo preguntar seguro de la res-

puesta?» «Pregunta.» «¿Por qué Ayax, el más grande de los héroes después de Aquiles, que alcanzó la gloria de salvar á los griegos, se pudre sin merecer la honra de la sepultura? ¿Acaso para que se regocijen Príamo y su pueblo con la afrenta del guerrero que segó tantas vidas de jóvenes troyanos, privados también del sepulcro?» «En un rapto de locura ha degollado mil ovejas, gritando que daba muerte al ínclito Ulises, á Menelao y á mí.» «Pero tú, padre desnaturalizado, ¿estabas más en tu juicio cuando en lugar de una ternera sacrificaste en Aulis á tu dulcísima hija, y rociaste con la salsamola sus hermosos cabellos? ¿Qué hizo Ayax? Degollar en su delirio un rebaño y llenar de maldiciones á los Átridas; pero no se revolvió contra la esposa ni contra el hijo, ni dañó á Teucer, ni aun al mismo Ulises.» «Á fin de arrancar las naves de una playa funesta, como rey piadoso, aplaqué la ira de los dioses con un sacrificio cruento.» «Con tu misma sangre, loco furioso.» «Con la mía, es verdad, pero sin furor.» «Al que en el extravío de la pasión confunde los dictados de lo justo y lo injusto, se le tiene por insensato, y lo mismo da que su obcecación proceda de la ignorancia que de la cólera. Ayax obra sin juicio al matar aquellos inocentes corderos; y tú que por fútiles motivos cometiste un horrendo crimen, ¿estás bien de la cabeza y crees libre de vicio tu corazón hinchado de orgullo?»

Si alguno condujese en su litera una blanca

corderita, y como á hija suya la acompañase de criadas, y la adornase con lindos vestidos y joyas de oro, y la llamase su nena, su dicha, y la destinase para esposa de un arrogante mancebo, de fijo que el pretor le privaría de los derechos civiles, encargando su tutela á los parientes; y si otro como tú, en vez de una cordera, sacrifica á su propia hija, ¿dirás que no ha perdido el juicio? Atrévete á sostenerlo. La maldad unida á la estupidez engendra la locura del peor género. Todo malvado es un loco. El hombre á quien fascina el brillo de la gloria, presta oídos á los clamores de Belona, que se goza en la sangrienta carnicería.

Ahora hablemos los dos de Nomentano y su disipación, y te convencerás de que los derrochadores son unos orates. El día que se vió dueño de un patrimonio de mil talentos, ordenó que el pescador, el frutero, el cazador, el perfumista y la vil ralea de la calle toscana, el salchichero con sus truhanes y todos los carniceros del Velabro acudiesen á su mansión por la mañana, y, en efecto, llegaron en tropel. Un alcahuete toma la palabra y le dice: «Lo que hay en mi casa y la de estos mis camaradas haz cuenta que es tuyo, y de todo puedes disponer hoy mismo, ó si te place mañana.» Aquel joven razonable les contesta: «Tú duermes sin descalzarte sobre la nieve de Lucania, para que yo sirva en mi mesa un jabalí; tú, sin miedo al temporal, me coges los peces; yo, entregado á la pereza, soy indigno de

poseer tanto caudal. Toma tú, dice, mil sestercios, tú igual cantidad y tú tres veces mayor, pero dile á tu esposa que se venga por aquí á media noche.»

El hijo de Esopo arrancó la magnífica perla que brillaba en el pendiente de Metela, y la disolvió en vinagre, por el gustazo de sorberse un millón en un solo trago. ¿Fuera tenido por más loco si la hubiese arrojado á la corriente del río ó á la inmundicia de la cloaca? Los dos hijos de Quinto Arrio, nobilísima pareja de hermanos que parecían gemelos, según eran iguales en la depravación, la frivolidad y la crápula, comían ruiseñores pagados á precios exorbitantes. ¿Qué te parecen, locos ó cuerdos? ¿Los señalaremos con greda ó con carbón?

Decimos que chochea el hombre barbudo que se divierte en construir casas de cartón, uncir ratones en un carrito, jugar á pares ó á nones y cabalgar en una caña larga; mas la razón prueba que el amor nos hace cometer mayores desatinos, y que hay poca diferencia entre revolcarse por el suelo, como acostumbrabas en los juegos de tu infancia, ó llorar enamorado á los pies de una cortesana. ¿Arrojarás las insignias de tu enfermedad, las vendas, los cintajos y la capa corta, como lo hizo el arrepentido Polemón, que después de apurar sendos tragos, rompió las coronas que ornaban su cuello al oir las duras reprensiones de un maestro que aun no se había desayunado? Ofreces á un rapaz lleno de cólera

una manzana, y se niega á aceptarla. «Toma, querido», y él erre que erre; pero no se la ofreces, y entonces él mismo te la pide; así el amante desairado discurre para sus adentros si irá ó no á la casa de su querida, á la cual, si no lo llamase, ya hubiera subido, pues no sabe apartarse de sus odiosos umbrales. «¿No subiré, dice, cuando me lo ruega? ¿Será mejor que huya del sitio de mi tormento? Ayer me despidió, hoy me llama. ¿Volveré? No, aunque me lo pida encarecidamente.» He aquí que llega el esclavo, más avisado que el dueño, y le dice: «Lo que no tiene norma ni admite consejo, no puede resolverse por las reglas de la prudencia.»

Tal es la índole del amor: primero la guerra, luego la paz. Pretender la fijeza en lo que es más móvil que los nubarrones empujados por el huracán y más voluble que la suerte, es pretender sujetar en vano á regla y medida las extravagancias de la locura.

¿Estás en ti cuando coges con los dedos las pipas de la manzana del Piceno, y te diviertes disparándolas al techo? Y cuando sin reparar en tus años persigues á una moza con balbucientes requiebros, ¿eres más sensato que al construir casas de cartón?

Añade á la locura el crimen y atiza el fuego con la espada. ¿No estaba loco de atar Mario el día que asesinó á Helas y se arrojó después á un precipicio, ó por absolverle de la nota de demente le daremos el calificativo de criminal, ponien-

do á las acciones, según es uso, nombres distintos, aunque sinónimos? Un viejo liberto en ayunas y bien lavadas las manos, corría por plazas y callejuelas gritando: «No pido imposibles; dioses, libradme á mí solo de la muerte, empresa muy fácil á vuestro poder.» Estaría sano de ojos y oídos; pero dudo que su amo al venderlo osara sin temor á un litigio garantizar su buen seso. Crísipo declara que tales individuos deben formar parte de la numerosa familia de los Menenios. «¡Oh Jove, que nos envías y quitas los grandes dolores, clama la madre de un niño cinco meses enfermo, límpialo de la fiebre, y la mañana del mismo día en que nos impones el ayuno lo bañaré desnudo en las ondas del Tíber!» Si el acaso ó el médico salvan al niño de una muerte inminente, la madre en su delirio lo matará, exponiéndolo en la helada ribera á un nuevo acceso. ¿Qué trastornó su cabeza? La superstición.

DAMÁSIPO

Tales son las armas que me dió mi amigo Estertinio, el octavo de los sabios, para no verme ultrajado impunemente. Al que me llame loco, le devolveré igual insulto y le enseñaré las alforjas que sin notarlo lleva á la espalda.

HORACIO

Así vendas á mejor precio tus mercancías después de la quiebra, que me digas, estoico, lo que sientes respecto á mi locura, pues son muchas

las especies de la enfermedad, y yo me creo en mi sano juicio.

DAMÁSIPO

Cuando en un rapto de demencia Agave llevaba en las manos la ensangrentada cabeza de su hijo infeliz, ¿se creía estar verdaderamente loca?

HORACIO

Lo confieso, rindiéndome á la evidencia de tus razones: soy un necio, y hasta un insensato; pero dime: ¿de qué clase es mi locura?

DAMÁSIPO

Óyelo: primero te gusta andar entre albañiles, esto es, pretendes imitar á los grandes, tú que apenas mides dos pies del talón á la cabeza. Te burlas de un hombrezuelo como Turbón, si le ves pasearse altivo y arrogante con sus armas; ¿y eres tú acaso menos risible? También quieres remedar á Mecenas en dichos y hechos, y en verdad que ni te le pareces ni distas poco de su grandeza. Habiendo aplastado un buey á los hijuelos de la rana ausente, uno de ellos que escapó vivo, contó á la madre que una bestia enorme les había dado muerte. «¿Cómo era de grande, así tal vez?», le pregunta hinchando su cuerpo. «Mucho mayor.» Y volviendo á hincharse más: «¿Sería ésta su corpulencia?» Y le contesta: «Son inútiles tus esfuerzos; antes reventarás que la iguales.» La fábula se hizo para ti. Á tu vanidad

junta tus versos, que es como echar aceite al fuego. Si algún poeta tuvo juicio, te concederé que lo tienes. Paso en silencio tus transportes de cólera.

HORACIO

¡Calla!

DAMÁSIPO

Tus gastos superiores á tus rentas.

HORACIO

Damásipo, ocúpate de tus negocios.

DAMÁSIPO

Tus miles de amoríos con rapaces y rapazas.

HORACIO

¡Oh loco de atar!, perdona al que lo es menos que tú.

IV

HORACIO

Catio, ¿de dónde vienes; adónde vas?

CATIO

Tengo mucha prisa, pues necesito tomar de memoria unos novísimos preceptos que se dejan atrás á los de Pitágoras, la víctima de Anito y el docto Platón.

HORACIO

Confieso que soy un impertinente al interrumpirte en tan mala ocasión, y te ruego que me dispenses; pero si alguna de esas reglas se te escapa, la recordarás inmediatamente, porque ya sea don natural, ya efecto del Arte, tienes una feliz memoria.

CATIO

Precisamente pensaba en recordarlas con puntualidad, por tratarse de cosas muy delicadas, expuestas en lenguaje más delicado todavía.

HORACIO

Dime el nombre del autor, y si es romano ó extranjero.

CATIO

Recuerdo muy bien sus máximas, y te las expondré callando su nombre. Se deben escoger los huevos de forma oblonga, por ser más frescos y de gusto más exquisito que los redondos, que encierran dentro de la cáscara el germen de un polluelo. La col plantada en el secano es mejor que la de regadío, porque el exceso del agua hace desabridas las verduras de los huertos. Si un huésped se entra de rondón en tu casa por la tarde y quieres que su paladar no rechace la carne dura de la gallina, antes de matarla báñala en vino Falerno; así se hace muy tierna. Son excelentes los hongos que se crían en los prados; de los demás no te fíes mucho. Pasará los veranos

fuerte y robusto el que tome para postre del almuerzo negras moras cogidas con la frescura de la mañana. Aufidio mezclaba con miel el vino Falerno, y hacía mal, pues al estómago ayuno sólo le convienen cosas suaves, y agradece la mezcla con un vinillo ligero. Si padeces de estreñimiento, ayudarás la evacuación comiendo almejas y caracoles con los tiernos lampazos y el vino clarete de Cos. Los mariscos lleños de carne se cogen en las lunas crecientes, aunque no todos los mares los producen de la misma calidad; los de Lucrino son más suculentos que los de Bayas. Las ostras superiores se crían en el cabo Circeo, los erizos en el de Miseno y la voluptuosa Tarento encarece sus excelentes pechinas.

Que nadie se vanaglorie de disponer con arte un festín, desconociendo el guiso y condimento especial de cada plato. No basta comprar á buen precio los más exquisitos peces del mercado, si se ignora cuáles se han de servir con salsa y cuáles á la parrilla, para despertar el apetito de los convidados. El jabalí de Umbría, nutrido con la bellota de las selvas, abruma y dobla las fuentes del anfitrión, á quien disgustan las carnes de poca substancia; el de Laurento, engordado con juncos y ovas, tiene pésimo sabor. Tampoco se distinguen por sabrosos los cabritos alimentados con hojas de cepa. Los lomos de una liebre preñada son apreciadísimos por los gastrónomos de veras. Nadie como yo ha sabido distinguir por el

gusto la edad y naturaleza de los peces y las aves. Algunos se dan por satisfechos con haber inventado una nueva pasta, y me parece bastante poco limitar el ingenio á la invención de una sola cosa; otros cuidan que el vino sea agradable, olvidándose de la calidad del aceite con que se ha de componer el pescado. Si expones el vino Másico al sereno, el aire de la noche le quitará su aspereza, perdiendo el olor especial que ataca los nervios; mas si lo cuelas por la manga, perderá toda su fuerza. El que mezcla con habilidad el vino de Sorrento y las heces de Falerno, los clarifica con huevos de paloma, pues sus yemas, al precipitarse, arrastran todas las impurezas.

Es muy fácil reanimar á un bebedor que desmaya sirviéndole esquilas asadas y ostras de África. La lechuga, después de algunos vasos de vino, sobrenada en el estómago enfermo, que se restablece pronto con unas salchichas ó lonjas de jamón, ó con cualquier otro guiso humeante de los que se sirven en inmundos bodegones. Es cosa muy importante el conocer á la perfección dos especies de salsas; la sencilla se compone de aceite de oliva dulce, mezclado con un vinillo fuerte, y con la salmuera que se enrancia en la olla bizantina; la segunda con hierbas machacadas, que se ponen al fuego, y algunos hilos de azafrán de Coricia, rociados con el aceite de las olivas de Venafro. Las manzanas del Piceno, no tan hermosas á la vista como las de Tibur, resultan más gratas al paladar. La uva de Apulia se

conserva bien en orzas; la de Alba mejor poniéndola al humo. Yo fuí el primero que las hizo servir con manzanas, salmuera y heces, pimienta blanca y sal morena en limpios y pequeños platos.

Es una estolidez gastar en el mercado tres mil sestercios en la compra de peces y servirlos amontonados en una fuente angosta. Produce náuseas al estómago que el siervo manche la copa con las manos grasientas de la salsa que lamió á hurtadillas, ó ver que el tiempo ha cubierto la taza con una capa de suciedad. Cuestan tan poco las escobas, los paños y el serrín, que el no gastarlos acusa una desidia vergonzosa. ¿Barrerás con una escoba sucia los mosaicos del suelo, y cubrirás con piezas de púrpura las colchas no lavadas en mucho tiempo? Cuanto menores son los dispendios que estos servicios ocasionan, es más justa la reprensión por su olvido que si faltase aquello que sólo suele encontrarse en las mesas opulentas.

HORACIO

Docto Catio, por nuestra amistad y por todos los dioses te ruego que no te olvides de llevarme cuando vayas á oir estas lecciones, pues aunque te las oigo decir con tanta minuciosidad, al fin como mero intérprete, no me causas el efecto que me causaría ver los gestos y ademanes característicos del maestro, dicha que tú no aprecias en lo que vale, porque la gozas; mas yo ten-

go el mayor empeño en llegar á esta fuente de la sabiduría y beber en sus aguas las máximas de una vida feliz.

V

ULISES

Una palabra más, Tiresias; respóndeme á esta pregunta: ¿por qué artes y mañas podría recuperar mi caudal perdido? ¿Te ríes?

TIRESIAS

¿No te basta, hombre sagaz, haber vuelto á tu querida Itaca y ver de nuevo los patrios Penates?

ULISES

Adivino infalible, ya ves cómo al tenor de tus predicciones vuelvo á mi palacio pobre y desnudo. Los amantes de mi mujer no han respetado mi despensa ni mis rebaños, y sin el oro, la nobleza y el valor no valen un comino.

TIRESIAS

Ya que sin ambages odias la pobreza, te enseñaré por qué medios podrás enriquecerte. Si te regalan un tordo ó cualquier otro presente, hazlo volar sin demora á la mansión de un viejo opulento. Las dulces manzanas y los frutos regalados de tu huerto ofréceselos primero á este rico, más venerable que tus Lares; y aunque sea un

ente pérfido y de obscuro linaje, y esté manchado con la sangre de su hermano, ó haya escapado de las cadenas, si te lo pide, no dudes acompañarle en público, cediéndole la derecha.

ULISES

¿Yo acompañar al bellaco Dama, yo que en la guerra de Troya competí con héroes renombrados?

TIRESIAS

Entonces resígnate á la pobreza.

ULISES

Eso nunca. Mi ánimo soportará este trabajo como sorportó otros mayores, con tal que me digas el modo de adquirir haciendas y talegos de oro.

TIRESIAS

Ya te lo he dicho y te lo vuelvo á repetir. Haz méritos con tu sagacidad para que los viejos te instituyan su heredero; y si alguno más avisado, después de morder el cebo, se burla del anzuelo, no te desalientes ni renuncies á tan lucrativo oficio. Oyes que se ventila en el foro algún litigio de mayor ó menor cuantía, pues indaga cuál de los pleiteantes es un ricachón sin prole, cuya audacia y perversidad arrastran ante el tribunal á un contrario más honrado, y declárate sin rebozo su defensor; pero si tiene hijos ó esposa fecunda abandónale, aunque su reputación te pa-

rezca intachable y su justicia manifiesta. Háblale así: «Quinto ó Publio (las orejas delicadas se deleitan al oir estos nombres), con tus prendas has conquistado mi amistad. Conozco los enredos de las leyes y el modo de defender un pleito. Preferiría que me sacasen los ojos á ver con ellos que nadie te quite lo que monta una cáscara de nuez. De mi cuenta corre que ninguno se burle de ti, ni te haga perder un solo sestercio.» Luego invítale á descansar en casa y á cuidar de su persona; conviértete en su procurador y sírvele á costa de cien fatigas, lo mismo cuando la abrasadora Canícula hiende las mudas estatuas, que cuando Furio, el de la enorme barriga, escupe copos de nieve sobre la cima de los Alpes. «¿No ves, dirá alguno, dando de codo á su vecino, qué sufrido, qué buen amigo, qué dispuesto á servirle?» Así lloverán en tu casa los atunes y se poblarán tus estanques.

Si algún hacendado cría en casa un hijo de poca salud, para que no te hagan traición tus obsequios y agasajos asiduos á los célibes, procura ganarte su voluntad y abrir la puerta á la esperanza de ser instituído el segundo heredero; que si la desgracia arrebata la vida del niño, tú ocuparás inmediatamente su lugar. Esta treta casi nunca deja de obtener éxito.

Si te dan á leer el testamento, recházalo como si lo apartases de tu vista; pero de modo que pesques con el rabillo del ojo lo que dice la segunda línea de la primer tablilla, y con rápida

mirada averigua si eres solo ó tienes otros coherederos; pues muchas veces el sutil y taimado escribano deja al cuervo con tanta boca abierta, y el captador Nasica viene á ser la irrisión de Corano.

ULISES

¿Te arrebata el furor profético, ó te burlas de mí tranquilamente, anunciándome cosas que no acierto á comprender?

TIRESIAS

¡Oh hijo de Laertes!, profetizo lo que será y lo que no ha de ser; porque el gran Apolo me ha concedido el don de adivinar lo futuro.

ULISES

Pues explícame, si puedes, el sentido de esta fábula.

TIRESIAS

Cuando un joven descendiente del piadoso Eneas llegue á ser el terror de los parthos, y engrandezca su nombre por mar y tierra, Nasica dará en matrimonio su hija mayor al valiente Corano, con el propósito de no pagarle cuanto le debe. Más tarde el yerno se vengará, entregando su testamento al suegro y rogándole que se digne leerlo. Éste lo rehusará repetidas veces, pero al fin lo tomará en sus manos, lo leerá en voz baja, y encontrará que sólo deja á él y los suyos los ojos para llorar.

No olvides tampoco otra saludable advertencia. ¿Vive en compañía del viejo chocho una mujer sagaz ó un liberto bellaco? Pues trabaja por hacerte su amigo y prodígales mil lisonjas, para que ellos te alaben en tu ausencia. Esto facilita mucho la empresa; bien que lo esencial es apoderarse del ánimo del viejo. ¿Tiene la manía de escribir infames versos? Alábaselos con descaro. ¿Es mujeriego? Pues sin necesidad de ruegos entrégale tu cara Penélope.

ULISES

¿Y crees que había de consentirlo una mujer tan púdica y honesta, que tantos amadores no pudieron apartar del camino de la honradez?

TIRESIAS

¡Bah!, porque aquellos mozalbetes eran muy poco pródigos, y más que de sus amores se preocupaban de la cocina; por eso no lograron vencer la virtud de Penélope; pero que se entregue tu esposa una vez en los brazos de un viejo, y parta contigo la ganancia, verás cómo ya no lo abandona, como el perro no suelta la piel manchada de sangre. Te contaré un hecho acaecido en mi edad provecta. Una maldita vieja de Tebas dispuso en su testamentto que el heredero cargase sobre las espaldas desnudas su cadáver, bien frotado con aceite, por si podía muerta librarse de su asedio, ya que en vida le fué imposible. Obra con cautela: ni te quedes nunca corto, ni

menos te pases de largo. El charlatán siempre es molesto al viejo melancólico y perezoso. No por eso vayas á enmudecer. Imita al cómico Davo, presentándote con la cabeza baja, como el que teme un duro castigo. No escatimes los agasajos. Si sopla el viento, aconséjale que se tape bien la cabeza; sácale de entre la turba á fuerza de empujones, presta atención á sus garrulerías, y si le gustan los elogios inmerecidos, hincha su hueca vanidad con el humo de tus lisonjas, hasta que, levantando las manos al cielo, exclame: «No más.» Y cuando por su muerte te veas libre de tan penoso cautiverio, y oigas con el oído alerta que te deja la cuarta parte de su herencia, entonces gritas: «¿Conque ya no veré en mis días á Dama? ¿Dónde hallar un amigo tan fiel y generoso?» Y si te es posible, acompaña tus lamentos con lágrimas. La prudencia te aconseja disimular la satisfacción. Levanta con grandeza el sepulcro que encomendó á tu solícito celo, y que los vecinos admiren la pompa de los funerales. Si alguno de tus viejos coherederos padece del asma y quiere comprar la parte del campo ó la casa que te ha tocado, véndesela gustoso por el precio que estime conveniente. Pero la imperiosa Proserpina me llama. Que vivas muchos años y con mucha salud.

VI

Limitaba mis aspiraciones á ser dueño de un campo de poca cabida con su huerto de recreo, su fuente de agua viva cerca de la casa, y algo más lejos su frondoso bosquecillo. Los dioses las han colmado con exceso, y les doy las gracias. Hijo de Maya, nada tengo que pedirte, como me conserves estos bienes que disfruto, y pues no me he enriquecido por réprobos medios, ni mermado mi caudal por la desidia ó el despilfarro, y tampoco rindo culto á la codicia de los que exclaman: «¡Oh, si pudiera redondear mi campo con el rincón del vecino! ¡Oh, si la suerte me descubriere una orza de plata, como aquel que halló un tesoro oculto por favor de Hércules, y en seguida labró como propietario las tierras que antes había trabajado como colono!» Y, en fin, me considero feliz con lo que poseo; acoge, oh Mercurio, mis súplicas, reducidas á que engorden mis rebaños y todo lo mío, menos el ingenio, y que sigas protegiéndome como acostumbras.

Cuando salgo de Roma y me retiro á mi casa campestre, situada en una colina, ¿en qué puedo ocupar mis ocios mejor que en escribir sátiras de estilo corriente? Allí ni la ruin ambición me exalta, ni me atemoriza el Austro peligroso, ni el otoño insalubre que ofréce tantas víctimas á la cruel Libítina. ¡Oh padre de la mañana!, y si oyes con más agrado este nombre, ¡oh Jano!, que por

orden de los Númenes presides los primeros trabajos de los hombres, sé tú también el principio de mi canto.

En Roma me haces salir de casa como fiador de un amigo, sin más remedio que correr para que otro no me gane la delantera, aunque sople el Cierzo helado ó caiga la nieve en los cortos días de invierno; y tras obligarme en términos claros y precisos á lo que acaso mañana me acarree una desazón, he de abrirme paso entre la turba, dando empujones á los que caminan despacio. El más rijoso de ellos me llena de improperios y me grita: «¿Adónde vas, aturdido? ¿Tanta prisa llevas? ¿Crees que puedes atropellar á todo bicho viviente, para llegar de un vuelo á casa de Mecenas y significarle tu agradecimiento?»

Lo confieso, estas pullas me saben á miel.

Si doy una vuelta por las Esquilias, me asaltan de frente y costado un centenar de negocios ajenos. «Roscio te ruega que asistas mañana á las ocho al tribunal del pretor. Los empleados del Tesoro me encargan, Quinto, que no dejes de acudir hoy mismo, porque han de tratar contigo asuntos de la mayor transcendencia. Haz que Mecenas ponga el sello en estos documentos.» Como les diga: «Ya veremos», «¡Bah!, si tú quieres, me responden, la cosa es hecha», y redoblan las instancias.

Hace ya cerca de ocho años que Mecenas se digna contarme en el número de sus amigos, pero

su intimidad se reduce á llevarme por compañero de viaje en su carroza y dirigirme expresiones tan frívolas como éstas: «¿Qué hora es? ¿Crees que el gladiador Galina es comparable con Siro? El frío de la mañana comienza á constipar á los poco precavidos», y otras cosas del mismo tenor, que pueden depositarse sin miedo en los oídos menos fieles. Desde aquella fecha la envidia no ha dejado de perseguirme un día ni una hora. «Ved al hijo de la fortuna, dicen; va con Mecenas á los juegos del circo, y con él se ejercita en el campo de Marte.

Apenas un rumor siniestro se esparce por la ciudad, cuantos me tropiezan me preguntan:

«Hola, amigo, tú debes saberlo todo, ya que vives tan cerca de los dioses: ¿qué has oído de los Dacios?» «Yo, nada.» «Siempre has de ser tan burlón.» «Que los dioses me aniquilen si no hablo con sinceridad.» «Al menos, dinos si las tierras que César prometió á sus soldados se las dará en Sicilia ó la misma Italia.» Se asombran cuando les juro que no sé una palabra, y me juzgan el más fiel y reservado de los hombres.

Con semejantes molestias pierdo el día entero y prorrumpo en tales votos: «¡Oh, mi amada granja, ¿cuándo te veré de nuevo? ¿Cuándo podré bajo tu techo recrearme, ya con los libros de los antiguos, ya con la quietud del descanso ó las delicias del sueño que me hagan olvidar las impertinencias de tráfago tan agitado? ¿Cuándo en mi sencilla mesa comeré las habas consanguíneas

de Pitágoras y las berzas de mi huerto compuestas con un lardo substancioso?» ¡Oh noches! ¡Oh banquetes celestiales, en que mis amigos y yo cenamos al amor de la lumbre, acompañados por los siervos, que también toman parte en el festín! Los comensales empinan el codo á su sabor, libres de fastidiosas etiquetas, sin reparar en el que apura sendas tazas, ni en el que bebe con parsimonia, y se animan los coloquios, no para escudriñar las casas y granjas de los vecinos, ni para discutir la habilidad de Nepos en la danza, sino para tratar de asuntos más interesantes, y que es una desgracia ignorar. ¿Es la virtud ó la riqueza la que hace felices á los hombres? ¿Debe la conveniencia ó la honradez forjar los lazos de nuestras amistades? ¿Cuál es la naturaleza de lo bueno y en qué consiste el supremo bien? Entre estas cuestiones, el amigo Cervio intercala por recreo algunos cuentos de viejas, y si un comensal pone por las nubes las riquezas de Arelio, le interrumpe con esta fabulilla:

«Es el caso que un ratón campestre recibió un día en su agujero la visita de un ratón ciudadano, su antiguo huésped y camarada. Era aquél muy sobrio y económico, pero sabía, en obsequio de sus amigos, vaciar los víveres de la despensa; en resumen, que le regaló con los garbanzos y los granos de avena que guardaba escondidos, y le trajo en la misma boca dulces pasas y buenos trozos de tocino rancio, creyendo disipar con este banquete el soberbio fastidio de su huésped,

que probaba de todo con aire desdeñoso, mientras el amo de la casa, tendido sobre un montón de paja fresca, sin tocar los manjares delicados, se contentaba con unos granos de trigo y cebada. El ratón ciudadano le habló de este modo: «¿Es posible que vivas á gusto entre las malezas de un bosque inculto? ¿No son preferibles la ciudad y sus habitantes á las selvas de las fieras salvajes? Sigue mis consejos y vente en seguida conmigo. Todos los que habitamos la tierra hemos de fenecer algún día, pues ni grandes ni pequeños escapan á las garras de la muerte. Así, buen amigo, en cuanto puedas procura vivir contento y alegre. Ten presente la brevedad de la vida.» Estas palabras persuaden al ratón campesino, que salta ligero de su escondite, y los dos juntos se encaminan á la ciudad, resueltos á escalar sus murallas por la noche. Ya ésta había llegado á la mitad de su curso, cuando se introducen en una mansión opulenta donde ven magníficos lechos de marfil cubiertos con tapices de roja púrpura, y multitud de viandas sobrantes del día anterior amontonadas en los canastillos.

»El ratón ciudadano obliga á descansar al campesino sobre un tapiz de púrpura, corre de acá para allá, como solícito huésped le sirve las viandas sin descanso, y por cumplir mejor con su oficio de siervo, prueba antes los platos que le ofrece.

»El ratón del campo, tendido á la larga, bendice su buena suerte, y en su cara sonriente se pinta

la mayor satisfacción; pero de repente se abren con estrépito las puertas, saltan los dos azorados del lecho, y con espanto y medio muertos corretean por toda la sala. Era que se habían aparecido dos molosos que hacían retemblar la casa con sus ladridos. Entonces el ratón campesino dice á su compañero: «No me conviene esta vida; gózala tú y pásalo bien. La selva y mi tranquilo agujero, libres de asechanzas, me consuelan bastante de la sobriedad de mis banquetes.»

VII

DAVO

Después de oir tanto tiempo querría decirte dos palabras, pero como esclavo temo tu resentimiento.

HORACIO

¿Es Davo?

DAVO

Davo, sí; el siervo amante de su amo, y bueno lo bastante para que merezca vivir.

HORACIO

Ea, pues, habla con la libertad propia de las fiestas saturnales, ya que nuestros antepasados así lo establecieron. Vamos, empieza.

DAVO

Gran parte de los hombres cursa la carrera del vicio y se obstina en él ciegamente; otra parte no menor anda indecisa, ya por el camino derecho, ya por senderos extraviados. Unos días Prisco llevaba tres anillos en la mano, otros ninguno; siendo tan voluble, que por horas mudaba de traje. Abandonaba un magnífico palacio, y se metía de rondón en un zaquizamí de donde un liberto honrado no hubiera salido sin mengua de su fama. Ya vivía como un libertino en Roma, ya como un filósofo en Atenas, cual si hubiese presidido á su nacimiento el dios de las mudanzas.

El truhán Volanerio, desde que la gota, bien merecida por sus desórdenes, le imposibilitó el juego de las manos, ha tomado á sueldo un mozo que le recoja y eche los dados del cubilete, y, esclavo de su pasión favorita, es menos miserable que Prisco, danzando siempre en una cuerda, ó tirante ó floja por extremo.

HORACIO

Bribón, ¿no me dirás contra quién van tus impertinentes habladurías?

DAVO

Contra ti.

HORACIO

¿Contra mí, infame?

DAVO

Ensalzas las costumbres y la fortuna de nuestro antiguo pueblo, y si un dios te trasladase de repente á aquellos tiempos, renegarías del favor recibido; porque no sientes de veras lo que dices, ó porque no lo defiendes con la necesaria firmeza, y hundes más tus pies al esforzarte por sacarlos del fango. En Roma suspiras por tu granja, y cuando estás allí pones en las nubes la vida de Roma. Si no estás invitado á ningún banquete, elogias las legumbres tranquilas de tu olla, y te reputas feliz y venturoso porque no te obligan á salir de casa, como si te llevasen á los festines atado de pies y manos; pero que Mecenas te escriba que te aguarda en su mesa al anochecer, ¡aquí es ella! «¿Nadie me trae los perfumes? ¿Todos se han vuelto sordos?» Y tras levantar gran batahola, sales precipitadamente, y Milvio y los demás truhanes se retiran echándote maldiciones que no llegan á tus oídos. Confieso, ¿á qué negarlo?, que soy un glotonazo, que el olor de un buen guiso me saca de quicio, que peco de flojo y holgazán, y que tengo mis puntas de borracho; pero tú eres otro que tal, ó acaso peor, y me reprendes como varón intachable que disimula con buenas palabras sus defectos. ¿Qué dirás si te pruebo que eres más insensato que yo, á quien compraste por cincuenta dracmas? No me amenaces con los ojos, detén las manos, templa la cólera, y te contaré lo que me dijo el portero de Crispino. Tú te

pirras por la mujer del prójimo, mientras yo me avío con las meretrices. Vamos, ¿quién de los dos debe patalear en la horca? Si el apetito enciende mis deseos, la mujerzuela que á la luz de su lámpara me acoge desnuda en el lecho, y con sus movimientos lascivos agita mi cuerpo inflamado, me permite salir del tugurio sin mengua de mi fama, y sin cuidarme de que otro más rico ó gallardo me suplante; mientras tú dejas de ser lo que aparentas, cuando te despojas de tus insignias, del anillo de caballero y la toga romana, y de juez respetable te conviertes en un vil Dama, envolviendo en el capuchón tu perfumada cabeza. Entras con miedo en la habitación, y el miedo, en lucha con el apetito, te hace temblar hasta la medula de los huesos. ¿Qué más da que te maten á palos ó á puñaladas, que pierdas la libertad ó tengas que esconderte en el arca donde te introduce la confidenta de tus devaneos, dejándote acurrucado con la cabeza entre las rodillas? Y el marido de la mujer adúltera tiene derechos terribles sobre los dos delincuentes; aunque mayores sobre el seductor. Ella, al fin, no muda de casa ó vestido, ni cede á todas tus exigencias, porque desconfía de tu amor. Con toda tu prudencia pasarás por la horca, dejando en las manos de un marido furioso la hacienda, la vida y la reputación. ¿Conseguiste salir bien del trance? Debo esperar que en adelante te muestres más cauto y temeroso. ¡Qué error! Buscas nuevamente la ocasión, te arrojas á peligros que pue-

den costarte la piel, y esclavo del vicio recaes en sus lazos. ¿Qué fiera salvaje vuelve á las cadenas rotas de que una vez se ha librado? Me respondes que no eres un libertino; yo tampoco soy un ladrón, cuando paso por delante de tu vajilla de plata sin tocarla. Quita el peligro, y tu inclinación se desbocará rompiendo todos los frenos. ¿Y tú eres mi amo, tú por completo supeditado á tantos negocios y tantas personas, tú á quien la varilla del pretor, impuesta tres ó cuatro veces, no sería bastante á librar de la esclavitud de tus sombríos temores?

Añade á lo dicho esta reflexión de importancia. Si el que sirve á un esclavo es su vicario ó su consiervo, según nuestras costumbres, ¿qué soy yo para ti? Cierto que mandas sobre mí, pero obedeces á otros que guían tus pasos, como los alambres que mueven los muñecos de los titiriteros.

¿Quién es el hombre verdaderamente libre? El sabio que se gobierna á sí mismo, que no teme la pobreza, la muerte ni la prisión; que con varonil constancia resiste los asaltos de las pasiones, sabe menospreciar los honores, y seguro de sí mismo, como un cuerpo terso y redondo, se desliza con facilidad, sin que ningún obstáculo detenga sus movimientos y sin abatirse jamás por los reveses de la fortuna. ¿Te reconoces por alguno de estos rasgos? Una mujer te sonsaca cinco talentos, se burla de ti, te expulsa de su casa y te echa en la cabeza un jarro de agua fría; poco después te

vuelve á llamar. Descarga de tu cuello tan torpe coyunda, y grita: «Soy libre, sí, lo soy.» ¡Ah!, no puedes; un tirano implacable domina tu corazón, te clava sus punzantes flechas, y aunque te resistas, te gobierna á su antojo.

Al detenerte extasiado ante un cuadro de Pausia, ¿eres menos simple que yo cuando tendido á pierna suelta admiro las luchas de Fulvio, Rútulo ó Placideyano, pintadas tan al vivo con almagre y carbón, como si aquellos atletas peleasen de veras, moviendo las armas y esquivando con destreza los golpes? Pues bien: Davo es un holgazán, un perdido, y tú un hombre perito en antigüedades y juez irrecusable de su valor. Yo soy un bribonzuelo, si me entusiasmo con el olorcillo de un pastel caliente, y tú un probo y eximio ciudadano, engullendo los manjares de suntuosos festines. Mi glotonería me es harto fatal; siempre la pagan mis espaldas; pero tampoco tú saboreas impunemente aquellos delicados manjares que no se compran con poca plata, porque los hartazgos del vientre te producen indigestiones horribles, y tus pies temblorosos vacilan bajo la carga de tu cuerpo debilitado.

Delinque el siervo que trueca por un racimo de uvas un peine hurtado; y el señor que vende su patrimonio por satisfacer la gula, ¿no es más siervo todavía? Además, no sabes vivir una hora á solas contigo ni emplear oportunamente tus ocios. Como fugitivo vagabundo, tratas de huir de ti mismo, y sólo aciertas á calmar tus zozobras

con el sueño ó con el vino. ¡Inútil empeño! Pues, como enemigo implacable, el temor te persigue en la huída.

HORACIO

¿Quién me dará una piedra?

DAVO

¿Para qué?

HORACIO

¿Quién me traerá las flechas?

DAVO

Este hombre, ó está loco ó compone versos.

HORACIO

Si no te quitas pronto de mi presencia, te enviaré, como el noveno de mis esclavos, á trabajar en mi campo de Sabina.

VIII

HORACIO

¿Cómo te fué en el banquete del rico Nasidiemo? Porque buscándote ayer para convidarte, me dijeron que estabas en su casa desde mediodía.

FUNDANIO

Muy bien; en la vida me he divertido más.

HORACIO

Cuéntame, si no es indiscreción, qué plato aplacó el primero la ansiedad del vientre.

FUNDANIO

El primero fué un jabalí de Lucania, cogido, según el anfitrión, cuando soplaba el Austro más benigno, y venía rodeado de frescos rábanos, hojas de lechuga y otras raíces estimulantes del apetito, con chirivías, salmuera y heces de vino de Cos. Tras este servicio, un esclavo con la túnica remangada pasó por la mesa un trozo de púrpura, y otro recogió los relieves inútiles que podían ofender la vista de los comensales. Con el paso solemne de la virgen ateniense que lleva los canastillos en las fiestas de Ceres, un negro Hidaspes nos presentó los jarros de Cécubo, y Alcón los del vino de Quíos sin agua del mar. Entonces el amo dijo á Mecenas: «¿Te gusta más el de Alba ó el Falerno? Tengo de los dos.»

HORACIO

¡Míseras riquezas! Ahora dime, Fundanio, los nombres de los convidados con quienes pasaste tan felizmente la tarde.

FUNDANIO

Yo estaba á la cabecera, junto á mí Visco Turino, y más lejos Vario, si no me es infiel la memoria. Mecenas en medio de Vibidio y Servilio Balatrón, que eran sus sombras, y Nasidie-

mo entre Nomentano y el hambrón Porcio, que nos hacía perecer de risa tragándose un pastel de cada bocado. Nomentano cumplía su misión de señalarnos con el índice los guisos suculentos en cuyo mérito no reparábamos, pues como turba famélica engullíamos sin distinción aves, peces y mariscos, que tenían sabor muy diferente de los de su clase, como lo probaron unos hígados de platija y rodaballo que nunca los comimos mejores. Después me hizo notar que las manzanas eran de más hermoso color cogidas en la luna menguante; él te explicará la causa del fenómeno. Entonces Vibidio dice á Balatrón: «Morimos sin venganza si no bebemos hasta arruinarlo», y pide copas más grandes. En el rostro de Nasidiemo pintóse una espantosa palidez; á nada temía tanto como á los bebedores desmandados, ya porque sueltan la lengua con excesiva libertad, ya porque la fuerza del vino embota la delicadeza del paladar; Vibidio y Balatrón colman las copas de Alifo, y sus compañeros los imitan. Sólo los convidados del último lecho se reportaron en la bebida.

En espaciosa fuente sacan una murena rodeada de cangrejos que nadan en la salsa, y el dueño nos dijo: «Se cogió estando preñada; después del parto su carne sería menos gustosa. La salsa se compuso con el aceite fino de Venafro, la salmuera del bonito de España, y vino de cinco años de Italia mientras hervía, y una vez cocida, se le echó vino de Quíos, insubstituíble en este

caso, pimienta blanca y vinagre de la uva de Metimno.»

Yo fuí el primero que enseñó á cocer los verdes elenios y los jaramagos, que la salmuera del marisco hacen tan gustosos; pero Curtilo se me adelantó en guisar los erizos sin lavarlos en agua dulce. De pronto cae el pabellón del techo sobre la fuente, levantando mayor polvareda que la que mueve el Aquilón en la llanuras de Campania. Grande fué nuestro susto; pero nos repusimos al ver que la cosa no era de peligro. Nasidiemo, con la cabeza baja, rompe á llorar, como si se le hubiera malogrado su hijo en la flor de la edad, y á saber cuándo acabara, si no lo consolase así el amigo Nomentano: «¡Oh Fortuna! ¿Qué dios es tan cruel como tú contra nosotros? ¡Cómo te diviertes en burlar los proyectos humanos!» Vario apenas podía ocultar sus risotadas con la servilleta, y Balatrón, en tono de fisga, exclama: «Tal es nuestra condición; jamás el éxito responde á los esfuerzos. Te afanas por que cenemos bien, cuidas solícito de que el pan esté en su punto, que la salsa sea exquisita, que los siervos se presenten jarifos y lustrosos, que no caiga el pabellón, como acaba de suceder, y que los mozos no resbalen y te rompan los platos. Y es que á un anfitrión le sucede lo que á un general en jefe: más que los prósperos, suelen descubrir sus dotes los sucesos desfavorables.» Nasidiemo le contesta: «Así los dioses te concedan cuanto les ruegues, por hombre de bien y

fino convidado.» Pide los zapatos, y se escurre. Levántase un confuso rumor, y cada cual habla en secreto con su vecino.

HORACIO

¡Cuánto me hubiera divertido tal espectáculo! ¿Y no hubo además algún otro motivo de risa?

FUNDANIO

¡Ya lo creo! Mientras Vibidio pregunta á los criados si se habían roto todas las botellas puesto que nadie le daba de beber, por más que lo pedía, y Servilio nos hace reir con sus picantes anécdotas, vuelve Nasidiemo con la frente serena, dispuesto á reparar los contratiempos de la mala suerte. Detrás, los siervos traen una gran fuente llena de trozos de grulla, rociados con sal y harina; hígados de ánade blanco, con dulces higos, y filetes de liebre, bocados muy suculentos si se cortan de los lomos. Sirviósenos luego unos zorzales medio quemados y unos pichones sin rabadilla, platos en verdad apetitosos, si el dueño no ponderase con tanto encomio su sabor exquisito, y por vengarnos de sus retóricas escapamos sin probarlos, como si los hubiese infestado el aliento de Canidia, más ponzoñoso que el de las sierpes africanas.

EPÍSTOLAS

LIBRO PRIMERO

I

Á MECENAS

Tú, Mecenas, á quien dediqué los primeros y hoy dedico los últimos cantos de mi Musa, ¿pretendes que, después de tantos afanes y de haberme retirado, vuelva de nuevo á los combates del circo? Ni mi ánimo ni mi edad son los de otro tiempo. Veyano ha colgado sus armas en el templo de Hércules, y vive en el retiro del campo, por no verse expuesto á implorar tantas veces la piedad del pueblo al extremo de la arena. Una voz insistente me grita al oído: «No emplees en tu servicio el caballo ya viejo, que puede caer jadeante y provocar las risas del vulgo.»

Así que renuncio á los versos y demás entretenimientos, y busco las fuentes de lo verdadero y lo bueno, poniendo en esto todos mis sentidos. Escribo y compongo obras que me sirvan de provecho en adelante. No me preguntes qué

genio guía mis pasos, ó qué escuela sigo; dispuesto á no jurar sobre la palabra de ningún maestro, arribaré como huésped adonde el ímpetu del viento me lleve. Ahora, rígido partidario y defensor celoso de la verdad y la virtud, me lanzo sin miedo en el torbellino de los negocios públicos, ahora me resbalo sin sentir hacia la escuela de Arístipo, y me esfuerzo en sobreponerme á las circunstancias, para que éstas no imperen sobre mí.

Como parece larga la noche á quien espera la cita de una moza, el día perezoso al fatigado jornalero, y el año casi eterno al pupilo que vive bajo la tutela de una madre despótica, así me parece tarda y lenta la marcha del tiempo, que retrasa mi deseo y resolución de hacer aquello que debe aprovechar igualmente á ricos y pobres, y cuyo olvido puede perjudicar lo mismo á jóvenes que ancianos. Sólo resta que yo me gobierne y rija por tales preceptos. No tienes la vista perspicaz de Linceo; mas no por eso descuides curar tus ojos enfermos, ni permitas que la gota se apodere de tu cuerpo, porque no lo fortalece la musculatura del invicto Glicón. Ya que no logremos llegar hasta el fin, lleguemos á la mitad del camino. ¿Es tu corazón presa de la avaricia ó se enciende en ardientes deseos? Hay reglas y máximas que calmen sus tempestades ó las alivien al menos. ¿Te abrasa la ambición? El remedio seguro es releer tres veces con afán un pequeño libro. ¿Eres envidioso, holgazán, borra-

cho, pronto á la ira y amigo de mujerzuelas? Pues bien: no hay índole tan feroz que no se dulcifique prestando dóciles oídos á los consejos de la prudencia. La aversión al vicio es el principio de la virtud, y la mayor sabiduría librarse de la insensatez. ¡Con cuántos afanes y quebraderos de cabeza esquivas lo que consideras un grave mal, como una renta escasa ó la vergüenza de una repulsa!

Huyendo de la pobreza, como mercader intrépido, corres á los confines de la India, á través de los mares, los escollos y el fuego; mientras descuidas oir y aprender el desprecio de lo que insensato admiras y ambicionas, rebelde á las más provechosas advertencias. ¿Cuál es el atleta de plazuelas y villorrios que despreciase la palma de las luchas olímpicas pudiendo alcanzarla sin grandes esfuerzos? La plata es más vil que el oro, y el oro que la virtud. «Oh ciudadanos: el dinero ante todo, después la virtud.» Tal es el grito que se oye entre los corrillos de la plaza; tal lo que cantan jóvenes y viejos con la bolsa apretada y las tablillas bajo el brazo izquierdo. Eres hombre de valor, honradez, facundia y buenas costumbres; sin embargo, te confundirás con la plebe, si te faltan seis ó siete mil para completar la suma de los cuatrocientos mil sestercios.

Pero los niños en sus juegos exclaman: «Serás rey obrando como debes.» No tener de qué avergonzarse y vivir libre de culpa, he aquí la mura-

lla de bronce que ha de defendernos. Dime, si lo sabes, ¿qué pesa más, la ley Roscia ó la canción de los niños que ofrece el cetro á los que obran rectamente, y que cantaron hombres de temple tan varonil como los Curios y Camilos?

¿Acaso te aconseja mejor quien te induce á que hagas dinero, si puedes honradamente, y si no de cualquier modo, para oir en asiento de preferencia las tragedias lloronas de Pupio, ó el que te enseña y exhorta á sufrir con entereza los golpes de la ingrata fortuna? Si el pueblo romano me preguntase por qué razón, ya que paseo por sus mismos pórticos, no me acomodo á sus opiniones ni sigo ó rechazo aquello que él tiene en estima ó aborrecimiento, le contaría lo que en tiempos pasados dijo la astuta zorra al león enfermo: «Porque me asusta ver las huellas de los que te visitan, todas hacia la entrada y ninguna hacia la salida.»

El vulgo es un monstruo de mil cabezas: ¿por cuál de ellas guiarme, ó qué partido tomar? Unos se hacen arrendatarios de las rentas públicas, otros con dulces y pasteles tratan de conquistarse el favor de las viudas avaras, ó de coger en sus redes á los viejos célibes, metiéndolos en sus viveros, y muchos aumentan su caudal á fuerza de usuras; y no extraño las inclinaciones diferentes de cada sujeto, sino que nadie sea constante en las mismas. Dice un rico: «No hay sitio tan ameno como Bayas en la redondez del orbe»; y en seguida el lago y el mar sienten el peso de

su predileccion; pero si un nuevo capricho le asalta, ordena á sus operarios que á la mañana del siguiente día cojan sus herramientas y se trasladen á Teano. Goza las delicias del lecho conyugal, y sostiene que no hay vida como la del soltero; vive sin mujer, y cree que sólo los maridos son felices. ¿Con qué lazo sujetar á tan mudable Proteo?

¿Y el pobre? ¡Cómo hace reir! Cambia por instantes de cama, baño, cenador y barbero; y en la barca alquilada se marea como el rico en la trirreme de su propiedad.

Te burlas de mí cuando me presento á tu vista con el pelo mal cortado, con la camisa rota bajo la túnica nueva, ó con los pliegues de la toga en desorden; pero si mis opiniones andan en desacuerdo con mis actos, y desprecio ahora lo que antes anhelaba, y vuelvo á solicitar lo que había rechazado, y hago de mi vida entera una serie continua de contradicciones, pues ya destruyo, ya edifico, y reduzco lo cuadrado á redondo, entonces no te ríes, porque comprendes que es una locura común, y no estimas que necesito del médico ni de la curatela dada por el pretor; y eso que eres el sostén de mi vida, y no perdonas una uña mal cortada al amigo que vive por ti y para ti. En resumen: el sabio sólo es inferior á Jove, es rico, libre, honrado y hermoso, rey de los reyes, y goza de cabal salud cuando no le molestan las fluxiones.

II

Á LOLIO

¡Oh gran Lolio! Mientras en Roma ocupan tus ocios elocuentísimas declamaciones, yo he vuelto á leer en Preneste al cantor de la guerra de Troya, que nos enseña lo que es noble ó vergonzoso, útil ó nocivo, con lecciones más sabias y persuasivas que las de Crísipo y Crantor.

Oye el fundamento de mi opinión, si los negocios no te lo impiden. El poema que relata el largo duelo entre Grecia y Asia por los funestos amores de Paris, nos pone de relieve las locuras de los reyes y las pasiones de los pueblos. Antenor cree conveniente quitar el pretexto de la guerra, y Paris jura que á tanta costa jamás reinará tranquilo ni vivirá feliz. Néstor trabaja por reconciliar á Aquiles con Agamenón; á éste ciega el amor, y á los dos la ira. Los delirios de los reyes los pagan los pueblos. La sedición, el crimen, la lujuria y la cólera reinan dentro de los muros de Ilión y fuera también.

La Odisea, para probarnos lo que pueden el valor y la sagacidad, nos presenta un modelo acabado en Ulises, que, vencedor de Troya, recorrió muchas ciudades, conoció las costumbres de muchos pueblos, y sufrió en alta mar los mayores trabajos al volver con sus compañeros á Itaca, flotando sobre las olas de la adversidad. Ya sabes

lo que se cuenta de las voces de las Sirenas y las copas de Circe, que de apurarlas como sus compañeros, con imprudente avidez, esclavo de una meretriz, hubiera vivido torpe y vergonzosamente bajo la forma de un perro inmundo ó de un puerco que se revuelve en el fango. Nosotros pertenecemos al montón, y sólo servimos para comer, como los pretendientes de Penépole ó los cortesanos de Alcinoo, jóvenes entregados á los adornos y afeites, que hacían gala de levantarse á mediodía, y desterrar el tedio á los dulces acordes de la lira.

Los ladrones se levantan por la noche para degollar á sus víctimas, ¿y tú no madrugarás para salvarte? Pues si rehusas andar en buena salud, tendrás que hacerlo estando hidrópico, y si antes de amanecer no pides una luz y un libro, donde aprendas cosas útiles y honestas, bien pronto te sentirás desvelado por los tormentos del amor ó la envidia. ¿Por qué te apresuras á quitar la pajuela del ojo, y cuando la dolencia radica en el alma difieres la curación todo un año? El que comienza tiene ya hecha la mitad. Corre tras el saber sin tardanza. El que aplaza la hora de vivir honradamente, se parece al labriego que espera pasar el río cuando quede seco, y el río corre y correrá por los siglos de los siglos.

Los hombres ansían el dinero, una esposa rica que les dé tiernos vástagos, y selvas incultas que la reja del arado convierta en tierras de labor. Teniendo lo suficiente, no aspires á más. Ni la

casa, ni la hacienda, ni los montones de oro, alivian la fiebre del cuerpo ni calman las zozobras del ánimo. La salud es indispensable para gozar los bienes que se poseen. La casa y la hacienda hacen menos feliz al que teme ó ambiciona que un cuadro á un enfermo de los ojos, los fomentos á los gotosos y las suaves vibraciones de la lira á los que padecen alguna fluxión. Si el vaso no está limpio, avinagra el licor que recibe. Huye de los deleites que se compran á costa del dolor. El avaro siempre es pobre; limita tus aspiraciones. El envidioso enflaquece con la dicha ajena. Los tiranos de Sicilia no inventaron tormento mayor que la envidia. Quien no reprime la cólera sentirá haber cedido á las instigaciones del dolor y el despecho, luego que por satisfacer su odio implacable haya realizado su furiosa venganza. La cólera es un furor instantáneo; hay que esclavizarla para que no nos domine; sujétala con frenos y si es posible con cadenas.

El caballo dócil y de pocos años aprende bien el camino por donde le lleva el diestro caballero; el perro de caza ladra en casa á la piel de los ciervos, antes de salir en su persecución por los bosques. Pues eres joven, no descuides alimentar tu alma con útiles máximas y entregarte á los más sabios maestros. La vasija conserva largo tiempo el perfume del licor que primero ha contenido. Por lo demás, que aceleres tus pasos ó que los retardes, no será motivo bastante ni para detenerme ni para apresurar mi camino.

III

Á JULIO FLORO

Julio Floro, estoy impaciente por saber en qué comarcas guerrea Claudio, el alnado de Augusto. ¿Está en la Tracia ó junto al Ebro, que encadenan los hielos, ó en el estrecho formado por dos pueblos vecinos, ó le detienen los feraces campos y los montes de Asia? También me interesan las ocupaciones de la cohorte de sabios que le acompaña. ¿Quién tomó á su cargo narrar las hazañas de Augusto y transmitir sus guerras y paces á los siglos venideros? ¿Cómo lo pasa Ticio, ese que ha de llenar pronto la ciudad con su nombradía, porque bebe su inspiración en la fuente de Píndaro, desdeñando los lagos y ríos accesibles á todos? ¿Está bueno? ¿Se acuerda de mí? ¿Trabaja alentado por las Musas en armonizar los metros tebanos con la lira latina, ó bien entretiene sus ocios en dialogar asuntos trágicos? ¿Qué hace mi buen Celso? Le he aconsejado y le aconsejaré mil veces que nos muestre sus propios tesoros, y no se enriquezca con los escritos guardados en el templo de Apolo; pues si los pájaros llegan un día á reclamar sus plumas, provocará las risas del vulgo, como una corneja á quien quitan las hurtadas alas. ¿Y tú en qué te ocupas? ¿Revoloteas en torno de los tomillos? Tienes un ingenio culto al par que delicado, y ya defiendas

al cliente en el foro, ya desentrañes el sentido de las leyes civiles, ya escribas versos encantadores, sabes ganar el primero la corona de hiedra que se ciñe al vencedor. ¡Ah! Si pudieras substraerte al influjo letal de las pasiones, volarías muy alto en alas de tu sublime saber. Éste es el trabajo, éste el estudio propio de grandes y pequeños que quieren servir á la patria y vivir al mismo tiempo venturosos. No dejes de escribirme si sientes por Munacio aquel afecto que le debes, ó si han vuelto á romperse los lazos de vuestra amistad; y sea el ardor de la sangre, sea la inexperiencia lo que atice el resentimiento de vuestros corazones indómitos, no deis el ejemplo, dondequiera que viváis, de romper unión tan íntima y fraternal. He prometido sacrificar á vuestra vuelta una ternera bien rolliza.

IV

Á ALBIO TIBULO

Albio, crítico ingenuo de mis obras, ¿qué haces ahora en los campos de Pedum? ¿Escribes tanto que venzas á Casio el de Parma, ó discurres á solas por el bosque, meditando en los deberes propios del varón sabio y honrado? No eres tú un cuerpo sin alma. Los dioses te dieron gallardía, riquezas y el arte de gozarlas. ¿Qué más pide en sus votos la nodriza para el tierno niño, que la sabiduría, la elocuencia, la gloria, el favor, una

salud á toda prueba y una bolsa nunca vacía que le asegure el sustento? Entre la esperanza y la zozobra, entre el temor y la ira, reflexiona que el día que amanece puede ser el último de tu existencia. Así te será más grata la hora que no esperabas. Si quieres reir un poco, hazme una visita, y me encontrarás gordo, rollizo y con la piel muy lustrosa, en fin, como un cerdo de la manada de Epicuro.

V

Á TORCUATO

Si no hallas, Torcuato, inconveniente en reclinarte sobre los lechos del carpintero Arquías, y no te repugna el cenar unas hortalizas servidas en modestísimos platos, al caer el sol te aguardo en mi casa. Probarás un vino que data del segundo consulado de Tauro, de las viñas que hay entre los pantanos de Minturna y las rocas de Sinuesa. ¿Lo tienes tú mejor? Pues tráelo ó sufre la ley. Hace rato que el fogón está encendido, y los muebles limpios como el oro, en tu obsequio. Da al olvido las esperanzas livianas, las competencias de riquezas y la causa de Mosco. Mañana es el natalicio de César, y podremos dormir cuantas horas nos plazca, y entretener alegremente esta noche de verano en pláticas sabrosas. ¿Qué vale la fortuna si no la gozamos? ¿No es un insensato quien por dejar rico á su heredero se

trata con sobriedad cercana de la miseria? Yo daré el ejemplo en beber y esparcir flores, aun á riesgo de que me califiquen de excéntrico. ¿Qué milagros no realiza la embriaguez? Descubre los secretos, trueca en realidad la esperanza, convierte al cobarde en un león, aligera la carga de los cuidados y sutiliza el ingenio. Una copa llena, ¿á quién no hace elocuente, á quién no alivia de los rigores de la pobreza? He procurado y dispuesto con viva solicitud que las camas estén limpias, que los manteles no ofendan las narices de los comensales, que puedan éstos mirarse el rostro, como en un espejo, en las copas y los platos, que no se recline ninguno que al salir divulgue nuestros secretos, y que cada cual ocupe el lugar correspondiente. He convidado á Bruto y Septimio, y también vendrá Sabino, si no se ha comprometido ó no le detiene alguna muchacha en sus brazos. Más gente cabe en la mesa, pero la estrechez es incómoda y produce malos olores. Contéstame con qué amigos vienes, déjate de ocupaciones, y escúrrete por el postigo, burlando al cliente que te espera en el vestíbulo de la mansión.

VI

Á NUMICIO

No admirarse apenas de nada es, ¡oh Numicio!, lo único que puede hacernos y conservarnos

venturosos. Hay gentes que ven sin el menor asombro el giro del sol y las estrellas, y sucederse las estaciones con admirable concierto. ¿Qué piensas respecto á los dones de la tierra y el mar que enriquece las costas de los indios y árabes, qué de los juegos del circo y del aplauso y favor del pueblo apasionado? ¿De qué modo, con qué sentimientos y consideraciones debemos mirar estas cosas? El que teme perderlas es tan infeliz como el que las desea; el pavor embarga por igual, y aterra al uno y al otro de improviso. Que ría ó llore, que tema ó desee, poco importa; pues cuanto ve mejor ó peor de lo que le prometen sus esperanzas, le oprime el pecho, le entristece el alma y le obliga á clavar los ojos en el suelo. El sabio pasaría por insensato y el justo por ruin malvado, persiguiendo la virtud más allá de sus límites. Corre ahora en pos de riquezas, estatuas, bronces y obras artísticas; adórnate con la púrpura de Tiro y las piedras preciosas, engríete al contemplar miles de personas pendientes de tu elocuencia, sal diligente al foro por la mañana, y no vuelvas á casa hasta el anochecer, para que Muto no coseche mayor cantidad de grano en los campos de su esposa, porque habiendo nacido de baja alcurnia, más que digno de ser admirado por ti, debes tú ser el objeto de su admiración.

El tiempo saca á la luz lo escondido bajo tierra, y sepulta y esconde lo que antes brillaba. Aunque el pórtico de Agripa y la vía Apia te

conocen muy bien por tu fausto, irás á parar adonde fueron Anco y Numa. Cuando padeces un dolor de costado ó riñones, buscas pronto remedio á tus males. ¿Quieres vivir dichoso? ¿Quién no lo desea? Pues si sólo la virtud es capaz de traerte la felicidad, sigue su camino y renuncia á frívolos placeres; mas si crees que la virtud es una palabra hueca, como un bosque un montón de leña, procura que nadie se te anticipe en arribar al puerto, y no eches á perder los negocios de Líbira y Bitinia.

Reune mil talentos, otros mil, un tercer millar y otro después, que cuadruplique la primera suma. En verdad, el oro es un rey que nos proporciona crédito, esposa rica, amigos, alcurnia, belleza, y hasta el amor y la elocuencia dispensan sus favores al opulento. No te parezcas al rey de Capadocia, rico en esclavos y pobre en dinero. Dícese que los cómicos pidieron prestadas á Lúculo cien clámides de púrpura, con motivo de una representación escénica. «¿Cómo puedo proporcionar tantas?—exclamó—. Pero, en fin, buscaré las que haya, y enviaré las que encuentre.» De allí á poco les escribió participándoles que tenía cinco mil, y que podían disponer de parte ó de todas ellas.

Pobre es la casa donde no hay cien objetos ignorados por el señor, y que aprovechan á los ladrones; por consiguiente, si el caudal es lo único que hace al hombre venturoso, sea el alcanzarlo el primero y el último afán de tu vida;

y si tu ventura pende del boato y el aura popular, compra un esclavo que te dicte los nombres de los ciudadanos, y que dándote con el codo, te indique á quién debes alargar la diestra en medio de la muchedumbre. «Éste tiene gran valimiento en la tribu Fabia, aquél en la Velina, ese otro importuno da las fasces á quien se le antoja, y á su grado también quita las sillas curules.» Conforme á su edad, llama al uno padre, al otro hermano, y adóptalos según te convenga.

Si el que come bien, vive bien, al amanecer vayamos adonde nos llama la gula, á pescar y cazar como aquel Gargilio, que mandaba á sus siervos atravesar muy de mañana con las redes y los venablos la plaza donde hormiguea la plebe, para que viese cómo uno de sus mulos volvía á casa por la tarde con un jabalí comprado. Hartos y repletos corramos al baño, sin cuidarnos de lo conveniente ó perjudicial, como los Ceritos dignos de su padrón, ó los viles remeros de Ulises Itacense, que sacrificaron el amor de la patria á sus vergonzosos deleites. Si, como pretende Minnermo, nada es agradable sin el amor y los juegos, entrégate á los juegos y al amor. Vive y pásalo bien. ¿Conoces máximas mejores?; enséñamelas. ¿No las conoces?; pues sigue las mías.

VII

Á MECENAS

Te prometí permanecer en el campo cinco días, y, faltando á mi palabra, he pasado entero el mes de agosto; mas si quieres, Mecenas, que viva sano y robusto, es preciso que la libertad que me concedes por enfermo me la concedas al verme en peligro de enfermar, y sobre todo cuando el calor y los primeros higos rodean de sus negros lictores al encargado de las pompas funerales, cuando los padres y las madres, llenos de ternura, tiemblan por sus pequeñuelos, y los agasajos de la amistad y los esfuerzos del foro multiplican las fiebres y rompen los sellos de los testamentos.

Así que el invierno blanquee con sus nieves los campos de Alba, tu poeta descenderá á las playas del mar, donde se entregará á la lectura y á cuidar de su persona; y después te visitará, caro amigo, previo tu permiso, con los Céfiros y las primeras golondrinas.

No me has enriquecido como el huésped calabrés brinda sus peras: «Come, amigo mío.» «He comido bastante.» «Coge las que quieras.» «Se agradece.» «Tus pequeñuelos se alegrarán de que les lleves algunas.» «Te quedo tan obligado como si me llevase una carga.» «Como te plazca; las que sobren se han de arrojar á los puercos.»

El pródigo majadero sólo da aquello que desprecia, y consigue recoger en todo tiempo buena cosecha de ingratos. El hombre digno y prudente siempre se inclina á favorecer á los buenos, sin ignorar la diferencia que hay entre el dinero y los altramuces.

Yo sabré mantenerme á la altura de tu favor y tus elogios; pero si me exiges que no me separe nunca de tu lado, vuélveme el vigor de los años juveniles y los negros cabellos que coronaban mi angosta frente; vuélveme aquel lenguaje dulcísimo, aquellas agraciadas sonrisas, y las quejas que prorrumpía en el festín por los desdenes de la traviesa Cínara.

Un ratoncillo campestre se coló en cierta ocasión por estrecha rendija en un cesto lleno de trigo, y repleta la panza á su sabor, quiso inútilmente echar afuera su cuerpo, abultado en demasía. Vióle una comadreja y le dijo: «Si quieres librarte de esa prisión, has de buscar la salida con el cuerpo tan flaco como entraste.» Me aplico la fábula, y te vuelvo lo que me diste; pues no soy de aquellos que, hartos de manjares substanciosos, suspiran por el sueño de la plebe, ni trocaría mi independencia por los tesoros de Arabia. En mil ocasiones has alabado mi templanza, en tu presencia te di los nombres de padre y de rey, y no son menos respetuosas las ausencias. Haz la prueba, y verás cómo sin pena te devuelvo lo que de ti he recibido.

Telémaco, hijo del paciente Ulises, decía, no

sin razón: «En Itaca sirven de poco los caballos, porque no hay extensas llanuras ni prados abundantes; así Atrida te los dejó á ti, que te serán muy útiles.» Los pequeños con poco viven bien, y más que el fausto de Roma, me placen la soledad de Tibur y las delicias de Tarento.

Un ciudadano enérgico y activo, llamado Filipo, ilustre por sus discursos en el foro, libre de ocupaciones volvía á su casa, como á las dos de la tarde, quejándose por su edad avanzada de la distancia del tribunal al barrio de las Carinas, cuando vió, según cuentan, en la tienda de un barbero, á un perillán que estaba muy tranquilo cortándose las uñas. «Anda, Demetrio (así se llamaba el siervo que tenía á sus órdenes), averigua y dime pronto quién es ese hombre, dónde vive y qué bienes posee, quién es su padre y quién su patrono.» Demetrio va, vuelve y le dice: «Se llama Vulteyo Mena, es pregonero, de cortos posibles y buena conducta; sabe trabajar y divertirse á su tiempo, ganar y gastar lo que gana con amigos de su pelaje; vive en domicilio fijo, gusta de los juegos públicos, y cuando los negocios no se lo impiden, pasea por el campo de Marte.»

«Desearía oir lo que me dices de su propia boca. Dile que venga á cenar conmigo.» «El buen Mena se resiste á creer lo del convite, y se maravilla en silencio de tanta distinción; y, en fin, responde que lo agradece.» «¿Cómo? ¿Que no acepta?» «No acepta el bribón, sea miedo ó desaire.»

Á la mañana siguiente Filipo encuentra á Vulteyo vendiendo trastos viejos á una plebe desharrapada, y le saluda el primero. Vulteyo se excusa con sus faenas y negocios de no haberle visto por la mañana ni haberse adelantado á saludarle. «Todo te lo perdono, si vienes hoy á cenar conmigo.» «Con mucho gusto.» «Da pronto de mano á tus quehaceres, y vente á las tres.»

Durante la cena, Vulteyo charló á diestro y siniestro hasta el momento de dormir. Viendo Filipo que el pez acudía con frecuencia al cebo, por la mañana como cliente y por la tarde como convidado, invitóle un día á que le acompañase, ínterin se celebraban las fiestas latinas, á su finca de recreo. Vulteyo, montado en su rocín, no se cansa de poner en las nubes el campo y el cielo de la Sabina. Filipo le oye, se ríe, y para proporcionarse á su costa un rato de solaz, le regala siete mil sestercios, promete prestarle otros siete mil, y le persuade á comprar una finca rústica. La compra, y (no quiero entretenerte con largas digresiones más de lo necesario) nuestro hombre se trueca en campesino, y se ocupa todo el día en surcos, viñas y plantíos de árboles. El trabajo le mata y la codicia le envejece; pero cuando ve sus ovejas robadas, sus cabras sucumbir á la peste, la siega destruyendo sus esperanzas y sus bueyes muertos por exceso de fatiga, afligido por tamañas pérdidas, embrida su caballejo á media noche, y con visible enojo se encamina á la mansión de Filipo, quien al verle tan

sucio y desgreñado le dice: «Mal te tratas, Vulteyo; la avaricia ha corrompido tu buen natural.» «Por Pólux — responde al patrono —, llámame miserable si quieres darme el nombre que merezco. Así que por tu genio, por esa diestra y por tus Penates, te ruego y suplico que me vuelvas á mi vida primera.»

Quien reconoce al fin que vale más lo que desprecia que aquello que ansía, vuelve con sano consejo á lo que había abandonado. Lo más seguro es que cada cual ajuste el zapato á la medida de su pie.

VIII

Musa, vuela de mi parte á saludar y dar el parabién á Celso Alvinovano, amigo y secretario de Nerón. Si te pregunta en qué me ocupo, respóndele que en formar muchos y magníficos proyectos, á pesar de los cuales no vivo más sabia ni felizmente. No porque el granizo destruyera mis viñedos, ó el calor abrasara mis olivos, ó mis rebaños adoleciesen en los lejanos pastos, sino porque, más enfermo del alma que del cuerpo, me niego á oir y aprender lo que podría curar mi dolencia. Me irrito contra los mejores médicos, me encolerizo con los amigos que procuran librarme de tan funesta pereza, desdeño lo útil y busco lo nocivo, y como una veleta, en Roma suspiro por Tibur y en Tibur por Roma.

Pregúntale después si está bueno, cómo go-

bierna sus asuntos y se gobierna á sí mismo, para agradar al joven príncipe y á la cohorte que le rodea, y si te contesta «perfectamente», alégrate primero, y luego no olvides deslizar estas palabras en su oído: «Celso, nosotros nos conduciremos contigo como tú te hayas conducido con la fortuna.»

IX

Septimio, ¡oh Claudio!, es el único por lo visto que conoce de veras lo mucho que me aprecias; pues al rogarme con apremiantes instancias que le recomiende y ensalce como digno de ser admitido en la casa de Nerón, que sabe escoger los mejores, por creer que me dispensas la confianza de un íntimo amigo, conoce mi valimiento sin duda mejor que yo. Le he dado mil razones y excusas; pero temí que recelase me empequeñecía de intento y disimulaba mi favor contigo para servir sólo á mis propios intereses. Así, antes que cargar con la nota vergonzosa de egoísta, he preferido que me tengas por audaz. Si no te molesta que por complacer á un amigo deje aparte los miramientos, inscribe entre los de tu séquito á Septimio. Te respondo de su valor y probidad.

X

Á ARISTIO FUSCO

El amador del campo saluda á Fusco, amante de Roma. En esto sólo discrepamos, ya que en lo demás somos como dos hermanos mellizos: lo que el uno aprueba el otro lo aprueba, y lo que el uno rechaza el otro lo rechaza también. Del mismo modo que los dos viejos pichones de la fábula, tú guardas el nido, yo busco los arroyos que se deslizan entre amenas pendientes, los peñascos afelpados por el musgo y la espesura de los bosques. ¿Qué quieres? Vivo mejor que un rey, desde el punto que abandono lo que vosotros ponéis en las nubes en Roma. Como esclavo fugitivo de un sacerdote, me hastían las golosinas, y me engullo mejor un pedazo de pan que las tortas de aceite y miel.

Si es lo más conveniente vivir conforme á las leyes de la Naturaleza, y al levantar una casa lo primero es elegir el sitio de la edificación, ¿dónde lo encontrarás más agradable que en medio de una fértil campiña? ¿Dónde son más templados los inviernos, dónde soplan más suaves los Céfiros que calman la rabia del can y el furor del león cuando el sol le lanza sus rayos encendidos, dónde perturban menos el sueño las inquietudes crueles de la envidia? ¿Acaso las olorosas flores campestres deslumbran menos la vista que los

mármoles africanos? El agua que brota en las fuentes de las plazas por cañerías de plomo, ¿es más fresca y cristalina que la que serpentea por el declive de un arroyo con dulcísimo murmullo? Hasta en la ciudad se levantan árboles sombríos entre las columnas de mármol, y se encomia la casa que recrea la vista con el panorama del campo. Tal es la Naturaleza; aunque la rechaces, se impone al cabo, y triunfa á la callada de tus injustos desdenes.

El mercader ignorante que confunda la púrpura fenicia con los vellones teñidos en Aquino, no sufrirá mayor daño y quebranto en sus intereses que el incapaz de discernir lo verdadero de lo falso. Quien se engríe y deleita demasiado en la próspera fortuna, se rinde en la adversa con gran abatimiento. Duele mucho renunciar á lo que se ama con pasión. Huye de las grandezas: bajo un humilde techo se puede vivir tan venturoso como los reyes y sus cortesanos.

El ciervo arrojó de los pastos comunes al potro, menos vigoroso en la pelea, y éste, vencido tras largo combate, solicitó la ayuda del hombre, dejándose poner el freno; pero después de alcanzar la victoria sobre su enemigo, no pudo quitarse el freno de la boca ni echarse el jinete del lomo; así el que angustiado por la pobreza vende su libertad, más preciada que el oro, compra un amo que le tenga en eterno cautiverio, por no haberse reducido á lo indispensable. Una fortuna mayor ó menor que la nece-

saria, es como un zapato: estrecho, lastima el pie, y muy ancho, se va cayendo. Darás prueba de cordura si vives, Aristio, satisfecho con tu suerte, y sufriré sin réplica tus reprimendas cuando me veas que trabajo por acumular riquezas que no necesito. El caudal es nuestro esclavo ó nuestro tirano; ¿no será mejor dominarle que obedecerle? Esto escribía en mi casa, próxima al templo ruinoso de Vacuna, alegre y contento, aunque no tanto como si tú estuvieses á mi lado.

XI

Á BULACIO

¿Qué tal, Bulacio, lo has pasado en Quíos, la célebre Lesbos y la bella Samos? ¿Cómo te fué en Sardes, corte de Creso, y en Esmirna y Colofón? ¿Las has encontrado á la altura de su fama, ó están por debajo del campo de Marte y las orillas del Tíber? ¿Te gustaría vivir en una de las ciudades del rey Átalo, ó mejor en Lebedos, ya fatigado de tanto viaje por mar y tierra? ¿Conoces á Lebedos? Es una aldea más solitaria que los Gabios ó Fidenas; no obstante, quisiera vivir allí, olvidado de mis amigos y olvidándolos á mi vez, absorto en contemplar desde la playa la violencia del oleaje. Pero ni el que desde Capua se dirige á Roma, cubierto de lodo y empapado en agua, se resolverá á vivir en una mala venta, ni el que se siente traspasado de frío alabará los

baños y las estufas como los sitios más á propósito para pasar una vida de regalo.

Porque la furia del Austro combata en alta mar tu nave, ¿irás á venderla después de haber atravesado el Egeo? Al que se halla libre de cuidados, ni Rodas, ni la hermosa Mitilene, le sirven más que un capote en verano, un ligero vestido en invierno, los baños del Tíber en diciembre y en agosto una encendida chimenea. Ya que puedes y la fortuna te muestra su cara sonriente, ensalza desde Roma las delicias de Samos, Quíos y Rodas. Los momentos felices que los cielos te conceden, acógelos con gratitud, y no dilates para en adelante la hora de la felicidad; así, dondequiera que te encuentres te sentirás venturoso. No el lugar desde donde se extienden las olas á lo lejos, sino la razón y prudencia son las que disipan las crueles inquietudes. Los que navegan á través del mar, mudan de cielo, pero no la disposición del ánimo. ¡Inútiles y vanos esfuerzos! Volamos tras la dicha recorriendo la tierra en las cuadrigas y el mar en las naves, y lo que buscamos está aquí, en la misma aldea de Ulubres, si sabemos conservar el espíritu completamente sereno.

XII

Á YCCIO

Yccio, como sepas gozar los frutos que en Sicilia te ofrecen las tierras de Agripa, el mismo

Jove no podrá concederte cosechas más abundantes. Cesa en tus lamentos; no es nunca pobre el que posee lo necesario. Si vives sano del estómago, del costado y las piernas, todos los tesoros de los reyes no podrían proporcionarte un átomo más de bienestar; y si en el seno de la abundancia sólo pruebas el agua fresca, las legumbres y el pescado, un río de oro no logrará cambiar tu manera de vivir, ya porque el dinero es impotente para mudar tu carácter, ya porque estimas que todo está por debajo de la virtud. Y nos causa maravilla que Demócrito abandonase á los rebaños ajenos sus huertos y campos, mientras su espíritu, libre de trabas, volaba por excelsas regiones, cuando tú, en medio de esta lepra y pestilencia del lucro, desdeñas lo vulgar y alzas el pensamiento á las sublimes esferas.

¿Qué vallas refrenan las olas del mar, qué causa origina las estaciones, se mueven y vagan en el espacio las estrellas por impulso propio, ú obedeciendo á una ley eterna, por qué brilla y se obscurece el disco de la luna, qué fin persigue y alcanza la armonía de los contrarios elementos, y quién reveló mejor estos arcanos, Empédocles ó Estertinio?

Pero ya te alimentes de peces ó de berros y cebollas, recibe cariñosamente á Pompeyo Grosfio, y dale lo que te pida, pues no te ha de pedir sino lo justo y razonable. ¡Qué fácil granjear amigos cuando se encuentran apremiados por la necesidad!

En fin, para que sepas lo que pasa en Roma, te diré que Agripa acaba de someter á los cántabros y Claudio Tiberio á los armenios, que Fraates recibió de rodillas la diadema y el cetro de las manos del César, y que la abundancia ha derramado su cuerno de oro por las campiñas de Italia.

XIII

Á VINIO ASELA

Como al marchar te encargué repetidas veces, entrega, ¡oh, Vinio! al César mis enrollados volúmenes, si lo hallas de buen humor y talante, y te los pide él mismo; no sea que por favorecerme me perjudiques, y que tu celo indiscreto haga recaer sobre ellos un rigor inmerecido. Si la carga te parece por demás pesada, arrójala antes que soltar la albarda allí adonde te mando llevarla, no se te rían del sobrenombre de asno que heredaste de tus padres, y seas la fábula de la ciudad. Lucha con todas las fuerzas, atraviesa valles, ríos, pantanos, y cuando llegues victorioso á su presencia, guarda bien el paquete de mis libros, y no los lleves bajo el brazo, como el labriego los corderos, la borracha Pirria los vellones de lana que hurtó, ó su gorro y sus zapatos el comensal de la misma tribu. No vayas á decir en público que te ha costado grandes sudores el llevar estos versos, capaces de deleitar

los ojos y los oídos del César, ni eches en saco roto mis advertencias. Ea, vete enhorabuena; no vaciles ni olvides mi encargo.

XIV

Á SU CAPATAZ

Capataz de mis bosques y campos, en cuyo retiro me siento dueño de mí mismo, y donde tú te aburres, porque sólo tiene cinco fuegos, y envía sólo á Varia cinco buenos padres de familia, veamos quién arranca más vigorosamente las espinas dañosas, si yo de mi alma, ó tú de la tierra, ó si está mejor Horacio ó su hacienda. Aunque me detiene el cariño y el cuidado de Lamia, que llora la muerte de su hermano, sin que nada baste á consolarle, mis deseos, mis pensamientos vuelan ahí, deseando romper las vallas que impiden mis pasos.

Yo me considero feliz en el campo y tú en la ciudad. El que envidia la suerte ajena, mira la suya con aversión. Necios los que acusan de sus desdichas al lugar donde viven; la culpa nace del alma, que no sabe huir de sí misma. Cuando eras uno de mis siervos domésticos, hacías votos secretos por residir en el campo, y hoy, convertido en labriego, suspiras por la ciudad, los baños y los juegos. Sabes que soy muy constante en mis inclinaciones, y que me despido de mi granja muy triste siempre que enojosos nego-

cios me llevan á Roma. Como no tenemos iguales aspiraciones, nuestros gustos son muy diferentes. Los sitios que tú aborreces como lugares desiertos é inhabitables, parecen amenos y deleitosos á los que piensan como yo, y les repugnan los que tú estimas preferibles. Ya lo veo, el burdel y la taberna te atraen hacia la capital, porque ese rincón que cultivas antes producirá la pimienta y los granos del incienso que los dulces racimos, y ni tienes la taberna á mano para echar sendos tragos, ni una meretriz que al son de la flauta te haga bailar hasta que caigas rendido por el suelo. Al contrario, debes trabajar esas tierras que no han sentido el azadón en mucho tiempo, cuidar el buey en el establo, echándole á menudo el pienso, y contener, si cae un aguacero, el ímpetu del torrente, para que el prado no se inunde.

Oye por qué nuestro modo de ver es tan distinto. Yo, que vestía estofas finas, llevaba perfumado el cabello y pasaba las horas sin sentir al lado de la bella Cínara, apurando las copas de Falerno desde mediodía, ahora gozo con una cena frugal y durmiéndome sobre el musgo en el borde del arroyo. No me sonroja lo que he sido, pero me sonrojaría volver á los devaneos de la juventud. Aquí no hay quien me mire de reojo envidioso de mi suerte, ni me persiga con odio enconado, ni me clave con rencor el diente; pero en cambio doy pábulo á la risa de los vecinos, cuando me ven remover las piedras y terrones.

Tú preferirías raer la escasa ración que doy á los siervos de casa, y haces fervientes votos por contarte entre ellos, y ellos á su vez envidian la leña de los bosques, los rebaños y los jardines. El tardo buey desea llevar la silla y el potro guiar el arado. Que cada cual se aplique de buena voluntad al oficio que sepa mejor.

XV

Á NUMONIO VALA

Vala, dime qué tal es el invierno de Velia y el clima de Salerno, la índole de sus habitantes y el camino más cómodo; pues Antonio Musa cree que las aguas de Bayos son inútiles para mí, y me las ha hecho aborrecibles desde que en el rigor del invierno me mandó bañar en sus ondas heladas. Las gentes del pueblo sintieron no poco verme abandonar sus bosquecillos de mirtos y sus aguas sulfurosas, que dicen ser remedio eficaz contra las alteraciones de los nervios, y se enojan con los enfermos que pretenden curar su cabeza ó estómago en las fuentes de Clusio, y corren á las frescas campiñas de los Gabios.

Debo, por consiguiente, mudar de baños y guiar mi potro más allá de las posadas en que antes se detenía. «¿Adónde vas? No es nuestro camino á Bayas ni á Cumas», dirá el caballero, tirándole enojado la rienda á la izquierda, pues el caballo parece que tiene el oído en la boca.

Dime, ¿cuál de estos pueblos cosecha mayor abundancia de trigo? ¿El agua potable es la que se recoge en los aljibes ó la perenne que sale de los pozos? Porque en cuanto á los vinos de esta comarca, ya sé á qué atenerme. En mi granja cualquier vinillo me agrada, pero cuando habito las playas del mar sólo me gusta el suave y generoso, que disipa mis cuidados, enciende la sangre de mis venas, me recrea con ricas esperanzas, da calor á mis palabras y recomienda mi juventud á los ojos de mi bella Lucania. Escríbeme asimismo, y juro prestarte completo crédito, qué comarca cría mejores liebres y jabalíes, y cuál es la costa más rica en pescados y sabrosos mariscos; quiero volver á casa de esta expedición tan gordo como un feacio.

Menio, después de haber derrochado locamente la herencia de sus padres, hízose parásito y bufón vagabundo, como quien no tenía pesebre conocido. En ayunas jamás hizo distinción entre amigos y enemigos, y contra todos lanzaba por igual el virus de sus denuestos. Era el terror y la ruina del mercado, y sepultaba todas las ganancias en el abismo de su vientre; pero cuando obtenía poco ó nada de los avaros ó compañeros de sus desórdenes, devoraba ruines guisotes y viandas groseras en tal cantidad, que hubiesen bastado al mantenimiento de tres osos. Entonces, como un severo Bestio, predicaba que se debía abrasar con un hierro candente el estómago de todos los glotones; mas como la suerte le depa-

rase una opípara cena, tras hartar bien la barriga, exclamaba: «Por Hércules, no me admira que haya hombres que se coman su fortuna. ¿Hay nada mejor que un tordo bien cebado ó unas sabrosas tripas de puerca?» Yo soy del mismo jaez. Si me faltan los recursos, alabo la sobriedad y la economía; pero en llegándome á una mesa ricamente servida, declaro que los únicos que conocen el arte de vivir son los que como tú sacan de sus fértiles heredades rentas que les permitan tratarse á lo grande.

XVI

Á QUINCIO

Para que no preguntes, querido Quincio, si me mantiene con su trigo mi granja y me enriquece con sus olivas, si es abundante en frutos y verdes praderas ó en cepas abrazadas con los olmos, quiero hacerte una exacta pintura de su plano y situación. Figúrate una cadena de montes, separados por un opaco valle, que el sol de la mañana baña por la derecha, y al descender en su carro fugitivo le ilumina por la izquierda. El clima es delicioso y la tierra produce en abundancia la roja guinda y la ciruela silvestre; el roble y la encina ofrecen al rebaño alimento nutritivo y al amo espesas y agradables sombras. Creerías hallarte en los bosques de Tarento. Una fuentecilla, que podría llamarse un arroyo, más fresca y

cristalina que el Hebro de Tracia, mana sus aguas excelentes para aliviar los dolores de cabeza y estómago. En este sitio tan ameno y solitario pasa tu amigo el mes de septiembre rebosando salud.

Procura vivir sensatamente para justificar tu fama; hace tiempo que Roma entera te proclama muy venturoso, y recelo que des más crédito á cualquiera que á ti mismo, ó que vayas á poner la felicidad en otro fin que en la virtud y el saber. Porque el pueblo te crea bueno y en cabal salud, ¿disimularás al tiempo de cenar la fiebre ardiente que te consume, hasta que la delaten tus manos temblorosas? Los necios, por una vergüenza mal entendida, ocultan sus úlceras y las convierten en incurables. Si un adulador narra tus campañas por mar y tierra y seduce tus oídos con estas palabras lisonjeras: «Que Júpiter, protector de la ciudad y de tu vida, nos deje en la incertidumbre de si te es más querida la salud del pueblo que al pueblo la tuya», reconocerás en ellas al punto las alabanzas de Augusto.

Cuando te dan los títulos de sabio y virtuoso, vamos á cuentas, ¿respondes á tu fama? Yo también me complazco como tú con la reputación de cuerdo y honrado; pero ese pueblo que hoy nos da estos títulos, mañana nos los puede quitar á su antojo, como quita las fasces al que estima indigno de su favor. «Deja el cargo que es mío», dice; lo dejo y me retiro con tristeza.

Que ese mismo pueblo me llame ladrón ó

libertino, que me acuse de haber estrangulado á mi padre, ¿he de afrentarme ni mudar el color del rostro por sus calumnias? Sólo al ánimo falaz y corrompido lisonjean los falsos honores y asustan las falsas imputaciones. ¿Á quién, pues, llamaremos buen ciudadano? Al que acata las leyes, respeta la justicia y las órdenes del Senado, al que pone término con su equidad á los procesos graves y enojosos, al que garantiza como fiador nuestra hacienda y como testigo decide una causa; mas para todos los que le conocen á fondo, pasa por un bribón que sabe ocultar sus torpezas con fingidas apariencias.

Un siervo me dice: «No hurté ni me escapé de casa.» «Muy bien—le respondo—; no tendrán que sentir tus espaldas.» «Tampoco maté á nadie.» «Mejor; así no servirás en la horca de pasto á los cuervos.» «Luego soy honrado y sobrio.» Eso es lo que niega el sabelio. El lobo prudente mira con recelo la hoya, el gavilán el lazo sospechoso y el milano el oculto cebo. Los buenos rechazan el vicio por amor de la virtud, mientras tú huyes del delito por miedo á la pena; si confiases en la impunidad, revolverías lo santo con lo profano.

De mil sacos de habas me robas uno solo; el perjuicio mío es pequeño, pero no por eso es tu delito menor. Ese hombre de bien, respetado en el foro y los tribunales, al sacrificar á los dioses un buey ó un puerco, prorrumpe en alta voz: «Padre Jano, Apolo»; y luego por lo bajo mur-

mura esta súplica: «Hermosa Laverna, concédeme el don de engañar á todos, y que todos me tengan por probo y justificado; extiende las sombras de la noche sobre mis crímenes y una nube espesa sobre mis fraudes.»

¿Vale más ó es más libre que un siervo el avaro que se baja á recoger un as clavado en el suelo? No, seguramente. El que ambiciona, siempre teme, y el que teme, nunca es libre. Quien se afana sin descanso por adquirir y acrecentar su fortuna, es como el soldado que arroja las armas y abandona su puesto de honor. Pudiendo vender al cautivo, no le mates, conviértele en un útil servidor que apaciente tus ovejas, labre tus campos, trafique como mercader, desafíe las borrascas del mar y te acarree el trigo y las demás provisiones. El hombre recto y prudente osa decir: «Penteo, rey de Tebas, ¿á qué angustiosos y no merecidos suplicios puedes condenarme?» «Te quitaré los bienes, esto es, los rebaños, los campos, los muebles y el dinero.» «No me importa.» «Cargado de grillos y esposas te entregaré á un carcelero sin entrañas.» «¡Bah! Júpiter si quiere romperá mis cadenas, ó lo que es igual, moriré, y la muerte pondrá término á mis sufrimientos.»

XVII

Á ESCEVA

Aunque seas, Esceva, tu mejor consejero y sepas de qué modo debes conducirte con los poderosos, oye las advertencias de un amigo, que á su vez las necesita para sí, lo cual es lo mismo que si un ciego quisiera guiar tus pasos. No obstante, reflexiona si hay en mis consejos algo que puedas hacer tuyo propio.

¿Eres amigo de la poltronería y de dormir á pierna suelta? ¿Te molesta el polvo y el estrépito de los carros y el bullicio de las tabernas? Pues retírate al pueblecillo de Ferento. La dicha no es sólo patrimonio de los ricos, ni vive tan mal el que pasa sus días y acaba en la obscuridad. ¿Quieres servir á tus amigos y tratarte con regalo? Entonces llégate en ayunas á los que están hartos. «Si Arístipo se contentase con comer un plato de verduras, no haría la corte á los príncipes.» «Es verdad—contestó—; y si supiese cortejar á los príncipes, no se hartaría de verdúras el que me critica.» ¿Cuál de estos pareceres encuentras más sensato? Como de menos edad, oye por qué doy la preferencia al dictamen de Arístipo; que, según fama, eludía así el mordaz sarcasmo de Diógenes: «Yo lisonjeo á los grandes por mi comodidad y provecho; tú por ganar el aplauso de la plebe. ¿Cuál proceder es más noble y honrado?

Yo prodigo mis obsequios para montar un generoso corcel y comer en espléndida mesa; tú sostienes que nada necesitas, y mendigas un vil mendrugo, humillándote al que te lo da.»

Todo cuadraba perfectamente á Arístipo, el traje, el estado y la hacienda, y aunque aspiraba á mayores, sabía gozar lo presente; por el contrario, el cínico á quien la paciencia viste con sus andrajos, me llenará de asombro si le veo mudar de costumbres. Aquél, sin aguardar el manto de púrpura, visita los lugares más frecuentados con cualquier traje, y con singular gracia representa el papel que le corresponde; éste huye la clámide de púrpura, como se huye de un perro rabioso ó de la ponzoña de una víbora, y será capaz de morirse de frío si le quitas sus harapos. Dáselos, pues, y que viva con su extravagancia.

Vencer en los combates y presentar á los ciudadanos los enemigos cautivos, es una gloria divina que eleva al solio de Júpiter; no es pequeña honra el merecer los elogios de los héroes, porque no á todos los mortales fué dado arribar á Corinto. Quédese en su casa el que tema no llegar al término de la jornada, perfectamente; pero, ¿y el que arribó merced á su esfuerzo? Ésta y no otra es la cuestión. El uno juzga la carga superior á sus ánimos y bríos apocados; el otro la soporta con entereza en sus hombros: ó la virtud es un nombre vano, ó la honra y el galardón son debidos al que realiza memorables empresas.

Los que disimulan su pobreza ante el príncipe,

obtienen más que los que piden á todas horas. Hay gran diferencia de recibir con decoro á tomar descaradamente. Éste es el principio, ésta la fuente de los bienes. «Mi hermana no tiene dote, mi madre gime en la miseria, mi propiedad, ni es fácil de vender, ni bastante á mantenerme», es lo mismo que decir: «Dame de qué coma»; mas sobreviene otro, y pide que se parta entre los dos la ración.

Si el cuervo supiese comer y callar, devoraría mejores presas sin irritar la envidia ni provocar competencias. El que acompaña á un magnate á Brindis ó la deliciosa Sorrento, y se queja de los baches del camino, del frío, de la lluvia, ó se lamenta de que le han abierto el cofre y robado las provisiones, imita las astucias de la cortesana que finge con amargura haber perdido su collar ó su cadena, logrando que nadie la crea al quejarse de dolores y daños verdaderos.

El caminante burlado una vez no se para en el cruce del camino á levantar á un fingido cojo, aunqué jure por el santo Osiris y acompañe con lágrimas copiosas sus juramentos: «Creedme, no os engaño, socorred al desgraciado.» «Llora á quien no te conozca», le contestarán los broncos gritos de los que pasan.

XVIII

Á LOLIO

Conozco bien tu carácter, ingenuo Lolio, y sé hasta qué punto aborreces la adulación. El amigo sincero dista del falso adulador tanto como la honesta matrona de la desvergonzada meretriz. Otro defecto contrario á éste, y acaso mucho más reprensible, es la rudeza áspera y salvaje que, con la barba desaliñada y sucios los dientes, pretende ocupar el puesto de la noble franqueza y la virtud sincera, que vive por igual alejada de viciosos extremos. El bufón del último lecho, harto inclinado á la bajeza, observa los gestos del rico patrono y recoge y celebra cuantos dichos se le caen de los labios, de tal modo, que te imaginas ver á un muchachuelo recitando la lección que le enseñó el severo maestro, ó á un cómico de segunda fila que representa su papel. Otro, escudado en frívolas razones, arma camorra por un quítame esas pajas. «¿Qué, no se da crédito á mis palabras? Lo que digo es verdad, y lo sostendré con tesón, aunque me vaya en ello la vida.» ¿Y de qué se disputa? De si el gladiador Cástor es más diestro que Dócilis, ó si se llega más pronto á Brindis por la vía Apia ó la Numicia.

El que se arruina por las mujeres ó el juego; el que, desvanecido por una vanidad insensata,

pretende llegar adonde sus rentas no alcanzan; el que sufre los tormentos de la sed y el hambre de oro; el que se avergüenza de su honrada pobreza y huye de ella como de la peste, siempre será blanco de odio y de animadversión por parte de su opulento protector, aunque éste tenga vicios diez veces mayores. Y si no es víctima de su odio, lo será de su tiranía. El rico es como esas piadosas madres que quieren que sus hijas las aventajen en la prudencia y á la par en la virtud. Así dice al cliente con vislumbres de razón: «No intentes competir conmigo; mis riquezas me dan derecho á ciertas locuras; tus medios son harto reducidos, y debes vestir la toga con arreglo á tus haberes, renunciando á una emulación imposible.»

Eutrapelo regalaba magníficos vestidos á los que quería jugar alguna mala pasada, discurriendo de esta suerte: «Cuando él se vea con tan flamantes trajes, formará nuevos proyectos, concebirá locas esperanzas, levantaráse tarde, olvidará su obligación por las mujerzuelas, se llenará de deudas, y al cabo se verá convertido en un gladiador ó llevará al mercado el rocín de un hortelano para ganarse el pan de cada día.»

No intentes sondear nunca los secretos de tu amigo, y si te los confía, guárdalos, aun en medio de los delirios de la embriaguez ó los arrebatos de la cólera. No defiendas tus inclinaciones y vituperes las suyas, y tampoco le fastidies con la lectura de tus poemas cuando quiera

salir de caza. Así se entibió el cariño de los dos hermanos mellizos Anfión y Zeto, hasta que el primero dejó de pulsar la lira aborrecida por la displicencia del segundo. Como aquél cedió con docilidad á las costumbres rudas de su hermano, cede tú á las indicaciones de un amigo poderoso, y siempre que saque al campo sus caballos cargados con las redes etolias y seguidos por la traílla de los perros, levántate de madrugada, renuncia al trato de las Musas, y acompáñale más tarde en la cena, ganada á costa de sudor. La caza es una ocupación muy noble entre los romanos y muy útil á la salud y robustez del cuerpo, sobre todo para ti, que puedes adelantarte al perro en la carrera y vencer las fuerzas del jabalí.

Sabido es que nadie maneja con más soltura y agilidad las armas pesadas, y que tus luchas en el campo de Marte provocan entusiastas aclamaciones del pueblo. Todavía niño, soportaste los trabajos y corriste los peligros de la guerra cantábrica, bajo las órdenes del caudillo que acaba de arrancar nuestras enseñas de los templos de los parthos y ahora sojuzga con sus armas victoriosas los últimos confines del orbe, y, en fin, para que no te retraigas con frívolas excusas, también sabemos, aunque tu conducta es siempre metódica y arreglada, que algunos días te entretienes en la granja de tu padre con una cuadrilla de jóvenes que representan la batalla de Accio. Las escuadras se dividen: tú gobiernas la una, tu hermano la otra, y el lago se convierte

en el mar Adriático, hasta que la victoria veloz corona la frente del caudillo vencedor. El que te vea aplaudir sus gustos, aplaudirá igualmente los tuyos con entrambas manos.

Debo advertirte además, si necesitas mis advertencias, que pienses lo que vayas á decir de otro, y sepas á quién lo dices, huyendo del preguntón que todo lo charla, pues sus orejas, siempre abiertas, no saben guardar el secreto confiado, y la palabra que una vez se pronuncia ya no puede ser recogida. Que ninguna sierva ni mancebo alguno te abrase las entrañas dentro del marmóreo palacio de un amigo respetable, no se imagine que hace tu felicidad con el regalo del gracioso mozo ó la querida muchacha, ó te llene de angustia negándose á tus antojos. Mira una y mil veces á quién recomiendas, no sea que cargues con la responsabilidad de las faltas ajenas; nos engañamos á menudo interesándonos por sujetos indignos; así, no te empeñes en la defensa del que por su culpa no merece tu favor, y resérvalo para el hombre de honradez acreditada á quien la calumnia persigue con encarnizamiento; que si hoy se ve lacerado por el diente Teotino, mañana puedes verte en el mismo caso. Cuando la casa del vecino arde, está muy amenazada la tuya, y el incendio toma fuerzas mayores como no se acuda pronto á extinguirlo.

El trato de los amigos poderosos es muy agradable á los que no conocen el mundo; los experimentados, al contrario, lo temen. Mientras tu

nave bogue en alta mar, cuida que la mudanza del viento no la vuelva hacia atrás. El melancólico aborrece al alegre, el festivo al triste, el vivo al poltrón y éste al ágil y diligente. El borracho que calienta á media noche su estómago con sendas copas de Falerno, odia á quien rechaza el vaso que le brinda, por más que jure que le molestan los vapores del vino durante el sueño. No te muestres con el entrecejo fruncido; el modesto pasa á veces por un solapado y el taciturno por un áspero censor. Lee buenos libros, cultiva la amistad de los doctos, y pasarás tus días agradablemente, sin la vejación de tumultuosos deseos, sombríos temores y esperanzas irrealizables. Trata de inquirir si la virtud es un fruto de la ciencia ó un don de la Naturaleza, qué proceder alivia la carga de los cuidados, permitiéndonos vivir en paz con nosotros mismos, y si son las riquezas ó los honores los principales agentes de nuestra felicidad, ó si ésta se tropieza mejor en los ocultos senderos de una vida silenciosa.

Respecto á mí, ¿sabes, amigo, lo que pienso y lo que pido á los dioses cuando me llego á la margen del helado Digencia, que riega el valle de Mandela, envidiable por su deleitosa frescura? Poseer lo que ahora poseo, y aun algo menos; vivir para mí los días que me quedan, si los Númenes quieren que viva; tener á mano libros selectos y las provisiones indispensables á un año, para no fluctuar entre las esperanzas inciertas del futuro.

He aquí lo que se debe pedir á Júpiter, que da y quita los bienes á su voluntad. Déme la salud y algunos recursos, y yo sabré procurarme la paz del alma.

XIX

Á MECENAS

Docto Mecenas, de creer al viejo Cratino, los versos escritos por un abstemio ni consiguen agradar á nadie ni vivir largo tiempo. Desde que Baco alistó entre Faunos y Silvanos las malas cabezas de los poetas, comenzaron las dulcísimas Musas á oler á vino hasta de madrugada. Los elogios que Homero le tributa prueban que le gustaba; y el mismo Ennio, el primero de nuestros vates, nunca se puso á cantar las insignes proezas sin haber antes bebido de largo. «La gente que no beba, váyase al foro ó al pozo de Libón, pues se prohibe cantar á los melancólicos.» Luego que di este decreto, se entregaron los poetas á la embriaguez noche y día. ¿Y qué? Porque alguno remede el mirar fosco, el pie descalzo y la toga mezquina de Catón, ¿nos dará el retrato de su virtud y austeras costumbres? La lengua de Yarbitas, émulo de Timágenes, se hizo pedazos al pretender la palma de ingenioso y elocuente que conquistó su rival. Nos engañan los modelos cuyos vicios se imitan con facilidad. Si yo palideciese, algunos beberían cominos por aparecer aún más pálidos.

¡Oh rebaño servil de imitadores! ¡Cuántas veces vuestras bataholas me han encrespado la bilis ó me han hecho prorrumpir en carcajadas. ¡Yo fuí el primero que tendí las alas por regiones sin explorar y me negué á poner los pies sobre huellas conocidas. El que tiene confianza en sus fuerzas, ése es el guía del enjambre. Antes que ninguno di á conocer al Lacio los yambos de Paros, imitando la medida y el vigor de Arquíloco, no los asuntos ni los términos tan funestos á Licambe; y no vayas á ornar mis sienes con una insignificante corona porque no alteré la disposición y estructura de sus versos. Safo, la varonil, y el valiente Alceo templan la aspereza de la Musa de Arquíloco, aunque difieren en los asuntos y en la forma, pues ni persiguen á un suegro hasta aniquilarle á fuerza de ultrajes, ni echan un lazo al cuello de la mujer prometida con sus sarcasmos atroces.

Yo he popularizado entre los latinos los cantos de Alceo, empresa que nadie ensayó antes de mí; y me lisonjea ver que la originalidad de mis obras fija las miradas y la atención de los hombres libres, que no las sueltan de sus manos. ¿Deseas saber por qué el ingrato lector que se deleita á solas leyéndome en el retiro de su casa me censura en público con la mayor acrimonia? Te lo diré. Es que me repugna comprar los sufragios de la plebe versátil, dando opíparos festines ó regalando mis vestidos viejos; y defensor y partidario de los escritores ilustres, no me gusta

frecuentar las aulas y cátedras de los gramáticos. De aquí nace la enemiga. Cuando les aseguro que me infunde temor el recitar mis versos ante un concurso numeroso, por no estimarlos dignos de tanto honor ni dar importancia á mis bagatelas: «¡Bah! — me contestan —, te burlas de nosotros; ya sabemos que los reservas para los oídos de Augusto, y que, enamorado de ti mismo, crees que sólo tu ingenio mana la miel de la poesía.» Al oir estas réplicas, dejo de abandonarme á mis burlas, por miedo de que me saquen los ojos con las uñas afiladas. «No me encuentro bien aquí», les digo, y solicito una tregua; porque á menudo las bromas engendran los altercados y la cólera, y ésta á su vez trae las crueles enemistades y las guerras sangrientas.

XX

Á SU LIBRO

Parece, libro mío, que miras con demasiada atención á Vertumno y Jano, como si quisieras, pulido por la piedra pómez, estar de venta en la tienda de los Sosias; te fastidia el vivir bajo llave, y odias la obscuridad, tan agradable á la modestia. Sientes ser leído por pocos, y anhelas el aplauso público. No son éstas las aspiraciones que te infundí. ¡Eh!, marcha adonde deseas, pero ten en cuenta que, así que salgas de mis manos, la vuelta te será imposible. «¡Desgraciado de mí! — dirás —, ¿qué hice?, ¿qué pretensión la mía?»,

cuando alguno te clave el diente. Sabes también que si el lector se cansa de'tus versos, te enrollará con la mayor indiferencia. Y pues no me ciega el enojo que me causas, oye el destino que te aguarda. En Roma serás festejado mientras ofrezcas el atractivo de la novedad; mas en el momento que comiences á ver manoseadas tus páginas por el estólido vulgo, ó servirás con tristeza de pasto á la polilla, ó pasarás á Utica y á Lérida como envoltura de viles mercancías. Entonces tu padre, cuyos consejos desoíste, se burlará de ti y hará lo que aquel frenético que precipitó en la sima al asno que se negaba á obedecerle. ¿Á qué tanto empeño por salvar al que busca su ruina? Aun te espera otra mayor desgracia: que los maestros viejos de los últimos arrabales te aprovechen para enseñar la lectura á los chicuelos.

Cuando al caer de la tarde logres reunir un círculo de oyentes que te presten atención, diles que soy hijo de un liberto, que gozo moderadas rentas, y que me he atrevido á volar lejos de mi humilde nido, de modo que lo que me quites por el linaje, me lo añadas por el mérito personal; diles que he sabido agradar á los principales personajes de la ciudad, tanto guerreros como políticos; que soy rechoncho de cuerpo, cano antes de tiempo, sufrido para el calor, pronto en el enojo, pero fácil en aplacarme; y si por acaso te preguntan mi edad, diles que cumplí los cuarenta y cuatro el año en que Lolio tuvo á Lépido por colega en el consulado.

LIBRO SEGUNDO

I

Á AUGUSTO

Cuando te veo sostener solo el peso de tantas obligaciones, defender el Imperio romano con las armas, reformar las costumbres y corregir las leyes, faltaría á lo que debo al bien público si te robase, César, un tiempo tan precioso con mis interminables discursos.

Rómulo, Baco, Cástor y Pólux, son adorados hoy en los templos como dioses por sus magnánimas empresas, y mientras vivieron en el mundo con los hombres, poniendo fin á guerras sanguinarias, señalando límites á los campos y edificando ciudades, derramaron lágrimas muy amargas, porque la ingratitud de los mortales no respondía á sus altos merecimientos.

El vencedor de la Hidra, ilustre por los doce trabajos que le impuso el destino, reconoció que sólo la muerte es capaz de aniquilar la envidia.

El mérito que brilla sobre los demás deslumbra los ojos con su fulgor, y únicamente es amado en cuanto deja de existir. Sólo á ti te tributamos en vida excelsos honores, y elevamos altares donde se jura por tu nombre, confesando que no ha nacido, ni nacerá jamás, príncipe tan glorioso.

Pues bien: este pueblo sensato y justo, al anteponerte á todos los héroes nacionales y á los que Grecia produjo, en otras cosas no juzga con la misma razón y medida, y desprecia y aun aborrece lo que no viene de lejanas tierras, ó no se remonta á las pasadas edades. Partidario celoso de lo que fué, cree que las Musas dictaron en el monte de Alba las leyes de las Doce Tablas, sancionadas por los decenviros, los tratados de nuestros reyes con los gabios y los austeros sabinos, los libros de los pontífices y los carcomidos volúmenes de los viejos poetas.

Es verdad que los antiguos escritores griegos son modelos de perfección; pero si se ha de pesar á los romanos en la misma balanza, no perdamos el tiempo en discusiones, ni es duro el hueso de la oliva, ni la cáscara de la nuez es dura. Hemos llegado á la cumbre de la gloria. En la pintura, en el canto y hasta en el pugilato, llevamos ventaja á los griegos, que se ungen el cuerpo con aceite.

Si el tiempo mejora los poemas como el vino, quisiera saber cuántos años dan el precio más elevado á los escritos. El autor que vivió hace un siglo, ¿deberá contarse entre los antiguos y per-

fectos ó entre los modernos y despreciables? Resolvamos la cuestión. «Es bueno y antiguo el que escribió hace cien años.» «Y si hubiese fallecido un mes ó un año antes de cumplirse el siglo, ¿entre quiénes lo contaríamos, entre los antiguos ó entre los modernos, que rechaza la edad presente y ha de rechazar la venidera?» «Muy bien podría considerarse como antiguo si sólo le faltaba un mes ó un año.» «Perfectamente, y ahora, del mismo modo que si arrancase una por una las cerdas de la cola de un caballo, le quito un año y otro después hasta que caiga como deshecho montón de arena el argumento de aquel que vuelve la vista hacia atrás, juzga el mérito por el tiempo y reserva toda su admiración para las obras consagradas por Libitina.»

Ennio el sabio, el egregio y el rival de Homero, al decir de los críticos, se cuida bastante poco de las promesas y los sueños pitagóricos; Nevio no anda en las manos de los lectores, y es ensalzado como si fuese un ingenio de ayer: ¡tan respetable parece todo poema viejo! Si se discute sobre el mérito relativo de éste ó aquél, Pacuvio se lleva la palma de la sabiduría, Accio de la profundidad; dicen que la toga de Afranio vendría justa á Menandro, y que Plauto, por el desembarazo de sus fábulas, compite con el sículo Epicarmo; que Cecilio se distingue por la gravedad del estilo y Terencio por su arte exquisito. La poderosa Roma aprende sus versos, los aplaude apiñada en los asientos del teatro, y no reconoce otros

poetas mejores desde el tiempo de Livio á nuestros días.

Á veces el vulgo juzga con acierto, á veces yerra. Se engaña siempre que admira y aplaude á los antiguos vates, hasta el punto de creer que nadie es capaz de igualarlos ni excederlos; pero si sostiene que escribieron muchas páginas con giros arcaicos y otras con dureza y desaliño, entonces es de mi parecer, y muestra discernimiento y fino gusto.

No digo que se desprecien y arrojen al fuego los versos de Livio, que el maestro Orbilio, con la correa en la mano, nos dictaba en la infancia; mas que se les encuentre correctos, armoniosos y próximos á la perfección, me llena de verdadero asombro; pues si acaso en sus escritos se desliza alguna expresión feliz ó tal cual verso melodioso, no por eso se ha de alabar y vender el poema completo como dechado del Arte; me subleva oir censurar un libro, no por chabacano y sin gracejo, sino por el hecho de ser nuevo, mientras se reclama para los antiguos, además de la indulgencia, el premio y el honor.

Porque dudo que los dramas de Atta pisen con seguridad las flores y perfumes de la escena; casi todos los romanos gritan que he perdido la vergüenza, atreviéndome á criticar obras que representaron el apasionado Esopo y el doctísimo Roscio; y es que sólo les parece bueno aquello que les gustaba en sus mejores tiempos; se abochornan de reconocer el gusto más fino de la

juventud, y de olvidar, siendo ancianos, lo que de mozos imberbes aprendieron.

El que pone en las nubes el canto Saliar de Numa, por aparentar que entiende lo que ignora lo mismo que yo, no muestra admiración por los ingenios muertos, sino desdén por los vivos, y odio y envidia respecto á nuestras composiciones.

Si la novedad hubiese sido tan aborrecida por los griegos como por los romanos, ¿tendríamos ahora ninguna obra antigua que anduviera en las manos y fuera leída y releída por el público? Libre un día Grecia de guerras asoladoras, pudo entregarse á las diversiones, y corrompidas sus costumbres con el exceso de prosperidad, se apasionó por las luchas de los atletas y las carreras de caballos; se entusiasmó con los artistas que animaban el mármol, el bronce y el marfil; contempló maravillada y absorta la pintura de las tablas, y se divirtió con los sonidos de la flauta ó la representación de las tragedias, como niño que juguetea en el regazo de su ama y acaba por dejar con disgusto lo que apetecía con el mayor afán. ¿Hay deseos ó aversiones que no vivan sujetos á mudanza? Tales fueron las delicias de la paz y la próspera suerte.

En Roma fué por largo tiempo ocupación tan grata como noble abrir de madrugada la puerta de casa y explicar á los clientes el sentido de las leyes, dar á préstamo á deudores solventes, oir los consejos de los ancianos y enseñar á los jóve-

nes el modo de aumentar su hacienda y de vencer las pasiones que llevan á la ruina. Más tarde, el pueblo versátil mudó de inclinaciones, ardiendo en la ambición de escribir; y tanto los mozos como los graves senadores ciñeron en los banquetes sus cabezas con guirnaldas y recitaron poesías armoniosas. Yo mismo, cuando digo que no escribo nada, soy más embustero que los parthos, pues antes que el sol me desvele pido la pluma, el pupitre y el papel.

El que no es navegante no se entromete á guiar la nave; sólo el que conoce las virtudes del abrotaño se atreve á propinarlo al enfermo; los médicos tratan de su facultad, los carpinteros, de carpintería; pero, sabios é ignorantes, todos nos arrojamos á escribir versos.

Este error, esta general locura, produce, no hay que dudarlo, algunos excelentes efectos. Es muy difícil que un poeta sea avaro; los versos constituyen su ocupación, y se ríe, sin importarle un bledo, de las fugas de los siervos, los incendios y las pérdidas de fortuna; no engaña con sus fraudes al socio ó al pupilo; bástale para vivir un plato de legumbres y un pedazo de pan moreno; y aunque suele ser muy mal soldado, sus trabajos resultan útiles á la República, si me concedes que en ocasiones lo más insignificante ayuda mucho á las grandes empresas.

El poeta suelta la lengua tierna y balbuciente del niño, y desde la primera edad aparta de sus oídos las conversaciones obscenas; forma su co-

razón con sanas máximas, y lo corrige de la aspereza, la cólera y la envidia; narra las hazañas heroicas, instruye la edad presente con los ejemplos del pasado, y consuela al enfermo y al menesteroso. Si la Musa no le inspirase, ¿dónde aprenderían las doncellas y los castos mancebos los himnos sagrados? El coro ruega con ellos, y alcanza el favor del cielo; implora las lluvias benéficas con sentidas preces, ahuyenta las enfermedades y los peligros espantosos, impetra la paz y la abundancia de frutos, y aplaca á los Dioses del Olimpo y los Manes del Averno.

Nuestros antecesores, dedicados al campo, y robustos y satisfechos con poco, en los días festivos siguientes á la recolección procuraban aliviar el cuerpo y recrear el ánimo, entregado á durísimas fatigas, con la esperanza de verlas recompensadas, en compañía de los trabajadores, los hijos y la fiel esposa, ofreciendo un puerco á la Tierra, leche á Silvano y flores y vino al Genio, que nos recuerda la brevedad de la vida.

Aquí tuvo su origen la licencia de los versos fesceninos, con que los labriegos se lanzaban mutuamente atroces injurias, y esta libertad que se permitía una vez al año, duró como grato pasatiempo hasta que sus chanzonetas punzantes se convirtieron en una rabia furiosa, que amenazaba destruir con sin igual descaro la fama de las casas más respetables. Quejáronse las víctimas de sus crueles mordeduras, y los ilesos también trataron de evitar el peligro común. Una ley condenó

severamente á los que lastimasen las reputaciones con versos injuriosos, y los poetas mudaron de estilo por miedo al palo, escribiendo para el deleite y la instrucción del público. Grecia vencida cautivó á su orgulloso vencedor, é introdujo sus artes en el agreste Lacio; decayeron entonces los sangrientos versos saturninos, y la elegancia substituyó á la tosquedad, bien que las huellas de nuestra rudeza se conservaron por tan largo tiempo, que aun no se ven completamente borradas. La juventud romana tardó bastante en estudiar las obras de los griegos, y sólo al concluir las guerras púnicas, se inclinó en las dulzuras de la paz á aprender lo que tenían de bueno las tragedias de Sófocles, Tespis y Esquilo; quiso traducirlas fielmente y lo consiguió gracias á su genio sublime y vigoroso, pues tiene el acento varonil y el estro audaz de la tragedia, aunque reputa como mengua el borrar y corregir lo escrito.

Piensan algunos que cuesta menos esfuerzo el escribir comedias porque toman sus argumentos de la vida común, y se equivocan; el acierto es tanto más difícil, cuanto menos se perdonan sus faltas. Observa cómo traza Plauto el carácter de un joven enamorado, de un padre avariento ó un vil mercader de esclavos; cómo pinta Doseno los ruines parásitos y recorre la escena con el zueco demasiado flojo; y es que sólo se preocupa de llenar la bolsa, importándole un comino el fracaso ó el éxito de la comedia. La atención

ó la indiferencia del espectador envanecen ó aniquilan al autor que la gloria conduce á la escena en su carro impetuoso; tan leve, tan insignificante es lo que basta para abatir ó llenar de satisfacción al que ama con exceso las alabanzas. Yo renuncio espontáneamente á los laureles de las tablas si he de enflaquecer cuando el público me niegue sus aplausos, ó engordar cuando me los tribute.

Y lo que asusta y espanta de la escena al ingenio más arrestado, es ver la muchedumbre ignorante y estólida, sin mérito ni vergüenza, pero orgullosa por el número, siempre dispuesta al alboroto y á pedir, á despecho de los caballeros, en medio de la representación, osos ó pugilatos, espectáculos que regocijan mucho á la plebe.

Hasta los mismos caballeros han olvidado el deleite de los oídos por el vano recreo de los ojos. El telón se baja durante cuatro horas ó más; pasan los escuadrones de caballería, las cohortes de los infantes; detrás, los reyes cautivos con las manos atadas á la espalda; los carros, las galeras, las carrozas, las naves y la imagen en marfil de la cautiva Corinto. Cómo reiría Demócrito, si viviese en nuestro tiempo, al observar fijas las miradas del vulgo en una jirafa mezcla de pantera y camello, ó en un elefante blanco. Cómo atendería al pueblo con preferencia, olvidando la representación escénica por ofrecerle un espectáculo más curioso que los incidentes de los mimos. En cuanto á los autores, creerías que

hablaban á un jumento sordo; pues ¿qué voces podrían acallar el estrépito que resuena en nuestros teatros? Parece que braman los bosques del Gárgano ó las olas del Tirreno; con tal algazara se ven las artes, los juegos y los adornos extranjeros, que conquistan al autor salvas de ruidosos aplausos en el momento de salir á la escena. «¿Qué ha dicho?» «Nada.» «Entonces, ¿á qué viene tanto aplauso?» «Lleva un manto violado de púrpura de Tiro.»

Y no vayas á imaginarte que escaseo mis alabanzas á las obras, que me siento incapaz de producir, realizadas por otros con singular fortuna; al contrario, creo que sabría correr como un funámbulo en la maroma, el autor dramático que á su antojo conmueve mi corazón, lo exalta, lo calma y lo llena de falso terror, y como un mago, ya me traslada á Tebas, ya me conduce á la ciudad de Atenas. Pero no niegues tu benévola atención á los escritores que prefieren confiarse á la indulgencia del lector antes que soportar los desdenes de un espectador orgulloso, si quieres llenar de libros ese templo consagrado á Apolo y dar á los ingenios alas que los conduzcan á las verdes cumbres del Helicón.

Cierto que los poetas cometemos no pocas indiscreciones (yo también debo podar mi viña), como al presentarte un libro en el momento que estás abrumado de ocupaciones y muerto de cansancio, cuando nos sentimos heridos en nuestro amor propio porque un amigo se atreve á criti-

car alguno de nuestros versos, cuando volvemos á leer lo leído, sin que nadie nos lo ruegue, cuando nos lamentamos del poco aprecio de nuestros trabajos, por escapar al público la delicadeza de los conceptos, ó nos figuramos que en el punto que llegue á tu noticia que componemos versos, nos vas á llamar á tu presencia, obligarnos á escribir y libertarnos de los afanes de la necesidad. Y, sin embargo, importa saber quiénes son los encargados de cantar las hazañas guerreras y los hechos memorables, empresa que no debe abandonarse á un poeta ramplón.

Alejandro Magno estimaba tanto los versos de Querilo, que le regaló, por un poema tosco y sin inventiva, sendos filipos de oro, premio digno de un rey; mas como la tinta mancha al que anda con tinteros, así los malos versos empañan el brillo de las ínclitas acciones. Este mismo monarca que con mano tan pródiga pagaba un poema detestable, prohibió bajo severas penas que nadie representara su rostro fuera del pintor Apeles y el estatuario Lisipo. El que tenía un juicio tan recto para las artes de los ojos, parecía haber respirado el aire espeso de la Beocia al formular su opinión sobre los libros y los dones de las Musas.

Pero ni tus juicios, ¡oh César!, desacreditan tu entendimiento, ni los favores, tan honrosos para el bienhechor, que de ti han recibido los egregios Vario y Virgilio. Los bustos de bronce no revelan con más vigor que la obra del poeta

los rasgos del semblante, el genio y las costumbres de los claros varones. Yo mismo, si los alientos llegaran adonde aspira mi ambición, antes que componer discursos que rastrean el suelo, me ensayaría en cantar las hazañas, describir las comarcas y sus ríos, las fortalezas erigidas sobre los montes, los reyes bárbaros domados por tu valor, las guerras bajo tus auspicios felizmente acabadas en la redondez del orbe, las puertas de Jano, el conservador de la paz, cerradas, y los parthos humillados ante el poder formidable de Roma por tus armas victoriosas. Pero ni la majestad de tu nombre consiente ruines elogios, ni mi timidez osa intentar una empresa tan superior á mis fuerzas. Una necia solicitud enoja á quien la inspira, principalmente si se revela en la obra poética, porque se aprenden más pronto y se recuerdan con mayor gusto los versos ridículos que los correctos y dignos de admiración. Aborrezco los obsequios importunos, y no quiero ver en ninguna parte mi busto de cera mal modelado, ni que nadie me loe en versos insubstanciales. Me llenan de rubor las lisonjas torpes, y temo ir á parar tendido en compañía de mi panegirista, en una caja abierta, al barrio donde se venden el incienso, las especias, los perfumes y las drogas que se envuelven en papeles inútiles.

II

Á JULIO FLORO

Floro, amigo queridísimo del insigne y noble Nerón, si alguien te quisiera vender un esclavo nacido en Tibur ó los Gabios y te dijese: «Míralo, es blanco como la nieve y hermoso de los pies á la cabeza; en ocho mil sestercios cuéntalo por tuyo. Obedece solícito á la menor señal de su amo, conoce regularmente la lengua griega, es apto para cualquier oficio y, como de blanda arcilla, harás de su condición lo que se te antoje. Además canta sin reglas, pero con timbre tan dulce que será la alegría de tus banquetes.» Todos se recelan, y es natural, del que alaba demasiado la mercancía que quiere vender. «La necesidad no me apura, pues, aunque pobre, no tengo deudas. Ningún traficante te lo venderá tan barato, y á cualquier otro se lo haría pagar mejor. Una vez se escapó, y estuvo oculto por miedo al látigo suspendido en la escalera. Ea, venga la suma si te agradan las condiciones y pasas por la escapatoria.»

Claro es que se embolsará las monedas sin temor al castigo, pues conoces su principal defecto, sabes lo que disponen las leyes, y si reclamas contra el vendedor le perseguirás con un proceso injusto.

Estando para marchar te dije que yo era un

perezoso y poco menos que manco, para que no me reprendieses con severidad si no recibías ninguna carta mía. ¿Y de qué me ha servido la advertencia si violas el derecho que me ampara, y te quejas amargamente de no haberte enviado los versos que te prometí? Un soldado de Lúculo durmióse por la noche, rendido de fatiga, y se dejó robar el botín que á duras penas había recogido; ardiendo de rabia contra el enemigo y contra sí mismo, como un lobo carnicero cuyos dientes aguza el hambre, atacó y venció la guarnición de una fortaleza casi inexpugnable donde se guardaban ricos tesoros. Por hecho tan esclarecido se le conceden grandes distinciones y además veinte mil sestercios en metálico. De allí á poco, deseando el pretor apoderarse de otro castillo, comenzó á exhortarle con palabras que podían convertir en un león al hombre más pusilánime. «Ea, valiente, corre adonde te llama el heroísmo; que la suerte te acompañe para merecer los premios debidos á tu arrojo. ¿Qué te detiene?», y aquel ladino, aunque rústico, «Que vaya, le contesta, el que hubiere perdido la bolsa.»

Yo tuve la fortuna de educarme en Roma y aprender muy joven cuán dañosa á los griegos fué la cólera de Aquiles. La ciudad de Atenas me instruyó después en sus artes, me enseñó á distinguir el camino derecho del torcido, y acostumbróme á averiguar la verdad bajo la sombra de los árboles de Academo. La turbación de los

tiempos me arrancó de aquellos gratísimos lugares, y la discordia civil puso las armas en mis manos incapaces, obligándome á pelear contra las huestes del invencible César Augusto. Tras la rota de Filipos, abatido mi ánimo como pájaro á quien cortan las alas, y despojado de la casa y la hacienda paterna, la pobreza audaz me impulsó á escribir versos; mas hoy que poseo lo suficiente, ¿qué dosis de cicuta necesitaría para curar mi cabeza, si no prefiriese dormir tranquilamente á las tareas del escritor?

Los años, en su marcha incesante, se nos llevan todos los placeres: robáronme los juegos, las bromas, los amores, los festines, y trabajan por quitarme la afición á la poesía. ¿Qué hacer? Por otra parte, no todos aman y admiran las mismas obras. Tú te extasías con las composiciones líricas; éste, con los yambos; aquél, con las sátiras del cáustico Bión. Parecéis tres convidados con gustos diferentes, que pedís cada cual el plato que más deleita vuestro paladar. ¿Qué les daré ó no les daré? Tú rechazas lo que éste solicita, y lo que me pides lo encuentran agrio y repulsivo los otros. Además, ¿cómo concibes que pueda escribir en Roma distraído con tantos afanes y trabajos?

Uno me llama para que salga por él fiador; otro, para que asista á una lectura, dejando todas mis obligaciones; éste vive en el Quirinal; aquél, en el último extremo del Aventino; y tengo que visitarlos por fuerza; ya ves que la distancia no

es corta. Dirás que las calles son hermosas y no me impiden meditar al tiempo que voy andando. Ya, ya; por aquí pasa un asentista diligente con sus mulos y sus obreros; allí una máquina eleva bloques y maderas; acullá fúnebre entierro lucha por abrirse paso entre los carros de carga; un perro rabioso sale escapado, y me embiste un cerdo lleno de lodo. Anda, pues, y con estos estímulos entrégate á meditar versos armoniosos.

Los poetas aman la soledad de los bosques, aborrecen el estruendo de las ciudades populosas, y sacrifican á Baco, que se goza en los sueños tranquilos y las frescas sombras. ¿Cómo quieres que cante en medio del estrépito que se oye en Roma noche y día, siguiendo las huellas de los insignes vates?

El ingenio que va á la silenciosa Atenas y dedica siete años al estudio, y envejece entre los libros y las investigaciones, sale de su retiro casi siempre más mudo que una estatua, provocando la hilaridad de las gentes; ¿y yo, en medio de las olas y las borrascas de la ciudad, habré de componer versos que sean cantados á los acordes de la lira?

Había en Roma dos hermanos, el uno orador, el otro jurisconsulto, que se colmaban recíprocamente de elogios desmesurados; el uno era un Graco para el otro, éste un Mucio para aquél; igual manía se ha apoderado de nuestros vanidosos poetas. Yo escribo odas, otro elegías; obras maravillosas que muestran el sello de las

nueve hermanas. Mira con qué vanidad y entono recorren el templo, aun vacío, consagrado á los ingenios romanos. Luego, si tienes tiempo, sigue y observa lo que hacen y cómo se decretan coronas á competencia. Volvemos á nuestros enemigos los golpes que de sus manos recibimos, como gladiador samnita á quien la noche sorprende en su rudo ejercicio. Al separarnos, yo soy un Alceo en opinión de aquél, y éste, según la mía, un Calímaco; y si le parece que me quedo corto, un Mimnermo, y se pavonea con sobrenombre tan apetecido.

Cuando escribo y procuro captarme con súplicas los votos del pueblo, me presto á muchas exigencias por agradar á la grey irritable de los poetas; ahora todo ha concluído, recobro mi propia opinión, y estoy resuelto á cerrar los oídos á lecturas enojosas. Los que escriben malas composiciones son objeto de risa, pero se deleitan escribiéndolas, se admiran de su numen, y si no les concedes tus aplausos, se los dan ellos, entusiasmados de su fecunda inspiración.

Quien aspire á componer un poema de mérito, ha de coger las tablillas con el ánimo de un censor severo, resolviéndose á tachar las frases sin color ó que no tengan la fuerza y la dignidad debidas, aunque se resistan á abandonar su sitio y estén consagradas en el santuario de Vesta. Ha de resucitar las palabras que han envejecido con los años y dar nueva vida á los vocablos brillantes que usaron un día Catón y Cetego, y que

ahora yacen en el polvo del olvido, aumentándolos con aquellos que el uso creador produce; y, semejante á las ondas impetuosas y cristalinas de un río, derramar tesoros que enriquezcan la lengua del Lacio. Cercenará lo superfluo, suavizará lo áspero, borrará lo que carezca de energía, y escribirá á manera de juego, aunque se rinda y fatigue, como el bailarín que imita, ya al Sátiro, ya al agreste Cíclope.

Por lo que á mí toca, hallo mejor que mis poemas insubstanciales me deleiten y engañen, aunque me tengan por un escritor insensato y sin arte, que no escribirlos primorosos y vivir rabiando.

Hubo en Argos un noble que se imaginaba oir magníficas tragèdias, y sentado en el teatro desierto, las aplaudía loco de contento. En lo demás, cumplía muy bien sus deberes sociales; era excelente vecino, huésped amable, esposo ejemplar, indulgente con los siervos, á quienes jamás castigó porque le hubiesen destapado una botella, y bastante cuidadoso para no estrellarse en una roca ó caerse en un pozo. Éste, pues, cuando recobró la razón, merced á los cuidados y al dinero de sus parientes, que á fuerza de eléboro le curaron de su manía, vuelto en sí, les dijo: «Me habéis muerto, en vez de salvarme; habéis destruído mi ilusión, y con ella la dicha de mi existencia.»

Ciertamente es útil saber olvidarse de frívolos pasatiempos, abandonar á los niños los juegos

propios de su edad, y antes que compòner versos que sean cantados al son de la lira, estudiar el orden y concierto de una vida modelo; acerca de este punto me digo á solas á mí mismo: «Si padecieras una sed tan ardiente que el agua más fresca no alcanzase á templar, llamarías al médico, y, sin embargo, no te atreves á confesar á nadie que tus deseos crecen al compás de tus rentas. Si te has hecho una herida y no se cicatriza con las hierbas ó raíces que te recetan, acábas por arrojar la raíz ó la hierba que tan poco aprovecha á tu curación. Oíste en otro tiempo que al hombre á quien los dioses concedían grandes riquezas, le quitaban la perversa estupidez, y desengáñate, tú te has hecho más rico, pero no más sabio, y sigues aferrado á los mismos errores. Aunque las riquezas pudiesen volverte la cordura y quitarte la codicia y la timidez, te sonrojaría ver en la tierra quien fuese más avaro que tú.»

Si es de nuestra propiedad lo que compramos con la balanza y el dinero, y, como dicen los letrados, hay cosas de que nos hace dueños la posesión, tuyo es el campo que te alimenta, y el granjero Orbio, al labrar las mieses que te ofrecen luego su grano, te reconoce por legítimo poseedor. Tú le das el dinero, y en cambio recibes huevos, pollos, uvas y toneles de vino; de este modo vas pagando poco á poco una finca tal vez comprada en trescientos mil sestercios ó más. ¿Qué importa pagarla en uno ó muchos plazos?

El dueño que adquiere un campo en Veyes ó Aricia, come, aunque otra cosa se figure, las hortalizas compradas, y compra asimismo la leña que calienta por la tarde el agua de su baño; y no obstante, considera como suya la tierra que se extiende hasta el álamo que sirve de mojón, para evitar los pleitos de los vecinos, como si pudiera llamarse verdaderamente propio lo que en una hora cambia de dueño y pasa á manos extrañas, ya por ruego, ya por venta, ya por la fuerza, ya por la muerte. Nadie goza aquí una posesión perpetua; el heredero sigue al heredero, como la onda viene tras la onda. ¿De qué sirven, pues, las ricas heredades y las trojes llenas? ¿De qué juntar los montes de Lucania á los de Calabria, si Plutón, que no se deja ablandar con el oro, siega por igual á los grandes y los pequeños?

Hay muchos hombres que no poseen mármoles, joyas, marfil, estatuas toscanas, pinturas, objetos de plata ni mantos teñidos con la púrpura de África, y hay quienes hasta desprecian su posesión.

¿Por qué de dos hermanos, el uno prefiere la holganza, el juego y los perfumes, á las pingües rentas de las palmeras de Herodes, y el otro, rico y afanoso, desde que el sol nace hasta que se pone, trabaja los breñas incultas con el hierro y la llama? Sólo lo sabe el Genio, dios de la humana naturaleza, que señala á cada criatura su estrella, mortal en cada individuo, y tan mudable de forma como de color. Usaré y tomaré de mi cor-

ta fortuna lo que exijan mis necesidades, sin que me importen las lamentaciones de mi heredero, por no haberle aumentado la hacienda... Sé muy bien la distancia que media de un hombre arreglado á un disipador, de la economía á la avaricia, del pródigo que malbarata su caudal, á quien, sin afanarse por aumentarlo, gasta lo que reclaman sus necesidades, imitando al estudiante que, en los cinco días de las fiestas de Minerva, aprovecha este tiempo tan breve como agradable.

Vea yo lejos de mi casa la inmunda pobreza, y lo mismo me dará navegar en un navío ó en una barquilla; el viaje es siempre el mismo. No hincha nuestras velas el Aquilón favorable, pero tampoco somos azotados por el Austro proceloso. En fuerza, ingenio, gallardía, valor, riqueza y linaje, somos los últimos entre los primeros, y los primeros entre los últimos. No eres avaro, muy bien; ¿pero con éste has desterrado los otros vicios? ¿No hierve la ambición en tu pecho? ¿Sabes dominar los arrebatos de la ira y el espanto de la muerte? ¿Te ríes de los sueños, los terrores mágicos, los prodigios, los duendes, los fantasmas nocturnos y los portentos de Tesalia? ¿Cuentas tus años sin tristeza? ¿Eres indulgente con los amigos? ¿Suavizas y mejoras tu carácter á medida que avanzas en edad? ¿Qué importa que te saques una espina, si llevas otras muchas clavadas en el cuerpo?

Si no sabes vivir con orden, cede el puesto á quien sepa más que tú. Bastante has jugado, co-

mido y bebido. Ya es hora de partir; no sea que la juventud, á la que sientan mejor los devaneos, se te burle al encontrarte más beodo de lo regular.

EPÍSTOLA Á LOS PISONES

Si un pintor tuviese el capricho de juntar la cerviz de un caballo á una cabeza humana y adornarla con plumas de varios colores y miembros de distintos animales, de modo que el busto de una hermosa mujer viniera á terminar en la cola de disforme pez; invitados, amigos míos, á tal espectáculo, ¿podríais contener la risa? Pues creed, Pisones, que sería muy semejante á esta pintura el libro en que las ideas más heterogéneas apareciesen como los delirios de un enfermo, sin ninguna trabazón entre el principio y el fin. Á los pintores y poetas siempre fué permitida una amplia libertad. Es cierto, y la concedemos con gusto, y á nuestra vez la reclamamos; pero no hasta el punto de mezclar lo tierno con lo terrible, hermanar las serpientes con las aves y los tigres con los corderos.

Muchas veces á principios solemnes y que prometen maravillas, se zurce tal cual pedazo de púrpura brillante, como cuando se describe el bosque y templo de Diana, la corriente del Rhin, el arco Iris y el arroyo fugitivo á través de los amenos campos. Mas nada de esto venía al caso. Por ventura sabes imitar un ciprés, y cuán poco te valdrá si el que te pagó quiere que le pintes con la nave hecha pedazos, y nadando sin esperanza de salvación. Te propusiste moldear una

ánfora, ¿cómo las vueltas del torno te fabricaron un jarro? En fin, procura cuando escribas la sencillez y la unidad.

Padre é hijos dignos de tal padre, la mayoría de los poetas nos engañamos con la apariencia del acierto. Intento ser conciso, y doy en la obscuridad; el nervio y el vigor abandonan á quien lima demasiado; el que aspira á lo sublime, cae en la hinchazón; el que pretende, temeroso de la borrasca, caminar sobre seguro, se arrastra por el suelo; y quien se esfuerza por dar prodigiosa variedad á un asunto sencillo, acaba pintando al delfín en las selvas y al jabalí en los mares. Si carece de arte, al huir de un defecto, caerá en otro mayor.

Aquel pésimo artífice que vive junto á la escuela de esgrima de Emilio modela con habilidad en el bronce las uñas y los finos cabellos; pero su estatua resultará una desdicha, porque no sabe realizar el conjunto. Yo, si tratase de escribir un poema, sentiría tanto parecérmele, como ver mi rostro hermoseado por negros ojos y negros cabellos, y asustar con la deformidad de mis narices.

Elegid, escritores, el asunto proporcionado á vuestras fuerzas, y reflexionad largo tiempo lo que pueden llevar y lo que rechazan vuestros hombros. Al que sepa escogerlo con acierto nunca le faltarán ni la afluencia ni la claridad del orden.

El mérito y la gracia de este orden, si no me

equivoco, consisten en decir desde luego lo que deba decirse inmediatamente y reservar lo demás para la ocasión oportuna. Tenga el autor del prometido poema gran tacto para escoger lo bello y desechar la inútil.

Sé discreto y precavido en el uso de las voces. Hablarás con elegancia, siempre que por una hábil combinación aparezca como nueva la palabra ya conocida. Cuando te veas en la necesidad de expresar ideas abstrusas con signos recientes que nunca oyeron los ceñidos Cetegos, se te acordará esta licencia, tomándola con mesura; y los vocablos nuevos y poco ha formados obtendrán carta de naturaleza, si proceden del griego, con ligeras modificaciones. ¿Qué licencia concedida por los romanos á Cecilio y á Plauto se negaría á Virgilio y á Vario? Yo mismo, ¿por qué he de ser censurado si puedo inventar unas pocas voces cuando los escritos de Ennio y Catón enriquecieron el idioma patrio con términos jamás oídos? Fué y siempre será lícito acuñar nombres marcados con el sello del uso corriente.

Así como los bosques al declinar el año se desnudan de las secas hojas, así vienen á caer en desuso las voces antiguas, y otras recién nacidas florecen y viven con el brío de la juventud. Lo mismo que nosotros, todas las cosas humanas están sujetas á la muerte. Los brazos del muelle que aprisionan las olas del mar y defienden las escuadras del viento Aquilón, obra verdaderamente regia; la laguna antes navegable, conver-

tida en fértil campiña que abre su seno á la reja del arado y alimenta á los pueblos vecinos; el río que tuerce su curso, funesto á los sembrados, dirigiéndose por mejor camino; todas estas construcciones grandiosas perecerán. ¿Cómo ha de ser eterna la gracia y belleza de las palabras? Renacerán muchas que ya murieron, y morirán no pocas que ahora son corrientes, si así lo quiere el uso, juez, árbitro y norma del lenguaje.

Homero nos enseñó en qué metro debían escribirse las hazañas de reyes y capitanes y las guerras asoladoras. Los dísticos de versos desiguales expresaron al principio el dolor y más tarde las alegrías del ánimo satisfecho. Los gramáticos disputan sobre el autor de los humildes versos elegíacos, y el pleito aun no se ha sentenciado. La rabia armó á Arquíloco del yambo, invención suya; la comedia y la elevada tragedia adoptaron este metro como el más adecuado para el diálogo y para acallar el estrépito del público en las representaciones dramáticas.

La Musa encomendó á las cuerdas de la lira el elogio de los dioses y los héroes; los atletas triunfantes, el caballo que vence en la carrera, las pasiones de los jóvenes y la libertad de los banquetes.

¿Por qué soy saludado como poeta si no puedo ni sé dar á cada asunto la forma y el colorido convenientes? ¿Por qué una ridícula vergüenza me hace preferible la ignorancia al estudio? La comedia repugna los versos trágicos, y la cena

de Tiestes se indigna de verse representada en versos familiares y casi propios de la comedia. Cada género guarde el decoro y el estilo que le corresponda. Á veces, sin embargo, la comedia eleva su tono, y Cremes airado declama con la mayor vehemencia, ó, viceversa, un personaje trágico se lamenta con el más sencillo estilo. Télefo y Peleo, pobres y desterrados, no se valen de voces ampulosas y frases campanudas cuando quieren conmover con sus lamentos el corazón de los espectadores.

No basta que los poemas sean primorosos; es preciso que sean patéticos y arrebaten á su arbitrio el ánimo de los oyentes. El rostro del hombre así como ríe con los que ríen, así llora con los que lloran. Si quieres que salten las lágrimas de mis ojos, llora tú primero, y entonces me conmoverán tus infortunios. ¡Oh Télefo y Peleo!, si representáis mal vuestras desdichas, ó me dormiré ó me reiré. Convienen palabras tristes al semblante afligido, amenazadoras al iracundo, al alegre festivas y llenas de gravedad al severo. La naturaleza nos ha hecho capaces de sentir todas las mudanzas de la fortuna: ya nos alegra, ya nos incita á la cólera, ya nos angustia y obliga á humillar la cabeza bajo el peso de la desgracia, sirviéndonos de la lengua como intérprete de los afectos del alma. Cuando las palabras no convienen á la situación del personaje, los romanos, así nobles como plebeyos, acaban por soltar la carcajada.

Téngase muy en cuenta si el que habla es un dios ó un héroe, un viejo caduco ó un joven de edad lozana, una orgullosa matrona ó una solícita nodriza, un mercader ambulante ó un labriego cultivador de reducido campo, un natural de Colcos ó de Asiria, un habitante de Tebas ó de la ciudad de Argos. Que el escritor respete la tradición y concuerde con ella sus ficciones. Si sacares de nuevo á la escena al heroico Aquiles, preséntale impetuoso, iracundo, inexorable, valiente, y como si las leyes no hablasen con él, fiando su derecho á la punta de la espada. Aparezca Medea invencible y feroz, Ino llorosa, fementido Ixión, Io vagabunda y Orestes perseguido por el remordimiento.

Siempre que lleves á la escena un asunto desconocido y te atrevas á crear un nuevo personaje, haz que guarde hasta el fin el carácter que reveló al principio, y que no se desmienta jamás.

Es muy difícil la originalidad en aquello que muchos han tratado, y obrarás con acierto tomando de *La Ilíada* el argumento de tu tragedia antes que aventurarte á componerla sobre hechos del todo ignorados y nuevos. Harás tuyo propio un asunto del público dominio, si no te encierras en un círculo vulgar y mezquino, empeñándote, como fiel intérprete, en traducir palabra por palabra, ni como servil imitador te metes en un atolladero de donde la vergüenza ó las leyes del poema te impidan volver atrás.

No empieces nunca como aquel escritor cícli-

co: «Voy á cantar el destino de Príamo y la famosa guerra troyana.» ¿Qué frutos puede ofrecer la jactancia de tales promesas? Los montes estarán de parto, y nacerá un ridículo ratoncillo. ¡Cuánto más discreto Homero, que todo lo hace con singular discernimiento! «Canta, ¡oh Musa!, al mortal que después de la guerra de Troya visitó muchas ciudades y trató gentes de muy diversas costumbres.» No pretende sacar el humo de la luz, sino la luz del humo, para ofrecernos luego estupendas maravillas: Antífates, Escila y Caribdis con el Cíclope. Ni cuenta la vuelta de Diómedes desde la muerte de Meleagro, ni la guerra troyana desde los huevos de Leda. Va derecho siempre al desenlace, y pone al oyente en medio de los sucesos como si le fuesen conocidos; desprecia los hechos que no puede abrillantar, é inventa con tal acierto y de tal modo mezcla lo fingido con lo verdadero, que el principio armonice con el medio, y el medio con el fin.

Te diré lo que deseamos yo y el pueblo: si quieres que el espectador te aplauda y permanezca en su asiento hasta que suba el telón, y el actor exclame «Aplaudid», retrata bien las costumbres de cada edad y pinta con su propio colorido á los jóvenes inconstantes y á los ancianos. El niño que ya balbucea las palabras y pone el pie seguro en tierra, se desvive por jugar con sus iguales, se enoja y templa con facilidad, y por momentos cambia de gustos. El joven imberbe, pero emancipado del ayo, se regocija con

los perros, los caballos y los ejercicios del campo de Marte; se ablanda ante el vicio como la cera, desoye los buenos consejos, desprecia lo que le conviene y derrocha el dinero. Es altivo, voluntarioso y pronto á abandonar lo que antes amaba. La edad viril tiene inclinaciones muy diferentes de la juventud: ansía las riquezas, desea ganar amigos, solicita los honores y se guarda de hacer aquello de que pueda arrepentirse. Muchas son las molestias que acosan al viejo, ya por su afán de acumular riquezas que, una vez adquiridas, no se atreve á gastar como un miserable, ya porque en todos los negocios se muestra tímido é irresoluto. Es apático, remiso, de largas esperanzas, ávido del porvenir, impertinente, regañón, muy apasionado de los tiempos en que era mozo y censor duro de los jóvenes.

Los años que vienen nos traen consigo muchas ventajas, y los que se van nos las quitan. Para no dar á un joven cualidades propias de un viejo, ni á un niño las de un hombre hecho y derecho, estudiemos los rasgos característicos de cada edad.

La acción se representa en la escena ó se refiere así que ha sucedido. Lo que se aprende de oídas deja en el ánimo impresión menos enérgica que lo visto con los ojos y que el espectador toca por sí mismo. Sin embargo, no representes en las tablas lo que deba pasar dentro y aparta de la vista del público muchas cosas que luego

deben ser relatadas por un actor elocuente. No despedace Medea sus hijos delante del concurso, ni el execrable Atreo haga cocer en su presencia entrañas humanas, ni Progne se convierta en golondrina, ni Cadmo en serpiente; tales hechos parecerán siempre inverosímiles y horrorosos.

Un drama que se haya de representar muchas veces, no tenga más ni menos que cinco actos. Tampoco debe intervenir la divinidad, á no ser que el nudo no pueda desenlazarse de otro modo, y procúrese evitar que un cuarto personaje tome parte en el diálogo.

El coro ha de defender al protagonista, y animarle en sus varoniles esfuerzos; no cantará en los intermedios nada que no conduzca al fin y se adapte perfectamente á la acción. Muéstrese amigo de los buenos y ayúdelos con sus consejos; temple el furor de los coléricos y ame á los aborrecedores del crimen; ensalce los manjares de una mesa frugal, la bienhechora justicia, la santidad de las leyes y la paz que permite abrir las puertas de las ciudades; sepa guardar los secretos, y pida y ruegue á los dioses que la suerte favorezca á los desgraciados y castigue con rigor á los soberbios.

La flauta antigua no era, como la de nuestros días, rival del clarín, ni estaba guarnecida de preciosos metales, sino humilde, sencilla y de contados agujeros; acompañaba los cantos del coro, y llenaba con sus sonidos los asientos poco numerosos del teatro, donde se reunía un públi-

co sobrio, honesto y de puras costumbres, cuyos individuos podían fácilmente contarse. Mas luego que las victorias romanas comenzaron á dilatar el territorio y ensanchar los muros de Roma, y el pueblo se entregó á beber impunemente todo el día en las festividades del Genio, fué concedida mayor libertad á la música y poesía. ¿Qué criterio había de tener el patán ignorante y grosero que, libre de su trabajo, se confundía con el ciudadano culto y distinguido? Así, el flautista añadió á su arte primitivo movimiento y desenvoltura, y arrastró por la escena vestidos rozagantes. Así también se aumentaron las cuerdas de la lira, la elocución remontó su vuelo, y las sentencias, que enseñaban cosas útiles y pronosticaban lo futuro, llegaron á confundirse con las respuestas del oráculo de Delfos.

El poeta trágico que disputó el premio despreciable de un macho cabrío, más tarde presentó desnudos en la escena á los agrestes Sátiros, y quiso provocar la risa con sus gracias, salva la dignidad del género, porque era preciso divertir con atractivos y gratas novedades al espectador que volvía de las fiestas de Baco completamente beodo y sin freno que le contuviera. Pero conviene que al presentar á los burlones y procaces Sátiros, se pase con tal habilidad de lo serio á lo jocoso, que á cualquier dios, cualquier héroe que hubiéramos visto poco antes cubierto de púrpura y oro, no le oigamos expresarse en seguida con un lenguaje chocarrero y bufón, ó que,

al contrario, por evitar el estilo pedestre, se remonte hasta perderse en las nubes.

La tragedia rechaza, como indignos de su alcurnia, los versos poco graves, y debe aparecer entre los Sátiros como la matrona pudibunda á quien se obliga á danzar en los días festivos.

Si yo me metiera á componer dramas satíricos, ¡oh Pisones!, no usaría un lenguaje desaliñado y procaz en el diálogo, ni tampoco me esforzaría en apartarme de la grandeza trágica tanto que no se notase diferencia entre el estilo de Davo y la osada Pitias, que sonsacó un talento al beodo Simón, ó el del viejo Sileno, ayo y pedagogo de Baco.

Á mi entender, los Sátiros criados en los bosques no deben solazarse con versos demasiado tiernos, como si hubiesen nacido en Roma y se dedicasen al Foro, ni manchar sus labios con expresiones soeces y escandalosas que lastiman los oídos de los ricos, patricios y caballeros, poco dispuestos á conceder su aprobación y decretar coronas, aunque aplauda la plebe que va al teatro á comer nueces y garbanzos tostados.

De un asunto trillado sacaría yo un argumento nuevo, de tal manera que cualquier otro que intentase el empeño sudase mucho y se fatigase vanamente en castigo de su presunción: ¡tanto valen el orden y el concierto; tanto realce puede adquirir el tema más vulgar!

Una sílaba larga tras una breve forma el yambo, pie tan rápido que hizo se diese el nombre

de trimetros á los yambos, porque dejan percibir seis tiempos iguales desde el primero al último; y para que sonase en los oídos con más cadencia y rotundidad, recibió después en su seno, gustoso y complaciente, los graves espondeos, pero sin ceder nunca el segundo ni el cuarto lugar. En los antiguos trimetros de Accio y Ennio es muy rara esta combinación.

Los versos del diálogo dramático, recargados de espondeos, acusan en el autor ignorancia supina del arte ó excesiva precipitación y punible abandono.

No todos saben juzgar con tino las faltas de armonía, y en este punto hemos sido harto indulgentes con los poetas romanos. ¿Será esto motivo bastante para que yo escriba á mi antojo, sin someterme á las reglas, ó bien, seguro de que todos han de notar mis errores, viviré tranquilo y alentado con la esperanza del perdón? Así logro evitar la censura ya que no conquiste el aplauso. Vosotros, ¡oh Pisones!, estudiad noche y día los modelos griegos. Ciertamente que nuestros antepasados loaron los versos y chistes de Plauto con sobrada indulgencia, por no decir necedad; pero vosotros y yo sabemos distinguir lo gracioso de lo chocarrero, y apreciar con los dedos y los oídos la exacta medida del verso.

Es fama que Tespis inventó la tragedia, antes desconocida, y llevó en carros á los farsantes que la cantaban y representaban, tiznados los rostros con heces de vino. Esquilo introdujo posterior-

mente la máscara y la ropa talar, levantó la escena sobre las tablas, calzó á los actores el coturno y les hizo hablar en tono grandilocuente. Á la tragedia siguió la antigua comedia, representada con el mayor aplauso; pero su libertad rayó en la licencia, que hubo de refrenar una ley por todos acatada, y el coro, privado del derecho de injuriar, calló ignominiosamente.

Nuestros vates no descuidaron el cultivo de ningún género, y no merecen pocos plácemes por haber abandonado la imitación griega y tratado con preferencia asuntos nacionales, así en las comedias pretextas como en las togadas. Ni el Lacio sería menos ilustre que por su valor y sus gloriosas armas por sus creaciones literarias si nuestros poetas se hubiesen mostrado más solícitos en limarlas y corregirlas. Vosotros, descendientes de Numa Pompilio, condenad el poema que no esté corregido con escrupuloso detenimiento hasta lograr la perfección apetecida.

Porque Demócrito afirma que el ingenio vale más que las reglas del Arte, y excluye del Helicón á los poetas que tienen sana la cabeza, muchos de ellos descuidan cortarse las uñas y la barba, se retiran á la soledad y huyen de los baños, creyendo alcanzar el nombre y la fama del poeta con negarse á poner en manos del barbero Licinio sus cabezas imposibles de curar con el eléboro que producen las tres Anticiras. ¡Necio de mí que me purgo la bilis á la llegada de la primavera! Nadie compondría mejores poemas,

mas no quiero ser famoso á tanta costa. Haré como la piedra del amolador que, aunque por sí no corta, sirve para afilar el hierro. Sin escribir nada enseñaré los deberes que impone el Arte, dónde ha de hallar sus argumentos el ingenio, cómo se ha de formar é instruir, qué es lo conveniente ó perjudicial, cuáles son los caminos del acierto y las consecuencias del error.

El saber es el principio y la fuente de escribir bien. Las páginas de Sócrates te proporcionarán muy sólidos conocimientos, y una vez adquiridos, las palabras se te ofrecerán por sí mismas. El que sabe sus deberes con la patria y los amigos, cómo se ha de reverenciar á un padre, amar á un hermano y acoger al huésped, cuál es la obligación de un senador y cuál la de un juez, y las dotes que necesita un caudillo al frente de su ejército, ése dará á cada personaje el conveniente colorido. Es indispensable que el escritor estudie la vida y las costumbres, las imite con felicidad y las pinte con rasgos expresivos.

Á veces una comedia con situaciones felices y caracteres bien sostenidos, aunque falta de gracejo, novedad y artificio, solaza y entretiene más al espectador que los versos y chistes armoniosos, pero sin fondo alguno.

La Musa concedió un ingenio penetrante y una lengua hermosísima á los griegos, de nada tan codiciosos como de la alabanza. Los niños romanos aprenden á dividir un as en cien partes con prolijas operaciones. «Diga el hijo de Albino: si

de cinco onzas quitamos una, ¿qué quedará? Ya podías haber contestado: «La tercera parte del as.» «¡Bravo! Puedes manejar tu hacienda.» «Y si añades una onza, ¿cuánto suma?» «Medio as.» ¿Y esperamos que introducida en los ánimos esta carcoma, esta sed de riquezas, acierten á componer nunca versos dignos de ser ungidos con aceite de cedro y guardados en armarios de ciprés?

Los poetas, ó se proponen instruir ó deleitar, ó exponer doctrinas útiles y cosas agradables á la vez. En los preceptos sé breve, porque expresados así, el alma los aprende y la memoria los retiene mejor. Todo lo superfluo se derrama como cosa inútil. Las ficciones poéticas han de ser verosímiles; no porque se imagine el autor que ha de ser creído en sus invenciones vaya á sacar del vientre de una bruja todavía vivo el niño que ha devorado. Los viejos desprecian las obras de poca substancia, los jóvenes rechazan los poemas serios, y sólo conquista los sufragios de todos el que mezcla lo útil con lo agradable, instruyendo al par que deleitando á los lectores. Estas obras son las que dan ganancia á los Sosias, atraviesan los mares y llegan á inmortalizar el nombre del autor.

Hay, no obstante, faltas que merecen indulgencia; pues ni la cuerda produce siempre el sonido que desea la mano, y á veces al que le pide una nota grave responde con la aguda, ni la flecha que el arco dispara da siempre en el blanco;

pero cuando las bellezas abundan en el poema, no me ofenderá que lo desluzcan pocos lunares, hijos del descuido, ó de esos que no alcanza á evitar la limitación humana. ¿Qué hacer? Como no merece perdón el escribiente que incurre con frecuencia en una falta mil veces advertida, y es objeto de burla el citarista que tropieza siempre en la misma cuerda, así el escritor que yerra á cada paso me parece aquel Querilo que me llena de admiración y hace sonreir si por casualidad acierta en algún pasaje, y al contrario, me causa enfado cuando veo que dormita el gran Homero; y eso que en un largo poema es disculpable dejarse vencer á ratos del sueño.

La poesía es como la pintura: una te impresiona más si la contemplas de cerca, otra si la miras de lejos; ésta se expone á media sombra, aquélla se complace en ser vista á la luz del día, porque no teme el rigor de la crítica; una agrada la vez primera, la otra agrada repetida cien veces.

¡Oh tú, el mayor de los Pisones!, aunque tienes elevado criterio y los consejos de tu padre te llevan por buen camino, graba en la mèmoria lo que voy á decirte. Con razón es tolerable la medianía en determinadas profesiones. Un jurisconsulto y abogado regular dista mucho de la elocuencia de Mesala y el saber de Caselio Aulo; sin embargo, es tenido en estima; mas ni los hombres, ni los dioses, ni las columnas toleran la medianía de los poetas.

Como fastidia en alegre festín una sinfonía

discordante, los perfumes rancios y la adormidera mezclada con miel de Cerdeña, porque el convite pudo muy bien celebrarse sin estos aditamentos, así el poema nacido ó inventado para recreo del ánimo, á poco que se aparte de la perfección, cae en lo despreciable.

El que no es práctico, se abstiene de ejercitarse en las armas del campo de Marte; el que no sabe jugar á la pelota, al disco ó al troco, permanece sentado, para que no se le ría impunemente el corro de los curiosos; pero el más ignorante se atreve á componer versos. ¿Y por qué no, siendo libre, bien nacido, de conducta intachable, y poseyendo la renta que el censo exige al caballero?

Tú, Pisón, que tienes cordura y sano juicio, no digas ni escribas nada á despecho de Minerva, y si algo escribieres, sométolo al juicio de Mecio, de tu padre y al mío, y guarda nueve años los manuscritos en tu cartera.

Podrás corregir lo que no hayas dado á luz; pero la palabra pronunciada ya no puede recogerse.

Orfeo, sagrado intérprete de los dioses, infundió en los hombres que habitaban las selvas horror á la matanza y á las costumbres feroces; por eso se dijo que amansaba los tigres y los rabiosos leones; como se dijo de Anfión, fundador de los muros de Tebas, que al compás de la cítara arrancaba las piedras de su asiento y las llevaba adonde quería con la dulzura de su canto. Esta sabiduría de la antigüedad consistió en distinguir

lo público de lo particular, lo sagrado de lo profano, en prohibir las uniones ilícitas, fijar los deberes dè los maridos, edificar ciudades y grabar en tablas las leyes. Así conquistaron honor y gloria los cantos divinos de los poetas. Después apareció el insigne Homero, y Tirteo, que supo encender los pechos varoniles en el fuego del amor á las batallas. En verso daban los oráculos sus respuestas, en verso se escribieron las sentencias morales, con los encantos de la poesía se ganó el favor de los reyes, y en la poesía buscó el ánimo grato solaz que le divertiera de sus penosas fatigas. No te sonroje, pues, entregarte á la lira de las Musas y los cantos de Apolo.

Mucho se ha disputado si los poemas célebres son fruto de la Naturaleza ó el Arte; yo no comprendo de qué aprovecha el estudio sin la inspiración, ni tampoco para qué sirve un ingenio completamente inculto; éste necesita de aquél, y ambos conspiran juntos al mismo fin.

El que desea ganar el premio de la carrera tocando la anhelada meta, tiene que sufrir desde niño grandes trabajos, acostumbrar su cuerpo al calor y al frío, y abstenerse del vino y las mujeres. El flautista que tañe en los juegos píticos, debe hacer penoso aprendizaje con un severo maestro; mas hoy basta exclamar: «Yo compongo admirables poemas. Mala sarna en el último; me avergüenza declararme vencido, y confesar que ignoro lo que nunca aprendí.»

El poeta rico en hacienda y capital puesto á

interés, reune á los aduladores en su casa con el aliciente de las dádivas, como el pregonero concita á las turbas para pujar en la almoneda. Si además está en situación de ofrecer un suntuoso banquete, salir fiador de un amigo pobre y sacarlo del atolladero de un pleito ruinoso, ¿será maravilla que no sepa distinguir entre el falso y el verdadero amigo? No constituyas en juez de tus escritos al que rebosa de alegría por las mercedes que le has hecho, ó las que piensas hacerle en adelante; pues gritará: «¡Magnífico, bravo, soberbio!» Hasta palidecerá y dejará correr las lágrimas de sus ojos, saltando y haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Como los alquilones que lloran en los cortejos fúnebres dicen y hacen mayores extremos que los de veras afligidos, así el adulador aplaude mucho más que quien elogia sinceramente.

Los reyes, según fama, obligan á beber sendas copas y atormentan con la embriaguez á los que tratan de sondear si son dignos de su favor. Si compones versos, no te engañen nunca los que disfrazan su parecer con la astucia de la zorra. Al recitar algunos de tus ensayos á Quintilio, «corrige—decía—esto y lo de más allá», y como le contestases que te era imposible, tras haberlo intentado en balde cien veces, te mandaba borrar y volver al yunque los versos mal forjados. Mas como te obstinaras en defender tus yerros, antes que corregirlos, no despegaba los labios ni perdía el tiempo en convencerte, dejando que sin

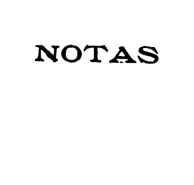
rival vivieses enamorado de ti mismo y de tus obras.

Un crítico docto y entendido corrige los versos débiles, castiga los forzados, tacha, volviendo la pluma, aquellos que afea el desaliño; cercena los adornos superfluos, da claridad á lo obscuro y hace desaparecer las frases ambiguas; se convierte en otro Aristarco, y no dice: «Por qué ofender á un amigo por estas bagatelas?» Estas bagatelas acarrean gravísimos disgustos, y exponen su nombre á la mofa é irrisión de las gentes. Los ciudadanos sensatos huyen medrosos del poeta delirante, como si estuviese atacado de la lepra, la ictericia, la locura ó la cólera de Diana. Los muchachos y los incautos le persiguen y acosan. Que, por desgracia, al recitar de paseo sus versos altisonantes caiga en un pozo ó en un hoyo, como cazador que anda tras los mirlos; aunque grite horas y horas pidiendo socorro, no hallará quien le tienda la mano y le salve. Y si alguno se empeña en sacarlo arrojándole una cuerda, ¿qué sabe si se ha tirado de intento y rehusa toda salvación?

Os contaré la muerte del poeta siciliano: deseando Empédocles alcanzar la gloria de los dioses inmortales, á sangre fría se arrojó en el ardiente cráter del Etna. Que nadie niegue á los poetas el derecho del suicidio. El que salva al deseoso de la muerte, perpetra igual crimen que si le matara contra su voluntad. Ni es la única vez que ha intentado poner fin á sus días; y aun-

que le libréis del peligro, no por eso recobrará el juicio, renunciando á la ambición de una muerte gloriosa. Por otra parte, tampoco sabemos en pena de qué delito vive condenado á escribir versos: si por haberse orinado en la tumba de sus padres, ó por arrancar, impío, la señal del sitio herido por el rayo. Lo cierto es que está loco; y como el oso que logra romper los hierros de su jaula, ahuyenta á sabios é indoctos recitándoles sus poemas; y si coge á algún desdichado, se le pega y le asesina con su lectura, como la sanguijuela, que no deja la piel sino harta de sangre.

NOTAS



NOTAS Á LAS SÁTIRAS

LIBRO PRIMERO

I

Verso 1. *Qui fit.* — Esta primera sátira compite dignamente con las más celebradas, y nos ofrece á la vista un revuelto concurso de heterogéneos personajes que asordan el aire con sus quejas y lamentaciones, y hasta se sublevan contra la providencia de los Númenes por la escasa parte de felicidad que les cupo en suerte, siendo, en su errónea aprensión, tan grande y completa la gozada por aquellos que supieron escoger oficios de menos riesgos y más seguras ganancias. El mercader á quien la codicia arroja á los peligros de las olas alborotadas, envidia la repentina muerte del soldado, menos espantosa que las fauces del piélago resuelto á devorar su bajel, y el veterano acribillado de cicatrices y lleno de achaques y miserias, siente no haberse dedicado á los negocios del mercader que con su audacia logra casi siempre abrirse el camino de la fortuna. El jurisconsulto, harto de clientes y legajos, con las trampas y astucias propias de su carrera, vuelve las miradas al labriego que desconoce los embrollos de los litigios y respira las auras de los campos; y el labriego litigante, que se rinde al cansancio de su penosa ocupación, al observar

la vida quieta y regalona del letrado, suspira por la felicidad de un hombre que no se preocupa de hielos, granizos ni plagas asoladoras; que es condición inherente á nuestra naturaleza el ser descontentadizos y malhumorados, y despreciar las enseñanzas de la realidad que, con bruscas y terribles advertencias, se encarga de demostrarnos que el mundo no es un campo de flores, sino un valle de lágrimas; que el deseo concibe esperanzas sin fin, y realiza tan sólo lo que alcanza su poder limitado; que por todas partes hay senderos agradables y leguas de mal camino, y que si, en vez de mirar con cristales de aumento la dicha del prójimo, penetrásemos en sus rincones más ocultos, es probable que encontrásemos refugiado en ellos el mismo desencanto de la ilusión y la misma impotencia del placer, martirizándole sin piedad, y demostrándonos á todos, grandes y chicos, felices y desventurados, que vamos en pos de una felicidad ilusoria que se divierte en recrear un momento nuestro espíritu soñador para abandonarlo en seguida á los tormentos de una amarga desesperación. Y al desconocimiento de nuestro propio destino añádese el amor propio exagerado que aquilata los propios méritos como oro nativo, y se los imagina siempre acreedores á muy altas recompensas. De aquí ese afán de honores y riquezas que engendran la codicia insaciable y la avidez mezquina y desharrapada, dos sirenas que con sus cantos funestos seducen al hombre para hacerle tan desgraciado como el mendigo que recuesta su cabeza en las piedras del camino, esperando una alma caritativa que socorra su necesidad.

Comparaciones bellísimas, chistes y gracias á porrillo, transiciones hábiles al enlazar los diversos miembros del conjunto, retratos que vistos un momento ya no se olvidan, diálogos y soliloquios que dejan oir el timbre de la

voz de los personajes respectivos, y argumentación sólida y contundente, afiligranada con las delicadezas de un ingenio agudo y urbano, sonriente y malicioso, tales son los primores que nos cautivan en esta pieza, que viene á ser el prólogo de los restantes, y como el portal amplio y magnífico del monumento suntuoso elevado por Horacio en honor de la sátira romana.

V. 2. *Sen ratio... sen fors.*—La necesidad ó la suerte casi siempre, y en muy pocos casos la elección, fijan nuestros ulteriores destinos.

V. 8. *Cita mors venit.* — Imposible traducir esta locución con la gracia, la fuerza y el encanto del original.

V. 11. *Vadibus.*—Á los fiadores se les daba el nombre de *vades,* porque la fianza prestada les autorizaba á marcharse.

V. 11. *Rure extractus.*—La palabra *extractus* significa ser arrancado con cierta violencia, y denota muy bien lo incómodo que el viaje resulta al campesino.

V. 14. *Fabium.* — Fabio, caballero de Narbona, charlatán y disputador insoportable.

V. 23. *Praeterea.* —No ha faltado quien intentase substituir este adverbio por el verbo *praetereo,* con lo que no sale perdiendo nada el buen sentido.

V. 28. *Ille gravem.* — El argumento de todos es el mismo: necesitan trabajar para vivir, y ahorrar para ir conllevando la vejez tranquilamente; pero el poeta les sale al encuentro y rechaza con vigor sus sofismas, porque no es la necesidad, sino la codicia, la que los fuerza á sus duros trabajos y miserias, con cuyo motivo se revuelve contra tan funesta pasión.

V. 36. *Inversum... annum.* — El año que vuelve á empezar en enero, cuando el sol llega al signo Acuario.

V. 42. *Furtin defossá.* — Parece que se oyen los tá-

citos pasos del avaro, que sepulta su caudal en la tierra cavada por sus propias manos.

V. 46. *Non tuus.*—Es una verdad irrefutable que las necesidades verdaderas son iguales para todos, y que las ficticias sólo sirven para establecer privilegios irritantes que acarrean sinnúmero de desdichas.

V. 47. *Reticulum panis.*—El saco en que los esclavos repartidores llevaban el pan estaba tejido á manera de red, y de ahí el nombre de *reticulus.*

V. 52. *Dum ex parvo.* — La réplica no tiene vuelta de hoja. «Á ti te gusta, dice, sacar de un gran montón; á mí, cogiendo lo necesario, lo mismo me importa tomarlo de uno grande que de uno pequeño.»

V. 53. *Cumeris.* — Especie de cesto con cubierta donde los pobres guardaban su grano.

V. 54. *Urna vel cyatho.*—La urna venía á ser la mitad del ánfora, y el cyatho un vaso ó una copa.

V. 61. *Bona pars hominum.* — No una gran parte, sino la casi totalidad de los nacidos, discurren como el avaro del cuento. Son las riquezas muy visibles de suyo, para que pasen en el mundo inadvertidas; el fausto que las acompaña cuando se gastan rumbosamente, ó la fama que las sigue cuando se ocultan con cautela, ciñen á las sienes del rico brillantísima auréola, que todos contemplan con admiración; y de ahí ese afán inmoderado de hacinar montones de oro sobre montones de plata, que proporcionen un dudoso bienestar y una falsa vanagloria.

V. 64. *Ut quidam.*—Este ateniense, perseguido por las silbas del populacho, contesta á las observaciones del poeta que cada cual es considerado según el capital mayor ó menor que posee.

V. 68. *Tantalus.* — La tradición sobre este hijo de Júpiter y la ninfa Pluto refiere que, en castigo de haber

divulgado los secretos del padre de los dioses, se le condenó á vivir en medio de un lago, cuyas aguas huían de sus labios abrasados por una sed ardentísima, al mismo tiempo que los frutos del árbol extendido sobre su cabeza escapaban de sus ávidas manos, y, para colmo de angustia, un peñasco próximo y enorme amenazaba aplastarle incesantemente, eternizando su espantoso terror.

V. 74. *Vini sextarius.* — El sextario equivalía á la cuarta parte del modio.

V. 100. *Fortissima Tyndaridarum.* — Clitemnestra, la más fuerte de las hijas de Tindaro.

V. 101. *Naevius.*—Otros *Maenius* y *Maevius,* nombre, según Acrón, de un ciudadano muy tacaño. Nomentano, del nombre del lugar donde había nacido, llamábase Casio, y era el prototipo de la profusión.

V. 105. *Tanaim.* — Acrón afirma que este Tanais era eunuco y liberto de Mecenas, y que el suegro de Vitelio estaba quebrado, circunstancia que importa bien poco al fin de caracterizar la oposición de procedimientos y conducta de tales individuos.

V. 106. *Est modus in rebus.*—Esta reflexión, terminada en el exámetro siguiente, encierra una verdad tan incontestable, que nada tiene de extraño se haya hecho proverbial en las escuelas, y sirva como de admonición á esos temperamentos ardorosos que, traspasando los límites de la prudencia, dan lugar á que la virtud se convierta en simpleza ó la justicia en crueldad, por no contenerse dentro de los términos asignados á su acción bienhechora.

V. 108. *Illuc.* — Nótese la habilidad de la revocación, que le pone en el punto de partida para generalizar la tesis al principio sustentada; lo mismo que entristece al avaro el caudal que no puede llamar suyo, así el

hombre, en general, se consume de envidia por la suerte del prójimo, no considerando que está sujeta á los mismos accidentes y contratiempos que la propia, de la cual tan despechado reniega.

V. 114. *Ut cum carceribus.* — Esta comparación, noble y magnífica, levanta á las nubes el tono de la sátira, y la confunde con la epopeya; pero en seguida desciende de la altura, y acaba con el mordisco que tira al legañoso Crispino.

V. 120. *Crispini.* — Según Acrón, Crispino era un filósofo estoico, muy charlatán, que versificó la doctrina de Zenón. El epíteto de legañoso es verosímil que aluda más á las legañas del entendimiento que á las de los ojos.

II

V. 1. *Ambalaiarum.* — No ya sólo á los necios, como sostiene Horacio, sino hasta á los cautos y prudentes, es casi imposible que al huir de un vicio, no den en el extremo contrario, manteniéndose inalterables en aquel justo medio en que consiste la virtud, aforismo millones de veces repetido en las escuelas de moral, pero que, como si tuviese un valor puramente especulativo, la criatura racional se encarga de desacreditar á todas horas con sus actos en el terreno de la práctica. Horacio expone los peligros de la excesiva liberalidad y el repugnante papel del avaro; contrasta la pulcritud afeminada con el desaseo sucio y asqueroso, y el nimio cuidado en el vestir con la negligencia ofensiva al pudor, para llegar á la solución de un problema escabroso de suyo en que el instinto se revuelve á brazo partido contra la ley, y la moral no anda en la mejor armonía con la ciencia.

Que el apetito sexual se revela en los jóvenes con una fuerza á veces inconstrastable y ciega como todos los instintos naturales, y que es menos pecaminoso y arriesgado satisfacerlo con una de esas mujeres de baja estofa á quienes la miseria ó el abandono arrojan á los antros de la prostitución, que llevar la alarma y la afrenta á una familia noble y honrada, sembrando el recelo y la desconfianza entre los esposos y el desamor y quizás el aborrecimiento en el seno de las familias, es verdad tan inconcusa y palmaria, que huelga su demostración. El poeta, poco amigo de tal género de conquistas, tenía muy presentes los mil trances en que se habían visto algunos adúlteros famosos que, yendo por lana, volvieron trasquilados y con las espaldas calientes ó el cuerpo deshonrado por la lubricidad de los siervos. La clase de las libertinas que venden el género sin encarecerlo y se presentan tales como son, dispuestas á servir al primer recién venido, ésas son las que á Horacio convienen, por menos peligrosas; mas no se crea que se constituye aquí en apologista del lupanar ó que encuentre disculpa á la perversión de esos mozos que pasan su vida en compañía de alcahuetes y rameras; si el adulterio le repugna por inmoral y lo huye por arriesgado, también halla vergonzoso el lupanar, y lo mismo advierte á Cupieno los trabajos que le esperan persiguiendo á las matronas, que se revuelve contra Salustio, que, en compañía de mujerzuelas de vida airada, se juega con su reputación la hacienda de sus padres; y sólo parece que se muestra tolerante con el que se rinde á la necesidad brutal sin mengua de su fama ni escándalo público.

¿Podremos tachar esta sátira de escandalosa? No ciertamente, pues castiga por igual al adúltero que al simple disoluto, y tolera lo que los Gobiernos de todos los tiempos y países; lo que, prohibido, acarrearía más fu-

nestas consecuencias, y, como hombre de mundo, intenta contener el apetito en sus límites naturales, no permitiéndole que se desborde y arrastre la gente moza al abismo de su oprobio y perdición.

Dado el asunto y dada la franqueza habitual con que los poetas clásicos solían expresar los más crudos conceptos, es natural que tropecemos con algunas voces y frases de las que el pudor no sale muy bien librado; en la traducción hemos procurado suavizarlas, pero no hasta el punto de hacerlas ininteligibles.

Con el genitivo *ambulaiarum* designa á esos holgazanes y vagabundos que andaban de pueblo en pueblo viviendo de momio, como saltimbanquis, flautistas, etc.

V. 1. *Collegia.* — Colegio, reunión ó sociedad que comprende varios individuos de diferente clase.

V. 1. *Pharmacopolae.*— Charlatanes vendedores de drogas maravillosas por calles y encrucijadas, que viven á sus anchas á costa de la vulgar credulidad.

V. 2. *Mendici.* — Alcahuetes, rufianes y perdidos, que iban como los pordioseros, siempre con las alforjas al hombro.

V. 2. *Balatrones.* — Bailarines ó danzantes.

V. 3. *Tigelli.* — Es el cantor sardo mencionado en la sátira siguiente, que hizo su fortuna gracias al favor de Julio César, Cleopatra y Augusto, y la disipó alegremente con cómicas y meretrices.

V. 12. *Fufidius.* — Dacier opina que este usurero es el mismo á quien Catulo llama *Fufitius.*

V. 14. *Capiti mercedes execat.* — *Caput* es el capital; *merces*, el interés, y *execat,* denota la acción de cobrar éste por anticipado, contra la costumbre de satisfacerlo por meses vencidos.

V. 16. *Nomina sectatur.* — Las leyes prohibían y

prohiben los préstamos á menores; así que los usureros de aquel tiempo, lo mismo que los de nuestros días, les prestaban á un interés exorbitante, por el riesgo que en semejantes operaciones corría el capital.

V. 20. *Pater ille.*—Menedemo, personaje del *Eautontimorumenos* de Terencio, se condenó á rudos trabajos, en expiación de la severidad empleada con su único hijo, á quien suponía alistado en el ejército de Asia.

V. 24. *Dum vitant stulti.* — La sentencia se ha hecho proverbial y es el tema propuesto y desarrollado con ejemplos tan evidentes, que atajan el camino á toda réplica.

V. 25. *Malthinus.* — El llevar la toga caída hasta los pies, como los vestidos de las matronas, era señal con que se distinguía á los afeminados.

V. 26. *Inguem ad obscoenum.* — En los tiempos de Augusto, la moda estableció que se llevase la toga por delante hasta las rodillas y algo más alta por detrás. Dejarla caer á las plantas era propio de matronas, y recogerla demasiado, argüía despreocupación rayana en la impudencia.

V. 27. *Rufillus... Gorgonius.*—Si para nosotros son desconocidos tales sujetos, no debieron serlo para los contemporáneos del autor, porque, según fama, este verso levantó gran polvareda, y hasta le atrajo el rencor de enemigos no despreciables.

V. 29. *Instita veste.* — *Instita* se llama á la franja de púrpura cosida al extremo del vestido de las matronas.

V. 30. *Olenti in fornice.*—El hedor nauseabundo de las mancebías antiguas y modernas, que provoca náuseas en el estómago menos delicado, no ha sido ni lo será nunca bastante eficaz para apartar á la juventud

de esos pudrideros, que envenenan la sangre y degradan los más puros sentimientos.

V. 31. *Macte virtute. — Ten ánimo y no te sonrojes.* Así se explicaba Catón, á pesar de su severidad, viendo á un mozo que salía avergonzado del burdel; pero al notar la repetición de sus visitas, hubo de advertirle que si disculpaba verle allí alguna vez, no podía alabar que viviese constantemente en tan poco honrosa compañía.

V. 35. *Permolere.* — Lo mismo que *adulterare, polluere, violare.*

V. 36. *Mirator cunni... albi.* — Esta y otras expresiones semejantes son de aquellas que, por respeto al decoro, no osamos traducir literalmente.

V. 36. *Cupiennius.* — Con su pasión por las casadas y todo, Cupieno se contaba entre los íntimos de Augusto.

V. 41. *Hic se praecipitem.* — El adúltero cogido *in fraganti* solía pagar harto caro su atrevimiento, y los castigos que aquí se enumeran, con otros no menos atroces, aplacaban la sed de venganza de los maridos, que ponían el honor de sus esposas por encima de todas las consideraciones.

V. 44. *Calones.* — Primero se llamó así á los leñadores, y después á los siervos dedicados á bajas faenas.

V. 46. *Galba negabat.* — Si alude á Servio Sulpicio Galba, eminente jurisconsulto y muy célebre en las crónicas de las seducciones, claro que había de desaprobar tan bárbaras penas, como legista y como enamorado.

V. 48. *Sullustius.* — Créese que este Salustio sea un nieto del insigne historiador de la guerra de Jugurta y la conjuración de Catilina.

V. 55. *Amator Originis ille.* — En tiempo de Horacio, escandalizaban las calles de Roma tres famosas cortesanas, Origo, Licoris y Arbúscula, que por lo visto tenían singularísima gracia para desplumar los pájaros que, como Marsio, se les venían á las manos.

V. 63. *Ancilla peccesve togata.*— Las matronas vestían la estola, las rameras la toga; cuando á alguna de aquéllas se las sorprendía en adulterio, se la obligaba á vestir la toga de las últimas.

V. 64. *Villius in Fausta Syllae gener.* — Vilio, uno de los mozalbetes más distinguidos de Roma, no fué, según el poeta, tan afortunado con Fausta, la hija del dictador Sila, como otros amantes, entre los que se contaba Longareno. Hay quien sospecha que el pasaje alude á la tanda de azotes que propinó Milón, esposo de Fausta, al historiador Salustio cuando le sorprendió en su compañía; pero siendo tantos los perseguidores que tuvo esta dama, tan ilustre como impúdica, parece probable que tanto Vilio como Longareno, fuesen dos de ellos iguales en la culpa, ya que no en la fortuna.

V. 68. *Si mutonis verbis.* — En casos como el presente, ó se enerva la expresión hasta desfigurar el sentido, ó se opta por la traducción literal, cargando al autor con la torpeza.

V. 73. *At quanto meliora.* — La observación es oportuna y discreta á la vez; cuando el apetito quema la sangre, no nos pide damas aristocráticas, sino una mujer cualquiera que apague el incendio momentáneo; como el que siente la angustia del hambre, no reclama exquisito manjares, sino un pedazo de pan que satisfaga su necesidad.

V. 81. *Cerinthe.* — Cerinto, joven muy hermoso, de quien Tíbulo canta las aventuras y empresas amatorias.

V. 86. *Apertos.* — En muchas ediciones se lee *opertos*, que no ofrece tan claro sentido.

V. 90. *Lyncei.* — El argonauta Linceo debió tal nombre á la perspicacia y alcance de su vista, semejante y aun superior á la del lince.

V. 91. *Hipsea caecior.* — Quién toma la ceguera de Hipsaea por la de la vista, quién por obcecación del entendimiento.

V. 95. *Ni Catia est.* — Catia, á pesar de su linaje, era tan descocada como otra cualquiera, y llevó sus liviandades hasta el templo de Venus Teatina, donde fué sorprendida en adulterio con el tribuno Valerio Sículo.

V. 98. *Leecica.* — Según Torrencio, no es la silla de manos, sino una á modo de reducido gabinete, en la cual recibían las damas sus visitas.

V. 99. *Stola demissa.* — La estola, que, como hemos dicho, era el vestido de las matronas, á veces descendía hasta los pies.

V. 100. *Plurima.* — En muchas ediciones, el adjetivo *plurima* aparece calificando á *palla*, en cuyo caso será el manto de gran amplitud que envuelve el cuerpo de la matrona.

V. 101. *Cois tibi.* — Las telas que se tejían en la isla de Cos dejaban transparentar las formas de la mujer de tal suerte que parecían desnudas. Varrón las llama *vitreas*, es decir, de cristal; y Publio Siro, *ventum textilem*, un viento tejido, ó tan sutil é impalpable como el viento.

V. 107. — *Et apponit.* — Y añade á su canto el de los dos versos precedentes, tarareados por Cerinto como disculpa de su inclinación á las matronas.

V. 109. *Hiscene versiculis.* — Y responde el poeta: «¿Crees que con estos versos puedes acallar los gritos de

la naturaleza, ni rebatir los argumentos de la razón?»

V. 113. *Soldo.* — Por *solido.*

V. 115. *Praeter pavonem.*—Nombrado augur el orador Hortensio, hizo servir pavos reales en el banquete que dió á sus convidados.

V. 121. *Gallis.* — Los sacerdotes de Cibeles estaban castrados, y no se habían de molestar por tales excusas y tardanzas.

V. 126. *Ilia et Aegeria.* — Ilia, vestal, hija de Numítor, rey de Alba, que, unida con Marte, tuvo á los mellizos Rómulo y Remo. Egeria fué la ninfa inspiradora de Numa Pompilio.

V. 134. *Fabio vel judice.* — Notable jurisconsulto que, sorprendido en adulterio, pagó con creces su culpa y sirvió como ejemplo de saludable escarmiento.

III

V. 1. *Omnibus.* — Esta sátira parece una epístola moral, que rebosa la benevolencia y el espíritu tolerante del autor, la generosidad de sus sentimientos y el esfuerzo que le costaba emplear contra sus enemigos el aguijón de la censura, pues al tender la vista en torno suyo, descubre por todas partes errores, prejuicios, ridiculeces y extravagancias, como señales evidentes de la humana imperfección; y mirando para sus adentros, observa con amargura que él no es una excepción de la regla; que al lado de excelentes dotes, junta otras menos recomendables que no pretende ocultar con solapada doblez, pero que desearía le fuesen perdonadas por sus amigos, considerándolas como leves lunares esparcidos por un rostro hermoso y encantador. Como hombre de talento y sentido práctico, no admite que todos los delitos sean iguales, y se rebela contra tal

absurdo, proclamando la necesidad del castigo para el crimen y la indulgencia para cualquiera de esas faltas en que, por error ó descuido, todos incurrimos; de aquí deduce la obligación en que estamos de ser benévolos y justos, muy especialmente con aquellos á quienes admitimos en el seno de nuestra amistad, no exagerando sus yerros, sino disculpándolos ó dándoles nombres que los hagan parecerse á las mismas virtudes. ¿Por qué el hombre ha de ser tan tolerante en el amor y tan exigente en la amistad? ¿Por qué el amante se empeña en no ver los defectos físicos ni morales del ídolo amado, ó, si los ve, los disculpa, y aun acaso los gradúa de gracias y seducciones que contribuyen á su grato cautiverio, y el amigo no se deja llevar de este error generoso, y se complace en abultar los defectos de las personas de su intimidad, y hasta censura en ellas acciones tal vez merecedoras del respeto ó la alabanza? Si Fulano es de un genio áspero y desabrido y poco cuidadoso en el vestir, pero leal, franco y honrado como pocos, ¿no han de ser bastantes las últimas nobilísimas cualidades para hacernos olvidar los exabruptos y violencias de su carácter? Y ya que no imitemos á los enamorados, ¿por qué no aprendemos en la escuela de los padres que tienen hijos con algún defecto físico innegable, que hallan siempre un eufemismo que lo aminore y reduzca á falta insignificante, cuando no lo estiman gracia ó lindeza personal, que á sus ojos los hace mucho más queridos?

¿Por qué no llamamos económico al tacaño, arrojado al pendenciero, franco al suelto de lengua, tranquilo al apático, precavido al astuto, y ponemos reparos hasta en las virtudes que somos incapaces de comprender? Esa conducta sí que haría reinar la verdadera amistad entre las gentes, evitando los disgustos que la intransigencia

ocasiona, y hasta entronizaría el reinado de la dicha en este mundo de miserias y dolores.

V. 5. *Per amicitiam patris.* — César había favorecido extraordinariamente á Tigelio.

V. 6. *Ad ovo usque ad mala.* — *De los huevos á las manzanas,* esto es, desde el principio hasta el fin del banquete.

V. 7. *Bacche.* — Canción báquica de las predilectas del autor.

V. 7. *Modo summa.* — Dos de las cuerdas del tetracordio; llamábanse *summa* é *ima,* equivalentes á la nota aguda y la baja.

V. 13. *Mensa tripes.* — Los pobres se servían de mesas de tres pies; las de los ricos se apoyaban en uno solo.

V. 15. *Decies centena.* — Se sobrentiende *millia,* un millón de sestercios.

V. 20. *Et fortasse.* — En las ediciones modernas se lee *haud;* en los manuscritos y ejemplares antiguos, *et.*

V. 21. *Maenius.* — No es rápida ni violenta la transición (como afirma Burgos), perfectamente preparada en el exámetro que antecede.

V. 21 *Novium.* — Liberto que desempeñó altos destinos.

V. 25. *Praevideas.* — Ó *pervideas* en lugar de *videas.*

V. 27. *Serpens epidaurius.* — En esta ciudad del Peloponeso tenía un templo Esculapio, á quien estaban consagradas las serpientes.

V. 38. *Illuc praevertamur.* — La transición, aunque rápida, no tiene, como observa Sanadón, nada de reprensible.

V. 40. *Polypus Agnae.* — Bentlei pretende que se escriba *Hagnae.*

V. 44. *Strabonem... paetum.* — Los dos calificativos

expresan el mismo defecto, pero en grado diferente. El cariño de padre al reconocerlo en su hijo, le da un nombre suave y que moleste poco su vanidad; y así obra siempre el amor verdadero, y así debería obrar también la amistad, menos sincera y probada de lo que todos deseamos para nuestro contento y satisfacción.

V. 47. *Sisyphus.*—Un enano de Marco Antonio que medía 81 centímetros de pies á cabeza, y á quien por lo astuto y ladino se le dió el nombre de Sisifo.

V. 58. *Tardo, cognomen.*—En la lección general, Bentlei añadió la conjunción *ac* después de *tardo,* para salvar la obscuridad del verso, oponiendo los epítetos *tardus* y *pinguis* á los de *probus* y *demissus.*

V. 76. *Denique, quatenus.*—El autor preconiza la indulgencia con los vicios ajenos; pero como no siempre sería justa, por haber muchos merecedores de reprensión y aun de castigo, se vale de esta transición habilidosa para demostrar el absurdo de la escuela estoica, que considera iguales todas las faltas, imponiendo á todas por igual penas crueles.

V. 82. *Labeone insanior.*—¿Se refiere al gran jurisconsulto Labeón, tan favorecido de Augusto, ó á algún otro del mismo nombre que no tuviese muy íntegras sus facultades mentales? Averígüelo Vargas.

V. 89. *Historias.*—Los que toman al pie de la letra la palabra, dicen que Rusón condenaba á sus deudores insolventes al suplicio de oirle recitar libros históricos de su propia cosecha, tan detestables como fastidiosos; mas á cualquiera se le ocurre que de ser éste el único tormento impuesto á los malos pagadores, no habían de faltarle nunca respetuosos oyentes de las suyas y las de todos los historiadores habidos y por haber. Más verosímil encontramos el dictamen de los que, tomando la palabra en sentido figurado, la traducen por amenazas,

recriminaciones ó insultos propios del usurero que se ve defraudado en el cobro de los intereses del capital que puso á rédito entre sus clientes.

V. 91. *Evandri manibus tritum.*—Evandro, antiguo rey del Lacio, es también el nombre de un eximio escultor ateniense, llevado por Marco Antonio á Roma, donde trabajó obras peregrinas muy estimadas de los inteligentes.

V. 96. *Queis paria esse fere.*—No hallamos razonable la traducción de *fere* por *semper*, que haría aún más odiosa la regla de la igualdad de todas las faltas.

V. 99. *Cum prorepserunt.* — *Cuando se arrastraron.* Difícil es emplear verbo que explique mejor los primeros trabajosos movimientos de los racionales.

V. 107. *Nam fuit ante Elenam.*—La crudeza de la frase horaciana sería hoy altamente vituperable.

V. 119. *Scutica... flagello.* — Aquélla era la correa que usaban los maestros en las escuelas; éste el látigo con que se azotaba á esclavos y criminales.

V. 124. *Si dives.*—Se burla con muy fina ironía del retrato del sabio hecho por los estoicos.

V. 129. *Hermogenes.*—Cantor celebérrimo del tiempo de Augusto.

V. 130. *Alfenus vafer.*—Alfeno, zapatero de Cremona, no muy conforme con su oficio, se avecindó en Roma, estudió Jurisprudencia en la escuela de Servio Sulpicio, y por su reputación llegó á obtener el consulado.

V. 137. *Dum tu quadrante.*—La plebe se bañaba en los establecimientos públicos y los ricos en sus casas. *Quadrans* es la cuarta parte del as.

IV

V. 1. *Eupolis, Cratinus, Aristophanesque.* — Si la sátira es enemiga de viciosos y corrompidos, éstos á su vez profesan un odio rencoroso y brutal á los ingenios satíricos por el temor de verse zaheridos y expuestos á la burla ó al desprecio de sus conciudadanos. La índole cáustica y maleante del escritor que se desata contra las fechorías y simplezas de sus contemporáneos, más que como crítica racional y justa, es por lo común considerada como inclinación malévola, hija de un ánimo poco piadoso, que se recrea y divierte avergonzando al prójimo, bajo pretexto de corregirle, en vez de dirigir sus pasos mal seguros con útiles y saludables documentos. Horacio, en esta ocasión, intenta defenderse de las acusaciones en su tiempo lanzadas contra las sátiras en general y las suyas en particular, escudándose con el prestigio de Eupolis, Cratino y Aristófanes y demás representantes griegos de la antigua comedia, que con la mayor osadía, y á veces con cruel injusticia, expusieron en la escena á las burlas del espectador á rufianes, bellacos, adúlteros y salteadores, sin retraerse por miedo, como lo hizo Aristófanes, de fustigar despiadadamente al demagogo Cleón, tan funesto á la grandeza de Atenas, ni de zaherir al gran moralista Sócrates, como corruptor de la juventud. Recuerda también al caballero Lucilio, y le juzga tan severamente por su desaliño y fecundidad desordenada que escandalizó á los partidarios de los antiguos tiempos y hubo de dulcificar su juicio en la sátira décima y acallar las voces de los que le tachaban de poco respetuoso con poetas que habían inmortalizado sus nombres en el templo de la fama. Luego traza con pocos y firmes rasgos el cuadro de la sociedad contemporánea, donde apenas se destaca una

sola figura que no aparezca dominada y embrutecida por el vicio ó la pasión, deduciendo la necesidad del castigo, no por el gusto de atormentar víctimas, sino por la obligación de purificar las costumbres degeneradas, que amenazaban borrar la ley moral del fondo de la conciencia. Con este motivo sale á la defensa de su ocupación favorita, que cree noble y honrada y digna del ciudadano que siente aversión intuitiva á los desafueros y escándalos reinantes, y se reconoce deudor de tan sólida educación á su buen padre, de cortas luces, pero de sano sentido, que con ejemplos prácticos de personas de carne y hueso le puso delante las consecuencias de las torpezas y liviandades para que no diese en la flor de imitarlas y conservase intachable su fama en medio de la general depravación, que hacía de Roma la cloaca de todas las inmundicias físicas y morales.

Daremos breve noticia de los tres famosos representantes de la comedia antigua. Eupolis comenzó á escribir á mediados del siglo v antes de Jesucristo, y de las diez y siete obras que compuso, la mitad obtuvieron el honor del triunfo. Sospéchase que murió á manos de los enemigos que se atrajo por sus chistes y sarcasmos crueles. Casi por el mismo tiempo florecía Cratino, que dió al drama cómico su genuino carácter, llevando al extremo la intemperancia de los ataques personales; y poco después comenzó á escribir sus inmortales sátiras dialogadas el desenvuelto Aristófanes, revelándonos su genio audaz y sarcástico, y sus frases de un aticismo tan fino, agudo y temible como la punta de un florete. Eurípides, Sócrates, Cleón, el general Cleonino y cuantos personajes creyó funestos á la educación de la juventud ó á la grandeza de la patria, fueron blanco de sus invectivas, no siempre contenidas en los límites de la razón y la equidad.

V. 2. *Comoedia prisca.*—La comedia griega tuvo en sus tres épocas tres distintos caracteres: la antigua, que representaba á personas conocidas, imitando su rostro y sus maneras; la media, que atacaba á los que incurrían en la animadversión del autor, pero con nombres supuestos por haber prohibido el general Lamaco designarlos con los propios en el teatro, y la nueva, que, prescindiendo de estas peligrosas personalidades, era de pura invención y corregía los vicios en general.

V. 6. *Lucilius.* — Del caballero Lucilio se muestra más crítico que admirador.

V. 8. *Durus componere versus.*—No se compagina bien la dureza de la versificación con la facilidad pasmosa que le atribuye, consecuencia legítima de una inspiración vehemente y sincera, que da lugar á notables aciertos cuando no se pierde en lastimosos extravíos; así que el *durus* debe entenderse como incorrecto ó desaliñado, efecto de la misma vehemencia con que se precipitaba el ímpetu y vigor de su pensamiento.

V. 10. *Stans pede in uno.* — Corto es el tiempo en que el hombre puede, como la grulla, sostenerse en un pie, y en tan breve instante componía Lucilio los versos á centenares.

V. 14. *Minimo me provocat.* — Se sobrentiende *digito.* El que provocaba á otro lo hacía enseñándole el dedo meñique, como si tuviese más fuerzas en un solo dedo que su contrario en las dos manos.

V. 21. *Fannius.* — Poetastro contemporáneo.

V. 26. *Ab avaritia.* — Otros leen *ob avaritiam.*

V. 34. *Foenum habet in cornu.* — Los labradores ataban heno á las astas de los bueyes inquietos y belicosos, para avisar del peligro á los transeuntes.

V. 40. *Neque enim concludere versum.* — Efectivamente, no es lo mismo versificador que poeta; lo prime-

ro sólo significa cierta facilidad innata para ajustar las frases á la medida; lo segundo implica cualidades brillantes y singularísimas que el cielo concede á muy pocos de sus hijos.

V. 43. *Ingenium cui sit.* — Este es el genuino poeta; el que entusiasma y enloquece á las muchedumbres, el que consigue que sus frases se repitan por las cien mil bocas de la fama, como si fuesen proferidas por los labios de un Numen; el que disipa las nieblas del olvido con el esplendor de su aureola que ilumina los siglos, y para alcanzar esta gloria, necesita el genio creador capaz de realizar maravillas que sean el asombro de las gentes, necesita elevarse por encima del polvo que pisan los mortales y cernerse como el águila en esas alturas equidistantes del cielo y la tierra donde los ojos y la inteligencia se bañan en la luz de lo infinito.

V. 45. *Comoedia necne poema.* — Aunque la comedia moderna se escribe frecuentemente en prosa, á nadie se le ha ocurrido negar su naturaleza poética, como obra de pura invención, hija de la fantasía, y escrita con fines más deleitables que instructivos.

V. 56. *Personatus.*—Esto es, cubierto el rostro con la máscara del comediante.

V. 60. *Postquam discordia tetra.*—Versos atribuídos á Ennio.

V. 65. *Sulcius acer.*—Sulcio y Caprio son escritores desconocidos

V. 69. *Coeli Birrique.*—Ladrones tan famosos en su siglo como hoy desconocidos, á despecho de sus proezas.

V. 71. *Nulla taberna... neque pila.* — Horacio distingue aquí dos especies distintas de librerías. La voz *pila* acaso signifique esas tiendas puestas entre los pilares de los edificios, como nuestros puestos de libros de lance.

V. 81. *Absentem qui rodit.* — Magnífica defensa del escritor satírico contienen estos versos hermosísimos; no es un hombre de perversa intención y lengua de víbora el que reprende á los simples para su advertimiento y á los ruines y taimados para su oprobio, sino el que fingiéndose amigo le arranca la piel á tiras, luego que vuelve la espalda; el que no le defiende y guarda del odio y malquerencia; el que salpica de lodo las honras ajenas por divertir á sus contertulios; el que no sabe callar el secreto que se le encomienda, y el que se complace en torpes invenciones que menoscaban la reputación mejor asentada, y este Proteo de mil figuras y mil cabezas lo encontramos por doquier, sembrando chismes, calumnias é inculpaciones, colocando el honor ajeno al nivel de la propia vileza, y cebándose con saña en los que llama sus amigos, siempre expuestos á recibir los primeros dardos de su feroz maledicencia.

V. 85. *Hic niger.* — El color blanco significaba pureza y bondad; el negro lo contrario.

V. 86. *Tribus lectis.* — Se colocaban tres lechos á los tres lados de la mesa, y el cuarto quedaba libre. Lo frecuente era que en cada lecho se reclinasen tres convidados, aunque á veces aumentaba su número hasta cuatro ó cinco.

V. 88. *Qui praebet aquam.* — El dueño de la casa que ofrecía á los convidados el agua con que se lavaban las manos antes y después del banquete.

V. 94. *Capitolini... Petilli.* — Petilio, encargado de la custodia de Júpiter Capitolino, le robó la corona, según Porfirio, y salió absuelto de su escandaloso proceso gracias á la protección de Augusto.

V. 120. *Nabis sine cortice.* — *Nadarás sin corchos,* podrás gobernarte por ti mismo, sin necesidad de ayo que guíe tus pasos.

V 134. *Porticus excepit.* — Me paseo por el pórtico. Había cinco pórticos: el de Pompeyo, Apolo, Livia, Octavia y Agripa.

V. 139. *Illudo chartis.* — Escribe como por juego y esparcimiento cuando no tiene obligación más perentoria; y aunque confiesa que éste es uno de sus mayores defectos, no promete corregirse, porque en realidad es una inclinación irresistible que entretiene agradablemente los ocios que disfruta.

V. 143. *Iudaei.* — Los judíos pasaban por tenaces y firmes en sus creencias y propósitos, y con la misma tenacidad amenaza el poeta obligar al que le reprenda la manía de escribir versos, á que forme, quiera ó no, en las filas de los amantes de la poesía.

V

V. 1. *Egressum magna.* — El año 724 de la fundación de Roma, Mecenas, encargado por Octavio de abocarse con los partidarios de Antonio, á fin de componer las diferencias políticas nuevamente surgidas, avistóse con ellos en Brindis, y más tarde ratificó en Tarento los acuerdos adoptados que dieron la paz al mundo, hasta que la conducta desatinada de Antonio hizo estallar por segunda vez la guerra, y tras la batalla de Accio quedó Augusto como dueño de la situación y del poder.

El viaje que hizo á Brindis con misión tan delicada Mecenas, lo describe el poeta festiva y espontáneamente en esta relación anecdótica, para indemnizar á los expedicionarios de las molestias y trabajos de la caminata, con la representación dialogada de los cómicos incidentes en ella acaecidos. Este juguete festivo, por algunos puesto en las nubes y por otros más descontentadizos severamente juzgado, ni merece el rigor de los últimos

ni los excesivos elogios de los primeros, y es ameno, fácil y chistoso, tanto que desde luego no vacilamos en declararlo hijo legítimo del desenfado y gracejo horaciano, siquier la escasa importancia del asunto impida compararlo con obras más transcendentales y hondamente pensadas.

V. 1. *Aricia.* — Hoy Rizza, situada á 20 millas de Roma.

V. 2. *Comes Eliodorus.* — Á pesar de su vasta instrucción y de su amistad con personajes como Horacio, Mecenas, etc., Eliodoro nos es perfectamente desconocido.

V. 3. *Forum Appi.* — Pueblo situado á 45 millas de Roma, en las lagunas pontinas.

V. 13. *Dum aes exigitur.*—El embarque se pagaba por adelantado.

V. 24. *Feronia.* — Divinidad del Lacio que presidía los jardines; se le erigió un templo en Suesa Pomecia, á 24 millas del mercado de Apio.

V. 26. *Anxur.*—Ciudad de los volscos, llamada después Traquina; difícil ó escabrosa, por estar situada sobre unos peñascos.

V. 28. *Cocceius.*—Marco Cocceyo Nerva, jurisconsulto celebérrimo, amigo de Octavio y Antonio, y abuelo del emperador Nerva.

V. 29. *Aversos soliti componere amicos.* — Hábiles componedores de las diferencias que muchas veces surgieron entre Octavio y Antonio. Primeramente se reunieron en Brindis, y en la misma ciudad tuvieron la segunda conferencia el año 724, cuyas estipulaciones se ratificaron en el Concilio de Tarento.

V. 32. *Capitoque.* — Este Fonteyo Capitón pudiera ser el hijo de M. Fonteyo, que peleó en África, siguiendo la hueste de Julio César.

V. 32. *Ad unguem.*—Metáfora tomada del oficio de los marmolistas, que pasaban la uña por las junturas de las piezas para cerciorarse de que estaban perfectamente unidas.

V. 34. *Fundos.*— Hoy Fundi, á 20 millas de Terracina.

V. 34. *Aufidio Lusco.*— Á la familia Aufidia de Fundi perteneció la emperatriz Livia, según Suetonio.

V. 35. *Insani videntes praemia scribae.*—De la clase de los escribanos salían en mil ocasiones los pretores ó especies de alcaldes de las pequeñas ciudades, cuyas insignias eran la pretexta y laticlavia, generalmente no usadas más que en momentos solemnes; de aquí la risible petulancia del escribanillo, que andaba siempre con su traje oficial, dándose humos en presencia de un Mecenas, un Cocceyo y un Horacio.

V. 36. *Batillum.*—Especie de badil con carbones encendidos para quemar perfumes y hierbas aromáticas que un criado llevaba delante del pretor; su traducción es la de braserillo ó pebetero.

V. 37. *In Mamurrarum... urbe.*—Formia, la patria de los Mamurras y los Lamias, tan distinguidos éstos por la nobleza de su carácter, como aquéllos por sus feas disoluciones, distaba 13 millas de Fundi.

V. 38. *Murena... Capitone.*— Licinio Varrón Murena, hermano de Terencia, la esposa de Mecenas, fué desterrado por conspirador ocho años después de esta embajada, y últimamente pagó sus travesuras con la cabeza. Capitón, el representante de Antonio, ofreció á los diputados su mesa en la casa que poseía en Formia, como Murena, el hospedaje.

V. 40. *Plotius et Varius.*— Amigos de Horacio y eminentes poetas.

V. 40. *Sinuessae.*—Ciudad marítima distante 18 millas de Formia.

V. 46. *Campano ponti.*—El puente Campano; acaso sea el Casilino, que distaba 5 millas de Capua.

V. 46. *Parochi.* — Comisarios ó proveedores con la obligación de dar á los que viajaban por orden del Gobierno alojamiento, leña, sal, etc.

V. 47. *Capuae.* — Ciudad principalísima de la Campania, hoy tan completamente arruinada, que sólo quedan en pie algunos trozos del anfiteatro.

V. 49. *Namque pila.*—Virgilio padecía del vientre y Horacio de la vista.

V. 51. *Caudi cauponas.* — Las posadas de Caudio, donde los romanos pasaron por las horcas caudinas, debiendo á tan memorable suceso aquella insignificante población una celebridad harto superior á su importancia.

V. 53. *Sarmenti... Messique Cicerri.* — El episodio, á manera de juego de escarnio, que representan estos dos bellacos, además del interés cómico que despierta, interrumpe hábilmente el relato de viaje tan fatigoso y á la par tan divertido. No faltan críticos que censuren en Horacio la complacencia con que se detiene á relatar el altercado de estos dos groseros bufones, más á propósito para divertir á ganapanes que á espíritus cultos y distinguidos; y en verdad que no andan muy sobrados de razón, porque á nadie como á las personas de gustos difíciles y refinados divierten á veces esos espectáculos en que los contendientes de la ínfima plebe dan rienda suelta á su agudeza é intención mal veladas por la brusquedad y grosería de las formas. El que no haya reído jamás bufonadas de algún saltimbanquis charlatán ó beodo, que tire la primera piedra.

V. 54. *Osci.* — Los oscos, pueblos marítimos de la

Campania, tan depravados en sus costumbres como incultos y groseros.

V. 55. *Sarmenti domina.*—Sarmento es un esclavo fugitivo, y aun vive su ama.

V. 62. *Campanum in morbum.*—El mal Campano, consecuencia de la relajación de costumbres, debía ser una de las mil formas de la enfermedad venérea.

V. 63. *Uti Cyclopa.* — La danza de Polifemo, pues el agujero de su frente semejaba al ojo único del cíclope.

V. 65. *Jamne catenam.* — Sólo á los esclavos más viles se les sujetaba con cadenas, y éstos las ofrecían á algún dios al obtener su libertad.

V. 71. *Beneventum.* — Ciudad de los samnitas sobre la vía Apia, prolongada por Trajano hasta Brindis. Antiguamente se llamó Maleventum, por sus aires fétidos y malsanos.

V. 78. *Atabulus.* — El viento Atábulo (¿Noroeste?) hacía estragos en la Pulla.

V. 80. *Tribici villa.* — El cortijo ó caserío de Tribíco, al pie de los montes de la Pulla, donde hubieron de pasar la noche los viajeros, sufriendo no pocas molestias.

V. 82. *Hic ego.* — Á pesar de las incomodidades del viaje y del mal de los ojos, aun tenía humor el poeta para devaneos, cuya confesión le perdonaríamos de buen grado en honor de la decencia.

V. 87. *Quod versu dicere non est.* —Creen los intérpretes que este lugar es *Equotuticum*, que, efectivamente, no cabe en el verso.

V. 91. *Nam Canusi.*—Canosa, á orillas del Ofanto y próxima á Canas, sitio célebre por la gran victoria de Aníbal sobre los romanos.

V. 94. *Inde Rubos.* — Rubo, ciudad de la Pulla, abundante en mimbres, de los que se hacían hermosos cestos.

V. 97. *Bari.* — En la costa de la Pulla, á 20 millas de Rubo.

V. 97. *Gnatia.*—Egnacia, en la misma costa, entre Bari y Brindis.

V. 100. *Credat Judaeus Appela.* — Los judíos pasaban por muy crédulos y supersticiosos.

V. 104. *Brundusium.* — Sobre la costa de Calabria, no lejos de Otranto, y como á 40 millas de Egnacia.

VI

Indudablemente que esta invectiva contra las preocupaciones de la nobleza es una de las páginas más hermosas de Horacio y la que pone más de relieve la intensa piedad filial con que supo corresponder á la asidua y cariñosa solicitud de su buen padre, siempre desvelado por hacer de él un joven tan instruído en las buenas letras como correcto y pulcro en sus procedimientos sociales. ¿Y á quién podía ir mejor dirigida que al gran Mecenas, noble entre los nobles, poderoso como ninguno, y sin embargo tan despreocupado, ó mejor, tan razonable en cuestiones genealógicas que nunca se le ocurrió preguntar por los antepasados de los que sentaba á su mesa ó recibía en sus tertulias íntimas, dispensándoles franca y generosa confianza cuando, como Horacio y Virgilio, poseían títulos personales que les hiciesen acreedores á su estima y consideración? Así, al paso que una fraterna contra la insolente petulancia de los nobles, que pretende anteponer el linaje esclarecido á los más gloriosos servicios, es una lisonja fina y delicada á su munífico protector, cuya casa estaba siempre abierta al genio y al patriotismo, aunque hubiesen nacido entre las malvas; que no por humildes deben ser

menos respetables los méritos eminentes y las virtudes acrisoladas. La primer entrevista que tuvo con Mecenas, por recomendación de Virgilio, descrita con sencilla ingenuidad, deja ver su natural corto y apocado, junto con la reserva diplomática de su interlocutor, traducida en el laconismo de sus respuestas, como quien trataba de conocer á los hombres antes que sembrar en corazones ingratos sus favores y beneficios; pero cuando recuerda los sacrificios que se impuso su padre por darle una carrera brillante, el cuidado con que le acompañaba á todas horas y evitaba que ruines compañías ó lascivas conversaciones pervirtiesen su índole bondadosa, entonces prorrumpe en explosión de ternura tan franca y espontánea, que de oirle el autor de sus días diérase por cumplidamente pagado de todos los esfuerzos hechos en favor de aquel hijo predilecto que así asociaba á su gloria personal la honra de los seres á quienes debía el haberla conquistado.

V. 1. *Lydorum.*—Varias colonias de lidios se habían establecido en la Etruria.

V. 3. *Nec quod avus.*—Á pesar de sus esclarecidos ascendientes, hubiese probablemente vivido y muerto en la obscuridad Cayo Cilnio Mecenas sin la privanza de Augusto y la protección que, merced á la misma, pudo dispensar á los ingenios eminentes del siglo de oro de las letras latinas.

V. 6. *Libertino patre.*—El padre de Horacio fué un liberto que se ganó la vida con el empleo de cobrador de contribuciones.

V. 9. *Ante potestatem Tulli.*—Ocrisia, la madre de Servio Tulio, cayó en la esclavitud, pero recobró pronto la libertad, y su hijo mereció ocupar el trono á la muerte de Tarquino Prisco.

V. 12. *Laevinum.*—Levino, descendiente de Valerio

Publícola, que, juntamente con Bruto, destronaron á Tarquino el Soberbio y abolieron la monarquía.

V. 14. *Licuisse.* — De donde viene la palabra licitación en las subastas.

V. 15. *Quo.*—Por *quem*, modismo griego.

V. 18. *Longe, longeque.*—Es la lección de casi todos los manuscritos, harto más autorizada que la de *longe lateque* de varias ediciones.

V. 19. *Namque esto.*—Multitud de explicaciones se han dado del presente pasaje, y todas por cierto poco satisfactorias, tanto que Burgos supone, ó que aquí falta un verso, ó que el autor quiso que se adivinase su intención, sin exponerla con franqueza; y, á la verdad, no comprendemos tanta confusión sobre un lugar tan claro é inteligible. Horacio y Mecenas no participaban de los prejuicios nobiliarios corrientes, extremándolos hasta incurrir en la injusticia, como el pueblo y la aristocracia romana; y por eso, haciendo una concesión á estos prejuicios para combatirlos en seguida victoriosamente, dice: «Sea; concedo que el pueblo anteponga un Levino á un Decio, porque el uno es noble y el otro plebeyo, y que el censor Apio me elimine del Senado por no haber nacido de padre libre; no por eso la gloria dejará de arrastrar atados á su fulgente carro lo mismo á los hombres nuevos que á los de clara estirpe.» La conclusión es legítima y el argumento no tiene réplica.

V. 20. *Decio... novo.* — P. Decio Mus, cónsul y patriota que sacrificó su vida por la gloria de las armas romanas, y cuya abnegación fué imitada por su hijo cuarenta años después.

V. 21. *Appius.* — El censor Apio Claudio se distinguió por severo en el ejercicio de su cargo.

V. 22. *In propia non pelle.* — Alude á la fábula del asno vestido con la piel del león.

V. 27. *Medium impediit crus.* — El calzado de los senadores subía hasta mitad de la pierna.

V. 30. *Barrus.* — La fatuidad se dió la mano con la disolución en Tito Veturio Barro, condenado á muerte por haber corrompido á una vestal.

V. 39. *Tradere Cadmo.* — Entregarle á Cadmo el lictor, que le azotase ó le diera la muerte.

V. 40. *At Novius.*—Los Novios eran dos hermanos, el menor de vilísimas costumbres.

V. 42. *Paulus et Mesalla.* — Ignoramos á qué Paulo se refiere, si al gran Emilio Paulo, compañero de Varrón en el consulado, que tan heroicamente sucumbió en la batalla de Canas, ó á su hijo Emilio Paulo el Macedónico, que puso fin á la guerra de Perseo con la victaria de Pidna. En cuanto á Mesala, parece indudable que alude á M. Valerio Mesala Corvino, que en Filipos combatió en el bando enemigo de los triunviros, y congraciándose después con los vencedores llegó á ser uno de los generales más expertos de las legiones augustanas; tan insigne en las letras como en las armas, ganó reputación de orador, gramático, historiador y poeta.

V. 44. *Cornua quod.* — Delante de los entierros de adultos iban los trompeteros, que, según la ley, no podían pasar de diez.

V. 59. *Satureiano... caballo.*—Quiénes entienden que aquí habla de Saturo, territorio de Tarento; quiénes del lago Saturo, en el país de los volscos, abundantísimo en pastos, que criaban muy arrogantes caballos.

V. 68. *Mala lustra.*—Los lugares de la prostitución.

V. 72. *Flavi ludum.* — No es inverosímil que este Flavio fuese el maestro de escuela del pueblo natal de Horacio, de donde muy niño salió, acompañado de su padre, para recibir en Roma más completa y brillante educación.

V. 73. *Magnis e centurionibus.* — *De los grandes centuriones:* les llama así, ya porque en pueblo de poco vecindario los capitanes de las cohortes pasaban por personajes de la mayor distinción, ya también porque se distinguían de lejos por su corpulencia, robustez y estatura, condiciones físicas que tanta autoridad, fuerza y respeto dan al jefe sobre sus soldados.

V. 75. *Octonis referentes.*—Aventurada creemos la opinión de los que sostienen que este pasaje se refiere al pago del salario del maestro, pues consta que se hacía al fin de mes ó al terminar el año.

V. 86. *Praeco... coactor.*—*Praeco,* el que en las subastas anunciaba el precio de la finca vendida, y *coactor,* el agente de apremios en la cobranza de los impuestos, cargos subalternos de la Administración, y el segundo más lucrativo que honroso.

V. 104. *Petorrita.* — Carrozas de cuatro ruedas que usaban los belgas.

V. 108. *Tiburte vià.* — La vía Tiburtina arrancaba de la puerta Esquilina en dirección á Tiboli.

V. 109. *Lasanum.*—Mesa destinada á cacharros de cocina.

V. 109. *Oenophorumque.*—La vasija ó cántara donde se llevaba el vino.

V. 113. *Fallacem circum.* — Le llama falaz, como punto de reunión de astrólogos, charlatanes y embusteros de todas castas y especies.

V. 114. *Assisto divinis.*—Asisto á las adivinaciones. Muchos pilletes y embelecadores se ganaban la comida en la plaza pública echando, como ahora decimos, la buenaventura á los crédulos, supersticiosos y desocupados, pendientes de su gárrula charlatanería.

V. 115. *Laganique.* — Pasta de harina, miel, manteca y especias.

V. 117. *Pocula cum cyatho.* — El primer término significa un vaso para beber, y el segundo, un tazón con su asa correspondiente para sacar el vino de las cráteras y llenar las copas de los convidados.

V. 117. *Echinus.* — Concha de un crustáceo, de cuya forma hicieron los antiguos un cacharro de cocina, de uso no bastante comprobado.

V. 118. *Cum patera guttus.*—El *guttus* era una vasija de cuerpo ancho y de cuello estrecho y prolongado, con el que se echaba el vino, como el mismo nombre lo indica, gota á gota. Algunos suponen que el tal utensilio era un aguamanil.

V. 118. *Campana supellex.* — La loza de Campania de mediana calidad.

V. 120. *Obeundus Marsya.* — En la plaza mayor y frente á la columna rostral se alzaba la estatua de Marsias, aquel flautista griego que desafió al dios Apolo, y que, en castigo de su insolencia, fué desollado vivo después de su vencimiento, y tan llorado por Faunos y Ninfas, que sus lágrimas formaron el río de su nombre.

V. 124. *Natha.* — No se sabe quién era el avaro inmundo que quitaba de los velones el aceite con que ungía su cuerpo.

V. 127. *Pransus.* — Los romanos hacían una sola comida, la cena. El *prandium* era un tenteempié ó leve desayuno, tomado por lo general á las diez de la mañana.

VII

Militaba en el ejército de Bruto un ciudadano llamado Publio Rupilio Rex, que andaba muy suelto de lengua contra Horacio porque había obtenido el mando de una legión á pesar de su humilde linaje y su valor todavía

no experimentado. Debió éste sentirse de aquellas habladurías, y resuelto á vengarlas y á cubrir de oprobio á su enemigo, aprovechó la ocasión de los pleitos en que andaba metido con Persio el de Clazomene, y le lanzó esta atroz invectiva, demostrándole que no se le ultrajaba impunemente y que sabía devolver con creces los golpes recibidos.

V. 1. *Pus utque venenum.*—Palabras que expresan lo ponzoñoso y corrosivo de su estilo.

V. 2. *Ibrida.*—Mestizo, ó de madre italiana y padre griego.

V. 3. *Omnibus et lippis notum et tonsoribus.*—Debía ser ésta una frase proverbial, porque, efectivamente, desde que hay navajas de afeitar, han pasado los barberos por gente charlatana y novelera, amiga de cuentos, y más todavía de referirlos á sus parroquianos. En cuanto á los legañosos y enfermos de los ojos, tiene fácil explicación el que adolezcan del mismo defecto. El infeliz que padece del órgano de la vista y no puede proporcionarse las sensaciones y conocimientos útiles que por este sentido se adquieren, trata de defenderse con el oído, y concluye por ser tan curioso como locuaz.

V. 4. *Persius.*—Negociante desconocido de Clazomene, ciudad de la Jonia.

V. 8. *Sisennas.*—Cornelio Sisena, reconvenido por Augusto á causa de las costumbres licenciosas de su mujer, le contestó que, por seguir su consejo, se había desposado.

V. 8. *Barros.*—Véase la nota de la sátira anterior.

V. 8. *Ut equis albis.*—Creíase que los caballos blancos eran muy briosos en la carrera.

V. 9. *Ad regem redeo.*—Los comentadores han notado la mala colocación de dicha frase precisamente cuando el poeta empieza á separarse del asunto, engol-

fándose en la guerra de Troya. Tal vez deba interpretarse por *redeo ad litem, ad negotium regis*, en cuyo caso sería algo oportuna la revocación.

V. 10. *Hoc etenim sunt.*— Mejor hubiera sido que el poeta evitase esta larga digresión, entrando de lleno en el asunto de su diatriba personal contra Persio y Rupilio.

V. 17. *Lycio Glauco.* — Glauco, rey de Licia y auxiliar de los troyanos, entabló plática con Diómedes antes de trabar el combate, y concluyeron uno y otro por separarse, regalándose mutuamente sus armaduras.

V. 20. *Bitho Bacchius.*— Según Porfirio, estos dos hábiles gladiadores vencieron á todos sus rivales, y por fin midieron sus armas entre sí, quedando tendidos los dos en la arena.

V. 31. *Cucullum.*— El cuclillo empolla sus huevos en los nidos de otros pájaros, como el marido que deja al amante de su mujer la tarea que por oficio y derecho sólo á él corresponde.

V. 34. *Qui reges.* — El último de los reyes, Tarquino, y el primero de los aspirantes al Imperio, César, murieron á manos de los Brutos.

VIII

No había sitio tan odioso y aborrecido en las afueras de Roma, como las Esquilias; allí labraban sus cuevas los ladrones, sus antros las hechiceras, sus viles sepulturas los esclavos, y encontraban los criminales condenados á la última pena el punto de su ejecución; pero ocurrióseles á Mecenas comprar casi de balde aquellos terrenos y edificar un palacio rodeado de frondosos parques y bellísimos jardines, y aquel lugar, antes de

abominación, quedó convertido en el más hermoso y pintoresco de Roma, resultando, por ende, el más saludable por sus condiciones higiénicas y la pureza del aire, no contaminado por los miasmas de aquel pudridero de todas las miserias humanas.

Horacio coloca, pues, aquí, como en su verdadero teatro, la escena de los encantamientos y sortilegios de dos ínfames hechiceras, que excitan la indignación del Príapo, guardador de los huertos, hasta el punto de soltar un ruido por sus nalgas de leño que ahuyentase á tales furias del punto donde se entregaban á sus infames hechicerías.

V. 1. *Truncus ficulus.* — Las efigies de Príapos se hacían con preferencia de troncos de higuera, según Torrencio, porque siendo el dios de la generación, estaba muy bien representado por la madera de un árbol lleno de savia que produce en la mayor abundancia sus dulces y regalados frutos.

V. 2. *Priapum.* — Príapo, hijo de Baco y Venus, nació en Lampsaca, ciudad del Helesponto; se le consideraba como el dios protector de los rebaños, las abejas, las viñas, y guardián celoso de los huertos y jardines.

V. 3. *Maluit esse deum.* — Horacio se burla de la efigie de aquella divinidad, que debía sus honores al capricho de un carpintero. Estas efigies se alzaban en los campos para servir de espantajos á las aves y los ladrones.

V. 5. *Ruber... palus.* — Ahuyentaba á los ladrones con la diestra amenazadora y con el palo rojo de las ingles les hacía servir á sus apetitos. El rasgo sería más festivo si no resultase tan poco decente.

V. 7. *Novis... hortis.* — Nuevos, por hacer poco que habían sido plantados.

V. 11. *Pantolabo scurrae Nomentanoque.* — Panto-

labo es desconocido, y de Nomentano ya se ha dicho lo suficiente en otro lugar.

V. 12. *In fronte... in agrum.* — La longitud y la latitud.

V. 12. *Cippus.* — Piedra circular y de poca elevación que servía para señalar los límites de los campos y los territorios de los pueblos. También se conocían con igual nombre unos sepulcros rectangulares, donde se guardaban las cenizas de los muertos.

V. 20. *Has nullo perdere possum.* — Es aguda y picaresca á la vez la interpretación de Dacier sobre este pasaje : dice que Príapo no podía castigar debidamente á tales hechiceras, porque el instrumento con que asustaba á los ladrones hubiese obrado en ellas el efecto contrario, llenándolas de alegría y satisfacción.

V. 21. *Simul ac vaga luna.* — Como las reuniones de las hechiceras tenían lugar por la noche, es muy oportuna la indicación del momento en que principian sus ensalmos y maleficios.

V. 29. *Manes.* — La sangre era recurso eficacísimo para que los Manes ó sombras de los muertos respondiesen á los conjuros de las hechiceras.

V. 33. *Hecatem vocat.* — Hécate, hija de Perseo y Asteria, confundíase con Selene ó la Luna en el cielo, con Diana en la tierra y Proserpina en los infiernos, y y se la representaba con tres cuerpos y cabezas *(Trigemina, Triformis, Triceps).* Por haber vivido largo tiempo en compañía de Proserpina fué considerada como divinidad de las regiones inferiores, de donde enviaba á la tierra fantasmas y sombras pavorosas. Maestra de hechicerías y encantamientos, veíasele vagar por las encrucijadas y los sepulcros, y en torno de los cuerpos ensangrentados, sembrando el terror en las almas tímidas y asustadizas.

V. 34. *Tisiphonem.* — Tisifone, la primera de las Euménides ó Furias, engendros espantosos de la tierra y la noche. Sus ojos brotaban lágrimas de sangre, sus cabellos aparecían entrelazados con sierpes amenazadoras y sus alas volaban prestas para afligir con espantosos tormentos á los hijos que faltaban al respeto de los padres, á los jóvenes que se burlaban irreverentes de la ancianidad, al falso perjuro, al despiadado asesino, al violador de la hospitalidad y al que se mostraba duro é implacable con la víctima suplicante á sus pies. Son la imagen del remordimiento que acompaña siempre al crimen.

V. 37. *Mentior ac si quid.* — La conminación execratoria de Príapo, aunque nada limpia, es graciosa y naturalísima en su situación.

V. 39. *Julius, et fragilis Pediatia, furque Voranus.* — No sabemos nada de Julio, mas respecto á Pediacio se tienen noticias de haber sido un caballero romano que por la ruina de su patrimonio tuvo que entregarse á la prostitución, y Vorano, liberto de Lucio Catulo, era un celebérrimo ladrón.

V. 46. *Nam... pepedi.* — El medio de que se vale Príapo para ahuyentar á las hechiceras de aquel lugar y vengarse del tormento que le causan, obligándole á presenciar sus inicuos sortilegios, no puede ser más original y fesvivo, ni más mal oliente tampoco, si en vez de ser producido por la efigie de madera lo fuese por el mismo dios.

V. 48. *Caliendrum.*— Cabellera postiza ó peluca.

V. 49. *Atque incantata lacertis.*—Las cintas encantadas con que sujetaban á sus víctimas.

IX

Las celebridades de mérito sobresaliente y reconocido se hallan de continuo expuestas á percances como el que con tanta donosura cuenta el poeta que le acaeció, atravesando la vía Sacra, con un petulante é insoportable charlatán. Atrae la nombradía á necios y discretos como la luz á las mariposas, y siendo infinitamente mayor el número de los primeros, pocos personajes han dejado de experimentar alguna vez la molesta compañía de fastidiosos admiradores.

El compadre de que aquí nos habla Horacio, impertinente y jactancioso, sobre molesto, se le agarra como un perro á la presa, creyendo realizar de tal modo sus estólidas pretensiones. La llegada de Aristio Fusco, que como llovido del cielo parece que viene á librarle de aquel posma inaguantable, sólo sirve para aumentar sus angustias y trasudores, hasta que el desenlace llega por sí mismo de una manera cómica, y la víctima puede respirar libre de la pesadilla que atormentaba su ánimo, hasta el punto de creer llegada su última hora, acordándose de la predicción que oyó á una vieja hechicera en los albores de la juventud.

V. 3. *Quidam notus mihi nomine tantum.* — Cualquiera, por poca que sea su experiencia del mundo, habrá podido comprobar lo fastidiosa que es la conversación de un hombre á quien apenas se conoce, cuando se empeña en aburrirnos á fuerza de elogios y cumplidos.

V. 5. *Et cupis omnia quae vis.* — Forma de buena educación, equivalente á «estoy á sus órdenes», «puede mandar», «deseo servirle», etc.

V. 11. *Bolane.* — El tal Bolano, que por lo visto no tenía los cascos muy bien sentados, sabía deshacerse hábilmente de los importunos.

V. 18. *Caesaris hortos.*— Jardines al extremo de la ciudad, junto á la puerta naval, por Julio César regalados al pueblo.

V. 20. *Ut... asellus.*—El asno agacha las orejas, si no puede arrojar la carga que le oprime, y lo mismo hace el hombre en circunstancias semejantes.

V. 22. *Viscum.*—Visco, poeta amigo de Horacio.

V. 26. *Est tibi mater.*—Como si dijéramos: «*¿No tienes abuela?*

V. 28. *Omnes composni.*— *Composni,* puse las cenizas mortales en su urna, es decir, á todos los enterré.

V. 35. *Ad Vestae.*—El templo de Vesta, situado en el Foro, y próximo al tribunal de justicia.

V. 42. *Durum est.*— Algunos manuscritos suprimen el *est.*

V. 44. *Paucorum hominum.*— Hombre de pocos pero escogidos amigos; pues el que alardea de sus muchas relaciones, forzosamente ha de contar entre ellas bastantes que le sirvan más de molestia que de satisfacción.

V. 45. *Nemo dexterius.*— Que Mecenas, además de gran político y culto literato, era sagaz y habilísimo en su comportamiento social, lo demuestra el favor ilimitado que mereció de Octavio y la envidiable reputación que goza todavía en la república de las letras por la generosa protección otorgada á los vates egregios de su siglo, llamado con justicia el siglo de oro de las letras latinas.

V. 46. *Ferre secundus.*—El tal perillán se contenta por prudencia con el segundo puesto, dejando á Horacio el primero, no por sus méritos, sino en recompensa del servicio que imagina va á prestarle presentándole en casa de Mecenas.

V. 48. *Non isto vivimus illic.*—El elogio de la casa

de Mecenas, bien que obligado por el reconocimiento del poeta, es tan hermoso, que se echa de ver en seguida que allí se sentía feliz, ocupando el lugar que le correspondía entre la sociedad más aristocrática de Roma.

V. 54. *Quae tua virtus.*—Equivale á *pro tua virtute,* por tus méritos lo alcanzarás.

V. 55. *Est qui vinci possit.*—Se deja vencer, mas no á las primeras de cambio; porque, como discreto y cauto, no quiere equivocarse en la elección de sus amigos y confidentes.

V. 61. *Fuscus Aristius.* — Aristio Fusco, el personaje á quien dedica la oda XXII del libro I.

V. 63. *Vellere coepi.*—Es altamente cómico el contraste de la socarronería de Fusco con la ansiedad angustiosa del poeta.

V. 70. *Curtis judaeis.* — Los judíos circuncidados. Negar un gentil á su amigo la palabra por no ofender la susceptibilidad de los judíos, que celebraban aquel día su pascua, es de lo más peregrino y burlón que se puede ocurrir al que trata de divertirse á costa ajena.

V. 71. *Religio.*—Escrúpulo, miedo.

V. 76. *Antestari.* — Atestiguar con los presentes antes de llevar á la parte contraria al tribunal del pretor.

V. 78. *Servavit Apollo.*—La estatua de Apolo erigida en la plaza de Augusto.

X

En todos los tiempos han existido, existen y existirán críticos descontentadizos del presente, que vuelven al pasado los ojos, ponderando los méritos de los antiguos escritores, más por ser antiguos que por el valor intrínseco de sus producciones. Levantaron los tales gran

clamoreo contra Horacio, por la libertad y dureza con que se había expresado respecto á Lucilio en la sátira cuarta, y le tachaban de inconsiderado con el poeta, inventor del género satírico; y para responder á sus infundada recriminaciones, escribió, sin duda, esta pieza, ratificándose con entereza en su juicio anterior sobre Lucilio; aunque reconociendo de buen grado la sal que derrama en sus versos, la facilidad con que los escribía y el valor de que en ellos dió generosa muestra, al atacar á todo bicho viviente como lo juzgase digno de sus certeras flechas; mas reconociéndole estas dotes, no le concede la perfección, antes al contrario, nota en sus poemas la irregularidad y el desorden de que adolecen, las digresiones importunas que distraen del asunto principal, la vana hojarasca donde queda muchas veces envuelto el fruto de su ingenio, y, sobre todo, el vicio de mezclar dicciones y sentencias griegas en sus exámetros, que á veces parecían como escritos en dos lenguas. Le disculpa, es cierto, sus errores, atribuyéndolos al poco refinamiento de la cultura de su tiempo, y cree que á vivir en los días de Vario y Virgilio, una corrección asidua y vigorosa hubiese limpiado sus composiciones de no pocos lunares; pero disculpar no es negar, y al defenderle, le acusa y con razón, y da de paso consejos sobre el arte, tan útiles y acertados, como los que se leen en la magnífica epístola á los Pisones.

V. 1. *Incomposito... pede currere.*—Aquí le critica sus dos defectos capitales: el escribir de prisa, y, efecto de su precipitación, el que sus versos no se distinguiesen por lo armoniosos y correctos.

V. 2. *Quis tan Lucili fautor.* — En los tiempos de Horacio, Lucilio contaba con entusiastas admiradores; y según fama los había tan acérrimos, que llevaban un látigo oculto bajo la toga, para zurrar la badana, si era

preciso, á los que hablasen inconsideradamente de su poeta favorito.

V. 4. *Urbem defricuit.*—Nótese la fuerza expresiva del verbo *defricuit,* que, como una barredera, pasa por las calles de Roma, limpiándolas de toda inmundicia.

V. 6. *Laberi mimos.* — Los mimos, especies de sainetes oriundos de Siracusa, en que dominaban las groserías y bufonadas, no estaban enteramente desprovistos de gracia para la diversión del público. Los de Décimo Laberio, aunque muy populares, fueron eclipsados por los de Publio Siro, de quien nos quedan multitud de sentencias y máximas, que hacen bien sensible la pérdida de sus piezas teatrales.

V. 7. *Diducere rictum.*—Para soltar una risotada, es preciso abrir desmesuradamente la boca.

V. 13. *Parcentis viribus.* — Disimulando sus fuerzas de intento, y no descargando sobre el adversario golpes más contundentes de los que pide la ocasión.

V. 14. *Ridiculum acri.* — El temor á la befa y el escarnio nos aparta muchas veces de ruines acciones, y en esto estriba la fuerza del numen satírico, y su influencia moralizadora.

V. 18. *Hermogenes.* — Ya hemos hablado en otro lugar de tal personaje.

V. 18. *Simius iste.* — Este simio, según los intérpretes, era el cómico M. Demetrio; y le llama así, ó por ser de horrorosa fealdad, ó por su oficio de remedar, como los monos, los gestos y ademanes de los personajes que representaba.

V. 19. *Calvum... Catullum.* — Cayo Licinio Calvo fué excelente poeta, y Catulo sobresalió en los cantos eróticos. El cargo del satírico no es por haber leído á estos famosos poetas, sino por reducir á la lectura de los mismos toda su instrucción literaria.

V. 21. *Seri studiorum.*—Torpes, lerdos, ignorantes.

V. 22. *Rhodio... Pitholeonti.*— Según Bentlei, este individuo es el Pitolao que citan Macrobio y Suetonio, como autor de unos ridículos epigramas contra Julio César, escritos en lenguaje semigriego, semilatino.

V. 27. *Patrisque latini.* — Tal fué la lección general, hasta que Lambino escribió *latine,* siguiéndole bastantes eruditos.

V. 28. *Cum Pedius... Poplicala... Corvinus.*—Oradores célebres muy atentos á la pureza de la dicción en sus discursos, nunca afeada por el empleo de extravagantes frases extranjeras.

V. 30. *Canusini more.*— En Canosa se hablaba una lengua mezcla de griego y latín.

V. 33. *Cum somnia vera.* — Creíase que los sueños de madrugada eran los verdaderos por estar ya disipados los vapores de la cena.

V. 36. *Turgidus Alpinus.*— El *hinchado Alpino.* Bentlei supone que sea el escritor Furio Bibáculo.

V. 36. *Memnona.* — Memnón, rey de Etiopía y auxiliar de Príamo en la guerra de Troya, murió combatiendo con Aquiles. De este asunto compuso Bibáculo una tragedia en estilo hueco y campanudo, por lo que mereció burlas sangrientas.

V. 38. *Judice Torpa.* — Mecio Tarpa, crítico sagaz y juez examinador de las composiciones presentadas á los certámenes.

V. 42. *Fundani.* — Sanadón habla de un Cayo Fundanio, contemporáneo de Augusto, que bien puede ser el autor cómico aquí por Horacio celebrado.

V. 42. *Pollio.* — Cayo Asinio Polión, político, orador, general, historiador y poeta, es uno de los personajes más conspicuos de la corte de Augusto. Partidario de César en la guerra civil, á su muerte unióse con los

triunviros, y quedó encargado por Antonio de repartir á los veteranos las tierras prometidas. En sus últimos años abandonó la política, donde había representado un papel distinguido, para dedicarse á las letras. Estableció el primero en Roma una biblioteca públíca; fué, como Mecenas, protector constante de Horacio y Virgilio, y dedicó sus ocios á la Historia y la poesía trágica, mereciendo de aquéllos los más entusiastas panegíricos. Desgraciadamente, sus obras, que tanta fama le dieron en vida, no han llegado hasta nosotros.

V. 44. *Ut nemo Varius.* — Lucio Varo Rufo, protegido por Polión y Mecenas, sobresalió en el poema épico y en la tragedia. Quintiliano declara que su *Tiestes* sostiene dignamente el parangón con la mejor de las griegas.

V. 46. *Varrone.* — Publio Terencio Varrón, el Atacino, natural de Narbona, y autor de varios poemas, cultivó la sátira sin alcanzar el éxito de Lucilio.

V. 48. *Inventore minor.* — Nos inclinamos á pensar que el poeta, en su fuero interno, no creía que Lucilio le aventajase en el arte de escribir sátiras; así al menos se desprende de los defectos que nota en sus composiciones; pero empleó sin duda rasgo tan respetuoso para desarmar la cólera de los partidarios del viejo poeta, ó para significar que siempre el inventor de una cosa merece mayores alabanzas que aquel que la perfecciona en tiempos de refinada cultura.

V. 53. *Tragici... Acti.* — Lucio Accio, autor de tragedias de las que sólo quedan fragmentos.

V. 54. *Enni.*—Quinto Ennio, griego de nacimiento, sirvió en el ejército romano, y obtuvo en edad avanzada el derecho de ciudadanía. Sobre la Historia romana compuso un poema titulado *Anales,* y además buen número de tragedias y sátiras. Todo se ha perdido.

V. 62. *Cassi.* — Verosímilmente alude á Casio de Parma, asesinado por orden de Augusto. Escribió tanto, que con sus obras se levantó la pira donde fueron quemados sus restos mortales.

V. 66. *Graecis intacti.* — La sátira propiamente dicha, la cultivada por Ennio, Lucilio y Horacio, no fué conocida por los griegos.

V. 70. *Ultra perfectum.* — Más allá de lo perfecto, no cabe nada que no sea extravagante, hueco, desatinado, y por lo mismo digno de reproche.

V. 72. *Saepe stilum vertas.* — Aforismo proverbial en las escuelas, que revela al poeta fino y exigente que corrige una y cien veces su poema antes de darlo al público, casi nunca indulgente con el autor.

V. 77. *Arbuscula.*—Actriz muy celebrada del tiempo de Cicerón.

V. 91. *Discipularum.* — Los poetas afeminados y eróticos que sólo leían sus composiciones en los gabinetes de las mujeres.

V. 92. *Y, puer.* — La mayoría de los intérpretes entienden que Horacio ordena á su siervo unir esta sátira á las anteriores del primer libro; pero Sanadón opina que lo manda juntarla por su contenido con la primera que había escrito sobre el mismo asunto. Las dos interpretaciones son verosímiles y aceptables.

LIBRO SEGUNDO

I

Diálogo de pura inventiva entre el autor y el jurisconsulto Trebacio, en que el primero simula consultar la opinión del segundo, exponiéndole los pareceres encontrados que al público merecían sus sátiras, calificadas por unos de diatribas intolerables, y por otros de composiciones anodinas sin vigor, é incapaces de añadir una hoja de laurel á su guirnalda poética. Trebacio le da cuerdos consejos, y le invita á renunciar á las tareas del escritor, ó cuando esto le sea imposible, á que cante las victorias augustales y deje á los bribones con sus briboneríás; ya que al denunciarlas en público, no sólo se acarrea el odio de los perseguidos, sino también el de aquellos á quienes perdona ú olvida, temerosos de verse un día expuestos á la general irrisión por un ingenio maleante que, fiado en su propio valer ó en el escudo de sus protectores, no vacila en desafiar el encono furibundo de sus víctimas, y hasta el rigorismo de las leyes, duras é inflexibles con los difamadores que no probasen la verdad de sus acusaciones.

La réplica de Horacio es decisiva y contundente: reconoce la bondad del consejo y la inminencia del peligro que le cerca, pero una voz poderosa le incita á seguir impávido su camino, á que hiera ó fustigue según

los merecimientos, á que haga reir á los más á costa de los que lloran por sus acerados ataques, y á que, burla burlando, amoneste, advierta y corrija con los rasgos de su genio esencialmente zumbón y satírico; y pues no hay hombre que no obedezca á sus inclinaciones, ni fiera que no se defienda ú ofenda á sus enemigos con las armas que debe á la Naturaleza, déjenle escribir cuentos y chanzonetas al compás de su humor, y defenderse de los émulos que intenten desazonarle con críticas injustificadas ó violentos insultos, que ha de devolverles con creces, haciendo famosos sus nombres por todos los barrios de la ciudad. Con este motivo entona un panegírico en loor de Lucilio, á quien no siempre había tratado muy respetuosamente, poniendo en las nubes su patriotismo, su probidad y su decisión de desenmascarar á los magnates corrompidos de su tiempo, y fustigar á la plebe que, como en almoneda, vendía sus votos, sin que el amable Lelio ni el valeroso Escipión se ofendiesen de su audacia; y de paso acomete á Cervio y le acusa por su cólera brutal, á Canidia por sus envenenamientos, á Turio por sus prevaricaciones y á Esceva por su parricidio, resuelto á luchar caiga el que caiga, mientras merezca la aprobación de César y del círculo selecto que pronunciaba sus fallos en la tertulia de Mecenas.

V. 1 y 2. *Ultra legem.* — Ir más allá de lo que permite la corrección satírica, no era propio del carácter de Horacio, enemigo declarado de toda exageración. Hasta cuando nombra al matricida Esceva, deja entrever con cierta finura su perversidad, y vuelve inmediatamente la hoja, como asustado de su propia delación. Ningún satírico merece ser acusado de crueldad con menos fundamento: Horacio se gozaba en exponer á la luz las ridiculeces y extravagancias de sus contemporá-

neos; mas apenas se dispara alguna vez que otra con la indignación y el coraje de Lucilio.

V. 4. *Trebati.* —Cayo Trebacio fué jurisconsulto eminente y muy elogiado por Cicerón. El poeta bromista y maleante le consulta, no sabemos si como amigo ó como abogado, sobre su pleito; y el jurisperito le responde con la seriedad con que podría hacerlo á cualquiera de sus clientes en un negocio de su profesión.

V. 8. *Transnanto.*—Aconseja al poeta que se dedique al ejercicio de la natación, y no olvide antes de acostarse las libaciones de vino añejo. Sabemos, por el testimonio de Cicerón, que Trebacio era un hábil nadador y un bebedor de buena cepa; así lo que aconseja al satírico, si quiere conciliar el sueño, es que haga lo que él suele hacer por costumbre inveterada, nadar y beber y dar al traste con las Musas.

V. 12. *Pater optime.*— Así se llamaba al anciano por respeto, como se decía *puer* al joven en prueba de cariño.

V. 13. *Neque enin.*—Versos magníficos y dignos de la epopeya.

V. 24. *Saltat Milonius.* — Alegre es la borrachera que se traduce en saltos y piruetas; por lo demás, ignoramos quién sea este Milón, ni nos importa gran cosa.

V. 26. *Castor gaudet.* — Cástor y Pólux, hijos de Júpiter y Leda. Las tradiciones sobre su genealogía y sus principales hechos son bastante contradictorias. En Esparta recibieron por vez primera honras divinas, y de allí se extendió su culto por Grecia, Sicilia é Italia. El dictador A. Postumio Albino, después de la victoria del lago Regilo, les consagró un templo en el foro, adonde acudían en procesión los caballeros el 15 de julio, á reverenciarlos como sus patronos tutelares.

V. 29. *Nostrum melioris.* — Parece problemático

que Trebacio escribiese versos festivos, aunque no del todo inverosímil que habiéndose dedicado con excepcional aprovechamiento al estudio de leyes y letras, compusiera algunos por entretenido solaz; y en este caso nada tiene de particular que Horacio afirme, sin creerlo por supuesto, que los versos de Lucilio aventajan á los suyos y á los de su viejo interlocutor.

V. 31. *Neque si male yesserat.* — Es más que ambigua la significación de este pasaje, pues lo mismo puede referirse á los hechos personales que á sus versos, compuestos, ya con primor, ya con desaliño. De todas maneras, como observa agudamente D. Javier de Burgos, en boca de Horacio resulta algo sospechoso el elogio que le dedica, por consignar en sus libros cuanto se le ocurría, viniese ó no á cuento, y tuviese ó no relación con el propósito perseguido.

V. 34. *Vita senis.* — Como dijimos en otra ocasión, de estas palabras no se deduce la avanzada edad de Lucilio, porque *senis* se ha de traducir por antiguo, en contraposición á moderno ó contemporáneo.

V. 34. *Lucanus an Appulus.* — Esta digresión enojosa parece hecha con la aviesa intención de mortificar al inventor de la sátira por su afán desatentado de escribir lo primero que se le venía á las mientes, corriendo, como potro desbocado, por donde le arrastraban el ímpetu de su fecundidad ó el desbordamiento de su pasión.

V. 36. *Missus ad hoc.* — Los romanos expulsaron á los sabelios de Venusa, y enviaron allí una colonia que se opusiese á las irrupciones de los convecinos.

V. 47. *Cervius.* — Tal vez uno de tantos delatores como pululaban por las calles.

V. 48. *Canidia.* — Hechicera más famosa por las invectivas horacianas que por sus venenos y maleficios.

V. 49. *Turius.* — Cayo Marcio Turio, juez venal y corrompido, sentenciaba los pleitos á favor del litigante más dadivoso.

V. 53. *Scaevae.* — Este miserable Esceva aparece como el prototipo del criminal cobarde que, resuelto á precipitar el fin de su anciana madre, no echa mano del acero que delata con la sangre, sino del tósigo que acabe sus días con menos ruido y exposición del infame parricida. Nótese la fuerza del epíteto *vivacem* aplicado á *matrem,* el sarcarmo del *pia* unido á *dextera,* y la frase de *vitiato melle cicuta,* tan blanda y suave, como el modo con que se desembaraza de su madre aquel hijo vil y desnaturalizado.

V. 59 y 60. *Ut sis vitalis metuo.* — Igual á *metuo ne percas.*

V. 62. *Frigore te feriat.* — Te hiera en el alma haciéndote un acogimiento tan glacial, que te descorazone y llene de pesadumbre.

V. 64. *Detrahere pellem.* — Arrancar la máscara.

V. 65. *Laelius.* — Lelio y Escipión, amantes de las letras griegas y amigos desinteresados de Lucilio.

V. 67 y 68. *Metello... Lupo.* — Dos víctimas de la vena satírica del mismo poeta.

V. 74. *Decoqueretur olus.* — Las cenas eran muy sobrias en tiempos de Lucilio, y las leyes prohibían la profusión y el despilfarro, de que más tarde hicieron gala los gastrónomos.

V. 75. *Infra Lucili censum.* — De aquí se colige la modesta posición de Horacio, que nunca llegó á gozar las rentas del caballero Lucilio.

V. 79. *Diffingere.* — Como observó Bentlei, es mejor lección que la de *diffindere vel deffigere* de algunas ediciones modernas.

V. 83. *Si quis mala.* — Como á reo de pena capital

castigaban las Doce Tablas al que atacase con libelos la reputación de un ciudadano íntegro y honrado; y el poeta juega con la doble significación del vocablo *mala* para responder á la amenaza de su interlocutor.

II

Esta composición es un hermoso panegírico de la templanza y la fortaleza, encarnadas en el rústico Ofelo, prototipo de la dulzura y la bondad, tan bien hallado consigo mismo y con su prole, que los golpes de la adversa fortuna trabajaron en balde por abatir su constancia y arrojarle en brazos de la desesperación. Los argumentos que emplea contra las seducciones de la gula son tan incontestables como elevadas sus máximas contra los ricos malgastadores, y útiles las advertencias con que instruye á sus hijos, haciéndoles ver que el cambio de posición no ha influído poco ni mucho en su trato; porque hechos á la sobriedad desde su infancia, la continuación en el ejercicio de esta virtud les libra de considerarse desgraciados, como lo serían ciertamente á no haberles educado en tan rectos y saludables principios.

V. 2. *Ofellus.* — Personaje ideal que representa la sobriedad y el buen sentido de las clases modestas, enfrente de los despilfarros y vanidades de pródigos y manirrotos.

V. 3. *Abnormis sapiens crassàque Minerva.*—Hombre de talento natural y que no ha asistido á las escuelas, pues los estudios pueden dar conocimientos, pero no la comprensión y el buen juicio que es anterior á los mismos, como se observa en las distintas capacidades de los niños que frecuentan las aulas desde la primera edad.

V. 9. *Leporem sectatus.*—El jesuíta Sanadón expli-

ca este difícil pasaje en el sentido en que lo traducimos.

V. 13. *Seu te discus agit.* — El disco era una placa circular de piedra ó metal, que se lanzaba á la mayor distancia posible, según las fuerzas ó la destreza del jugador, llamado discóbulo. Mirón representó de un modo magistral la actitud violenta del jugador, que lanza su disco en una de las más famosas obras de la estatuaria helénica.

V. 15. *Hymettia mella.* — El monte Himeto, al mediodía de Atenas, era tan rico por sus mármoles como por su miel delicada.

V. 19. *Non in caro.* — Las reflexiones que brotan de los labios de Ofelo cautivan por su verdad y delicadeza, y nos sugestionan en su favor más que los argumentos y silogismos de cualquier maestro de la sabiduría.

V. 22. *Lagois.* — No hemos conseguido averiguar qué clase de avechucho sea éste, y no nos parece impropio traducirle por faisán, teniendo en cuenta que aquí se habla de bocados exquisitos y costosos.

V. 27. *Num vesceris ista.* — La argumentación es contundente. No se busca aplacar las exigencias del vientre, ni siquiera el regalo del gusto, sino la satisfacción de la vanidad que se goza con el espectáculo de una ave de lindísimos colores, pagando más cara la pluma, que se ha de arrojar, que su carne, en nada superior á la de la gallina.

V. 31. *Lupus hic, Tiberinus.* — La glotonería romana llegó á tal refinamiento, que distinguía y pagaba á vario precio el barbo, según fuese pescado en alta mar, entre los puentes ó en la desembocadura del Tíber.

V. 39. *Porrectum.* — Nótese la gravedad de expresión que dan al verso los cuatro espondeos seguidos.

V. 40. *Harpyis.*—Monstruos espeluznantes y horribles con cara de mujer, cuerpo de ave y garras de alimaña, ladrones por naturaleza, que llenaban de asquerosa suciedad los teatros de sus estupendas fechorías.

V. 41. *Austri.* — Los vientos cálidos del Mediodía corrompen prontamente las carnes.

V. 47. *Galloni.* — El tal Galonio, á quien Lucilio en sus fragmentos llamó *gurges*, esto es, abismo de voracidad, se lamentaba de no haber comido bien ni un solo día de su vida.

V. 49. *Tutoque ciconia nido.*—Casi siempre estuvo, y sigue estando, la cigüeña tranquila en su nido : el labrador la mira con veneración porque sabe que es la policía de sus campos, infatigable perseguidora de orugas, gusanos y reptiles nocivos; pero como no hay dislate que no quepa en la cabeza humana, se le ocurrió, en tiempo de Augusto, al loco Asinio Sempronio Rufo ponderar la excelencia de su carne, y en seguida reunió adeptos su doctrina; y las grullas fueron substituídas por las cigüeñas con general aplauso de los gastrónomos y sentimiento profundo de los labradores. En nuestros días hemos visto en pueblos tan agrícolas como los de la provincia de Castellón, y aun en la misma capital, perseguir á las golondrinas con feroz ensañamiento.

V. 50. *Praetorius.* — El mismo Rufo que solicitó la pretura, sin obtenerla, acaso en castigo de la persecución que inició contra las cigüeñas.

V. 55. *Avidienus.* — Avaro desconocido que se presenta como el modelo de la más ruin tacañería.

V. 64. *Hac urget lupus.* — Entre el lobo y el perro; es frase proverbial que equivale á estar entre la espada y la pared, entre dos riesgos iguales y tan temibles el uno como el otro.

V. 65. *Qua non offendat.* — Lección de Bentlei, res-

tablecida en conformidad con casi todos los manuscritos y ediciones antiguos.

V. 67. *Albuti senis.*—Este viejo Albucio parece ser el personaje del mismo nombre, cruelmente zaherido por Lucilio en castigo de su manía de hablar y vivir al uso griego, olvidándose de su sangre romana. Con el ejemplo del tal sujeto y el de Nevio, nos recomienda Horacio el aseo y la limpieza en la mesa, sin llegar á la nimia y escrupulosa pulcritud que afectaban algunos para tormento de sus esclavos.

V. 77. *Coena... dubia.*—Cena dudosa, en el sentido de que por la abundancia de los platos el convidado no sabía á veces cuál escoger.

V. 92. *Hos utinam.* — Al ensalzar la frugalidad antigua que dejaba se enranciase la carne del jabalí para que á la llegada de un huésped no le faltasen sendos tasajos, exclama que quisiera haber nacido en aquellos tiempos y vivir con aquellos hombres y sus honestas costumbres. Mucho dudamos que esta exclamación sea completamente sincera, porque si en su quinta de la Sabina se trataba con sencillez y frugalidad, también se complacía en asistir á los banquetes de los ricachones para regalarse como un sibarita con los vinos de mejor paladar y los platos más suculentos.

V. 97. *Te tibi inicuum.* — Efectivamente, el glotón estropea pronto su estómago, se incapacita para cargos que reclamen despejo y actividad, y por sus derroches llega á ser odiado de su familia, parientes y amigos, y hasta se hace aborrecible á sí mismo cuando se encuentra con la bolsa vacía, el crédito en ruina y un escuadrón de acreedores que furiosos le persiguen sin descanso, en justa expiación de sus irritantes y continuos desórdenes.

V. 99. *Inquit, Trasius.* — Tampoco nos es conocido

este opulentísimo Trasio; pero ¡qué vigorosa y contundente la réplica que destruye sus razones! El poseer inmensas riquezas no autoriza á nadie á gastarlas de modo que parezca un insulto á la necesidad y miseria que reinan entre las clases desheredadas. «Gástalas—le dice—en socorrer á los menesterosos, en restaurar los templos que se arruinan, en ayudar al mejoramiento de los servicios públicos, en algo que sea digno de alabanza, y entonces merecerás tantos plácemes como reproches inspira tu fastuosa y desatentada prodigalidad.»

V. 112. *Puer hunc ego parvus.* — Si excelentes son los versos anteriores, por la sana filosofía que enseñan, los siguientes y últimos de la sátira despliegan á nuestra vista un horizonte encantador, donde parece que el ángel de la felicidad bate sus alas recorriendo un cielo límpido y esplendoroso al cual no llegan los gritos y clamores de los que se llaman desdichados, y que pudieran llamarse felices con un poco más de resignación y fortaleza para resistir los golpes de la enemiga fortuna.

V. 114. *Metato in agello.* — Los campos que adjudicaron los triunviros á los pretorianos, fueron medidos antes de la distribución. Á Umbreno tocó la heredad de Ofelo; mas el nuevo propietario, que sin duda no estaba cortado para el oficio campestre, se avino á dejar como arrendatario á su antiguo dueño; y es de creer que harían lo mismo la mayor parte de los soldados, convirtiéndose en rentistas, oficio más socorrido que el de trabajar la tierra á lomo caliente.

V. 122. *Duplice ficu.* — El epíteto *duplex* puede referirse lo mismo á los dobles frutos que da la higuera en principio de verano y otoño, que á un higo de mayor peso y tamaño, llamado doble por esta razón.

V. 123. *Culpa potare magistra.*—Beber alegremen-

te, pero sin llegar á la embriaguez, especie de locura que con tanta frecuencia precipita al hombre en el crimen.

V. 124. *Venerata Ceres.* — Los campesinos brindaban en honor de Ceres, la diosa protectora de los campos y sus cosechas.

III

Por la grandeza del asunto y la profundidad filosófica, merece un puesto distinguido entre todas las sátiras horacianas. Cuadros cómicos inimitables, caracteres excéntricos y verdaderos, diálogos tan vivos que hacen resonar en nuestros oídos las voces de los interlocutores, y conocimiento exacto de las flaquezas humanas, expuestas con fino humorismo, para demostrar que todos andamos de coronilla, sin colocarnos nunca en el justo medio en que radica la virtud, dan á esta hermosa pieza aquel valor subido que sólo alcanzan las joyas verdaderamente extraordinarias.

Comienza el poeta recriminándose, por boca de Damásipo, su abandono y desidia, que comprometen la fama, á costa de tantos esfuerzos coronados de éxitos ruidosos, justamente conquistada; pero sacudiendo de pronto la pereza, se revuelve contra el impertinente censor que fundió su caudal en la compra de inútiles antiguallas, llegando á pique de arrojarse al Tíber, para librarse de sus propias acusaciones. Mas he aquí que aparece el estoico Estertinio y le disuade de tan negro propósito, demostrándole de paso que los demás hombres están tan locos como él y nada pueden echarle en cara. Con este motivo pasa revista á los genios tímidos y apocados que ven en todas partes inevitables peli-

gros, y á los temerarios que los buscan de intento, ó por el placer de afrontarlos, ó por conquistar fama de impávidos y valerosos; á los avaros que, nadando en la riqueza, se tratan como vilísimos esclavos; á los necios que, como Estaberio, creían eternizar sus nombres prescribiendo á sus herederos que lo esculpiesen en los mármoles de su sepulcro, junto con la cuantía del patrimonio que les legaba, para admiración de las gentes; á los que, por vil interés ó por ciega pasión, dan muerte con el lazo ó el veneno á madres y esposas, siendo el horror de la naturaleza y víctimas, como Orestes, de las implacables furias, y á los tacaños que se resignan á la muerte, antes que á desembolsar el gasto de su enfermedad, no aleccionados por la noble figura de Servio Opidio, que al despedirse de sus hijos les exhorta cariñosamente á que huyan de la tacañería y laceria, lo mismo que de la disipación y la vanidad, que disfrazadas de amor á la gloria, han cubierto á tantos ambiciosos vulgares de oprobio. Luego sale á plaza el vengativo Agamenón, negando al heroico Ayax el honor de la sepultura, por un crimen bastante menor que el sacrificio de la hermosa Efigenia; y detrás vienen los pródigos como Nomentano, los derrochadores como Esopo, los sibaritas como los hijos de Arrín, los mozalbetes subyugados por las cortesanas, los viejos mujeriegos que tartamudean con el temblor de los años y son la risa de las jovencillas á quienes desatinadamente persiguen, los supersticiosos que piden milagros imposibles á los dioses, los criminales que acompañan el asesinato con el suicidio, constituyéndose en jueces rigurosos de sí mismos y en reos de sus propias inapelables sentencias; las madres que por la salud de sus hijos se comprometen con votos fanáticos, que contribuyen á su muerte más que el rigor de la enfermedad; y, por último, ni aun

el autor se libra de su propia vena satírica, pues reconoce por la delación de Damásipo que es harto inclinado á andar entre obras y albañiles, que gasta ínfulas de magnate, siendo un chiquilicuatro, que intenta remedar la circunspección y los modales de Mecenas, que se hincha de vanidad como la rana de la fábula, que escribe versos que escuecen como las ortigas, que se permite transportes de cólera como un gran señor, que gasta como un hacendado y anda envuelto en trapicheos culpables como un libertino, hasta que pone fin al capítulo de los cargos con un desenlace rápido é imprevisto, temeroso de que aquel loco de atar le colme la medida de su vergüenza con revelaciones indiscretas de vicios más escandalosos y por lo mismo menos disculpables.

V. 1. *Si raro scribis.* — Algunos editores leen *sic* equivocadamente, y muchas ediciones modernas imprimen *scribes* por *scribis.*

V. 2. *Membranam.* — El pergamino, no tan usado por los escritores como el papiro.

V. 3. *Vini somnique benignus.* — Esto es, benigno, indulgente en demasía con el vino y el sueño.

V. 4 y 5. *Ab ipsis saturnalibus.* — Burgos se atiene á la lección de *at ipsis;* pero sus razones son menos convincentes de lo que se imagina.

V. 7. *Culpantur frustra calami.* — El instrumento se toma por la causa activa, mas no es tan figurado el sentido de la expresión que no pudiera tomarse al pie de la letra; pues cuando el escritor se esfuerza vanamente en dar forma á las ideas que germinan en su cerebro, arroja con desdén ó con ira la pluma, como si fuese la única responsable de su torpeza ó su incapacidad momentánea.

V. 8. *Iratis natus paries.* — Parece, según Quinti-

liano, que los poetas golpeaban con sus puños las paredes cuando la inspiración evocada como un espíritu se resistía á una pronta obediencia.

V. 11. *Platona Menandro.* — Platón fué autor cómico de gran celebridad, y Menandro la alcanzó mayor, por haber inventado la comedia nueva, libre de las audacias y atrevimientos en que se desataban las de Aristófanes.

V. 12. *Archilocum.*—Poeta satírico, inventor de los yambos. Vivió en continua batalla con la pluma y con la espada, y el extremo á que llegaron en su desesperación las hijas de Licambe, es prueba harto inconcusa de la mordacidad con que las persiguió, por haber rechazado sus amorosas pretensiones.

V. 16. *Damasippe.* — Damásipo, ó el senador de quien habla Cicerón en sus epístolas, ó cualquier otro sujeto del mismo nombre.

V. 17. *Donent tonsore.* — Te den un barbero que te rape esa luenga barba, que te aliña el semblante á lo filósofo. La respuesta es tan ladina como debía esperarse del amigo socarrón que se burla por iguál del consejo y el consejero.

V. 18 y 19. *Ianum ad medium.* — En la Plaza Mayor, así llamada por las dos estatuas de Jano levantadas en sus extremos.

V. 25. *Mercuriale.* — Mote propio de comerciantes y mercaderes, por ser Mercurio su patrono.

V. 28. *In cor.* — *Cor*, voz empleada por los latinos á veces en significación del vientre.

V. 33. *Stertinius.*—Filósofo desconocido, de la escuela de Crisipo.

V. 35. *Sapientem pascere barbam.*—La luenga barba era distintivo de los filósofos, pero no todos los que se la dejaban crecer desmesuradamente merecían este nom-

bre, antes al contrario, muchos hipócritas disfrazaban con ella sus desarreglos vergonzosos.

V. 36. *A Fabricio.., ponte.* — Uno de los puentes sobre el Tíber.

V. 37 y 38. *Operto me capite.* — Cubriéndose la cabeza con la toga para no ver la muerte, como si esta prevención disminuyese las terribles angustias del suicida.

V. 41. *Hoc si erit in te.*—El argumento es gracioso, sincero y convincente. Estertinio dice al desesperado: «Si tú solo estás loco, échate de cabeza al río, y acaba con la vida tu locura, antes que ser la irrisión de los hombres sensatos; pero si no me equivoco, la gran mayoría de los nacidos tiene la cabeza tan huera como la tuya, y no veo el motivo para que te avergüences de vivir entre tus iguales, incapaces de reconocer en ti la locura de que están ellos asimismo tocados. No la delates, pues, con este nuevo desatino, y vive para contrarrestar los golpes de la fortuna y reirte de las extravagancias humanas.»

V. 44. *Insanum Chrysippi.*—Según la escuela estoica, el que obra siempre á ciegas, arrastrado por la pasión ó guiado de la mano por la estúpida ignorancia, ése es el verdadero loco. Crisipo, natural de Cilicia y discípulo de Cleanto, alcanzó gran fama como maestro de la secta estoica, por las muchas y valiosas producciones filosóficas que dejó escritas. No faltan quienes hacen ascender su número á setecientas.

V. 46. *Excepto sapiente.* — Según los estoicos, sólo el sabio escapaba á la regla de la general locura y la común infelicidad. El sabio era rico, noble, hermoso, robusto y feliz, entendiendo por sabio el que soportaba con fortaleza los males y con calma los dolores, el que media sus pasos con el compás de la prudencia, el que en vez de ser juguete de sus apetitos hacía que éstos

fueran esclavos de su razón soberana, y el que hasta sumido en la pobreza nadaba en la abundancia de todo aquello que por superfluo había aprendido á despreciar, satisfecho con lo poco que la Naturaleza exige para sustento del cuerpo, á fin de dejar libre el alma de importunos deseos, y dedicarla por completo á la adquisición de la verdad.

V. 53. *Caudam trahat.* — Metáfora tomada de las travesuras de los chicuelos, que tenían por costumbre prender alguna cosa á las espaldas de aquellos á quienes escogían por blanco de sus burlas.

V. 60. *Fusius.* — El cómico Fusio se emborrachaba con frecuencia, y quedóse realmente dormido en la escena representando el papel de Ilione. Catieno, su compañero, que hacía el de Polidoro, salió gritando: *Mater te apello;* pero como el sueño de su interlocutor no tenía nada de fingido y sí mucho de pesado, recibió la callada por respuesta. Entonces los espectadores, todos á coro, prorrumpieron *Mater te appello,* para despertarle, y por lo visto no lo consiguieron sino después de un alboroto mayúsculo. Ilione, hija de Príamo y esposa de Polimnestor, era la protagonista de la tragedia, cuya paternidad correspondía á Accio ó á Pacuvio.

V. 69. *Scribe decem a Nerio.*—El acto de firmar un recibo se llamaba *scribere;* el de tacharlo después de pagado, *rescribere.*

V. 69 y 70. *Cicutae nodosi.*—Debió el tal Cicuta ser un escribano sagacísimo, con no ser generalmente ranas los del oficio, cuando el satírico le distingue con el calificativo de *nodosi.*

V. 71. *Proteus.* — Como Proteo se transformaba rápidamente en fiera, ave, fuente ó árbol, huyendo de los importunos, así el ruin pagador recurre á mil sub-

terfugios inesperados para negar las obligaciones contraídas.

V. 72. *Malis ridentem alienis.*—Reir con mandíbulas ajenas equivale á soltar la carcajada, reir á mandíbula batiente.

V. 83. *Antycyram.*—Isla del golfo de Corinto, donde se criaba en abundancia el eléboro, remedio de la melancolía y la locura.

V. 84. *Heredes Staberi.* — Para que no falte en las sátiras horacianas ninguna de las clases en que se divide la avaricia, nos presenta aquí el tipo del avaro, tan ansioso de dinero en vida como de alabanzas de ultratumba, obligando á los herederos á grabar en su sepulcro una inscripción que recuerde la cuantía de su capital.

V. 88. *Ne sis patruus mihi.*—Los tíos gozaban fama de regañones y poco indulgentes con los sobrinos de cuya educación se encargaban.

V. 100. *Graecus Aristippus.*—Cuéntase de Arístipo, el fundador de la escuela cirenaica, que permitió al esclavo conductor de sus caudales arrojar la parte de carga que retardaba sus pasos por demasiado abrumadora. Acción prudente y meritoria, exagerada por el vulgo en los términos que aquí la relata el satírico.

V. 108. *Qui discrepat.*—*Quid*, según las más recientes ediciones.

V. 131. *Cum laqueo.*—La codicia, pasión desenfrenada, no se detiene ante el crimen, y por apresurar el goce de una herencia, ya estrangula á la esposa, ya atosiga á la madre, no como Orestes en el extravío de la razón, sino fría, cobarde y cautelosamente, para borrar los vestigios de la maldad.

V. 133. *Orestes.*—Orestes vengó á su padre Agamenón, dando la muerte á su madre Clitemnestra.

V. 139. *Piladem.*—Pílades, príncipe de los foceos é íntimo amigo de Orestes.

V. 140. *Electram.* — Hija de Agamenón y hermana cariñosísima de Orestes.

V. 142. *Pauper Opimius.* — El cuadro del avaro tacaño que se deja morir antes de pagar el gasto de la medicina, es originalísimo y rebosante de gracia y animación.

V. 143. *Veientanum.*—El vino de Veyes, en la Toscana, pasaba por ser de ínfima calidad.

V. 156. *Octussibus.* — Lambino substituye esta palabra con la de *octo assibus.*

V. 157. *Pereamve.*—En ediciones antiguas, *pereamque,* y en algunas modernas, *pereamne.*

V. 161. *Craterum.* — Médico famoso que asistió á Cicerón.

V. 166. *Barathrone.*—Otros, con menos acierto, leen *balatrone* ó *balatroni.*

V. 168. *Servius Oppidius.* — Sujeto también para nosotros desconocido, que representa la prudencia, el buen sentido y la solicitud paternal, que conociendo los caracteres opuestos de sus dos hijos, les amonesta, al uno para que conserve su hacienda sin afanarse por su aumento, y al otro prohibiéndole que la malbarate por conseguir distinciones que no le corresponden.

V. 181. *Intestabilis et sacer.*—*Intestabilis* por *invisus; sacer* por *execrabilis.*

V. 183. *Ut in circo.* — El circo donde se verificaban las carreras públicas de carros y caballos, ofrecía una disposición muy particular. Su plano era prolongado y terminaba por el uno de sus frentes en semicírculo, y por el opuesto estaba cerrado con el *oppidum* ó departamento de las cuadras y cocheras. La espina, muro bajo y largo, dividía la arena en dos partes desiguales,

á cuyos extremos se alzaban las metas, que el auriga debía evitar con destreza, pasando lo más cerca de ellas posible, para reducir la distancia y obtener el triunfo sobre sus competidores.

V. 185. *Quos fert Agrippa.*—Marco Vipsanio Agripa, condiscípulo de Augusto y uno de sus amigos más entrañables, á la vez que uno de sus generales más expertos y afortunados, como lo acreditaron sus éxitos en las guerras civiles que ocasionaron la muerte de la República. Casó primeramente con Pomponia, de quien tuvo á Vipsania, después esposa de Tiberio; y en segundas nupcias, con Julia, hija de Augusto, que le hizo padre de dos hijas y tres hijos.

V. 187. *Atrida.*—Agamenón.

V. 193. *Heros ab Achille secundus.*—Por su valor impetuoso, Ayax resplandece en *La Iliada* como el héroe principal después de Aquiles; pero vano, jactancioso y confiado en su varonil esfuerzo, ni siquiera impetraba el favor de los dioses en medio del combate, por creer esta piedad propia de ánimos flojos, remisos ó pusilánimes. Fué tal su desesperación cuando en la contienda sobre las armas de Aquiles se vió postergado al sagaz Ulises, que, transtornándosele el juicio, degolló un rebaño de carneros creyendo que daba la muerte á Ulises, Menelao y Agamenón.

V. 203. *Uxore et nato.*— Tecmesa y Eurisaces.

V. 206. *Prudens placavi sanguine divos.*—He aquí el error de la superstición : aplacar la cólera del Cielo con el sacrificio de víctimas inocentes, como si los dioses se recreasen con el olor de la sangre humana á modo de bestias feroces, ó fuesen capaces de alterar sus resoluciones por el dolor de un padre fanático que entrega al cuchillo del sacerdote la cerviz de su hija adorable y adorada.

V. 211. *Ayax... desipit.* — El argumento es irrefutable. Ayax, en tu dictamen, es un loco furioso porque en el desvarío de su resentimiento da la muerte á unos corderos, terminando por hundirse la espada en el pecho para arrancarse con la vida la desesperación que se la hace tan odiosa; y tú, que sacrificas por una loca ambición á tu hermosa y cándida hija, te crees razonable y sensato, y hasta pretendes disculpar tan horrenda hazaña con el nombre de sacrificio piadoso y grato á los Númenes.

V. 216. *Rufam aut pusillam.* — Es la lección de todos los manuscritos y ejemplares antiguos.

V. 220. *Ergo ubi prava.* — Cuando á la necedad se junta la malicia, nace la locura como fruto de esta unión desdichada.

V. 223. *Bellona, de bellum.* — Diosa de la guerra, que se gozaba en los espectáculos cruentos.

V. 226. *Mille talenta.* — El talento valía cerca de ocho mil reales.

V. 229. *Cum velabro.* — Mercado sito al pie del Aventino.

V. 234. *In nive Lucana.* — La Lucania criaba excelentes jabalíes en sus bosques.

V. 238. *Unde uxor.* — Aunque pródigo el tal Nomentano, sabía cobrarse parte del dinero que derrochaba, satisfaciendo sus apetitos poco escrupulosos á costa del honor de sus amigos.

V. 239. *Filius Aesopi.* — Claudio Esopo, hijo del actor del mismo nombre, se hizo célebre por sus gastos fastuosos y desatinados.

V. 243. *Progenies Arri.* — Padre é hijo son completamente desconocidos.

V. 246. *Notandi.* — En varios códices se lee *notasti.*

V. 254. *Mutatus Polemo.* — Polemón, joven ate-

niense, tronera y alocado, oyó un día discurrir á Jenócrates sobre la virtud de la templanza, y declarándose su celoso partidario, arrojó de sí las cintas y coronas que publicaban sus extravíos, y se entregó de lleno al estudio de la moral.

V. 259. *Catelle.* — Perrito, cachorro; se empleaba como voz de cariño.

V. 272. *Semina pomis.* — El arrojar, disparándolas con los dedos, las pepitas de las manzanas era supersticioso entretenimiento de los galanteadores, que creían, si tocaban aquéllas al techo, en la felicidad de sus pretensiones, ó en su desgracia cuando sucedía lo contrario.

V. 277. *Hellade percussa, Marius.* — Los dos personajes son desconocidos.

V. 287. *In gente Meneni.* — La locura se hizo habitual y hereditaria entre los individuos de la familia Menenia.

V. 299. *Discet pendentia tergo.* — Alusión á la fábula esópica de las alforjas cargadas con los vicios propios á las espaldas.

V. 302. *Ego nam videor.* — Expresión naturalísima, no ya en boca de Horacio, sino en la de cualquier hombre. Vemos los excesos y las locuras del prójimo; los compadecemos ó criticamos según la ocasión, y damos interiormente gracias al Cielo por habernos hecho más circunspectos y sensatos, sin parar mientes en nuestros defectos ó extravíos, acaso tan reprensibles como los que observamos en los otros.

V. 303. *Agave.* — Hija de Cadmo que, en un transporte de locura, despedazó á su hijo Penteo, llevando por todas partes en triunfo su cabeza ensangrentada.

V. 310. *Turbonis.* — Un gladiador de corta estatura, pero de gran brío y destreza.

V. 317. *Num tantum.* — Es lección de Cruquio, tan autorizada como de fácil inteligencia.

V. 323. *Non dico horrendam rabien.* — Por medio de una sagaz pretermisión, Damásipo dispara contra Horacio los tres cargos más duros é intolerables: su genio colérico; su trato fastuoso, que se daba de cachetes con la cortedad de sus rentas, y sus escándalos y amoríos con jóvenes de ambos sexos, que denunciaban la poca limpieza de su conducta.

V. 326. *O major taudem.* — Más eres tú, respuesta harto común en los labios de quien se ve recriminado y no encuentra argumento mejor que confesar la culpa y reconvenir por la misma y con creces al enemigo.

IV

La conferencia culinaria podría titularse esta chistosísima sátira, en que una sal ática fina y abundante sazona los estupendos guisos enumerados por Catio. Este gran epicúreo no es ya un glotón vulgar ó un anfitrión aparatoso, sino un verdadero y sapientísimo doctor en la ciencia de la Cocina, hondamente preocupado por su transcendental importancia, pues conoce á fondo todas sus reglas, que expone con la mayor precisión y claridad, y hasta puede pavonearse con el título de inventor de algunas salsas y platos especiales. Tan orgulloso se siente de la alteza de su misión, que corre apresurado á oir las experiencias de su maestro, y cuando se detiene un instante, preso por las lisonjeras preguntas del poeta, entra de rondón en materia, sin preámbulos enojosos, exponiendo con llaneza y sinceridad cuanto sabe acerca de salsas, guisos, volátiles, peces, vinos y postres, que acreditan la magnificencia y el buen orden de un festín. Reina en toda la obra tal

gracia y ligereza, tal ingenuidad mezclada con buena dosis de socarronería, que no podemos menos de confesar nuestro disentimiento de los juicios severos de algunos críticos harto descontentadizos. En ella nada de digresiones, nada de sofisterías, nada de pormenores prolijos y enfadosos. Catio habla como el hombre preocupado con los más arduos negocios que no tiene tiempo que perder, pero no le disgusta tampoco el iluminar á los ignorantes con la luz de sus conocimientos. Algunos de sus preceptos nos parecen hoy verdaderamente estrafalarios, y acaso lo sean; pero las modas actuales en la mesa y el vestido, ¿no tienen nada de ridículo ó censurable, ó por lo menos no lo parecerán así á las futuras generaciones? Pues estamos en el mismo caso.

V. 1. *Catius.*—M. Catio, de quien dan noticias Cicerón y Quintiliano.

V. 2. *Ponere signa.*—Es lo mismo que *consignare memoriae.*

V. 3. *Anyti reum.*—El acusado por Anito, Sócrates.

V. 10. *Simul et.*—Es la lección general de códices y ediciones, pero Manucio substituye el *et* con el *au.*

V. 12. *Longa quibus facies.*—El precepto es tan absurdo y risible, que no sabemos en qué pudo fundar Catio su descabellada doctrina de que los huevos oblongos eran más blancos y suculentos que los redondos. Nos parece el mejor partido atribuir esta preocupación á ciertos refinamientos, entonces muy en boga, de los que era el tal empecatado defensor.

V. 15. *Cuule suburbano.*—Hortalizas y frutas son más substanciosas cuando se crían en el secano que en campos de riego.

V. 19. *Mixto... Falerno.*—Este epíteto no pareció bien á algunos, y lo substituyeron por *musto* ó *mulso.*

V. 20. *Pratensibus.* — Verdad inconcusa y demostrada con dolorosas experiencias, que privaron de la vida á muchos infelices.

V. 24. *Aufidius.* — Marco Aufidio Lurco, personaje celebérrimo por el fausto de su mesa.

V. 27. *Si dura morabitur alvus.* — El maestro aquí, oficiando de médico, se detiene á considerar los estreñimientos y digestiones laboriosas, y nos da los remedios á su parecer más eficaces, y en realidad bien originales, para favorecer una pronta y saludable evacuación.

V. 29. *Non sine Coo.*—Una de las espóradas, frente á la costa de Caria, y en la antigüedad muy celebrada por sus vinos y estofas de seda.

V. 32. *Baiano... Lucrina.* — Muy cerca de Bayas, entre Puteoli y el promontorio Miseno, se espaciaba el lago Lucrino, criadero de ostras sabrosísimas.

V. 33. *Circeis... Miseno.*—La primera fué una antigua ciudad del Lacio, habitada por Circe, y el segundo el promontorio en la nota anterior citado, que tomó el nombre de uno de los compañeros de Eneas.

V. 34. *Tarentum.* — Tarento llegó á un alto grado de opulencia y bienestar, por lo que sus habitantes se entregaron al lujo y la disolución; de aquí el llamarla el poeta *molle Tarentum.*

V. 37. *Averrere mensa.* — Otros leen *avertere.*

V. 39. *In cubitum.*—Ocioso nos parece recordar que los romanos comían acostados en lechos, y apoyando el cuerpo sobre el brazo izquierdo.

V. 40. *Umber.*—La Umbría, región de la Italia Central, entre la Galia Cisalpina, el Adriático y el Tíber, estaba cubierta de bosques, donde se criaban magníficos jabalíes.

V. 42. *Nam Laureus malus est.* — Laurento, así

llamada por sus bosques de laureles, era ciudad del Lacio, próxima á la costa, entre Ostia y Ardea. Está fuera de duda que los animales engordados con bellota en el monte son de mejor carne que los nutridos en terrenos pantanosos con juncos y cañas.

V. 45. *Piscibus atque avibus.* — Conocer por el sabor la naturaleza de los pescados y las aves, no es cosa que esté al alcance de un paladar poco fino y delicado; y es natural que Catio se vanagloriase de tal mérito, como el avaro de sus riquezas y el veterano de sus hazañas.

V. 51. *Massica si coelo.* — El monte Másico, al noroeste de la Campania, producía, en su costado meridional, el excelente vino de su nombre, y al oriental, el celebrado Falerno.

V. 55. *Surrentina.* — Sorrento, en la Campania, sobre el promontorio de Minerva.

V. 59. *Nam lactuca.*—Debía ser antigua costumbre la de tomar una ensalada de lechugas los bebedores alicaídos, para renovar sus fuerzas; pero Catio, con todo el peso de su autoridad, la rechaza terminantemente, y recomienda el logro del mismo fin con otros bocados.

V. 66. *Byzantia orca.* — La orza de Bizancio, hoy Constantinopla.

V. 68. *Corycioque croco.*—La Coricia, montaña de Cilicia, en el Asia Menor, criaba el azafrán más fino y estimulante.

V. 69. *Pressa Venafranae.* — Las olivas de Venafro, ciudad sita al norte del Samnium, producían un aceite magnífico.

V. 70. *Picenis... Tiburtia.* — El Piceno, hoy marca de Ancona, y la ciudad de Tibur, á diez y seis millas del noroeste de Roma, en la margen izquierda del Anio.

V. 72. *Rectius Albanam.*—Conócense varias ciudades del mismo nombre: Alba Fucentia, Alba Longa y Alba Pompeia.

V. 84. *Et Tirias.*—El lujo había llegado hasta el punto de extender ricos tapices de Tiro sobre los lechos en que se recostaban los comensales.

V. 88. *Docte Cati, per amicitiam.*—La exclamación del satírico después de oir con tanta boca abierta el discurso de Catio, no puede ser otra que la de pedirle que le presente en seguida á aquel portento de sabiduria culinaria, que tanto fruto recoge de la aplicación de sus discípulos, convencidos de que sus máximas y enseñanzas son el más sólido fundamento de una vida feliz.

V

Tan incongruente y poco razonable encuentra Burgos la trama de esta sátira, que no acierta á explicarse el entusiasmo con que la celebran los críticos casi por unanimidad, y sale del paso diciéndonos que la mayoría de los hombres aprueban ó vituperan más por hábito que por convencimiento, especie que, si tratándose del vulgo no es del todo admisible, tratándose de humanistas de gran erudición y gusto delicado, casi resulta un ultraje inferido á la rectitud de sus juicios. Los elogios sin tasa á este interesante diálogo prodigados, se fundan en el placer delicioso que hacen experimentar al lector los consejos sutiles del adivino Tiresias, y ser nada menos que el gran Ulises el que los recibe, protestando tímidamente en nombre de la conciencia, y poco dispuesto á someterse á servicios tan bajos como los que se le imponen. El sagaz y aventurero rey de Itaca había celebrado ya, según Homero, una conferencia con el adivino Tiresias; y no deja de ser ingeniosísima, diga lo

que quiera el elegante traductor de Horacio, la idea de presentarle nuevamente en escena, consultando al adivino sobre los medios que podría emplear en la reconquista de su hacienda, disipada por los amantes de su mujer; que si para todos es antipática la pobreza, debe ser más insoportable para quien lleva en la frente la corona, aunque de una isla reducida, y en sus venas sangre generosa é ilustre, que le obliga á la liberalidad y munificencia.

V. 1. *Praeter narrata.* — Parece indicar el autor que Ulises prosigue la consulta que, según el testimonio de Homero, tuvo con el adivino Tiresias, exhortándole á que le revelase los medios adecuados para recobrar su hacienda perdida. Tiresias, personaje reverenciado con honores divinos por sus compatriotas los de Tebas, quedó ciego á los siete años, y en recompensa de su ceguera, los dioses le acordaron el don de predecir lo futuro. Llegó á una edad avanzada, y hasta después de su muerte conservó en los infiernos el don profético, que le permitía leer en el libro del porvenir con tal seguridad, que sus respuestas pasaban como verdaderos oráculos.

V. 4. *Ithacam.* — Una de las jónicas, en el golfo de Patras.

V. 9. *Quando pauperiem.* — El *quando* equivale á *quiu.*

V. 11. *Sive alium privum.*—El poeta opone la palabra *privus,* lo particular y privado, á *communis,* lo que es de todos, como los tordos y las perdices, en oposición á las aves domésticas de dueño conocido, y por consiguiente, del dominio particular.

V. 14. *Ante Larem.*—Á los Lares se ofrecían las primicias de los frutos.

V. 18. *Utne tegam spurco Damae latus.* — *Tegere*

latus significa acompañar á alguien con respeto, haciéndole honores y zalemas. Ulises no se resigna al rebajamiento de escoltar y adular á un esclavo opulento como Dama, porque en la guerra de Troya había rivalizado por su valor y sagacidad con los más memorables caudillos; pero ante la amenaza del adivino de no sacarle jamás de la pobreza, acaba por rendir su ánimo esforzado, sufriendo esta dura prueba sobre las muchas que ya llevaba sufridas en el mundo.

V. 32. *Praenomine.*—El prenombre era testimonio de alcurnia esclarecida, y por eso las personas de baja estofa enriquecidas con los negocios gustaban de oirlo en los labios de sus aduladores.

V. 38. *Fi cognitor.*—Otros leen *sis*, quedando igual el sentido.

V. 40. *Infantes statuas.* — *Infans* de *fari* es el que no habla, y que las estatuas son mudas por su propia naturaleza es una observación tan simple, que sólo podía ocurrírsele al barrigudo Furio Bibáculo, que en el verso siguiente nos describe el invierno escupiendo blanca nieve sobre las cimas de los Alpes, dondé el verbo escupir resulta bajo é innoble, y el epíteto *de blanca* aplicado á la nieve, tan ocioso como el de infantes que da á las estatuas.

V. 53. *Limis rapias.* — Por *limis oculis rapias.*

V. 53 y 54. *Quid prima secundo cera velit versu.*— *Prima cera,* la primera tablilla. *Secundo versu,* la segunda línea.

V. 57. *Nasica Corano.* — Sujetos desconocidos.

V. 64. *Nubet.*—Observa Burgos que el verbo *nubere* no siempre significaba el matrimonio legítimo, pues á veces se extendía á las relaciones ilícitas entre personas de ambos sexos.

V. 76. *Penelopem.* — El consejo será tan infame

como dice Burgos, pero es tan natural y tan ladino y revela tal intuición de las flaquezas humanas, que él solo sería bastante para acreditar lo bien que conocía Horacio á los captadores de herencias de su tiempo. En efecto, no hay adulación más peligrosa que la de aplaudir los extravagantes caprichos del protector y ayudarle á que los realice á medida de sus deseos, aunque el adulador tenga que sacrificarle la fidelidad de su esposa y la honra de su casa, pues cuanto mayor sea el sacrificio, más quilates muestra su amistad y mayor ha de ser la recompensa de tan generosa abnegación. Por otra parte, ya lo hemos dicho, no es aquí Tiresias el que habla á Ulises, sino Horacio con los lectores de todos los tiempos y naciones, poniendo de relieve las indignidades á que se sometían los astutos pescadores de herencias, que no vacilaban en entregar sus propias mujeres cuando creían éste el camino más corto para el logro de sus aspiraciones.

V. 79. *Venit enim magnum.*—Á la respuesta de Ulises, que pone por las nubes la honestidad de Penélope, contesta con el mayor desenfado Tiresias, atribuyendo su virtud á la tacañería de sus amantes, y con tal motivo se revuelve contra las mujeres de sus días, siempre dispuestas á dejarse caer en los brazos de un viejo que pagase pródigamente sus favores, y afirma que Penélope hubiese hecho lo mismo en idénticas circunstancias; mas téngase presente que el poeta escribe una sátira y que, burla burlando, se entiende con la sociedad contemporánea y no con personajes sobre cuya conducta los siglos habían pronunciado ya su fallo inapelable.

V. 83. *Ut canis a corio.*—Comparación bellísima y exacta como pocas.

V. 84. *Anus improba.*— El cuento es gracioso, y la

ocurrencia de la vieja, capaz de hacer reir á las piedras.

V. 104. *Gaudia prodentem vultum celare.*— Bartio encontró en un antiguo códice *prudentium,* en cuyo caso la traducción sería la que damos en el texto.

V. 109. *Nummo te addicere.*—En las compraventas se daba por el comprador una moneda en señal de que el contrato quedaba ultimado.

VI

Si no como sátira, tiene gran valor como documento histórico que atestigua de manera elocuentísima la pasión del autor por la vida campestre y el gozo con que escapaba á la granja que le regalara Mecenas, cual escolar en vacaciones, siempre que le era dado abandonar á Roma y trocar su concurrencia tumultuosa por la calma pacífica y sosegada de su finca, único lugar donde se sentía verdadero dueño de sí mismo. También nos revela el concepto que el vulgo tenía de su favor con Mecenas, y cierto que no se hubiera dejado atropellar tan fácilmente por su impaciencia si no se tratase del protegido de los dioses, que tantas mercedes podía dispensar á los desvalidos y menesterosos; protección que éste reduce á más estrechos límites, y que nosotros pondremos en aquel punto que dista por igual de las exageraciones populares y de sus mismas palabras, en las que se descubre el empeño de achicarse, á fin de que le alaben por su modestia. La enumeración de las impertinencias con que le asediaban sus relaciones, constituye la parte más festiva de la pieza, y la fábula del ratón del campo y el ratón de la ciudad con que la termina, traducida á todas las literaturas, viene como anillo al dedo para reforzar la persuasión de que la vida sobria y modesta del campo es la única conveniente al

que la desea gozar libre de riesgos, zozobras, enemistades y desengaños.

V. 4. *Di melius fecere.* — Los dioses me han dado más de lo que solicitaba, por lo cual vivo contentísimo con mi suerte. Tal es el pensamiento de Horacio, y ¡cuán pocos son los que no estiman sus merecimientos superiores á la fortuna que por ellos el Cielo les concede!

V. 5. *Maia nate.*—Mercurio, hijo de Maya, el dios que distribuía las riquezas.

V. 9. *Qui nunc denormat.*—Verbo muy expresivo, pues aquel rinconcito de tierra ambicionado, no lo es tanto para aumentar su hacienda como para regularizar los límites de su campo.

V. 13. *Hercule.*—También Hércules intervenía en la distribución de los tesoros, como asociado con Mercurio.

V. 14 y 15. *Praeter ingenium.*—Horacio pide á los dioses que engorden sus ganados, que engorden (crezcan) sus haberes y todo lo suyo menos el ingenio, que cuando merecía el título de *pingne,* era sinónimo de ramplón, torpe y menguado.

V. 16. *In arcem.*— El llamar á la casa de su quinta *arcem,* ciudadela, claramente denota que se había edificado sobre el valle, y este dato viene á robustecer las últimas investigaciones sobre el punto en que estaba situada.

V. 17. *Musâque pedestri.*—El lenguaje de la sátira difería menos del de la prosa que del de la poesía lírica.

V. 18. *Nec plumbeus Auster.*—Al viento de Mediodía, considerado como muy pernicioso para la salud de los ciudadanos, le da el calificativo de *plumbeus,* que es lo mismo que *gravis, infestus.*

V. 19. *Libitinae quaestus.* — Ganancia de la cruel Libitina. En el templo de esta diosa, consagrado á la

muerte, no sólo se custodiaban los aparejos fúnebres, sino que se asentaban los nombres de los que fallecían mediante los consabidos derechos, así que sus emolumentos crecían de modo extraordinario cuando las fiebres ú otras dolencias se recrudecían y generalizaban.

V. 20. *Matutine pater.* — Á Jano se le invocaba como padre de la mañana, porque presidía el tiempo, que comenzaba á contarse desde la hora del amanecer.

V. 26. *Interiore diem gyro trahit.*—Metáfora tomada de las carreras del circo. El que corría más próximo á la meta abreviaba el giro llamado interior, lo mismo que *brevior*, ó de más corta duración.

V. 29. *Quid tibi vis.* — Es la lección de Torrencio, autorizada por tres manuscritos, conforme con el recto sentido y la exacta medida del verso.

V. 35. *Ad puteal.* — En el foro romano había un pozo llamado *puteal Libonis*, porque lo abrió Escribonio Libón, y junto á él estaban los despachos de los negociantes, y el tribunal del pretor que entendía en los asuntos mercantiles.

V. 38. *Imprimat his.* — Augusto había confiado su sello imperial á Mecenas y Agripa.

V. 44. *Trex est Gallina.* — No conocemos á estos famosos gladiadores, dignos de que todo un Mecenas se ocupase de sus méritos respectivos.

V. 46. *Rimosâ... in aure.*—En oídos poco discretos, *Rimosa* significa llena de agujeros y rendijas, por donde se escurre lo que en ella se deposita.

V. 47 y 48. *Subjectior... invidiae.* — La aureola de poeta inmortal que Horacio ostentaba, le atrajo no pocos envidiosos. Milagro que no le clavaran el diente, como lo tienen por costumbre con los más esclarecidos varones.

V. 49. *Luserat in campo.* — Acaso á la pelota, por ser una de las diversiones favoritas de Mecenas.

V. 50. *A Rostris.*—Alrededor de la columna rostral, en medio del foro, hormigueaba á todas horas una caterva de ociosos, entretenidos en averiguar y propalar noticias. La columna rostral, erigida en honor de C. Duilio, aparecía ornamentada á lo largo de su fuste con imitaciones de las proas de los barcos vencidos en la victoria naval que los romanos obtuvieron sobre los cartagineses el año 261 antes de Jesucristo.

V. 53. *De Dacis.*—Por el tiempo á que se refiere el poeta, los dacios andaban en tratos con Antonio.

V. 55. *Triquetra.* — Ó Trinacria, por su figura triangular, hoy Sicilia. Una de las preocupaciones más justificadas de los terratenientes, después de la batalla de Filipos, era la de indagar si los campos prometidos á los legionarios serían los de Italia ó de Sicilia.

V. 63. *Faba Pythagorae cognata.* — Parientes de Pitágoras llama á las habas, pues este filósofo, con su doctrina de la transmigración, convertía los seres animados en consanguíneos del hombre, y como entre éstos y las habas encontraba ciertas analogías, de aquí que prohibiera á sus discípulos comerlas, dando lugar á la picante ironía de Horacio.

V. 65. *Meique.* — Según unos, sus esclavos; según otros, con mejor acuerdo, los compañeros de sus cenas frugales; pues no parece verosímil que aquéllos comiesen con su señor ni que se permitiesen una libertad que sólo se concede á los amigos de la mayor intimidad.

V. 67. *Libatis dapibus.* — El sobrante de los platos servidos al dueño, que constituía la ración de los criados.

V. 71. *Sermo oritur.*—Nobilísimo empleo de la lengua el de discutir tras una cena sana y frugal la natu-

raleza de la dicha, el sentimiento que forja las amistades verdaderas, y en qué consiste el sumo bien por todos apetecido. Estas y otras semejantes cuestiones son las que deberíamos plantear de sobremesa, y no ocuparnos de los chismes de vecindad ó las anécdotas picarescas, que constituyen el tema obligado de la charlatanería que viene en ayuda de la digestión.

V. 78. *Arelli.* — Debía ser algún vecino y narrador chistoso de consejas y farsas para divertir á los comensales.

V. 80. *Rusticus urbanum.* — Fábula de Esopo traducida á todas las literaturas modernas.

V. 83. *Neque ille.*—Es la lección general, que Lambiano substituye por la de *illi.*

V. 87. *Vincere tangentis.*—Verso que expresa vigorosamente el desdén del ratón urbano por los manjares que con tan buena voluntad le ofrece su compañero.

V. 97. *Hacc ubi dicta.* — La magnificencia de los ocho versos siguientes, no indignos de la epopeya, contrasta de modo admirable con lo cómico del relato.

V. 109. *Praelambens omne.*—Es vicio muy corriente en los siervos y criados el de probar los manjares que sirven á sus amos, ó por no ser menos que ellos, ó por ver si están en su punto y sazón.

V. 114 y 115. *Molossis... canibus.* — La Molosia, comarca del Epiro, que se extendía primitivamente hasta el golfo de Ambracia y acabó después por abrazar toda la región. Los perros molosos cobraron fama por su fuerza y valor.

VII

Cansado el poeta de zaherir á los demás, la emprende consigo mismo y no vacila en presentarse ante sus

contemporáneos cargado con las inconsecuencias, faltas, ligerezas y bellaquerías dignas de reprensión, que reconoce en su conducta, y que su siervo Davo le echa en cara, usando y abusando de la libertad concedida en las saturnales; y es que al reirse de las humanas flaquezas, obedecía como á impulso irresistible y fatal que le dictaba versos festivos y retozones, de los cuales no sale su fama mejor librada que la de los individuos de todas las castas á quienes hizo blanco de sus invectivas. Ya en el diálogo sostenido con Damásipo éste le acusa de no andar muy bien de la cabeza; aquí su mismo esclavo le echa en cara con atroz franqueza el desarreglo de su conducta, la versatilidad de su humor, que suspira en Roma por su granja, y en ésta por la gran ciudad, su inclinación á coger los frutos del cercado ajeno, enamorando á casadas que le ponen en trances harto peligrosos, su pasión por las antigüedades y los cuadros, la poca firmeza de sus convicciones, sus excesos en los banquetes, que le estropean el estómago, y los temores infundados que atormentan sus ocios, de los que no acierta á librarse más que en los brazos del sueño, ó ahogándolos con sendas copas de vino; y quien tan poco indulgente se mostraba en causa propia, tenía derecho incuestionable á burlarse de las ridiculeces y locuras de sus compatriotas con el mismo humor maleante, ya que dejaba penetrar en su casa la justicia, que tan benévolamente administraba contra los demás.

V. 1. *Jamdudum ausculto.* — Cree Bentlei que el *ausculto* se refiere á la sátira anterior, con la cual en muchos manuscritos va ésta unida, en cuyo caso el sentido sería poco más ó menos el siguiente: «He oído con atención tu panegírico de la vida campestre, pero fío poco de tus palabras, porque noto la inconstancia

de tu proceder y que no permaneces firme ni una hora en la resolución por tu libre albedrío adoptada.»

V. 2 y 3. *Amicum... domino.* — Grande cabida debía tener Davo con su señor, cuando se llama su amigo; acaso fuera por su buen comportamiento y su fidelidad, lo que hoy llamamos un criado de confianza, de esos que llegan á constituir como parte de la familia.

V. 4. *Ut vitale.*—Era común el temor de los padres que tenían algún niño de sobresaliente precocidad de que llegara á malograrse, y por esto Davo, alabándose de su honradez, dice con sorna que no es tanta que por ella tema su malogro.

V. 4. *Libertate decembri.* — Durante las fiestas saturnales quedaba en suspenso la autoridad de los amos sobre sus siervos, y éstos gozaban de tal libertad en obras y palabras, que podían decir impunemente cuanto se les viniese á la boca.

V. 9. *Laeva Priscus inani.* — Los anillos se llevaban en la mano izquierda, y este Prisco, prototipo de la desigualdad, unas veces llevaba en ella tres por ostentación, y otras ninguno.

V. 14. *Vertumnis.* — *Vertamnus* ó *Vertummus* pasaba por divinidad etrusca, aunque su nombre parece venir del verbo latino *verto.* Vertumno era el dios de los cambios y mudanzas de todas las cosas, y especialmente el que presidía las evoluciones del desarrollo de las plantas. Cuando se enamoró de Pomona, tomó mil formas distintas para alcanzar sus favores, y llegó por fin á conquistarlos apareciendo ante sus ojos en la figura de un joven hermoso, gallardo y arrogante. La fiesta en honor suyo, llamada Vertumnalia, se celebraba el 23 de agosto, y jardineros y hortelanos le ofrecían guirnaldas de flores, junto con las primicias de sus frutos.

V. 15. *Volanerius.*—Este truhán nos es desconocido.

V. 15. *Justa chiragra.* — La gota que mereció en justicia por sus desórdenes.

V. 17. *In phimum.* — *Phimus,* palabra tomada del griego, vale lo mismo que *fritillus,* el cubilete de los dados.

V. 19. *Ac prior ille.* — Otros leen *illo,* haciendo al pronombre complemento del comparativo.

V. 33. *Sub lumina prima.* — Al anochecer, porque los hombres muy ocupados en su negocios solían retrasar la hora de la comida.

V. 35. *Fugisque.* — Otros, con menos propiedad, escriben *furisque.*

V. 36. *Milvius et scurrae.* — Parásitos de la mesa horaciana que al saber que no cenaba en casa, se van refunfuñando entre dientes cosas que importaba no las oyese el interesado.

V. 43. *Quingentis drachmis.* — Como ciento cincuenta escudos de nuestra moneda.

V. 46. *Conjux aliena.* — No era ésta la más fundada acusación que podía dirigirse al poeta, poco amigo de aventuras que trajeran consigo ciertos compromisos; mas sin duda debió sostener relaciones ilícitas con alguna matrona conocida de Davo, cuando éste con tal desfachatez y osadía le reprocha su adulterio.

V. 47. *Acris ubi me.* — Estos versos adolecen de una libertad muy frecuente en los escritores latinos, y por respeto á nuestras costumbres pulcras y decorosas, entendemos que no deben traducirse al pie de la letra.

V. 54. *Ex judice Dama.* — Es decir, de caballero te conviertes en un vil esclavo.

V. 59. *Auctoratus.* — El que se obligaba por un contrato cualquiera.

V. 61. *Contractum genibus.* — Magnífico rasgo que nos pinta á la maravilla el encogimiento de alma y de

cuerpo del adúltero, sorprendido *in fraganti,* que tiene que esconderse en un arca para escapar al justo resentimiento de un esposo ofendido.

V. 66. *Ibis sub furcam.* — Castigo que se aplicaba á los esclavos.

V. 72. *Non sum moechus.* — Horacio protesta de la acusación de libertino, pero Davo, que por lo visto le conocía muy bien, le responde que efectivamente sabe contener á veces sus apetitos ardientes, por miedo al peligro y no por respeto á las leyes de la moral y la decencia.

V. 76. *Vindicta.* — La vara con que el pretor tocaba la cabeza del esclavo que obtenía su libertad.

V. 79. *Vicarius est.* — Así se llamaba el esclavo que dependía de otro, y como el autor servía á tantos dueños cuantas eran sus malas pasiones, de aquí que Davo le afrente con nombre de tan baja condición.

V. 82. *Mobile lignum.* — Los teatrillos de muñecos movidos por alambres se remontan á muy respetable antigüedad, pues ya Platón los menciona como una de las diversiones favoritas del vulgo.

V. 83. *Sapiens; sibi.* — Este es el hombre verdaderamente libre, el que no dobla su cuello al yugo de la pasión y con varonil fortaleza soporta la miseria, el dolor, las cadenas y hasta el suplicio; el que desprecia los falsos honores que la turbamulta con ansiedad apetece, y se ríe de las contingencias de la fortuna capaces de trastornar todo menos la paz de su ánimo sereno y esforzado.

V. 86. *Teres utque rotundus.* — Como un cuerpo terso y redondo, la bola de billar, por ejemplo, se desliza por una superficie plana sin que halle resistencia su movimiento, así el alma, exenta de ambiciones, temores y deseos desordenados, camina derecha á su

último fin sin que nada detenga su marcha segura y majestuosa.

V. 89. *Quinque talenta.* — Cerca de cuatro mil escudos.

V. 95. *Pausiaca.* — Pausio, natural de Sicione y contemporáneo de Apeles, sobresalió en la pintura de cuadros de flores.

V. 96 y 97. *Fulvi Rutulaeque aut Placideiani.* — Nombres de hábiles gladiadores.

V. 98. *Rubricâ picta.* — Las luchas de gladiadores se anunciaban en carteles como los de nuestras corridas de toros, y por lo general estaban pésimamente pintarrajeados.

V. 117. *Aut insanit aut versus facit.* — Es casi unánime la creencia de que los poetas tienen sus puntas y asomos de locos, porque la exaltación de la fantasía los arrastra á exageraciones y apasionamientos en que no suelen incurrir los entes vulgares.

V. 118. *Accedes.* — La condición de los esclavos del campo era bastante más dura que la de aquellos que servían en los menesteres domésticos, así que esta amenaza impuso pronto silencio á la insolente desvergüenza con que Davo saca á relucir, una por una, todas las faltas y excentricidades de su dueño.

VIII

La situación más comprometida en que puede colocarse un avaro, es la de tener que alardear de pródigo y derrochador con personas que, por su alcurnia y grandeza, no suelen recibir con asombro ni admiración convites, á los que están acostumbrados, ni aquilatar por lo mismo los esfuerzos realizados por el anfitrión para que se levanten de su mesa satisfechos y complacidos, y con-

serven grato é imperecedero recuerdo de sus agasajos. Las observaciones de Nasidiemo sobre las viandas y los vinos, coreadas por las pullas de los convidados, el incidente que interrumpe de golpe el juego de las mandíbulas, substituído por la garrulería de la lengua, que se desborda en lamentaciones irónicas, y el desenlace tan inesperado como original que pone término al conflicto angustioso del anfitrión, son rasgos felicísimos que regocijan sobremanera, por ver al fin amostazado y corrido al tacaño, que, saliéndose de sus casillas, se atreve á pretender imposibles, emulando fastuosidades tan contrarias á su naturaleza y sus costumbres.

V. 1. *Nasidieno.* — Sujeto desconocido.

V. 3. *De medio polare die.* — Comenzar la cena á mediodía, contra la costumbre de hacerlo tres horas más tarde, demostraba la asistencia á un banquete cuyas profusiones se habían de prolongar por tiempo indefinido.

V. 4. *Dic.* — Aldo Manucio corrige el *dic* de los manuscritos por *da,* siguiéndole no pocos editores.

V. 9. *Coa.*— Isla del archipiélago y patria del gran Hipócrates.

V. 15. *Chium maris expers.* — No faltan comentadores que interpretan la frase en el sentido de que Nasidieno daba á Mecenas gato por liebre, vendiéndole por vino de Quíos otro cualquiera que no hubiese pasado el mar. Lo verosímil es que el satírico se burla de Nasidieno y los vinos de su mesa, haciendo notar que el de Quíos que les servía ni siquiera había sido mezclado con la cantidad de agua del mar necesaria para quitarle su nativa aspereza.

V. 18. *Divitias miseras.* — La mayor parte de los comentadores ponen este apóstrofe en boca de Horacio, pero Burgos se inclina á creer que lo profiere Nasidieno.

V. 22. *Vibidius.*—No sabemos quiénes fuesen Vibidio ni Balatrón, satélites de Mecenas, que le seguían como su sombra. De Porcio Nomentano, Fundanio, Visco y Vario, sí que tenemos alguna noticia.

V. 29. *Cum passeris assi.* — Lección de Lambino, preferible á la de *atque,* tan general como poco satisfactoria.

V. 38. *Exurdant vina palatum.*—El vino ensordece el paladar. Figura que traslada del oído al gusto la significación del verbo.

V. 50. *Quod Methymneam vitio mutaverit ubam.* — El mismo Dacier reconoce lo violento é inusitado del modo de expresar pensamiento tan sencillo. Metimno, ciudad de la isla de Lesbos, se vanagloriaba con sus ricos viñedos.

V. 52. *Curtillus.* — Tampoco tenemos noticias de este famoso inventor culinario.

V. 54. *Interea suspensa.*—El incidente es cómico y divertido, y sorprende la gravedad altisonante de la forma casi épica con lo ridículo del suceso, que da motivo á los discursos que siguen, llenos de cáustica ironía.

V. 73. *Uti ducis ingenium.* — Si la comparación resulta burlesca y disparatada de puro hirperbólica, ¿qué diremos de la sandez del anfitrión, que la toma por lo serio, y aun da las gracias al que se le burla con tan insolente descaro?

NOTAS

Á LAS EPÍSTOLAS MORALES

I

V. 1. *Prima dicte.*—Magnífico prólogo de las demás epístolas es esta primera, consagrada á Mecenas, suplicándole no le importune con sus exigencias reiteradas de que vuelva á pulsar la lira como en los años juveniles; pues la edad, los desencantos que trae consigo la amarga experiencia del mundo y los achaques propios del que paso á paso se acerca al término de su carrera, le persuaden á que emplee el resto de sus días en asuntos dignos de su pluma, en instruir y moralizar á sus contemporáneos, para que conquisten la reputación de justos, honrados y prudentes, huyendo de los fantasmas que los seducen con apariencias engañosas, y los entregan en brazos del hastío, ó los sepultan en la sima de la desesperación.

V. 1. *Summa dicende Camena.*—No podía el insigne vate acreditar mejor su adhesión inquebrantable al gran político, que haciendo sonar su nombre en la primera de sus odas y en la última de sus composiciones didácticas, pues se supone que Horacio escribió esta epístola como prefacio y resumen de las siguientes.

V. 2. *Donatum jam rude.* — Á los gladiadores que,

por favor del público ó por sus largos servicios, lograban su jubilación, dábaseles un florete de palo, llamado *rudis*, como en señal de que habían cumplido con valor y destreza los deberes anejos á su peligrosa y sanguinaria faena.

V. 4. *Veianius.*—Tan hábil gladiador fué este Veyanio, que el pueblo, siempre exigente, le obligó, después de jubilado, á ejercitar su maestría en múltiples ocasiones, y, en su consecuencia, tuvo que suplicar varias veces la gracia del retiró.

V. 5. *Herculis ad postem.* — Por los combates que sostuvo y acabó con tanta felicidad como intrepidez, Hércules era el protector de los gladiadores, y éstos, al retirarse, colgaban en su templo las armas de que se habían servido en sus luchas con los hombres y las fieras.

V. 6. *Extrema... arena.*— El gladiador se llegaba á la extremidad del eje mayor del óvalo de la arena, enfrente del podio, para solicitar la gracia de su retiro, que el pueblo le concedía ó no, según las circunstancias ó la fama de sus hechos.

V. 7. *Purgatam... aurem.*—El oído purgado, limpio, esto es, el ánimo libre y dispuesto á caminar por la senda de la rectitud.

V. 8. *Solve senescentem.* — Quita el freno al caballo ya viejo, ó no te empeñes en hacerle trabajar como en sus primeros años; porque la edad le ha arrebatado paulatina é insensiblemente la gallardía y ligereza de que antes hacía briosa ostentación; conténtate con sus pasados servicios, y no le exijas los que ya se niega á prestar, obedeciendo, más que al freno, á la ley eterna de la naturaleza, que somete á los seres vivientes á la flojedad, el cansancio y la impotencia antes de que la muerte venga á segar sus vidas inútiles y cansadas.

V. 13. *Quo lare.* — Qué escuela ó sistema.

V. 15. *Deferor hospes.* — Verso notabilísimo por el pensamiento y la expresión, que realza una rotundidad maravillosa, y puede aplicarse con exactitud casi matemática á esos caracteres movedizos y livianos sobre los cuales ejercen los hechos y las circunstancias del momento un imperio absoluto, por lo mismo que no brillan en el fondo de sus ánimos, como teas luminosas, los principios de la sabiduría y la prudencia á que el hombre experimentado amolda su conducta; pero no cuadra tan bien al poeta que, en esta última época de su labor literaria, sabía perfectamente por dónde caminaba y el fin á que se dirigía con paso firme y resuelto, si bien merece nuestro crédito cuando afirma no estar supeditado al influjo de ninguna secta ni á la autoridad de ningún maestro, pues ya se inclina á la severidad del Pórtico, ya se deja caer en brazos de la filosofía de Arístipo, porque en todos los sistemas veía exageraciones y exclusivismos inaceptables.

V. 18. *In Aristippi.*—Arístipo, discípulo de Sócrates y fundador de la escuela Cirenaica, floreció por los años 370 antes de Jesucristo. Fastuoso en su porte y amigo de los placeres, pasó sus mejores días en la corte de Dionisio, tirano de Siracusa.

V. 18. *Furtim relabor.* — La dulzura de la voz y la precisión del sentido se hermanan cariñosamente en esta bellísima frase, que, como tantas otras, es imposible trasladar á ninguna lengua sin privarla de su natural encanto.

V. 19. *Et mihi res.*—Reflexión que patentiza el colosal esfuerzo del hombre de genio y su superioridad sobre los demás nacidos, que se mueven casi siempre al tenor de las circunstancias, y en ocasiones hasta son por ellas arrastrados; pero una voluntad firme é ilumi-

nada por claro entendimiento las desafía y con frecuencia las vence, haciéndolas servir á sus declarados propósitos en vez de acatarlas como esclavo débil y sumiso; y así sucedía al autor, que de sus devaneos sacó la miel de sus odas amorosas, de sus enojos y aborrecimientos el rigor de sus invectivas, y de sus crueles desengaños meditaciones filosóficas que ennoblecen y purifican, logrando que lo sublime y lo ridículo, lo favorable y lo adverso, el placer como el dolor, sirvieran á su perfeccionamiento, porque de todo sabía sacar útiles y provechosas enseñanzas.

V. 20. *Ut nox longa.* — Las tres comparaciones, la primera picante y maligna, y la segunda y tercera graves de tono, pintan admirablemente la impaciencia de Horacio por dedicarse á escribir sobre temas que sirvan á la enmienda de sus contemporáneos.

V. 28. *Lynceus.*—Hijo de Afareo y Arene y uno de los Argonautas á quien dió muerte Pólux, se hizo célebre por el alcance asombroso de su vista.

V. 30. *Gliconis.* — No sabemos si este Glicón es el filósofo del mismo nombre á quien se atribuía una fuerza prodigiosa, ó Glicón el escultor, que vivió en tiempo de Augusto y trabajó varias estatuas, de las cuales se ha conservado el famoso Hércules Farnesio, exhumado de las ruinas del templo de Caracalla.

V. 32. *Est quadam.*—Verso que los siglos han transformado en proverbio y resumen de la filosofía horaciana, que, partiendo de la diversidad de energías, medios y aptitudes, no osa exigir á todos la perfección en el mismo grado, contentándose con la aproximación á ella para que no se rindan sin aliento los que no puedan arribar á la cumbre.

V. 37. *Ter pure.* — Al número tres se le suponían virtudes misteriosas, y de aquí el repetirse tres veces

ciertas ceremonias religiosas, á fin de que surtiesen el efecto apetecido.

V. 39. *Nemo adeo.*—Nadie negará verdad tan evidente. La cultura del entendimiento ha ido dulcificando poco á poco las ásperas y salvajes costumbres de los primeros terrícolas, y si ahondásemos en la extraviada conciencia de los criminales, encontraríamos casi siempre la perversidad unida á la más supina ignorancia; el que se presta á oir los consejos de la experiencia, difícilmente se deja llevar de irreflexivos arrebatos que le induzcan al crimen y le acarreen su perdición. El primer paso de la virtud consiste en aborrecer el vicio; quien acierta á desentenderse de sus halagos, es ya dueño de sí mismo y de sus pasiones; y el que señorea sus pasiones, camina con pie seguro por la senda que le marca el deber.

V. 47. *Ne cures ea.*— No esforzarse por arrancar del corazón las funestas raíces de la codicia, cuyos tumultuosos afanes nos incitan á correr los peligros de mares desconocidos, es ir derechos á la ruina, en busca de una felicidad ilusoria que entrevemos con los ojos y nunca llegamos á tocar con las manos.

V. 50. *Olympia.* — No era Olimpia, según creen muchos, una ciudad de la Élida, sino una reducida y hermosa llanura regada por el Alfeo, donde se extendía el bosque Altis, consagrado á Júpiter, y en cuyo fondo se levantaban templos, imágenes y fuentes en honor suyo. Allí brillaba su estatua colosal labrada por Fidias, y allí era donde cada cuatro años tenían lugar los juegos olímpicos, no menos célebres que los verificados en Delfos y que sirvieron de base á la cronología helénica después del triunfo de Coreba el año 776 antes de Jesucristo.

V. 54. *Virtus post nummos.*— Hasta los mismos

avaros, que niegan el sitio de preferencia á la virtud, no vacilan en concederle el segundo para que acompañe y honre á la riqueza.

V. 58. *Sed quadringentis.* — Cruquio y Bentlei restablecieron esta lección sobre la autoridad de algunos manuscritos, substituyéndola á la confusa y embrollada de las ediciones que anteponían este verso al *est animus,* haciendo poco menos que ininteligible el sentido.

V. 58. *Sex septem.* — Por *sex vel septem.*

V. 59. *At pueri.* — En el juego de pelota llamado Urania, el chico que cogía más veces la pelota en el aire ése era el rey, y el que no la cogía, el asno.

V. 62. *Roscia.*—El tribuno L. Roscio Otón promulgó la ley que determinaba la renta de los caballeros, los sitios preferentes que habían de ocupar en los espectáculos y los requisitos de linaje que debían concurrir en los que aspirasen á pertenecer á clase tan distinguida y honorífica.

V. 64. *Curiis et... Camillis.*—Los Curios y Camilos. La abnegación, el desinterés, la sobriedad, el valor y la fortuna hicieron de Curio (M. Dentato) uno de los héroes más idolatrados del pueblo. Bien merecía tanto amor y respeto el caudillo que reclamaba su parte de botín en las victorias sobre los samnitas y las huestes de Pirro para renunciarla luego en favor de sus soldados; el que al rechazar con imponente altivez las dádivas de los enemigos sojuzgados, les hacía saber que encontraba más honroso mandar sobre los dueños del oro que poseerlo él mismo á montones; el magistrado que alzó soberbios monumentos públicos, mientras él habitaba una casucha que no hubiera envidiado ni un ínfimo labriego; el que vivió, peleó y trabajó siempre por la gloria de la República y siempre olvidado de su provecho particular, siendo perfecto dechado del ciudadano

y gobernante que sólo se desvive con afán por el honor y la grandeza de la patria. En cuanto á M. Furio Camilo, la historia nos le presenta como uno de los más expertos capitanes. Venció á los faliscos y á los de Fidenas; expugnó á Veyes, y cuando los galos se apoderaron de Roma, fué llamado del destierro á que se había reducido por su voluntad y nombrado nuevamente dictador, y nuevamente se coronó con los laureles bélicos, dispersando á los enemigos en la primer batalla y aniquilándolos del todo en posteriores encuentros.

V. 66. *Quoqumque modo.*—Tal es el axioma de la codicia: dineros son calidad; esforcémonos por ser ricos, si es posible, sin mancharnos las manos ni tiznar la conciencia; pero si no lo es, desechemos tímidos escrúpulos; hagámonos ricos de cualquier modo, que el brillo de la riqueza sabrá disipar las sombras de los fraudes y crímenes con que la hayamos acaparado y ceñirá nuestras cabezas con guirnaldas más bellas que las que puede tejer la virtud menesterosa, avergonzada de sus andrajos y abatida por sus privaciones.

V. 67. *Lacrimosa poemata Pupi.* — Por el epíteto de lagrimosas que da á las tragedias de Pupio se deduce claramente que debían ser de las que llamamos lloronas ó sentimentales.

V. 70. *Si... populus romanus.*—Horacio, que paseaba por las mismas plazas y pórticos y vestía las mismas ropas, declara no ser del mismo dictamen que sus contemporáneos en orden á la adquisición de riquezas, porque sabe que no han de proporcionarle la felicidad deseada, como sabía, ó por lo menos sospechaba, la zorra de la fábula que los animalejos que visitaban al león enfermo pagaban con la vida su curiosidad impertinente, disfrazada de solícita y compasiva atención.

V. 82. *Iidem eadem.* — Ninguno como Horacio ha

revelado y hecho patente esa eterna inconsecuencia de los mortales que tanto contribuye á su infelicidad. Como niños antojadizos, anhelan, afanan, persiguen y solicitan, y cuando arriban al logro de sus deseos, rechazan ó desprecian aquello mismo que momentos antes parecía constituir el único objetivo de su existencia; y es que ponen el ideal de la dicha en cosas incapaces de proporcionarla, y cuando sienten el obligado desengaño, acaban por mirar con desprecio y repugnancia, y á veces hasta con horror, lo que persiguieron con terquedad insistente. De ahí que el avaro reniegue en ocasiones del oro, el ambicioso menosprecie los honores, y el enamorado maldiga al ídolo de su pensamiento; y como esquife juguete de las olas, vague el mortal sin rumbo por donde le llevan sus antojos, siempre fluctuando hasta el día del eterno reposo.

V. 86. *Fecerit auspicium.* — Porque la pasión le constriñe á la mudanza de lugar con aquella fuerza imperiosa con que los auspicios determinan los sucesos futuros.

V. 86. *Teanum.*—Ciudad de la Campania, á la falda del monte Másico y sobre la vía Prenestina.

V. 87. *Lectus genialis.*—El lecho matrimonial estaba consagrado al Genio que presidía á la generación.

V. 91. *Quid pauper?* — Idea felicísima y contraste soberbio. Que el rico que tiene elementos para satisfacer sus más extravagantes caprichos, como niño mimado conciba y desbarate proyectos, abandone hoy lo que ayer amaba con delirio y se convierta en el prototipo de la inconstancia y de la volubilidad, podría parecer un castigo á sus riquezas más que una revelación de su natural descontentadizo y ocioso; pero miremos al pobre, y dentro de la estrechez de los medios con que vive, hace exactamente lo mismo, provocando la hila-

ridad de los que le ven harto de cuanto le rodea, como ricachón cansado de lujos, placeres y satisfacciones.

V. 95. *Subucula.*—Así se llamaba la camisa ó camiseta de lana, ajustada al cuerpo, que hombres y mujeres llevaban bajo la túnica.

V. 101. *Neque rides.*—El reproche es muy lisonjero para su magnánimo protector. Efectivamente, el amigo franco é ingenuo no deja de percibir las inconsecuencias ó faltas del amigo, por lo mismo que lo conoce en el seno de la intimidad, que es donde se revelan los caracteres sin hipócrita disfraz; pero la indulgencia nacida del afecto las atenúa generosamente ó las considera como parte mínima de esa imperfección necesaria á la humana naturaleza; y cuando quiere reirse á su costa, más que por molestarle por pasar un rato divertido en su compañía, lo hace fijándose sólo en aquellos descuidos hijos de la inadvertencia, que son fácilmente remediables.

V. 103. *Rerum tutela mearum.*—Al tratar á Mecenas con el cariñoso respeto con que un pupilo habla á su tutor, endulza tan agradablemente la reconvención, que casi parece una alabanza encubierta por fino y delicado asteísmo.

V. 106. *Sapiens uno minor.*—Aquí Horacio se arrima al parecer de los estoicos, demostrando las ventajas del sabio sobre los demás. El sabio es poderoso, porque domina sus apetitos, que son los súbditos más rebeldes é ingobernables; es rico, porque todo lo tiene el que todo lo desprecia como innecesario y reduce sus necesidades á lo indispensable; es libre, porque no hay prisiones que así esclavicen al hombre como la codicia y la ambición, haciéndole siervo del vil metal ó del capricho de sus semejantes; es honrado, porque el que toma gusto por la especulación científica, desprecia como

vulgares los goces del sentido que entorpecen el entendimiento y corrompen el corazón; es hermoso, porque la virtud ilumina su rostro con ese fulgor de la hombría de bien que le hace atractivo y seductor, y goza de salud cabal, porque ésta es casi siempre una derivación de la buena conducta, si bien la ley no es tan general que no padezca excepción, como la apuntada en el verso con un rasgo de festiva ironía, para demostrar que la tesis no es absoluta é incontrovertible como los discípulos de Zenón pretendían.

II

V. 1. *Trojani belli.* — La lectura de los poemas homéricos inspiró á Horacio esta epístola moral, que rivaliza con cualquiera de las más renombradas. *La Iliada* le pone al tanto de las causas de la guerra, provocada por la perfidia y la pasión de los troyanos, que, sordos á los deberes de la hospitalidad y el honor, no vacilan en atizar la furia vengativa de los griegos; y éstos á su vez, unidos por el deseo común de la venganza y separados por fatales disensiones, esterilizan el esfuezo de los más pujantes campeones. Los discursos de Nestor y Antenor quedan apagados por los gritos de Paris; Aquiles y Agamenón; y en uno y en otro campo pasean triunfantes la indisciplina, la crueldad, la injusticia, la cólera y el resentimiento, causando la ruina de los príncipes y de los pueblos á su imperio sometidos. ¡Qué diferente el cuadro de *La Ulisea!* Gracias á la sagacidad y astucia del héroe que da su nombre al poema, aparecen sorteados los peligros de las tempestades, los cantos de las Sirenas, los brebajes de Circe la encantadora, y vencidos los amantes de la virtuosa Penélope, para persuadirnos de que casi siem-

pre somos nosotros los fautores de nuestras desgracias, ó por no saberlas evitar, ó por precipitarlas con ciega obstinación sobre nuestras frentes. De aquí pasa el poeta á dar á Lolio una serie de consejos útiles y provechosos sobre los efectos de la pereza, la codicia, la ambición, el deleite y la envidia, en versos exornados por comparaciones y metáforas tan exactas como brillantes, y esta última parte es un brevísimo código de moral que todos debiéramos llevar escondido en el pecho, como el mejor preservativo contra los desafueros y extravíos de una conducta irracional y desatentada.

V. 1. *Maxime Lolli.*—El mayor de los Lolios, á las partes de gran capitán, unió las de severo magistrado, si no son ruines adulaciones los elogios que Horacio le tributa en sus odas y epístolas. Vencedor de los gálatas, los tracios, los sicambros y los germanos, y colega de Augusto en el consulado, supo hermanar los prestigios de la fortuna con las distinciones del favor imperial; pero, según Patérculo, en el gobierno de la Armenia se dejó corromper por la codicia, y el dolo y la perfidia ocuparon en su ánimo el puesto de las egregias dotes de sus primeros años, decayendo rápidamente en la pública estimación y el aprecio del César, y acabando desesperado sus días con el veneno.

V. 4. *Chrysippo et Crantore.*— De Crisipo ya hicimos mención en las notas á las sátiras. Crantor, filósofo académico, natural de Cilicia, asistió en Atenas á las aulas de Jenócrates y Polemón, y compuso notables tratados de moral, desgraciadamente perdidos; pues debían de ser de mérito relevantísimo á juzgar por los elogios de Cicerón, que califica de áureas aquellas páginas, escritas para consuelo de amarguras y tribulaciones.

V. 8. *Aestus.*— ¡Qué admirablemente pinta la obce-

cación y el combate enconado de las pasiones, esta palabra metafórica, tomada de la agitación de las olas combatidas por vientos contrarios!

V. 9. *Antenor.* — Antenor, sabio consejero de los troyanos, que hospedó en su casa á Menelao y Ulises, y recomendó á los suyos que entregasen en manos de estos embajadores la hermosa Helena, causa de la discordia. Los griegos respetaron su vida al penetrar en Troya, como recompensa de su honradez acrisolada.

V. 10. *Quid Paris.*— El raptor de Helena, uno de los personajes más admirablemente descritos de *La Iliada*, es harto conocido de las personas ilustradas para que nos detengamos en enumerar los hechos que constituyen su biografía.

V. 11. *Nestor componere lites.* — Cuando Nestor, rey de Pilos, marchó á la guerra de Troya, era de edad muy avanzada y, por consiguiente, reflexivo y conciliador como ninguno de los príncipes griegos; así lo presenta Homero tratando de reconciliar á Agamenón con Aquiles y evitar las fatales consecuencias del resentimiento de éste por el ultraje que aquél le había inferido robándole su cautiva Briseida.

V. 14. *Quidquid delirant reges.*—Este verso famosísimo es todo un axioma político. Los pueblos en último caso pagan los delirios y desatinos de su reyes con torrentes de lágrimas y de sangre en guerras tan crueles y exterminadoras como la de Troya.

V. 16. *Et extra.*—Este adverbio no sólo substituye á una oración, sino que representa con verdad y energía el cuadro de las maldades, infamias y discordias del campo griego, no menores que las desarrolladas en el recinto de la ciudad troyana.

V. 23. *Sirenum voces.* — Cuando Ulises arribó á la costa de la isla por las Sirenas habitada, obligó á sus

marineros á taparse con cera los oídos; y él se hizo sujetar al mástil de la embarcación, temeroso del peligro que amenazaba á los que oyesen sus cantos fascinadores.

V. 23. *Circae pocula.* — Circe convirtió en puercos, con sus mágicos brebajes, á veintidós compañeros de Ulises; pero éste supo evitar el daño con la ayuda de Minerva.

V. 24. *Stultus cupidusque.* — Ulises bebió con tales precauciones, que logró escapar á la suerte de sus infelices compañeros.

V. 27. *Nos numerus sumus.* — Esta reflexión es el reconocimiento de la vulgaridad é insensatez general; porque hay pocos sujetos privilegiados que eleven su cabeza sobre las ignorantes multitudes.

V. 28. *Sponsi Penelopae.* — Los amantes de Penélope, que arruinaron su casa durante la ausencia de Ulises.

V. 28. *Alcinoique... juventus.* — Alcinoo, rey de los feacios, habitantes de Corfú, que gozaban fama de ineptos, muelles y afeminados.

V. 31. *Ducere somnum.* — Bentlei substituye esta palabra á la de *curam,* que se leía viciosamente en la generalidad de las ediciones.

V. 32. *Hominem.* — Otros leen *homines.*

V. 34. *Si noles sanus.* — En varios códices se lee *si nolis.*

V. 34. *Curres hydropicus.* — Uno de los antiguos métodos curativos de la hidropesía obligaba á correr al enfermo, provocando así las evacuaciones, que disminuyen la hinchazón del vientre.

V. 37. *Invidia vel amore vigil torquebere.* — Si te abandonas á la pereza en el lecho y descuidas el estudio de la Filosofía y la Moral, preso en las garras de la

ambición ó las redes del amor, tus noches serán un insomnio continuo y angustioso.

V. 40. *Dimidium facti.*—Debió nuestro poeta luchar á menudo contra esa pereza que se deleita en dejar para mañana lo que nos interesa ejecutar prontamente, y sentir en sí mismo el esfuerzo vigoroso de la voluntad, que la vence con sus potentes energías, y cómo al punto que nos aprestamos á obrar se van allanando los obstáculos que de lejos parecían insuperables; pues si el principio nos atemoriza en cualquier empresa, el que la acomete con brío y resolución la lleva ya tan adelantada como si estuviese al principio del fin.

V. 42. *Rusticus expectat.* — La comparación del labriego que espera á pasar el río en seco así que haya cesado la corriente, con el que retrasa la hora de la enmienda, dejándola para tiempos mejores, es de aquellas que revelan un conocimiento profundo del hombre y de la naturaleza en que vive, sin prestar atención á las enseñanzas que se desprenden de sus fenómenos, tán eternos como las leyes que rigen el orden universal.

V. 47. *Non domus et fundus.* — Ni la casa, ni la heredad, ni el arca repleta alivian al rico de sus dolencias físicas y angustias interiores, implacables enemigos contra los que ha de defenderse principalmente, y no contra la pobreza y la medianía, que se compadecen muy bien con la dicha y la satisfacción.

V. 51. *Qui cupit aut metnit.* — En efecto, al que solivianta la ambición ó el miedo le zozobra, así le sirven las riquezas, como los cuadros á un ciego, y los acordes de la lira al que padece de los oídos.

V. 54. *Sincerum est misi vas.* — Si el vaso no está limpio, corrompe el vino que se le echa; si el ánimo vive contrastado por tormentosos apetitos, hasta los

deleites y satisfacciones se le truecan en amargos padecimientos.

V. 56. *Semper avarus eget.*—El avaro anda siempre necesitado, porque cuanto más tiene más desea tener.

V. 57. *Invidus macrescit.* — El verbo *macrescit* retrata de mano maestra la demacración que consume el rostro del envidioso, por la tristeza que el bien ajeno le infunde.

V. 58. *Siculi... tyranni.* — Entre los muchos tiranos de Sicilia, sobresalió por sus crueldades Fálaris, que mandaba quemar en el vientre de un toro de bronce á las desdichadas víctimas de su implacable rencor.

V. 61. *Dum poenas.* — Es una verdad incontrovertible que debiéramos tener muy presente cuando la cólera nos ciega; pues si obramos conforme á sus impulsos, bien pronto tenemos que arrepentirnos de aquello mismo que perseguíamos obcecados.

V. 62. *Furor brevis.*—Así llama á la ira, y por esta razón deberíamos corregir con la templanza sus funestos arrebatos. La ira es nuestro siervo ó nuestro amo, ¿y quién será tan imbécil que prefiera un tirano que le azote y destruya, á un siervo que le obedezca reverente?

V. 65. *Qua monstret.* — Lección de Bentlei, substituída á la de *quam monstrat.*

V. 66. *Cervinam pellem.* — Si á los perros se les enseña á ladrar ante la piel de un ciervo, para que después le persigan en los bosques, ¿cuánto más indispensable no ha de ser la educación del hombre, en quien el instinto no se revela con fuerza tan poderosa, por lo mismo que la razón impera sobre él y lo dirige con el auxilio de la experiencia?

V. 71. *Nec tardus opperior.* — El paso de Horacio debemos imitarlo todos : ni tan lento y perezoso que nos quedemos los últimos, ni tan veloz y precipitado que,

por adelantar á los primeros, nos quedemos en la mitad del camino, sin fuerza ni aliento para llegar al término de la jornada.

III

V. 1. *Juli Flore.*—Este billete, al parecer sin importancia, nos permite conocer á algunos de los individuos que acompañaron á Tiberio al Oriente, y apreciar la finura de las amonestaciones que el autor dirige á su amigo, endulzando la acritud de la reprensión con las lisonjeras frases que consagra á sus aptitudes de orador y poeta. Dacier asegura que este Julio Floro es el mismo Póstumo, á quien dedica la oda XIV del libro II. No se tiene de él otra noticia que la de haber sido uno de los acompañantes de Tiberio en su expedición al Asia.

V. 2. *Claudius.*—Claudio Tiberio Nerón, el segundo de los emperadores, contaba solos cuatro años de edad cuando Livia, su madre, casó con Octavio.

V. 3. *Thracane.* — La Tracia, vasta extensión de territorio, comprendido entre el Danubio al Norte, la Propóntide y el Egeo al Mediodía, el Ponto Euxino al Este, y al Oeste el Estrimón y el país de los ilirios, estaba habitado por innumerables tribus de bárbaros; no obstante, algunos de ellos se distinguieron en los tiempos más remotos por su amor á la Música y Poesía, y los nombres de Orfeo, Lino y Museo, procedentes de la Tracia, prueban que el país no era insensible á las inspiraciones de los antiguos cantores.

V. 3. *Hebrusque.* — El Ebro, caudaloso río de Tracia, en la cuenca formada por los montes de Ródope y la cordillera que termina en Constantinopla.

V. 4. *An freta.*— El estrecho de los Dardanelos, en cuyas opuestas orillas alzábanse las torres de Sextos

y Abidos, inmortalizadas por los amores de Hero y Leandro.

V. 9. *Quid Titius.* — Ticio Septimio escribió tragedias y poesías líricas, perdidas en la revuelta confusión de los tiempos.

V. 10. *Pindarici.*—El mayor elogio de un poeta es acusarle de seguir las huellas de Píndaro, desdeñando pisar las márgenes de los lagos y ríos por donde va todo el mundo.

V. 13. *Thebanos modos.*—Las estrofas de Píndaro, natural de Tebas.

V. 14. *Desaevit et ampullatur.*—Como observa atinadamente Sanadón, el *desaevit* significa la pasión trágica, y el *ampullatur* la grandilocuencia del estilo.

V. 15. *Celsus.*—Celso Albinovano, secretario de Tiberio, debió ser uno de esos aficionados que *incita Minerva* zurcen retazos, ideas y conceptos de otros autores, que osan descarados ofrecer al público como frutos de su propia cosecha.

V. 17. *Recepit Apollo.* — Junto al templo de Apolo se alzaba la biblioteca, en cuyos estantes veíanse las obras de los vates ilustres.

V. 28. *Parvi et ampli.* — Grandes y chicos, ó pobres y opulentos.

V. 31. *Munatius.*—Parece ser el hijo de aquel Munacio Plauco á quien dedicó la oda VII del libro I.

V. 33. *Seu calidus sanguis seu insctitia rerum.* — El ardor de la sangre ó la inexperiencia del mundo, dos de las causas que originan pendencias, camorras y disgustos sin cuento aun entre los mejores amigos.

IV

V. 1. *Albi.*—Albio Tibulo, el más tierno y apasionado de los elegíacos latinos, á consecuencia de las discordias civiles ó de su conducta desarreglada, sufrió, con poca resignación, grandes mermas en su patrimonio, y antes de verse completamente arruinado, se retiró al campo, donde tampoco pudo encontrar el sosiego apetecido.

V. 1. *Candide judex.*—El epíteto de cándido aplicado á juez, significa la ingenuidad, el candor y la benevolencia que deben adornar al que se constituye en crítico de las obras de un amigo querido.

V. 2. *Pedana.*—En *Pedum,* ciudad situada entre Preneste y Tíboli, quedaron á Tibulo las últimas reliquias de su patrimonio.

V. 3. *Cassi Parmensis.*—De este Casio de Parma ya se habló en las notas á la sátira X del libro I.

V. 6. *Di libi formam.*—No tenía gran razón para llamarse desgraciado el que á una arrogante presencia juntaba la fama y las riquezas, aún considerables, avaloradas por el arte de gozarlas.

V. 12. *Inter spem.*—El único lenitivo que encuentra al dolor de su amigo es aconsejarle que goce el día presente sin preocuparse del mañana, y recomendarle que le haga una visita si quiere ver un hombre que vive gordo, lucido y satisfecho.

V. 16. *Epicuri de grege porcum.*—«Como un puerco de la manada de Epicuro.» Debemos creer que Horacio se estimase, y con razón, en bastante más de aquello en que tenían los estoicos á los secuaces de Epicuro.

V

V. 1. *Si potes.*—Con pretexto de invitar á Torcuato á una de sus frugales cenas, hace un elogio caluroso del vino y de los efectos sorprendentes que produce en las cabezas de los convidados, convirtiendo al tímido en valeroso, al taciturno en locuaz, en alegre al preocupado, y al cauto en franco y expansivo, cuando se reunen en torno de una mesa, donde reina con absoluto imperio la viva satisfacción de la amistad.

V. 1. *Archiacis.*—Lección fundada en la autoridad de los manuscritos, más natural que la de *Archaicis*, palabra que, según Faciolato, no tiene otra autoridad que la del autor, en el supuesto de que así la empleara. Arquías era un artesano poco notable, que hacía triclinios de bajo precio.

V. 2. *Olus omne.* — Es muy atinada la observación de Burgos sobre esta frase, interpretándola en el sentido de que siendo la cena frugal y de pocos platos, los convidados debían dar cuenta de todo cuanto se les sirviese.

V. 4. *Iterum Tauro.*—En el segundo consulado de Estatilio Tauro (el año 728 de la fundación de Roma), ennoblecido por sus altas empresas, que le conquistaron el favor de Augusto. Guerreó con éxito en África y Dalmacia; fué dos veces cónsul; edificó á su costa un soberbio anfiteatro, destruído más tarde en el incendio de Roma por Nerón, y sus hazañas y riquezas disiparon la obscuridad de su linaje hasta el punto de engendrar mujeres que se sentasen en el trono de los Césares.

V. 5. *Inter Minturnas.*—Los pantanos de Minturna, formados por los desbordamientos del Liris.

V. 5. *Petrinum.* — Entre el Lacio y la Campania, próximo á Sinuesa, se extendía el monte Petrino, cuyas laderas estaban festoneadas de cepas.

V. 8. *Certamina divitiarum.* — Las competencias de riquezas, una de las causas que principalmente contribuyen á la infelicidad de vanagloriosos ricachones.

V. 9. *Moschi causam.* — La causa de Mosco, reo de envenenamiento, cayó en manos de Torcuato, y debió producirle algunos quebraderos de cabeza.

V. 9. *Nato Cessare.*—Torrencio sospecha que alude al nacimiento de un nieto de Octavio, y Sanadón va más lejos, añadiendo que este nieto es Cayo, hijo de Agripa y Julia, nacido en septiembre del año 734 de la fundación de Roma.

V. 11. *Tendere.* — Lección de los manuscritos, trocada por la de *extendere* en casi todas las ediciones.

V. 16. *Designat.* — Revela, expresa, descubre, lo mismo en el bueno que en el mal sentido.

V. 22. *Toral.* — La cubierta ó colcha de la cama.

V. 23. *Corruget nares.* — *Haga fruncir las narices* con su mal olor. Según Quintiliano, Horacio empleó antes que nadie el verbo *corrugo.*

V. 25. *Ut coeat par.*—Era atención delicada el colocar en la mesa de tal suerte á los convidados, que cada cual tuviese á derecha é izquierda las personas de su mayor intimidad.

V. 26. *Butram... Septiciumque.* — Son los nombres de los manuscritos, convertidos en *Brutum Septimiumque* en las ediciones.

V. 27. *Potiorque puella.* — Que tenga más influjo una muchacha guapa sobre el corazón de un joven que el mejor de los amigos, y que renuncie en ocasiones al placer del festín por los goces del amor, lo encuentra el poeta tán natural, que no parece dispuesto á enojarse

por la repulsa con que puede quedar desairada su invitación.

V. 27. *Sabinum.* — Tal vez el escritor del mismo nombre, cuyas obras se han perdido completamente.

V. 29. *Olidae caprae.* — Las hediondas cabras ó el olor á chotuno de los comensales que sudan.

V. 30. *Quotus esse velis.* — Avisa cuántos vienen contigo, para disponer que preparen los siervos el necesario servicio.

VI

V. 1. *Nil admirari.* — La sobriedad, la precisión, la energía, la grandeza de los conceptos y el primor de la dicción, reinan desde el principio al fin en esta sorprendente epístola; y aunque sea cierto, según afirma Burgos, que sus transiciones aparecen tan rápidas como las de sus odas pindáricas, no podemos concederle que su concisión extrema envuelva en sombras el pensamiento, que para nosotros se destaca tan diáfano y comprensible como en las epístolas precedentes.

V. 1. *Prope.* — Indudablemente el adverbio *prope* debe acompañar al verbo *admirari,* limitando la significación de la frase, que de otra suerte resultaría falsa por demasiado absoluta. No admirarse de nada, ni del sublime concierto que preside el orden de los mundos, ni de las ínclitas hazañas realizadas por esos semidioses del humano linaje, que por la senda del esfuerzo llegaron al templo del heroísmo, no sería ser sabio, sino idiota de solemnidad; no admirarse de muchas cosas, á las que el vulgo da un valor que en sí realmente no tienen, distinguiendo lo que merece nuestra admiración y lo que debemos relegar al desprecio, eso es lo que constituye al sabio y lo que hace hombres venturosos en esta vida de miserias.

V. 1. *Nemici.*— Se ignora quién sea este personaje.

V. 4. *Sunt qui formidine nulla.*—El que sin pasmo ni asombro contempla la armonía de las esferas, la sucesión de las estaciones, el seno de la tierra, productor de variadísimos frutos, y el mar oriental que nos regala el nácar y las perlas, más que un filósofo parece un verdadero jumento, incapaz de levantarse á la contemplación de la eterna verdad y la eterna hermosura.

V. 6. *Extremos Arabas et Indas.* — Las perlas se pescaban en las costas de Arabia y la India.

V. 9. *Qui timet his adversa.* — El que teme la pobreza, la obscuridad y el disfavor, no está muy lejos de aquel á quien abrasa la ambición ó corrompe la codicia.

V. 15. *Insani sapiens.* — Otra vez vuelve á resplandecer la filosofía horaciana del justo medio, evidenciando que la misma justicia y sabiduría tienen sus límites infranqueables, para el que tema caer en los extremos contrarios.

V. 17. *I nunc.*—Ya se ve que esta concesión es artificiosa y con sus puntas de irónica, pues antes ha demostrado la infelicidad del que se deja seducir por los aplausos ó las riquezas.

V. 26. *Porticus Agrippae.* — El pórtico de Agripa, próximo al Panteón, y en la entrada del campo de Marte.

V. 26. *Via... Appi.* — La más célebre de las vías romanas, comenzada por Apio Claudio Ceco, siendo censor, el año 312 antes de Jesucristo, que ponía en comunicación á Roma con la Italia Meridional, partiendo desde la puerta Capena hasta Brindis.

V. 27. *Numa... et Ancus.*—Numa Pompilio y Anco Marcio, reyes de Roma.

V. 33. *Ne Cibyratica.*—Dos ciudades con el nombre de Cibira se conocían en el Asia Menor : una en Frigia,

y otra en las costas de Panfilia, enriquecida por los negocios comerciales.

V. 37. *Regina Pecunia.* — Los romanos levantaron un templo al dinero.

V. 38. *Suadela Venusque.*—Igualmente reverenciaron con honores divinos la elocuencia y la hermosura.

V. 39. *Cappadocum rex.*—El rey de Capadocia, en el Asia Menor, era tan rico de esclavos como pobre de metálico. Cuéntase que en tiempo de Lúculo valía allí un buey poco más de un real de nuestra moneda, y no pasaba de cinco el precio en que se vendía un esclavo.

V. 40. *Lucullus.* — El fausto y la magnificencia de este caudillo romano se hicieron tan proverbiales como las riquezas de Creso; así que no ofrece visos de hiperbólica la anécdota de las cinco mil clámides de púrpura.

V. 51. *Qui fodicet latus.* — Los políticos bullidores y ganosos de populachería llevaban consigo un siervo, llamado *nomenclator,* que tenía el encargo de decirles al oído los nombres de sus correligionarios, y dándoles con el codo, les llamaban la atención, para que los saludasen al pasar con expresiones afectuosas é interesadas.

V. 51. *Trans pondera dextram.* — Alargar la diestra en medio del bullicio, para sacarle ileso de los apretones de las turbas, que en los días solemnes se aglomeran en ciertos puntos de las grandes capitales, no sin ocasionar á veces terribles percances y verdaderas catástrofes.

V. 52. *Fabia... Velina.* — Nombres de dos tribus.

V. 53. *Hic fasces dabit.*—Las fasces eran un haz de varas sujetas por correas, que llevaba sobre el hombro izquierdo el lictor cuando, como nuestros maceros, precedía al magistrado; así, dar las fasces significa elevar

á los honores supremos de cuestor, pretor, cónsul ó dictador.

V. 53. *Curule.* — En la silla curul ó de marfil tampoco podían sentarse más que los magistrados de alta categoría.

V. 58. *Gargilius.* — Es personaje desconocido, pero que tuvo, sin ejercer el magisterio, innumerables discípulos, y por millones se cuentan los cazadores que cobran sus piezas con la bolsa más que con la escopeta, envaneciéndose después con el mayor descaro de sus dotes venatorias.

V. 62. *Caerite cera digni.* — Los ceritos dignos de la cera. Nombre de unos habitantes de Toscana que tenían á Agylla por capital, y que en premio de haber dado asilo á las vestales fugitivas por la invasión de los galos, obtuvieron de Roma el derecho de ciudadanía, perdido más tarde á consecuencia de una rebelión, que los redujo á figurar en un padrón de ignominia, y juntamente con ellos todos los romanos que por una causa cualquiera llegaban á perder el derecho de sufragio.

V. 65. *Mimmermus* — Un poeta jonio, contemporáneo de Solón, de quien nos quedan fragmentos de elegías recomendables por su fluidez y elegancia.

VII

V. 1. *Tibi pollicitus.* — En esta hermosísima carta resplandecen los sentimientos que Mecenas le inspira como amigo y protector generoso que le ha regalado una hacienda bastante á sufragar los gastos exigidos por sus cortas necesidades; pero también le advierte con noble franqueza que no se cree obligado por ello á sacrificarle su libertad personal, y que si este rasgo de independencia lo toma á mala parte, está resuelto á

devolverle cuanto posee, quedándose dueño de sí mismo y de sus acciones, de las que ha de rendir á la posteridad estrecha cuenta. La dádiva del calabrés, la fábula del ratón en el cesto y la anécdota de Filipo y Vulteyo vienen á corroborar las ventajas del desinterés sobre la ambición, y la diferencia que existe entre un protector prudente y generoso como Mecenas, y un tacaño soez que al dar ofende, y eso que no da nunca sino aquello de que no espera sacar provecho alguno en su favor.

V. 2. *Sextilem.* — El mes de agosto en el antiguo calendario romano, el sexto del año.

V. 4. *Dabis aegrotare timenti.* — Á la entrada del otoño son muy frecuentes las fiebres, y por esta razón pide permiso á Mecenas para permanecer algún tiempo en su granja.

V. 6. *Designatorem.* — Dábase este nombre á los acomodadores de teatro, á los que en las carreras del circo dictaban las disposiciones y distribuían los premios, y también á los directores de los cortejos fúnebres que se acompañaban de lictores vestidos de luto.

V. 10. *Albanis... agris.* —Los campos de Roma.

V. 13. *Cum Zephyris.*—Al principio de la primavera.

V. 14. *Calaber... hospes.* — El cuento de las peras viene como anillo al dedo para demostrar la diferencia que existe entre la dádiva generosa que deja pechos eternamente agradecidos, y la ruin y grosera que afrenta al desdichado que por necesidad la recibe.

V. 21. *Ingratos tulit.* — El que da aquello que en nada estima no tiene derecho al amor ni al agradecimiento.

V. 23. *Lupinis.* — Los altramuces usados por cómicos y jugadores, como hoy en los juegos de familia los garbanzos y las habichuelas.

V. 24. *Pro laude merentis.*— Equivale á *laude promerentis,* digno de las alabanzas de mi protector.

V. 26. *Angusta fronte.* — La frente estrecha y reducida, según la estética romana, era signo de superior belleza.

V, 28. *Cynarae.* — Cinara. En la oda á Venus (I del libro IV) hace mención de esta encantadora muchacha.

V. 29. *Nitedula.*— Es corrección de Bentlei substituída á *vulpecula,* que se lee en manuscritos y ediciones, y muy digna de tenerse en cuenta: primero, porque la fabulita tomada de Esopo habla de un ratón y no de una zorra; segundo, porque este astuto animal no come trigo, y no es creíble que se escapase á la observación de Horacio tan tremendo dislate; y tercero, por la imposibilidad de colarse entre los mimbres de un cesto, cosa que un ratón consigue con el mayor desembarazo.

V. 34. *Cuncta resigno.* — Renuncio á todos los dones que de ti he recibido si á tal precio vendo mi libertad.

V. 37. *Resque paterque.* — Dictados que el reconocimiento y el cariño daban con frecuencia á los protectores generosos.

V. 45. *Vacuum Tibur.* — De Tibur y Tarento hemos hablado en otro lugar.

V. 46. *Philippus.* — Personaje distinguido por su valor y elocuencia, que estuvo casado con Julia, hija de César y madre de Augusto.

V. 48. *Carinas.*—El barrio de Carinas distaba poco trecho del foro; mas siendo Filipo ya viejo, muy bien podría la flaqueza de sus piernas alargarle desmesuradamente la distancia, y hacerle quejarse de la fatiga que le costaba llegar á su casa.

V. 50. *Tonsoris in umbra.* — La tienda de un barbero, llamada *umbra* por ser excesivamente sombría.

V. 56. *Praeconem.* — El oficio de pregonero no estaba reducido en Roma, como en nuestros pueblos de corto vecindario, á publicar en alta voz los edictos municipales, las ventas, pérdidas, etc., sino que extendía mucho más su radio de acción. En los Tribunales, el pregonero, como el actual alguacil, llamaba á los demandantes y demandados y proclamaba las sentencias; en los comicios publicaba el resultado de los votos de las centurias y los nombres de los candidatos elegidos; en las almonedas especificaba los objetos vendibles y repetía las pujas de los licitadores; en los juegos públicos anunciaba la hora del espectáculo y pregonaba los nombres de los vencedores; en las asambleas del pueblo estaba obligado á mantener el orden de las muchedumbres; y en los funerales de insignes personajes recorría las calles invitando á los vecinos á que se asociasen al común sentimiento.

V. 57. *Properare loco.* — Por *in loco,* á su tiempo, con oportunidad.

V. 58. *Lare certo.* — En domicilio cierto y conocido, á diferencia de los granujas y vagabundos que nadie, ni aun ellas mismos, saben dónde dormirán mañana.

V. 63. *Negat ille mihi.* — Nótese el énfasis de estos dos pronombres, que pintan tan magistralmente el asombro de Filipo al ver que un perillán de baja estofa rechaza sus agasajos con la mayor desfachatez.

V. 65. *Tunicato... popello.* — El pueblo bajo vestía sólo la túnica, mientras la gente elevada sobre la túnica llevaba la toga.

V. 68. *Non mane.* — Los patrones y grandes señores recibían por la mañana las visitas de sus clientes que se apresuraban por ganar la delantera á los reacios.

V. 76. *Indictis... latinis.* — Las fiestas latinas eran movibles *(indictis),* y los cónsules señalaban los cuatro

días dedicados á su celebración, para solemnizar el tratado de paz de Tarquino *el Soberbio* con los pueblos del Lacio.

V. 77. *Coelumque Sabinum.* — El clima de Sabina, templado y delicioso.

V. 90. *Quem simul.* — Bentlei adoptó la variante de *semel* que halló en los manuscritos, creyéndola más conforme con el recto sentido.

V. 92. *Pol.* — Los hombres juraban por Pólux.

V. 98. *Metiri se.* — Máxima grabada por Quilón en el templo de Delfos.

VIII

V. 1. *Celso.* — Responde á un amigo cuya conducta por lo visto necesitaba de sus cariñosas advertencias, y á quien se revela con franca ingenuidad en uno de esos instantes críticos en que el desaliento esteriliza los mejores propósitos y el enojo truena y relampaguea contra todo bicho viviente. Algo más de lo que Horacio se achaca á sí mismo podría imputarse á Celso cuando al terminar el billete parece que le dice al oído: «Á pesar de lo mucho que te quiero, sé más prudente, corrige tus deseos y enfrena tus ambiciones; pues del modo que te comportes con la fortuna, se comportarán contigo los demás.»

V. 1. *Gaudere et bene rem.* — Fórmula de cortesía equivalente á nuestra despedida popular de «salud y pesetas».

V. 4. *Nec recte nec suaviter.* — El *recte* indica que no acierta á vivir conforme á los preceptos de la razón, que ordenan el empleo provechoso del tiempo; y el *suaviter*, que no se siente feliz porque está descontento de sí propio; y la satisfacción interna de haber cumplido

nuestros deberes es la que mejor nos dispone al goce de las escasas dichas que el mundo suele ofrecer.

V. 4. *Haud quia graudo.* — El poeta levanta su vuelo de águila para abatirlo prestamente, afectado por la dolencia del espíritu que aniquila su vigoroso esfuerzo.

V. 12. *Ventosus.* — Epíteto que en castellano tenemos que traducir por la perífrasis de inconstante ó ligero como el viento.

V. 17. *Ut tu fortunam.*—Cuando Horacio, tan bondadoso y tolerante con los extravíos del prójimo, hace en secreto esta advertencia, con vislumbres de amonestación, á Celso, sin duda la necesitaba si había de vivir estimado y querido en la corte de Tiberio Nerón.

IX

V. 1. *Septimium.* — No creemos que se haya escrito carta de recomendación más eficaz para enaltecer al recomendado y al recomendador ante los ojos del príncipe: la respetuosa desconfianza sobre los títulos que le autorizaban á dirigirse en son de súplica al invicto Tiberio, y el temor de que su negativa se tradujera por refinado egoísmo, que procura utilizar en provecho propio los favores de la familia imperial, realzan el valor de esta brevísima composición con los nobles afectos de la amistad y las lisonjas de una delicada cortesanía, empleada en beneficio de un amigo á quien considera digno de su valiosa protección.

V. 2. *Rogat et prece cogit.*— Afortunados son los ruegos que inclinan el ánimo del protector como si lo arrastrasen en el sentido de aquello que se le suplica.

V. 3. *Tradere concr.*— La expresión aparece viva y enérgica, porque no era cosa de poca entidad intro-

ducir un sujeto desconocido en la servidumbre de Tiberio.

V. 4. *Dignum mente domoque.*—En pocas palabras queda hecho el elogio de la casa del príncipe y de las dotes personales de su recomendado.

V. 6. *Quid possim.* — Es ingeniosísima y aguda la observación de que su amigo conoce mejor que él mismo los grados de valimiento que goza en el ánimo de Tiberio, porque la presunción excesiva ó la excesiva modestia pueden engañarnos y nos engañan á menudo por carta de más ó de menos.

V. 9. *Mihi commodus.* — No se asemejaba el poeta á esos personajes con humos de influyentes que sólo gastan sus influencias en servirse á sí mismos, economizándolas con la mayor previsión cuando se trata de favorecer al amigo desheredado.

V. 11. *Frontis ad urbanae.*—Muchas y muy distintas interpretaciones se han dado á esta frase, que, á decir verdad, adolece no poco de obscura. La muestra está conforme con la de Sanadón.

X

V. 1. *Urbis amatorem.*—En la epístola presente á Aristio Fusco, trozo de lo más hermoso y consolador que nos ha legado la clásica antigüedad, después del elogio de Aristio, sin par en la amistad, sigue el elogio del campo y de las ventajas que sobre la de Roma lleva la vida rural, cuyos frutos proveen al necesario sustento; pues á medida que el hombre se acerca á la naturaleza, está más próximo á la verdad y menos expuesto á dejarse engañar por los espejismos que la inexperiencia le deja entrever en lontananza, no recogiendo al fin de largos y continuos afanes más que la convicción de

que sólo es feliz el que vive contento con poco y sabe romper las cadenas con que los goces materiales sujetan á sus anhelantes perseguidores.

V. 1. *Fuscum.* — Al mismo Aristio Fusco dedicó la oda XXII del libro II, demostrándole que la conciencia libre de culpa alienta al corazón libre de temor, porque no sabe recelar peligros quien ignora el arte de las asechanzas.

V. 5. *Notique columbi.* — Alusión á la fábula de los pichones.

V. 9. *Rumore secundo.* — Rumor favorable ó aplauso ruidoso.

V. 10. *Utque... fugitivas.* — Atiborrados los siervos de los sacerdotes con las tortas de miel de las ofrendas, no hallamos extraño que se comiesen con más gusto un mendrugo de pan moreno que las golosinas de que ya estaban hartos y cansados. Por lo demás, la comparación es ingeniosa y patentiza el decaimiento del poeta, ya fatigado de convites, jiras, tertulias y espectáculos, buscando en la campiña la paz y quietud del ánimo, imposible de hallar en el tráfago y bullicio de las capitales.

V. 16. *Rabiem canis et momenta leonis.* — La constelación del Can Mayor, donde resplandece Sirio, y la zodiacal del León, esto es, en los días caniculares.

V. 19. *Libycis lapillis.* — De las canteras de África sacaban los romanos acaudalados las piedras que servían de pavimento á sus suntuosas moradas.

V. 20. *Tendit rumpere plumbum.* — Ciertamente que no se puede comparar la pureza y la frescura de las aguas de las fuentes urbanas con las de aquella que baja desde la sierra corriendo á su capricho y sin que aprisione sus pasos ninguna tubería de metal.

V. 23. *Laudaturque domus.* — No sólo los que viven en el campo gozando de una tranquilidad vanamente

en las grandes capitales perseguida, prefieren el espectáculo de los sembrados nacientes, los árboles hospitalarios, los arroyos juguetones y las brisas del monte, á las calles tiradas á cordel y las plazas donde bulle el gentío, sino que hasta los mismos habitantes de la ciudad, los que se aburren en el aislamiento campestre, los que necesitan la animación y el hervidero de la multitud y no comprenden la existencia sino en el tráfago de los negocios, las aventuras y las impresiones como alimento de su excitabilidad nunca bastante satisfecha, á buen seguro que rechacen la mansión adornada de parques, fuentes y jardines, ó que no habiten gozosos una casa con vistas al campo donde puedan espaciar su imaginación cansada de los espectáculos callejeros y los ruidos del vecindario.

V. 24. *Naturam expelles.* — Este verso proverbial y metafórico, tomado de la costumbre que tenían los amos de amenazar y ahuyentar con la horca á los siervos delincuentes, encierra un fondo de verdad que todos podemos comprobar en nosotros mismos. La naturaleza es nuestra madre y amiga inseparable; en ella nacimos, en ella vivimos, y en ella hemos de morir; es inútil que tratemos de romper los lazos con que nos aprisiona, ó de abrumarla con nuestros insensatos desdenes; se burla por igual de nuestros desvíos y nuestros esfuerzos, y acaba por demostrarnos que sólo en su seno se encuentra la felicidad apetecida.

V. 27. *Aquinatem fucum.*—En Aquino, ciudad de los volscos, se falsificaba la púrpura de Fenicia.

V. 29. *Quam qui non poterit.*—El no saber distinguir lo falso de lo verdadero, lo bueno de lo pecaminoso, nos hace incurrir á menudo en injustas apreciaciones, y ejecutar actos de peores consecuencias que el ser engañados en cualquier negocio mercantil.

V. 30. *Quem res.* — Las tres sentencias siguientes son tan hermosas, que debiéramos llevarlas siempre impresas en la memoria como antídoto contra los halagos de la ambición.

V. 34. *Cervus equum.* — Este apólogo de Estesicoro, referido con brevedad sucinta, y terminado en dos exámetros dignos de la epopeya, viene á comprobar de modo terminante la tesis sustentada de lo mucho que conviene á la felicidad el desprecio de las riquezas.

V. 42. *Ut calceus.* — La observación de que la hacienda ha de medirse conforme á las necesidades de la persona, como el zapato con la medida del pie, prueba cómo los grandes poetas saben sacar partido de los objetos vulgares y dignificar su expresión, dándoles cabida decorosa hasta en las composiciones más elevadas.

V. 48. *Tortum digna.*—Metáfora tomada de los cuadrúpedos atados á la cuerda, que tiene directa aplicación á la doctrina asentada : la riqueza vale más (dice) que nos siga, como el asno del ramal, que no que nos guíe y conduzca, en cuyo caso seremos nosotros la imagen de este animal despreciable.

V. 49. *Vacunae.* —Vacuna ó Victoria, diosa que tenía un templo no lejos de la finca de Horacio.

XI

V. 1. *Bullati.* — El Bulacio á quien se dirige debía ser uno de esos infatigables viajeros que á través de pueblos y mares corren buscando solícitos un lugar cómodo, apacible, encantador y saludable, donde deslizar tranquilamente el resto de sus días, como si en el punto habitado estuviese nuestra felicidad, más que en la satisfacción y la paz del ánimo, que no se alcanza corriendo de la zoca á la colodra y mudando climas, pueblos y

costumbres, sino recogiéndonos en nosotros mismos, estudiando las imperfecciones de nuestra frágil naturaleza y recibiendo con satisfacción la hora agradable que se digna visitarnos y con fortaleza magnánima los golpes de la adversa fortuna; porque el que se engríe demasiado con los prósperos sucesos, suele rendirse con mayor abatimiento al rigor de la contraria suerte; y sólo el que se conserva sereno y tranquilo en medio de las vicisitudes y alternativas, llega á vislumbrar algún rayo de la escasa dicha que ilumina este valle de lágrimas y dolores.

V. 1. *Altaque Lesbos.*—Lesbos, en el mar Egeo, se ufanaba con ser la madre de poetas tan insignes como Arión y Terpandro, Alceo y Safo, y de sabios tan eminentes como Pitaco y Teofrasto.

V. 2. *Croesi regia Sardis.*— Sardes, capital de la Lidia, estaba asentada sobre el Pactolo y no lejos de Esmirna. Es harto conocida la anécdota de su rey Creso, prisionero de Ciro, y la exclamación á que debió el librarse del suplicio que le esperaba.

V. 3. *Smyrna... et Colophon.*— La importancia de Esmirna, así en la antigüedad como en nuestros días, se debe á su asiento sobre el golfo Hermeo, que constituye un puerto de vasta capacidad. Algo menos notable la ciudad de Colofón, entre Éfeso y Lebedos, alcanzó, sin embargo, gran fama por la frescura y salubridad de sus aguas.

V. 5. *Attalicis ex urbibus una.*—Una de las ciudades, no sabemos cuál, donde reinó Átalo, rey de Misia.

V. 6. *An Lebedum.*— Lebedos, ciudad lidia, casi abandonada en tiempo de Horacio.

V. 7. *Gabiis desertior atque Fidenis.*— Los Gabios y Fidenas, pueblos del Lacio, estaban casi del todo destruídos en el siglo de Augusto.

V. 17. *Incolumi.*—Que se ve libre de zozobras y temores, y goza una tranquilidad envidiable.

V. 17. *Rhodos et Mitylene.* — Rodas, la isla más oriental del Egeo, frente á la costa de Caria y al sur del promontorio Cinosema, gozó de mucha prosperidad bajo la dominación de los romanos; pero el emperador Claudio le arrebató su independencia, y el terremoto acaecido en tiempo de Antonino Pío acabó de completar su ruina material. Mitilene era la hermosa capital de la isla de Lesbos, colonizada antiguamente por los eolios.

V. 18. *Penula.* — Especie de saco con capucha y sin mangas que se llevaba sobre la túnica, y servía de abrigo á los esclavos y los que emprendían un largo viaje.

V. 18. *Campestri.* — Un jubón ceñido á la cintura y que cubría la mitad del muslo, llamado así por usarlo principalmente los que se ejercitaban en el campo de Marte en los ejercicios gimnásticos y las luchas gladiatorias. También en verano solían usarle los particulares bajo la toga.

V. 28. *Strenua... inertia.*—Inercia activa, ociosidad laboriosa, paradoja que expresa muy bien la inutilidad del esfuerzo y lo vano del afán cuando perseguimos la dicha por todas partes, llevándola con nosotros mismos sin percatarnos de ello, como quien busca atolondrado y confuso el objeto que lleva en sus propias manos.

V. 30. *Ulubris.* — Lugarejo cerca de las lagunas pontinas.

XII

V. 1. *Icci.* — En la oda XXIX del libro I, dirigida á Iccio, manifiesta la extrañeza que le causaba ver al

discípulo de Sócrates y Panecio arrojar los libros de sus maestros y vestir la loriga, ceñir el casco y llevar la guerra á los árabes y medos, ambicioso de orlar sus sienes con las coronas de la gloria militar, hacerse dueño de los tesoros de los reyes vencidos, de las vírgenes cautivas que habían de servir á sus placeres, y los mancebos de rizada cabellera que, como Ganimedes, le sirvieran en sus festines. En esta epístola vuelve á reprenderle por sus injustas lamentaciones, á par que le ensalza por la bizarría de su aliento, que desdeñando lo vulgar, se lanza á la investigación de las leyes que rigen la armonía de las esferas, la sucesión de los tiempos y los flujos y reflujos de los mares. Después le recomienda á su amigo Pompeyo Grosfio, y le pone al tanto de las noticias, por aquellos días muy comentadas en Roma, de los triunfos de Agripa sobre los cántabros, y de Tiberio sobre los armenios.

V. 1. *Fructibus Agrippae Siculis.*—Augusto regaló á Agripa fértiles y dilatadas posesiones en Sicilia, que Iccio llevaba en arrendamiento; pero, según se colige de los versos horacianos, distaba no poco de estar satisfecho de su posición social.

V. 4. *Pauper enim.*—Es la verdadera definición del rico. El que tiene lo bastante á la satisfacción de sus necesidades, si desea tener más, sus deseos se convierten en sus verdugos, y la realización de los mismos no añadirá nada á la ventura que ya goza.

V. 7 y 8. *Herbis et urtica.* —Hecha mención de las verduras en general con la palabra *herbis*, parece impropio y superfluo que especifique á continuación las ortigas; por eso Cruquio supone que *urtica* significa un pez que se criaba en las costas de Sicilia, y que se le conocía con el nombre de ortiga de mar.

V. 8. *Sic vives protinus.*—La obscuridad de la frase

ha dado lugar á muy distintas interpretaciones, pues el poeta, en este y otros lugares, no se explica de manera que quite todo pretexto á violentas tergiversaciones del verdadero sentido, que nos parece el que damos en la traducción.

V. 11. *Vel quia cuncta.* — El mayor elogio de un sujeto es considerarle incapaz de apreciar honores y riquezas, más que la hermosura y encanto de la virtud; pero parece problemático que Iccio fuese merecedor de elogio semejante, si hemos de creer en las lamentaciones que se le atribuyen por su menguada fortuna.

V. 12. *Democriti.* — Demócrito de Abdera, en la Tracia, floreció por el año 460 antes de Jesucristo, y empleó su vida en adquirir los conocimientos que proporcionan los viajes y el estudio de la Filosofía. Cuéntase de él que renunció á sus bienes para dedicarse, libre de enojosos cuidados, al estudio, y también que se privó voluntariamente de la vista, á fin de que el espectáculo de los objetos exteriores no turbase un momento sus hondas meditaciones; pero creemos más verosímil que la perdiese en su vejez por el exceso de trabajo intelectual, accidente que no logró disminuir su buen humor, ni desterrar de sus labios la risa que le producían las insensateces humanas, y que se ha hecho célebre en los fastos de la Historia. Demócrito es el fundador de la escuela atomística, y uno de los pensadores más profundos de todas las edades.

V. 13. *Dum peregre est animus.* — Cuando el alma se abisma en abstrusas cavilaciones, parece que, desatada de los lazos del cuerpo, vuela á sus anchas por los espacios infinitos del pensamiento.

V. 19. *Concordia discors.*—La paradoja encierra una verdad inconcusa, porque la armonía universal brota de la unión de cosas distintas y aun contrarias al parecer.

V. 20. *Empedocles.* — Empedocles de Agrigento floreció en el siglo v antes de Jesucristo, y sus conocimientos médicos, tan superiores á los de sus contemporáneos, fueron por muchos atribuídos á la magia antes que á su vasta instrucción. No contento con la gloria humana, aspiró á los honores divinos, arrojándose al cráter del Etna, para que su desaparición súbita é ignorada hiciese creer que había volado al Olimpo; pero el volcán arrojó sin quemarlo uno de sus zapatos, y por él se vino en conocimiento de su muerte desastrosa. Lucrecio tomó por guía las obras de Empedocles al componer su poema *De natura rerum.*

V. 20. *Stertinium.* — Ya se habló de él en las notas á las sátiras.

V. 21. *Caepe trucidas.*—Creía Pitágoras que, tanto los animales como las verduras y legumbres, vivían con sus almas correspondientes, y de aquí el llamar *trucidare* al acto de partir y comer la cebolla.

V. 22. *Pompeio Grospho.*—Es aquel liberto de Pompeyo á quien dedicó la oda XVI del libro II.

V. 26. *Cantaber Agrippae.* — La sujeción de los cántabros, la derrota de los armenios y el vasallaje de Fraates, rey de los parthos, fueron sucesos casi simultáneos que regocijaron á Roma y levantaron hasta las estrellas la fortuna de Augusto.

XIII

V. 1. *Ut proficiscentem.* — Hasta en los juguetillos insignificantes habla el poeta con la cautela del hombre de mundo, y con la agudeza de su genio burlón logra sacar partido de cualquier circunstancia, como la del sobrenombre de Asella, para hacer un chiste que sea reído y celebrado por su egregio lector. La recomenda-

ción se distingue por lo discreta : «Preséntate al César — le dice — , y entrégale de mi parte estas epístolas, si está sano y de buen humor y desea leerlas; pues no hay tormento comparable al de condenar á un amigo á la lectura de un poema cuando su espíritu, preocupado con negocios de mayor interés, no goza aquel tranquilo sosiego que le permite vagar con gusto por los deliciosos vergeles de la poesía; y no vayas á deslucir tu servicio y mi atención poniéndolas por las nubes y exagerando las fatigas que has pasado hasta entregarlas en sus manos, porque sólo con recibirlas sin enojo quedan suficientemente recompesados tus afanes y los míos.»

V. 2. *Vinni.*—Cayo Vinnio Frontón, el mandadero del poeta, era hijo de un sujeto conocido por el sobrenombre de *Asella.*

V. 8. *Clitellas.*—Alude al sobrenombre de que acabamos de hacer mención.

V. 14. *Ut vinosa glomos... Pyrrhia.*—Cierta criada que, en una comedia, hurtaba los copos de lana.

V. 15. *Conviva tribulis.* — Convidado de la misma tribu.

XIV

V. 1. *Villice silvarum.* — Nuevamente vuelve á dar testimonio de su inclinación á las labores campestres en las amonestaciones dirigidas al capataz de sus bosques, prados y huertas, que, al contrario, suspiraba por el trato de Roma, alegre y regocijado con el rumor vocinglero de las tabernas, los concursos de los espectáculos y los bailes de las desgarradas meretrices. Estas antinomias de encontrados deseos entre el ciudadano y el labriego, subsisten y subsistirán mientras haya campos y ciudades. El cortesano, fatigado por los quehaceres de su

profesión, las visitas enojosas, las pretensiones molestas, la frialdad de las relaciones sociales y la ingratitud ó el despego de aquellos á quienes tal vez cuenta en el número de sus mejores amigos, se siente rebosante de júbilo cuando rompe tan odiosos lazos y logra aspirar las auras embalsamadas de los montes, ver los árboles revestidos de flores y los ganados retornando al aprisco al extenderse por el cielo las primeras sombras de la noche; pero el labrador que por necesidad tiene que vivir apartado del trato de las gentes, sufrir los vientos y las tempestades, cuidar el ganado y las bestias y regar con el sudor de su frente tierras incultas que, tras enormes trabajos, apenas producen lo que reclama el mísero sustento de su familia, contempla con asombro el bullicioso movimiento de los grandes centros de población, y llega á creer de buena fe que en ellos se vive con menos fatiga y aburrimiento; y trocaría gustoso su servidumbre por mejorar de condición, cuando en realidad sólo conseguiría lo que el enfermo grave al cambiar de postura en el lecho, un alivio momentáneo, y la persistencia, si no la agravación, de sus achaques.

V. 2. *Quinque focis.*—Cinco fuegos ó cinco casas de vecindad. Sinécdoque de la parte por el todo.

V. 3. *Quinque patres.*—La cabeza de partido en que estaba enclavada la finca de Horacio, y adonde acudían los vecinos del mismo á tratar los asuntos de utilidad común, era Varia, sobre el Anio, en los confines de la Sabina. Su primitivo nombre fué Valeria.

V. 6. *Lamiae pietas.*—Los hermanos Lamias Lucio Elio y Quinto Elio. Se ignora quién pagó á quién el tributo de sus lágrimas.

V. 9. *Obstantia rumpere claustra.*—Verso magnífico y propio de la grandeza épica.

V. 11. *Cui placet.*—Nadie envidiaría la suerte ajena

si no experimentase los rigores de la propia, que llegan hasta inspirarle el aborrecimiento de la misma.

V. 14. *Mediastinus.* — No se conoce con exactitud la condición de esta clase de siervos; pero se supone que estaban destinados á los quehaceres más viles de la casa.

V. 16. *Me constare mihi.*—No siempre fué la constancia, ni en su conducta política ni en sus relaciones amorosas, su virtud más sobresaliente; pero casi todos los nacidos se suponen con dotes de que carecen, atestiguando lo difícil, si no imposible, que es el *nosce te ipsum.*

V. 21. *Fornix tibi et uncta popina.*—Un esclavo no debía alimentar en su alma otras ambiciones que la de la taberna y el lupanar, que le indemnizasen á ratos de los rudos trabajos de la azada y la esteva.

V. 29. *Pigro.*—Perezoso ó desocupado.

V. 31. *Nostrum concentum dividat.* — Divide nuestro canto; nos hace pensar de distinto modo, pues mientras el uno es cada día más apasionado del campo, el otro le cobra cada día mayor aborrecimiento.

V. 36. *Nec lusisse pudet.* — Con noble ingenuidad confiesa el autor los devaneos de su juventud; pero se avergonzaría de caer nuevamente en ellos cuando la edad madura, las lecciones de la experiencia y los consejos de la razón le avisan de sus peligros y le revelan lo indecoroso que parece en el hombre ya hecho lo que en el jovenzuelo halla disculpa con facilidad.

V. 37. *Non istic.*—Le hacía principalmente agradable la estancia en el campo el no ver la mirada insidiosa del enemigo ó el semblante pálido del envidioso, ni sentir la mordedura cruel del maldiciente, que envenena nuestras satisfacciones.

V. 40. *Urbana.*—La ración de los siervos de la ciu-

dad era menor que la de los del campo, por ser menores también las fatigas de los quehaceres domésticos.

V. 43. *Ephippia.*— Nombre griego de los arreos de montar que se ponían á los caballos.

V. 44. *Quam scit.*—Consejo tan útil como poco seguido. El adagio español dice: «Zapatero, á tus zapatos», y sin embargo todos incurrimos en el defecto de entrometernos en asuntos que no son de nuestra competencia ó en tratar de cosas que no entendemos, hasta que algún desengaño doloroso acaba por advertírnos de nuestra falta de cordura.

XV

V. 1. *Quae sit hiems.* — Esta epístola parece un billete particular en que el autor pide á Numicio Vala datos sobre pueblos desconocidos antes de emprender su expedición veraniega, á fin de resolverse con conocimiento de causa y elegir una estación á propósito al recobro de su salud, que debía andar no poco quebrantada El episodio de la glotonería de Menio y de su filosófica conformidad con la adversa suerte, haciendo del ayuno virtud cuando no se le deparan las delicias de un festín opíparo, tiene más sabor satírico que los dicterios y oprobios de tan ruin personaje contrá los que no se sentían capaces de arruinarse por llenar el abismo de su vientre.

V. 1. *Veliae.*—Ciudad marítima de la Lucania, entre Paestum y Buxentum, fundada por los foceos que escaparon de su país durante la invasión de los persas.

V. 1. *Vala.* —Cayo Numonio Vala, lugarteniente de Quintilio Vero en Germania.

V. 1. *Salerni.*—Ciudad de la Campania, sobre una colina y cerca del mar.

V. 3. *Musa.* — Antonio Musa tuvo la fortuna de curar á Augusto con el remedio de los baños fríos, y el éxito dió gran reputación al médico y á su sistema curativo; pero algún tiempo después, con el mismo remedio causó la muerte al joven Marcelo, y decayó rápidamente el entusiasmo que había producido con la curación del César.

V. 7. *Invidus aegris.* — Encontramos muy natural que los vecinos de Bayas se revolviesen airados y se desatasen en ultrajes contra los enfermos que preferían á sus aguas sulfurosas las de otras estaciones de baños, pues de ellas sacaban en el veraneo pingües ganancias.

V. 9. *Clusinis.* — Las fuentes de Clusio, ciudad de los etruscos, en cuyos contornos existían aguas termales de gran crédito entre los profesores de Medicina.

V. 9. *Gabiosque.* — Los Gabios, ciudad entre Preneste y Roma, que en tiempo de Augusto estaba ya casi completamente destruída.

V. 11. *Cumas.*—Ciudad griega de la Campania, sita en la escarpadura del monte Gauro, al norte del cabo Miseno. Allí moraba la célebre sibila de su nombre, y allí acabó sus días Tarquino el Soberbio.

V. 16. *Vina nihil suoror.* — Debían ser de pésima calidad los vinos de los antedichos pueblos, cuando estima que no valía la pena de mencionarlos.

V. 18. *Generosum et lene.* — Siempre que habla de los efectos del vino, encuentra frases y conceptos tan hermosos como los que resplandecen en estos exámetros.

V. 24. *Phaeaxque.* — Los feacios son pueblos fabulosos que, según *La Odisea,* se distinguían por su voluptuosidad y glotonería.

V. 26. *Maenius.* — De este sujeto ya se hizo mención en la sátira I.

V. 31. *Pernicies et tempestas barathrumque.*—Imposible calificar con expresiones más significativas y duras la voracidad estupenda de tan bárbaro glotón.

V. 37. *Bestius.*—Bestio, moralista, corrector de las costumbres y severo anatematizador de los excesos de la gula.

V. 43. *Satis inter vilia fortis.* — ¡Dichoso el que se levanta satisfecho de la mesa después de haber aplacado el apetito con las viandas que son el alimento cotidiano de la plebe!

V. 46. *Nitidis... villis.*— Fincas que producen rentas saneadas, que permiten á sus dueños tratarse á lo grande.

XVI

V. 1. *Fundus meus.* — Para satisfacer la curiosidad de Quinto Hírpino, ansioso de adquirir noticias exactas de la quinta de Horacio, éste le bosqueja la brillante descripción que encabeza la epístola y ha servido en gran parte de guía á los investigadores modernos, que se lanzaron llenos de confianza al descubrimiento del paraje en que debía estar situada, obteniendo en recompensa de sus viajes y tanteos los más satisfactorios resultados; y así que deja satisfecha la curiosidad de su amigo, entra con él en una discusión transcendental, resuelta con muy distinto criterio por los moralistas antiguos, según la escuela á que respectivamente pertenecían. Ya en la oda XI del II libro, que respira el perfume de los nardos y claveles, le había aconsejado con la ligereza y gracia peculiar de sus anacreónticas, que no se preocupase demasiado por las guerras de los cántabros ó los crueles escitas, ni con deseos vehementes y febriles tratase de comprar la felicidad que se adquiere á menos costa, reclinándose en la fresca grama con guirnaldas

de rosas en la cabeza y la copa de Falerno en la mano, y calmando la fiebre de la ambición, que mata con las dichas inseguras del mañana los goces de la hora presente. Aquí vuelve á insistir en el tema, pero no le convida á fugitivos placeres y alegres pasatiempos, sino á huir los encantos de la lisonja, á refrenar los deseos tumultuosos y á discurrir seriamente sobre la naturaleza del último bien, anteponiendo las satisfacciones íntimas del ánimo á los gritos vocingleros de la fama, no siempre de acuerdo con la justicia y la verdad. Pues sabe la hipocresía tomar tan á tiempo la máscara de la virtud, que engaña fácilmente al vulgo sin engañarse á sí misma, y es preferible, en su sentir, la honradez perseguida por la calumnia, á la reputación de esos histriones que convierten en escenario de su continua farsa la plaza, el templo, la calle y hasta el hogar doméstico, con la conciencia á la espalda para que no entorpezca sus pasos en el camino emprendido por su ruindad.

V. 1. *Optime Quinte.* — Á pesar del calificativo de óptimo, tal vez necesitase algunos de los excelentes consejos que le da su buen amigo.

V. 3. *An pratis.*— Lección seguida por varios códices y más lógica que la de *et pratis,* como lo prueba el sagacísimo Bentlei.

V. 4. *Scribetur... locuaciter.* — Hermosa es la descripción de la finca horaciana, pero no tan prolija y minuciosa que merezca ser calificada con el adverbio de *locuaciter,* pues no pasa de diez y seis versos. ¿Qué diría el poeta de las interminables y empalagosas descripciones de los noveladores naturalistas de nuestros días?

V. 9. *Corna.* — La fruta del cornejo, redonda, carnosa, de color rojo obscuro y semejante á la cereza.

V. 11. *Tarentum.*— Tarento ó Taras, de la que ya se ha hablado en otro lugar.

V. 12. *Fons etiam.*—La fuente Digencia, en una de sus composiciones líricas llamada Blandusia.

V. 17. *Tu recte vivis.*—La transición es tan rápida, que parece romper la ilación de las ideas; pero además de que la poesía goza en este punto una libertad que sería intolerable en la trabazón de los períodos oratorios, ya hemos visto que el poeta se complace á menudo en estos saltos, como cabritillo que trisca y retoza en el prado, ó como abeja que vuela de flor en flor extrayendo su dulcísimo néctar.

V. 20. *Neve putes.*— Sólo el bueno y sabio tiene derecho á la felicidad, hija de la conciencia tranquila y el honrado proceder.

V. 24. *Stultorum.* — La falsa vergüenza que oculta sigilosamente las úlceras de cuerpo y alma no logra jamás evitar que se divulguen, cuando el abandono y el temor las han convertido en dolencias incurables ó vicios tan arraigados que inutilizan toda clase de consejos y exhortaciones.

V. 26. *Permulceat aures.*—Expresión suave y grata, como el rumor de la lisonja en el oído poco dispuesto á escuchar las amonestaciones de la verdad.

V. 30. *Cum pateris.*—Tal pregunta sólo puede dirigirse á un verdadero amigo cuya virtud acaso no aparezca tan inmaculada como fuera de desear.

V. 31. *Nempe vir bonus.* — La doctrina se ajusta á los preceptos de una rígida moral. «Te lisonjea—dice— la fama de cuerdo y honrado, que hasta los pícaros ambicionan; lo comprendo, á mí me sucede lo mismo; pero no es la fama la que debe buscarse, sino la satisfacción del deber cumplido; no el pasar por bueno, sino serlo realmente; no engañar al vulgo con hipócritas aparien-

cias, sino desoir sus alabanzas y censuras, no siempre informadas en espíritu de justicia, y prestar sólo dócil oído á las voces interiores de la conciencia, que ya guía, ya amonesta, ya juzga y castiga con crueles suplicios, sin que la alteren, turben ni ofusquen las bajezas de los aduladores, ni los sarcasmos de sus rencorosos enemigos.»

V. 35. *Pono tristisque recedo.*—¡Qué bien se revela aquí la tristeza mezclada con la humillación del farsante político, que sabe inflamar en su provecho el entusiasmo del pueblo, que le eleva á las supremas dignidades para derrocarle después en castigo de su incapacidad, relegándole al montón donde se pierden los nombres en el olvido!

V. 36. *Idem si clamet.*—Ríase el que funda su reputación sobre la base de injustos merecimientos, y se aflija y angustie cuando vea desvanecida la aureola que ya no le será posible reconquistar; pero el que nunca ha manchado sus manos con la sangre del inocente, ni despilfarrado en banquetes y construcciones soberbias el fruto de sus rapiñas, ni como potro sin freno se lanzó por el camino de la depravación, ése sabrá perdonar los ultrajes que la enconada maledicencia vomita á veces contra los más egregios patricios, porque sólo al hipócrita, al falso y al solapado alegran los aplausos no merecidos, ó amedrentan las calumnias de los perseguidores.

V. 40. *Et medicandum.*—Epíteto muy adecuado, porque el enfermo del ánimo necesita la medicina de la moral que le cure de sus erróneos prejuicios, y no sabemos en qué razones pudo fundar Torrencio su enojo contra una voz tan expresiva y que tan bien revela la esencia del pensamiento.

V. 40 *Vir bonus est quis.*—La definición del hombre

honrado no aparece falsa, pero sí incompleta. Puede un individuo ser muy respetuoso con las leyes y decretos del Senado, componer amigablemente ruinosos litigios, salir por fiador de los amigos y dar su testimonio en las causas justas, y, sin embargo, no merecer el nombre de honrado si le faltan la pureza del corazón y la dignidad en el proceder, que distinguen las almas generosas.

V. 49. *Sum bonus.* — Son muchos los que arguyen de igual modo; pero no basta odiar el crimen para merecer el nombre de bueno. Si así no fuera, cuantos han sabido evitar el rigor de las leyes podrían aspirar á la fama de probos y honrados.

V. 49. *Negat atque Sabellus.*—Lo niega el sabelio, es decir, Horacio, natural de Sabelia.

V. 52. *Oderunt peccare.*— El amor á la virtud implica el aborrecimiento del vicio. El que se contiene por temor al castigo será cauto y precavido, nunca virtuoso.

V. 60. *Labra movet metueus audiri.*—El devoto que al dirigir sus preces á los dioses teme ser oído de los hombres, no les suplica, á buen seguro, las mercedes que deben impetrarse en la oración, sino la complicidad en sus fraudes y egoísmos para ocultarlos mejor á la necedad de las gentes maravilladas de su celo religioso.

V. 60. *Laverna.*—Divinidad de los bellacos y ladrones que dió su nombre á la puerta Lavernal.

V. 64. *In triviis fixum... axem.*—Una de las mil travesuras de los chicuelos consistía en clavar monedas de cobre en el suelo y burlarse á su sabor del incauto que se bajaba á recogerlas.

V. 69. *Vendere cum possis.* — Más vale un siervo que un ingenuo esclavo de sus pasiones; del primero se puede sacar algún provecho utilizando sus servicios; el

segundo es un sujeto repulsivo que á todos y hasta á sí mismo llega á hacerse despreciable.

V. 73. *Pentheu.*—Hijo de Equión y Agave, sucedió á Cadmo en el reino de Tebas, y se opuso á la introducción del culto de Baco; pero el dios, con el racimo de la vid, embriagó hasta el delirio al rey, y tomándole por una bestia salvaje su madre y hermanas, también enloquecidas por el vino, le despedazaron en un acceso de furor.

V. 79. *Última línea.*—Nadie pasa más allá de la muerte, como tampoco más allá de la línea del circo que señalaba el fin de la carrera.

XVII

V. 1. *Quamvis.*—La cuestión planteada y resuelta aquí tiene la mayor transcendencia. ¿Obra con mejor acuerdo el que ama la quietud y detesta el estrépito de carros, literas y caballos, y antepone la paz de su aldea á los incentivos que ofrecen las grandes poblaciones, y vive y muere en la obscuridad sin ser envidioso de nadie y por nadie envidiado, ó el que se deja seducir por los esplendores del fausto, corteja á los príncipes, como Arístipo, para obtener su favor, y sirve á las necesidades de sus amigos? Horacio se inclina al último partido, reprobando la entereza brusca de los cínicos, que en su desprecio de toda clase de vanidades se declaraban incapaces de elevarse á la altura de los que, ambiciosos de gloria é inmortalidad, realizaban empresas estupendas é inverosímiles, dando á sus conciudadanos el espectáculo de sus triunfos, conquistados á fuerza de trabajos, desvelos y peligros, que ofrecían generosamente en el altar de la patria.

V. 1. *Scaeva.* — Equivale á mano izquierda, sobrenombre de algunas familias romanas.

V. 1. *Satis per te.*—El que se aconseja por sí mismo sin necesitar las advertencias de nadie, demuestra que sabe discernir lo recto de lo tortuoso, y navegar seguro á través de las olas encrespadas.

V. 2. *Majoribus uti.* — Tratar á los grandes con la cortesía y respeto que se les debe y granjear su amistad y aprovecharla en la ocasión oportuna, no son dotes tan frecuentes que estén al alcance de todos, y el que las posee obtiene éxitos negados á la turbamulta de los aduladores.

V. 6. *Si te grata quies.* — El poeta no condena el sosiego y retiro del campo, á los que debía los momentos más felices de su existencia; pero desde luego reconoce que con ellos son incompatibles las altas aspiraciones; pues al que pretende brillar no le es dado permitirse el lujo de una vida obscura é independiente, siquier ésta convenga muy bien á esos caracteres pacíficos y tranquilos que se contentan con poco y desean reclinar su cabeza en el lecho, libres de exaltaciones que turben su sueño.

V. 6. *Primam... in horam.* — Las siete, hora de levantarse, que en invierno acredita á un madrugador, y en verano á un solemnísimo tumbón.

V. 8. *Ferentinum.* — Dos ciudades existieron en la antigüedad llamadas Ferento: la una en la Etruria, patria del emperador Otón, y la otra fundada por los hérnicos en el Lacio, y colonizada por los romanos durante la segunda guerra púnica.

V. 10. *Nec vivit male.*—El que acaba su peregrinación por este valle de miserias sin que sean sentidos sus pasos ni notada la pompa de sus funerales, no habrá llegado á ser un personaje; pero tampoco se habrá visto

perseguido por la envidia, la difamación y la sátira, que son el obligado cortejo de los grandes histriones de la Política y la Historia.

V. 12. *Accedes siccus ad unctum.*—Te llegarás seco al pringado, esto es, sin comer al que viene de regalarse con los manjares de un soberbio banquete.

V. 13. *Si pranderet.*—En estos versos se plantea el dilema de Diógenes contra Arístipo, retorcido hábilmente por éste en contestación á las reprimendas del filósofo cínico.

V. 18. *Mordacem Cynicum.*—No peca de impropio el calificativo de mordaz que da al celebérrimo Diógenes, discípulo de Antistenes, y uno de los más íntegros y originalísimos caracteres que se destacan en los anales de la filosofía griega; sus sentencias agudas, irónicas, mordaces, sangrientas y despreciativas, que revelan siempre un ingenio de primer orden, y la ruda austeridad de sus costumbres, que no le permitían tratarse con mayor regalo que un perro, le han levantado una estatua colosal que, á través del tiempo, deja admirar sus formas severas é imponentes, como el modelo de la abnegación y del desprecio de los placeres materiales, entregado totalmente á los goces purísimos del discurso y la especulación.

V. 19. *Scurror ego.* — Á ser cierto que Diógenes se impuso su modo de vivir lleno de privaciones por excitar la admiración del vulgo, sería justificado el cargo de Arístipo al tratarle como cortesano de la plebe; pero responderle que, si adulaba á los reyes por vivir en grande, él mendigaba un mendrugo de pan, rebajándose ante seres despreciables, nos parece respuesta muy propia de aquel filósofo egoísta é incapaz de comprender la grandeza de un sacrificio que tanto repugnaba á su orgullo y sus hábitos de sibaritismo. Mendi-

gar el sustento y despreciar los favores del amo del Universo, es entereza rayana en la sublimidad, y se comprende que los incapaces de imitarla se nieguen igualmente á su admiración.

V. 23. *Omnis Aristippum.* — Como ya hemos visto, el autor se inclina al dictamen de Arístipo, de quien se confiesa discípulo; encontramos natural por ende el elogio que le tributa, como excelente vividor que sabía sacar partido de las más difíciles circunstancias.

V. 25. *Duplici panno.* — Llamado así, ó por ser el paño muy basto y recio, ó por servirle á la vez de vestido y cobertor de cama.

V. 30. *Mileti.* — Mileto, hijo de Apolo y Aria de Creta, fundó sobre el golfo Látmico, y en la desembocadura del Meandro, la ciudad de su nombre, que se enriqueció por el comercio y la manufactura de telas de lana, en cuyo tinte no tenía rival.

V. 31. *Morietur frigore.*—Arístipo tomó al salir un día del baño el manto de Diógenes, dejándole el suyo muy rico y lujoso; pero éste rechazó el ponérselo, como impropio de su humildad y modestia.

V. 36. *Non cuivis.* — Frase que se hizo proverbial, por lo difícil que se reputaba el acceso al puerto de Corinto.

V. 41. *Nomen inane est.* — Tiene razón Horacio: si la virtud no es un nombre vano, ha de orlar la frente de los varones que acometen y realizan empresas gloriosas que la fama divulga por los ámbitos de la tierra.

V. 43. *Coram rege.* — Horacio aconseja á Esceva el modo de comportarse con los grandes, no persiguiéndoles con súplicas importunas, y aguardando el tiempo y la ocasión para recibir sus favores.

V. 49. *Et mihi dividuo.* — Que se parta entre los dos la ración.

V. 50. *Sed tacitus pasci.* — Alude á la fábula del cuervo y la zorra.

V. 52. *Surrentum.* — Ciudad de Campania, frente á la isla de Caprea.

V. 56. *Périscelidem.* — Liga á modo de brazalete, de metales preciosos y finas labores, que usaban las damas de alcurnia y las cortesanas.

V. 57. *Nulla fides.* — No inspiran la mayor confianza las lágrimas de las cortesanas, cuando á través de ellas se descubre la eterna petición que acibara los goces del amor.

XVIII

V. 1. *Si bene te novi.* — Si Lolio era un joven inexperto y desaconsejado que necesitaba las advertencias horacianas, para conducirse y sortear hábilmente los peligros de la sociedad más encopetada y exigente de su tiempo, satisfecho debió quedar de la excelente doctrina que en su obsequio acumula esta lección de mundología, tan interesante y provechosa como la mejor que saliera de la pluma del poeta, convertido por la enseñanza de los años á la gravedad del filósofo y moralista; y si no necesitaba tan útiles consejos, porque sabía tratar á los grandes con la dignidad á su alcurnia correspondiente, debió quedar aun más orgulloso y satisfecho al ver inmortalizado su nombre en el frontis de un edificio literario, que han de respetar los ultrajes del tiempo y las sombras del olvido.

V. 1. *Lolli.* — ¿Es el padre ó el hijo á quien hace referencia? Creemos con Burgos que sería audacia inconcebible dirigir á persona tan calificada como el cónsul Lolio consejos muy útiles á un mancebo, que si bien adornado de brillantes cualidades, pudiera necesitarlos,

en los difíciles tiempos que la República atravesaba, por haber vinculado todos sus poderes en el vencedor Octavio.

V. 6. *Asperitas agrestis.* — Si es despreciable la bajeza del adulador suspenso del capricho y voluntariedad del poderoso, no es tampoco más loable el proceder de aquellos que, huyendo la nota de bajos y serviles, se conducen con brusca franqueza, rayana en el salvajismo; desprecian el aseo personal, por no confundirse con almibarados petimetres, y gradúan de energía la rudeza feroz de un natural levantisco, que les enajena las voluntades de grandes y chicos, amigos y enemigos, porque á todos resultan enfadosos y repulsivos, por su suciedad, sus andrajos y sus extemporáneas violencias.

V. 9. *Virtus est.* — Aforismo en varias ocasiones repetido, que acredita la discreción de Horacio, enemigo de las exageraciones nacidas de falta de entendimiento ó de sobra de petulancia, ó de ambas cosas á la vez, y que tanto contribuyen á convertir las virtudes en extravíos lamentables.

V. 10. *Imi derisor lecti.* — Los tres lechos, medio, superior é ínfimo, que se ponían en torno de la mesa, eran desiguales, y en el tercer puesto del último se colocaban aquellos truhanes y parásitos que no merecían del patrono consideración más distinguida. El retrato del bufón abyecto, que repite las palabras del anfitrión como el niño en la escuela de primeras letras la lección que le dicta el maestro, ó el farsante de escasa nota su papel, aparece tan movido y gracioso, como enérgico y duro de facciones el del carácter independiente y fiero, trazado anteriormente.

V. 15. *De lana... caprina.* — Como la cabra no es animal lanudo, ha de entenderse la expresión por una nonada, una bagatela, porque, en efecto, los tempera-

mentos furibundos ó levantiscos no necesitan grandes estímulos en sus camorras, pues les basta cualquier fútil ocasión para destrozarse los pulmones á fuerza de gritos y juramentos.

V. 18. *Acriter elatrem.* — Nótese la propiedad y fuerza del verbo *elatrem,* aplicado al furioso cuestionador. No habla, no discute, sino que ladra, enseña los dientes y amenaza clavarlos en las carnes del que osa contradecir sus intemperantes y desatinadas razones.

V. 19. *Castor an Docilis.*—Dos gladiadores ó cómicos desconocidos.

V. 20. *Minuci.* — Es la lección de los antiguos manuscritos. La vía llamada Minucia, por haberla mandado construir el cónsul Tiberio Minucio, atravesaba la Sabinia y se juntaba con la vía Apia en Benevento.

V. 21. *Damnosa Venus.* — Los que se entregan en brazos de la crápula tienen que llorar pronto la pérdida de la bolsa y la fama, el agotamiento de sus energías vitales, ó la crueldad de males secretos que, sobre afligir con el dolor, humillan con el sonrojo de padecerlos.

V. 25. *Saepe decem vitiis.* — ¡Qué penetración y conocimiento de la sociedad patentiza este magnífico rasgo! El amigo opulento podrá ser esclavo de la gula, la ostentación, la fiereza ó la lujuria; pero si ve las mismas pasiones en el que necesita de su protección, le desprecia y aun aborrece, por la insensatez de mostrarse su competidor, viviendo en la obscuridad y la pobreza, y necesitando del favor que sólo debe concederse á los honrados á quienes la desgracia, y á veces la misma honradez, han sumido en la miseria de que no pueden salir sin poderosas ayudas.

V. 26. *Ac veluti pia mater.*—No hay madre que no procure que su hija la aventaje en discreción y honesti-

dad, ni vicioso que se interese por salvar al que se encenaga en la depravación.

V. 28. *Contendere noli.* — La advertencia está en su punto y lugar. El rico puede cometer algunas locuras, sobre todo las que se pagan con oro, porque su capital se las consiente; pero si el pobre pretende entablar una peligrosa é imposible competencia, acabará por acarrearse su desgracia, y causará la irrisión de las gentes su insensata vanidad.

V. 31. *Eutrapelus.* — Volumnio, senador muy amigo de Cicerón, recibió el nombre de Eutrapelo, por su humor gracioso é intencionado, y la finura con que se burlaba de aquellos á quienes hacía víctimas de sus jugarretas, dándoles preciosos vestidos, para que se levantasen á mayores, concibiesen esperanzas irrealizables, y se abandonasen á los despilfarros propios de los ricos, y acabasen por fin la comedia, cayendo en el abismo de su confusión.

V. 36. *Trax erit.*— El gladiador tracio luchaba con un escudo cuadrado y convexo por arma defensiva, y por ofensiva empuñaba un cuchillo corvo y aguzado, á modo de pequeño sable.

V. 40. *Poemata paugas.* — El importuno empieza por molesto y acaba por aborrecible. Aun el amante de la poesía escucha los versos como quien oye llover, cuando la atención, preocupada con otros objetos, rehusa fijarse en los encantos de las Musas.

V. 41. *Amphionis atque Zethi.* — Cuéntase que Anfión había recibido de Mercurio una lira tan maravillosa, que á las vibraciones de sus cuerdas las piedras se removían y colocaban en su sitio, para levantar las murallas de Tebas; y que Zeto, de carácter inculto y feroz, le cobró tal aborrecimiento, que á fin de evitar disensiones, hubo su hermano de renunciar á la música

y la poesía. Mito que, como el de Orfeo, nos enseña cómo se civilizaron los hombres primitivos rudos y salvajes con los encantos del arte, y cómo la ferocidad nativa representada por Zeto llegaba en ocasiones á hacer callar sus acentos divinos y conmovedores.

V. 44. *Tu cede.* — Ceder á las indicaciones del poderoso, inclinado de suyo á mandar con arrogancia, es dar pruebas de cuerdo y sensato; adivinar sus antojos, acompañarle en ellos y aplaudírselos calurosamente, es mostrarse refinado cortesano, y tener seguridad en el logro de las más atrevidas pretensiones.

V. 46. *Aetolis... plagis.* — Las costas de Etolia, comarca de Grecia, eran muy fértiles; en cambio, el interior del país estaba cubierto de espesas selvas, que servían de guarida á los animales feroces, sobre todo jabalíes, y de aquí la fama de los lazos etolios.

V. 52. *Adde... quod.* — Lolio era un oficial tan distinguido y de tanta destreza en el manejo de las armas, que los espectadores del campo de Marte le premiaban con estrepitosos aplausos, cuantas veces entraba en liza con sus hábiles competidores.

V. 55. *Puer et Cantabrica bella.* — Todavía muy joven, casi un niño, asistió á la espantosa guerra de los cántabros, que tanto menoscabó la reputación de las armas romanas.

V. 56. *Signa refigit.* — El mismo año que se escribió esta epístola, había enviado Frâtes á Augusto las águilas que adornaban los templos de su reino, arrebatadas á Craso, en una victoria tan memorable como funesta á los prestigios del poder romano.

V. 61. *Actia pugna.* — Después de la victoria de Accio, estableció Octavio un festival que se celebraba de cinco en cinco años, en conmemoración de tan fausto acontecimiento; y Lolio, por lisonjear al príncipe, la

representaba en el estanque de su casa paterna, mandando el ejército victorioso, y poniendo la escuadra vencida bajo la dirección de su hermano menor. Simulacro que debía agradar sumamente al César, por representarle á lo vivo la victoria que le diera el señorío del mundo.

V. 68. *Quid de quoque.* — Si supiéramos aquilatar el grado de confianza que inspiran las personas á quienes tratamos, y lo que debemos recatar de su curiosidad impertinente, nos ahorraríamos sendos disgustos, y no tendríamos tantos motivos de queja de la falsedad ó imprudencia de los amigos.

V. 71. *Irrevocabile verbum.* — La palabra suelta ya no puede recogerse; consideración que debería ser suficiente para hacernos menos propensos á la maledicencia; ¿pero quién no habrá pecado alguna vez por excesiva soltura en la lengua, y quién no se ha arrepentido jamás de mirar con ojos poco benévolos á las personas que le inspiran reconcentrada aversión?

V. 76. *Qualem commendes.* — El aviso no merece echarse en saco roto. Por no detenernos á profundizar en el conocimiento de los que solicitan nuestro favor, recomendamos á veces á sujetos indignos, que nos lo pagan con ingratitud, haciéndonos partícipes de sus culpas, hasta avergonzarnos de haber sido por extremo cándidos y generosos, cuando en realidad hemos pecado de indiscretos y ligeros, recomendando al que no es digno de nuestro favor.

V. 82. *Dente Theonino.* — Ya fuese un satírico acre y virulento, ya un despreciable calumniador, tuvo Teón la suerte poco envidiada de que su nombre sirvisese para designar la lengua del injusto difamador, que no perdona las calumnias más viles, por el gusto de manchar honradas reputaciones.

V. 85. *Neglecta solent.* — Como el incendio toma

fuerzas y llega á ser formidable de no acudirse pronto á su extinción, así el vicio que arraiga en la voluntad acaba por corromperla de tal suerte, que la incapacita para toda acción meritoria y esforzada.

V. 86. *Dulcis inexpertis.* — El trato de los amigos poderosos lisonjea á los vanos, presuntuosos y poco experimentados; pero el que sabe á cuánta costa se compra su dudosa amistad, y de cuán poco provecho resulta casi siempre, no trocará por ella un solo momento de independencia, que le permita vivir á su gusto sin atarse con el cabo de la esperanza al antojo de un insolente protector.

V. 91. *Potores liquidi.*—Bentlei restableció la inteligencia de este verso. Muchas ediciones imprimen *potores bibali.*

V. 93. *Tepores.* — Así dicen los manuscritos, y las ediciones, *vapores.*

V. 94. *Deme... nubem.*—Al fruncir el entrecejo por la irritación del disgusto ó por el peso de la tristeza, una nube sombría empaña la vista y nos hace percibir todas las cosas del más negro color.

V. 96. *Inter cuncta leges.*—Recomiéndale la lectura de libros instructivos que calmen sus inquietudes y le dirijan en los negocios difíciles sin exponerse á las quiebras y percances del que despliega las velas á todos los vientos, ya sean favorables ó adversos á su navegación.

V. 100. *Virtutem doctrina paret naturane.* — Una de las cuestiones que más dividieron á los antiguos filósofos fué la de averiguar si la virtud procedía de la naturaleza ó era hija de la solidez de la educación. En nuestro sentir, entrambas opiniones son defendibles, pues la experiencia nos ofrece multitud de casos de chicuelos de la piel del diablo, capaces de burlar las exhortaciones de los maestros y los sanos ejemplos de

la casa paterna; y la misma experiencia nos advierte también que el hombre de superior cultura corrige con ella sus defectos personales, y si no llega al ápice de la perfección, negada á la flaca naturaleza, consigue en ocasiones infundir pasmo y asombro con el ejemplo de sus virtudes. Un natural bondadoso guiado por la luz de la razón engendra la virtud, como un natural degenerado y el abandono de la educación tarde ó temprano producen al vicioso ó al criminal empedernido.

V. 103. *Fallentis semita vitae.*—La senda de la obscuridad por donde caminan las multitudes, á quienes la falta de recursos, la necesidad del trabajo y la modestia de la condición apartan de los peligros en que tan fácilmente caen los favoritos del linaje ó el capital.

V. 105. *Quem Mandela.* — Por el valle de la quinta de Horacio se deslizaba el arroyuelo Digencia.

V. 110. *Dubiae spe... horae.*—Aun los recursos que el poeta solicita de los dioses no son para vivir como un hacendado de mediana cuantía, sino para asegurar el sustento, y desprendido del afán de adquirir, dedicarse por entero al estudio de la Filosofía.

XIX

V. 1. *Maecenas docte.*—En esta íntima confidencia con Mecenas expone Horacio, sin afectada modestia ni vanagloria intolerable, los títulos que le hacían acreedor al elogio de los doctos y á que sus versos anduviesen en las manos del público como los más selectos que había producido la musa latina, títulos que no podían alegar sus envidiosos detractores, que buscaban su inspiración en la embriaguez, y los lauros poéticos recitando los abortos de su menguado ingenio en las encrucijadas de las calles ó las salas de los festines; que no á

todos es dado llegar á Corinto, como afirma en otro pasaje, ni volar con alas propias por regiones inexploradas, ó caminar seguros por sitios donde no se hayan señalado las huellas de viajeros impávidos y audaces.

El escritor de verdadero genio, el que piensa y discurre por cuenta propia, el que sabe hacer suyas las enseñanzas del hombre y la Naturaleza, y hasta á lo que aprende en los libros imprime el sello de su vigorosa individualidad, no formará nunca parte del rebaño servil de imitadores ó la turbamulta de escritorzuelos ramplones que acosan al genio con sus censuras irritantes, como los perros ladran á la luna sin que ésta se digne prestar la menor atención á sus furiosos ladridos.

V. 1. *Cratino.* — Cratino, de quien hemos hablado en otro lugar, pasaba por tan devoto de Baco, que, según Aristófanes, en su comedia *La paz*, murió de la pesadumbre que le produjo el ver roto un tonel de vino.

V. 2. *Nulla placere.* — En opinión de Cratino, los bebedores de agua eran incapaces de componer nada sobresaliente.

V. 4 *Liber.*—Los poetas, como los faunos y sátiros, veían en Baco su dios favorito, y como á tal le ensalzaban en sus cantos.

V. 6. *Vinosus Homerus.* — No es bastante motivo que Homero y Ennio celebrasen el vino, para llamarlos borrachos; también Horacio se arranca en himnos laudatorios del suave licor, y no por eso creemos que apestase con su aliento al reclinarse en el seno de Lidia ó salir de los festines de su protector.

V. 8. *Putealque Libonis.*—Pozo á que alude el verso treinta y cinco de la sátira VI del libro II.

V. 9. *Mandabo siccis.* — El edicto, como graciosamente lo llama, es un chiste del autor. Torrencio y

Bentlei han demostrado palmariamente ser tal la genuina interpretación del pasaje.

V. 10. *Non cessabere.*—Los poetas contemporáneos de Horacio debían ser bastante aficionados á los dones de Baco, cuando afirma de ellos que se anublaban de día, y de noche se iluminaban á fuerza de tragos.

V. 13. *Catonem.* — ¿Es Catón el Censor ó Catón de Útica? Por el contexto parece aludirse al primero, notado por la austeridad y rigidez de sus costumbres y por cierto abandono que rayaba en el desaliño en lo tocante al vestido y aseo del cuerpo.

V. 15. *Rupit Iarbitam.* — Un morillo competidor de Timágenes, á quien llama Iarbas, nombre de un rey de los gétulos.

V. 15. *Timagenis.*— Retórico é historiador de Alejandría que abrió una escuela en Roma, adonde pasó en calidad de prisionero. Por su talento y elocuencia logró la estimación de Julio César; pero su humor cáustico y punzante, que no perdonaba ni aun á los que debía más reconocimiento, acarreóle el desprecio de su generoso protector.

V. 17. *Decipit exemplar.*— Cosa facilísima imitar á los genios privilegiados en los defectos de que adolecen, pero no es tan llano el emular las virtudes y hazañas que les han conquistado la admiración universal.

V. 18. *Exangüe cominum.*—Antiguamente se creía que el bebedor que echase en la copa algunos cominos se ponía pálido y como si no tuviese sangre, y de aquí este epíteto tan audaz y significativo.

V. 19. *O imitatores.* — Al sentir y manifestar tan rotundo desprecio por el rebaño servil de imitadores, referíase indudablemente á esos inicuos plagiarios que zurcen retazos y pensamientos ajenos, desfigurándolos lastimosamente á fin de que no se conozca su paterni-

dad respectiva, no á los imitadores como Virgilio, y aun el mismo Horacio, que, guiados por el ejemplo de un Homero, un Alceo y un Arquiloco, llegaban á igualar, si no aventajaban, á sus modelos.

V. 22. *Non aliena.* — El que reconoce sus fuerzas y se siente con bríos para abrirse caminos nuevos á través de los mayores obstáculos, desdeña mover sus pasos por los senderos fáciles abiertos á la multitud, enemiga de las empresas temerarias que acometen algunos, y sólo muy pocos tienen la fortuna de llevar á feliz remate.

V. 23. *Ego primus.*—Se vanagloria de haber sido el primero que introdujo en el Lacio los yambos vigorosos y enérgicos de Arquiloco de Paros, bien que empleándolos en asuntos más nobles y con frases menos violentas que las usuales del satírico griego, quien, furioso contra Licambe por haberle negado, faltando á su promesa, la mano de su hija Neóbula, persiguió á la familia con tan atroz ensañamiento y dijo de ella tales horrores en sus mordaces yambos, que padre é hija se dieron la muerte por estrangulación, como único medio de escapar á tan violentos ultrajes.

V. 28. *Mascula Sapho.* — Safo, la varonil, apasionada y ardiente poetisa de la escuela eolia, cuyos poemas sólo han llegado á nosotros por algunos fragmentos, entre los que descuella el de su oda á Venus. La tradición, que la representa arrojándose al mar desde la roca Leucade, desesperada por los desvíos de Faón, parece un episodio inventado en tiempos posteriores.

V. 29. *Alcaeus.* — Alceo de Mitilene, en la isla de Lesbos y contemporáneo de Safo, vióse desterrado de su patria por el partido popular imperante, al que intentó avasallar con las armas de los nobles; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la firmeza de Pitaco el dictador,

y hubo de renunciar á la empresa acariciada de implantar en ella el gobierno aristocrático; sus himnos eróticos se distinguieron por la suavidad y dulzura; sus canciones bélicas por la robustez y brío de las estrofas. Los escasos fragmentos de sus poesías nos impiden formar un juicio exacto de su valor, pero el hecho de haber sido en la lírica el maestro de Horacio pone bien de relieve su mérito, y por la grandeza del discípulo puede conjeturarse la talla del maestro.

V. 37. *Non ego.*—No necesitaba mendigar los sufragios de la plebe versátil y antojadiza, ni conquistar los aplausos de los amigos convidándolos á sus cenas ó regalando á los menesterosos las túnicas por gastadas ya inservibles, ni solicitar de los maestros que hiciesen recitar sus versos á los alumnos más aprovechados de las aulas; y aun es probable que, á necesitarlo, no hubiese sabido sugestionar los ánimos con tal objeto, oficio que conocen mejor los intrigantes que los hombres de mérito, poco amigos de las aclamaciones de las turbas imbéciles, apasionadas y violentas.

V. 42. *Nugis addere pondus.*— «Dar importancia á sus bagatelas.» No debía extrañar que tomaran á broma su cortedad y modestia, pues nosotros hubiéramos hecho lo mismo teniendo en cuenta su propensión á la burla y lo persuadido que estaba de sus altos merecimientos.

V. 43. *Auribus Jovis.* — Los oídos de Augusto, tan omnipotente en la tierra como Jove en el Olimpo.

V. 45. *Naribus uti.* — Fruncir las narices, burlarse cuando no estaba el horno para bollos y podía acarrearse algún lastimoso percance.

V. 47. *Deludia posco.* — *Deludia* ó *diludia* se llamaba el plazo concedido á un gladiador para descansar de sus peligrosos ejercicios.

V. 48. *Ludus.*— ¡Cuántas veces de una chanza im-

pertinente proviene una cuestión, y de ésta la desgracia irremediable de los que la provocaron!

XX

V. 1. *Vertummum Janumque.*—La última carta del libro I vió la luz al frente de una colección de sátiras y epístolas el año 733 de Roma, como prefacio indispensable para advertir á su libro los desabrimientos y sinsabores que le aguardaban por no retraerse en el rincón de la modestia y aspirar con demasiada impaciencia al aplauso de las gentes. Las noticias de los últimos versos relativas á su persona nos sirven para conocer su físico y moral y precisar con exactitud la fecha en que vino al mundo. De Jano y sus estatuas en el foro, ya se habló en otro lugar. Vertummo, el dios de las mudanzas y estaciones, de las compras y las ventas, también tenía su estatua en la plaza, frente á las tiendas de los libreros.

V. 2. *Sosiorum.* — Los hermanos Sosías, libreros muy reputados de aquel entonces.

V. 2. *Pumice mundus.* — Con la piedra pómez se pulía el pergamino de las copias de los libros, que ofrecían un negocio lucrativo á amanuenses y libreros.

V. 5. *Descendere.* — Algunas ediciones estampan, con poco acuerdo, *discedere,* separándose de los manuscritos que traen *descendere.*

V. 8. *In breve te cogi.*—Cuando el lector se cansaba, volvía á enrollar las hojas desplegadas del volumen (hoy, menos respetuosos tal vez, le arrojamos con desdén) para volver á recogerlo al día siguiente. Si el temor de los desdenes injustificados acobardase á los escritores, bien pronto enmudecerían las prensas del mundo entero.

V. 13. *Uticam.* — Ciudad importante al norte del

golfo de Cartago, inmortalizada por el suicidio de Catón.

V. 13. *Illerdam.* — La actual Lérida, ciudad de los ilérgetes en la España Tarraconense, asentada á orillas del Segre, donde Afranio y Petreyo quedaron derrotados por Julio César.

V. 14. *Ut ille.* — Se refiere á la antigua fábula del campesino montado en cólera, que acabó por arrojar al precipicio á su asno desobediente.

V. 18. *Extremis in vicis.*—Las escuelas de los últimos barrios ó los arrabales, se supone que no fueran las mejor montadas, ni aquellas á que asistiesen los hijos de las familias distinguidas.

V. 19. *Sol tepidus.* — Á la caída de la tarde, hora muy á propósito para entretener el tiempo con esparcimientos literarios.

V. 20. *Libertino patre.* — Siempre que se le ofrece ocasión habla con orgullo de su humilde origen, como quien sabía que su valer le daba derecho á codearse con personajes linajudos.

V. 23. *Primis urbis.* — Lolio, Mecenas, Agripa y Octavio.

V. 25. *Tamen ut placabilis.* — Si los caracteres violentos suelen hacerse antipáticos á todos, cuando se aplacan á la primera razonable observación, reconociendo la injusticia de sus arrebatos, acaban por conseguir nuestra indulgencia, que si reprende en ellos la viveza excesiva, alaba la docilidad con que perdonan las injurias que imaginan haber recibido.

V. 28. *Collegam Lepidum.*—El año 733 de la fundación de Roma, en que Lolio sacó triunfante la candidatura de Lépido para el Consulado.

LIBRO SEGUNDO

I

V. 4. *Caesar.* — Así que Augusto logró desembarazarse de su rival Antonio y quedar único é indiscutible dueño del mundo, dedicóse á proteger las fronteras, reformar las costumbres, dictar sabias leyes y remediar en lo posible los desastres producidos por las guerras civiles con el celo y solicitud que antes había puesto en destruir á sus enemigos.

V. 5. *Romulus, et Liber, et cum Castore Polux.*— Gratísimos debieron sonar en los oídos de Augusto los elogios tributados al fundador de Roma, al padre Baco y á los dioscuros, que en pago de sus hazañas hubieron de sentir la ingratitud de sus contemporáneos, y sólo después de muertos alcanzaron la gloria á que su esfuerzo y generosidad los hizo acreedores.

V. 7. *Aspera bella.* — Con la sagacidad insinuante de un perfecto cortesano enumera las victorias, la fundación de pueblos y las particiones de campos atribuídas á Rómulo y Baco para lisonjear á Augusto por sus guerras felizmente terminadas, la edificación de célebres ciudades y la creación de colonias en favor de sus adictos y leales veteranos.

V. 10. *Qui contudit Hydram.*—Hércules ó Éracles,

el héroe más famoso de la antigüedad. Entre sus doce trabajos inmortalizados por la fábula, se cuenta el de la hidra de Lerna, que le suscitó la vengativa Juno.

V. 11. *Fatali labore.* — El destino había condenado á Hércules á tan portentosos trabajos para conseguir la inmortalidad en la tierra y el cielo.

V. 12. *Comperit Invidiam.* — Sus hechos esforzados y heroicos, en vez de conquistarle el aplauso y la admiración, le acarrearon las persecuciones de la envidia, á la que sólo pudo desarmar volando al seno de los inmortales.

V. 13. *Urit enim.*—El ingenio que brilla y resplandece, como astro de primera magnitud, irrita y subleva á los envidiosos, y sólo en la hora de la muerte el aborrecimiento cede su lugar á la admiración, porque la envidia sólo gusta de carne fresca, y no goza ensañándose con los cadáveres.

V. 15. *Praesenti tibi.* — Á Octavio se le tributaron en vida honores divinos.

V. 18. *Sed tuus hic populus.*—Reconociendo la justicia popular que le decreta honores no concedidos á los héroes, porque el pueblo siente y admira con entusiasmo los triunfos políticos ó guerreros, no concede á éste igual aptitud y recto criterio para discernir el mérito de los escritores, y se desata enojado contra los que reservan su veneración respetuosa para las obras de los antiguos, mientras sienten odio y desvío por los modernos, que enriquecen la herencia de los siglos.

V. 23. *Tabulas peccare.* — Convencido el tribuno Terencio de que los frecuentes desórdenes de la República nacían de la falta de un Código de leyes donde se deslindasen las atribuciones y prerrogativas de las distintas clases, propuso el nombramiento de una Comisión que acudiese á necesidad tan perentoria, y á pesar

de la enemiga de los patricios, que se opusieron tumultuosamente á la propuesta del tribuno, después de ocho años de incesantes disturbios y revueltas, nombróse la comisión que debía estudiar en Grecia las leyes más justas y convenientes á las necesidades públicas, y los decenviros, elegidos del orden patricio, fueron encargados de redactar el código de las Diez Tablas, adicionado al año siguiente con otras dos, que integraron la ley de las Doce Tablas: constitución política y código fundamental del pueblo romano, escrito en un lenguaje rudo, viril y conciso, y poco apto para regalar los oídos hechos á las dulzuras de Tibulo y Virgilio, ó á las elegancias de Ovidio y Horacio.

V. 24. *Foedera regum.* — Alude á los tratados de Rómulo con los sabinos y de Tarquino con los gabios, escritos sobre un cuero de buey en estilo que no desdecía del papel empleado en su redacción; y estos antiquísimos monumentos, de tanto valor histórico y aun filológico, pero de ningún mérito literario, juntos con los libros de los pontífices, más obscuros que las respuestas de la Sibila y los versos de Ennio y Livio Andrónico, toscos embriones de los frutos sabrosísimos que más tarde había de producir la Musa latina, merecieron la admiración de los pedantes de la época, que los ponían sin entenderlos sobre las producciones inmortales del siglo de Augusto.

V. 27. *Albano... in monte.* — En el monte de Alba recibía, ó fingía recibir, el gran Numa las inspiraciones de la ninfa Egeria; de ahí que los admiradores de la antigüedad creyesen buenamente que las Musas habían trocado su residencia habitual del Parnaso por el monte de Alba, donde dictaban á los poetas sus cantos, recibidos por el pueblo como si verdaderamente estuviesen inflamados por el aliento divino.

V. 31. *Nil intra est oleam.*—Frase elevada á la categoría de proverbio, con que se respondía al contrincante que se empeñaba terco y obcecado en negar la evidencia.

V. 32. *Venimus.*—Que los antiguos escritores griegos fuesen dechados de perfección, no autorizaba á colocar á los romanos de los primitivos tiempos á la misma altura, ni porque Roma hubiese llegado á la cumbre del poder había obscurecido el fulgor de Grecia en el arte pictórico y estatuario, y las ficciones encantadoras de la poesía.

V. 34. *Si meliora dies.* — La comparación de un poema con el vino, cuanto más añejo, por los finos catadores más apreciado, precisa con lógica un tanto socarrona los términos de la cuestión, de tal modo que acaba por rendirnos á la evidencia cuando paso á paso nos conduce á descubrir el falso fundamento en que se apoya la clasificación de las obras en antiguas y modernas, puesto que nadie ha determinado *à priori* el transcurso de tiempo necesario para que una obra envejezca, y aun es lícito asegurar que las de mérito sobresaliente gozan de una vigorosa y eterna juventud.

V. 42. *Respuat.* — Así se lee en varios códices, pero en las ediciones es muy frecuente *respuit* ó *respuet.*

V. 47. *Ruentis acervi.* — El argumento *sorites,* que relaciona dos extremos por una serie de términos medios.

V. 49. *Quod Libitina.* — Esta divinidad itálica personificaba en la antigüedad el placer (libido); pero se la confundió con Proserpina, y en su templo se conservaban los elementos indispensables en un cortejo fúnebre. Horacio emplea el nombre de Libitina por la muerte que le estaba consagrada.

V. 50. *Ennius.*—Ennio, el padre de la poesía roma-

na, autor de los *Anales,* manejó con el mismo brío el estilo del escritor que la espada del soldado; así que le cuadran perfectamente el *sapiens* y el *fortis.*

V. 53. *Naevius.*—Nevio compuso obras dramáticas y un poema sobre la primera guerra púnica.

V. 56. *Pacuvius.*—Marco Pacuvio, sobrino de Ennio, y muy aplaudido dramaturgo, murió á los noventa años de edad en su pueblo natal (Brindis), adonde se había retirado cubierto de laureles.

V. 56. *Accius.*—Poeta trágico, imitador de los griegos, que tuvo el acierto de escoger argumentos tomados de la historia patria.

V. 57. *Afrani.*—Lucio Afranio vivió un siglo antes de Jesucristo. Se le considera como el inventor de la comedia *togata,* y por su vis cómica y su espontánea facilidad obtuvo el favor del público hasta los tiempos de Augusto.

V. 57. *Menandro.*—El alma de Menandro, si no toda entera, vive todavía en las piezas de su discípulo Terencio, que se reconoce deudor al genuino representante de la comedia nueva, la más en armonía con las aspiraciones y exigencias del teatro moderno.

V. 58. *Plautus.*—Plauto, el primero de los cómicos romanos, y de quien nos quedan veinte comedias, que lograron sostenerse en la escena hasta los tiempos de Diocleciano.

V. 58. *Epicharmi.*—Epicarmo de Cos, poeta cómico tan elegante como original, sembró sus obras de reflexiones y máximas morales, y obtuvo gran predicamento en la corte de Hierón de Sicilia.

V. 59. *Caecilius.*—Cecilio, contemporáneo de Ennio, tan hábil en la elección de los argumentos de sus comedias como notado por la elegancia y nobleza del estilo. Los pocos versos suyos que han llegado hasta nosotros

pueden leerse en las colecciones de *Fragmenta poetarum veterum* y *Corpus poetarum latinorum*.

V. 59. *Terentius.*—Terencio. Es harto conocido este autor cómico, que, si no en la invención, aventaja á Plauto en la cultura y urbanidad, así como en el arte de trazar y sostener los caracteres.

V. 62. *Livi scriptoris.*—Livio Andrónico, griego de naturaleza y el primer cultivador de las piezas teatrales en Roma.

V. 66. *Nimis antique.*—Aun las obras más admirables y acabadas llegan á envejecer algún día; y el público, en su afán incesante de novedades, ó las relega al olvido, ó sólo les permite vivir en un círculo de personas doctas que aprecian lo bello sin distinción de tiempos ni lugares.

V. 69. *Laevi.*—*Livi* se lee generalmente, pero no es verosímil que el maestro de Horacio dictase á sus discípulos los versos de Livio Andrónico, anticuados por demás, y se cree con fundamento que el autor se refiere á Levio, poeta casi moderno que compuso poemas mitológicos.

V. 71. *Orbilium.*—El epíteto de *plagosum* le califica como uno de esos maestros celosos, pero duros y violentos, que, convencidos de que la letra con sangre entra, mezclan de tal manera en sus lecciones la enseñanza y la corrección, que no sabemos si darles el título de maestros ó atormentadores de la niñez.

V. 78. *Nec veniam.*—Algo más que indulgencia merecen los desaciertos y errores de los que se atreven á dar los primeros pasos sin guías que los dirijan á través de malezas y obstáculos sin cuento.

V. 79. *Atta.* — Tito Quincio Atta, dramaturgo que imitó la manera de Afranio.

V. 82. *Aesopus.* —Esopo, el más renombrado actor

trágico de Roma. Se distinguía por la vehemencia y la fogosidad, que le elevaron á la cumbre de la fama y la riqueza; tanto, que después de haber vivido fastuosamente, dejó una herencia respetable á su hijo, que la disipó bien pronto en escandalosas aventuras.

V. 82. *Doctus Roscius.*—No fué menos afortunado Roscio, tan insigne en la comedia como Esopo en la tragedia, y tan ilustrado como lo acredita su libro sobre la elocuencia en el teatro.

V. 85. *Imberbes didicere.*—Y probablemente sucederá lo mismo hasta la consumación de los siglos. Cuesta mucho trabajo renunciar á los ídolos de la juvenil edad y despojarse de las convicciones sustentadas en la primera etapa de la vida; de aquí que los nuevos descubrimientos y las aspiraciones ó las corrientes nuevas de la sociedad encuentren, ya la resistencia, ya la oposición ó el desdén, entre los hombres machuchos, y sectarios entusiastas entre los jóvenes, siempre dispuestos á abrir las puertas de su espíritu á los progresos de la ciencia y las maravillas del arte, y aun á mirar con cierta compasiva lástima á los que han vivido en siglos menos adelantados y felices.

V. 86. *Saliare Numae.* — Los sacerdotes guardadores de los escudos auciles cantaban en honor de Marte himnos que se remontan á la época de Numa, de los cuales apenas quedan más que dos fragmentos conservados por Varrón, tan ininteligibles hoy como lo eran ya para los romanos del tiempo de Augusto.

V. 89. *Nostra sed impugnat.*—Parece, efectivamente, que los encomiadores de lo antiguo se complacen en el desprestigio de los autores nuevos, que no han podido por esta razón obtener los juicios imparciales de la posteridad.

V. 90. *Si tan Graecis.* — Como salta á la vista el

error obstinado que combate, su argumentación es irrebatible y contundente: «Esas obras—dice—de los griegos que admiráis entusiasmados, fueron también nuevas al nacer; y si por este motivo hubiesen sido desestimadas, no podríamos hoy recrearnos con sus bellezas ni traspasarlas á nuestra lengua por medio de hábiles imitaciones, ni hubieran alcanzado la fama que les asegura el vivir á través de los siglos, ni el dictado de antiguas, que según vosotros equivale al de perfectas, maravillosas y dignas de profunda veneración.»

V. 93. *Positis bellis.*—Terminadas las guerras médicas, vino el siglo de oro de las letras y las artes helénicas, que produjo las obras más perfectas y acabadas del ingenio humano.

V. 95. *Nunc atletarum.* — Ningún pueblo como el griego supo dar á los ejercicios corporales la importancia que realmente tienen en la educación de la juventud, contribuyendo á formar varones ágiles, diestros y esforzados en los combates. La gloria de los vencedores olímpicos igualaba los simples mortales con los héroes, y sus triunfos eran celebrados por el gran Píndaro, el poeta lírico más grandilocuente y sublime que quizás haya existido en el mundo.

V. 99. *Velut si luderet infans.*—Como chiquillo retozón que juguetea con su nodriza. ¡Qué bien pinta en este sencillo y apropiado símil la ingenua alegría y travesura, á la par que la inconstancia y la versatilidad de los habitantes de Acaya!

V. 103. *Dulce diu et solemne.* — En Grecia los juegos, los espectáculos, los cantos, las tablas pintadas, las estatuas de sus dioses y las representaciones teatrales, causaban la embriaguez de aquel pueblo, tan enamorado de la belleza plástica é ideal, que, como Narciso, murió ensimismado en la contemplación de su propia

hermosura. En Roma, el desentrañar el sentido de las leyes, el lucro de préstamos seguros, el amor á los negocios que multiplican la hacienda, fueron las ocupaciones principales, hasta que la manía de escribir y conquistar la fama de los griegos se apoderó de los ánimos, y el cultivo de las letras constituyó uno de los entretenimientos favoritos de las clases directoras, avergonzadas de la rudeza y brutalidad de los antiguos tiempos.

V. 105. *Cautos... nummos.*—El dinero que se ha de prestar al prójimo ha sido siempre cauto, tímido y asustadizo de la quiebra ó la insolvencia, que destruyen de un golpe las ilusiones y los cálculos del prestamista.

V. 112. *Parthis mendacior.*—La táctica de los parthos, que tan grandes descalabros ocasionaron á los ejércitos romanos, consistía en pelear huyendo, atraer al enemigo con el engaño de la fuga simulada y aniquilarlo cuando se ofrecía la ocasión propicia al intento. De aquí el adagio de ser más embustero que los parthos.

V. 117. *Scribimus indocti doctique.*—Mientras dejamos al herrero el manejo de sus herramientas, al albañil la faena de trabajar sobre los andamios, y al médico la de aliviar á los pacientes, todos nos creemos con excepcionales dotes de escritor á poco que hayamos saludado los libros; y todos, ó la inmensa mayoría, acabamos por renunciar á tan grata creencia cuando el desvío indiferente del público nos avisa del error en que hemos incurrido.

V. 118. *Haec insania.* — Aun calificando de locura el furor poético de sus coetáneos, reconoce de buen grado las dotes excelentes que suelen adornar á los amantes de lo bello, que, embriagados en el éxtasis de su ideal, ni se dejan arrebatar por el incentivo del lucro, ni se contaminan con la peste de negocios fraudulen-

tos, ni se desviven por arruinar, en provecho propio, al pupilo á su custodia confiado; pues sobrios y contentos con poco, sólo ambicionan laureles, aplausos y honoríficas distinciones.

V. 124. *Quamquam piger et malus.* — Que Horacio fuese un pésimo soldado en la única ocasión que le ofrecieron las revueltas políticas de su patria, no le autoriza á suponer que los poetas, por el hecho de serlo, carezcan del valor que arrostra la muerte con arrojo y serenidad. La historia de las literaturas antiguas y modernas se encarga de desmentír categóricamente su afirmación, y Jorge Manrique, Garcilaso, Ercilla, Calderón, Cervantes y otros mil en nuestra patria han demostrado que el manejo de la pluma no debilita el brazo que ha de empuñar la espada, antes lo vigoriza y fortalece con superiores alientos.

V. 126. *Os tenerum.* — Con la lectura de los poetas comenzaban los niños de la escuela el aprendizaje de la pronunciación, y con las máximas saludables en ellos contenidas iban infiltrando en sus tiernos corazones los principios de la moral, que les hacía amar lo santo y lo bueno y apartar con repugnancia el oído de coloquios indecorosos y palabras malsonantes.

V. 130. *Recte facta refert.* — Siempre será más grata la narración de los grandes hechos por la poesía épica celebrados que la contenida en los anales que componen los cronistas de oficio.

V. 131. *Solatur inopem.* — El pobre no puede regalarse con exquisitas viandas ni ostentar lujosos trenes; pero sí solazarse con un libro ameno é instructivo, y en este solaz igualarse con los poderosos.

V. 132. *Castis cum pueris.*—El *Carmen seculare* se cantaba por un coro de jóvenes y otro de doncellas.

V. 135. *Coelestes implorat aquas.* — Se imploraba

el beneficio de la lluvia en procesiones á las que asistían todos descalzos y cantando himnos á los dioses.

V. 143. *Silvanum lacte.* — Silvano, divinidad protectora de los campos y las selvas que presidía las plantaciones y cuidaba de las bestias de labor, así como de la salud de los rebaños.

V. 144. *Floribus et vino Genium.* — Al Genio en Grecia se le llamaba Daimon (de donde viene la palabra demonio), ministro de Jove que habitaba en la tierra y era el protector invisible de los mortales, á quienes asistía en su nacimiento, los acompañaba durante el transcurso de la vida, y por último los conducía á las moradas de Plutón. En Roma la voz Genio, de *gigno*, tuvo la significación de engendrar, y por eso presidía el nacimiento de cada individuo, que en su cumpleaños lo festejaba con vino, incienso, tortas y guirnaldas de flores.

V. 145. *Fescennina per hunc.*—En Fescenia, ciudad de Toscana, tuvieron su origen los versos llamados fesceninos, famosos en los anales de las letras latinas por su grosería y licencia desenfrenadas. A tanto llegó la audacia, que la ley hubo de poner coto á sus violentos desafueros.

V. 154. *Vertere modum.*—El miedo del palo retrajo á los poetas de las injurias y violencias de los versos fesceninos y les inspiró el feliz acuerdo de escribir para el deleite y aprovechamiento del pueblo más que para alimentar sus brutales instintos de injuria y difamación.

V. 156. *Graecia capta.*—Un pueblo feroz y belicoso que conquista á otro muelle y civilizado, acaba por reconocer su inferioridad, convirtiendo al esclavo en maestro y director de su conducta.

V. 160. *Vestigia ruris.*—Los vestigios de las primitivas y rudas sátiras campestres, que, en sentir de Da-

cier, eran unos sainetones llamados *exodia,* que hicieron las delicias de la plebe hasta los tiempos del autor.

V. 170. *Aspice Plautus.* — En la *Epistola á los Pisones* critica á Plauto la crudeza de sus sales cómicas, y aquí nota su escasa habilidad en sostener los caracteres desde el principio hasta el fin.

V. 173. *Dossenus.*—Fabio Doseno, más notable por sus bufonerías que por la inventiva y nobleza de sus fábulas.

V. 182. *Saepe etiam.*—El público de las galerías, el que brama, ruge, silba, vocifera y patalea, ése será en el primer momento el dueño de los éxitos colosales ó los tremendos fracasos; y el espectador culto é inteligente, encerrado dentro de sí mismo, aguardará á que pase la tempestad desencadenada por la estulticia, seguro de que las lenguas de la fama que inmortalizan las obras no han de ser las del populacho bullanguero y desaprensivo, sino las de los críticos sensatos que saben discernir las delicadas filigranas del arte y notar juiciosamente los defectos en que el dramaturgo haya incurrido por negligencia, obcecación ó falta de inventiva.

V. 188. *Ad incertos oculos.* — La censura del autor contra la plebe y los caballeros de su tiempo, podría aplicarse muy bien al mayor número de los que constituyen nuestros concursos teatrales, que no van tanto á oir gracias y delicadezas como á ver decoraciones, trajes y actitudes, traspasando á los ojos los placeres estéticos del alma.

V. 189. *Aulaea premuntur.* — En el teatro romano se bajaba el telón al comenzar, y se subía al fin de la representación; de ahí las expresiones *premere* (bajar), *aulaea* y *tollere* (subir), que significaban el principio y terminación de los actos.

V. 190. *Equitum turmae.*—Las representaciones de los triunfos con su brillante cortejo de soldados y caballeros, naves y carrozas, reyes vencidos y encadenados, y vencedores orgullosos con el esclavo, que les echaba en cara sus tachas y debilidades para que no se enorgulleciesen demasiado en los supremos instantes de su apoteosis, fascinaba y enloquecía al vulgo de aquellos días, como el de los nuestros se deja seducir por insubstanciales ó disparatadas comedias de magia, y aplaude con frenesí las decoraciones efectistas, el trajeado de los coros, los lances estupendos é inverosímiles, los juegos de luces que ciñen con radiante aureola el cuerpo gentil de la protagonista, y otros primores de este jaez, más propios del saltimbanqui que del escritor, llamado á ser el maestro de las buenas costumbres.

V. 192. *Esseda... pilenta, petorrita.* — El *essedum* era un carro de dos ruedas, descubierto y tirado por otros tantos caballos, de que se servían los galos y belgas; el *pilentum*, un carruaje que pudiéramos llamar de lujo, sobre el que se alzaba un baldaquino abierto por los cuatro lados, y donde iban sentadas las personas que se permitían el lujo de emplear tal vehículo en sus visitas ó excursiones; y el *petorritum*, un carro de cuatro ruedas, que usaban los esclavos y gentes de ínfima condición, acaso de origen galo, como el *essedum*, ya descrito.

V. 195. *Diversum genus.*—César fué el primero que llevó jirafas á Roma, y las presentó en los juegos circenses.

V. 196. *Elephas albus.*—El elefante blanco es rarísimo, y por ello muy estimado.

V. 208. *Ac ne forte.*—Horacio no quiso ensayar sus fuerzas en el género dramático, ó porque no las creyese capaces de tanto empeño, ó porque realmente le aco-

bardasen las manifestaciones alborotadas de una multitud insipiente y grosera; pero no deja de reconocer el mérito que supone el congregar en sitio y hora determinados un público heterogéneo, compuesto de diferentes sexo, edad, cultura y educación, y conmoverlo, apasionarlo y calmarlo á su antojo, y trasladarlo de Roma á Tebas, y de Tebas á Atenas, ejerciendo sobre él con la ficción representada iguales ó mayores efectos que podría alcanzar la realidad de los sucesos.

V. 219. *Multa quidem nobis facimus.* — Á la vista sagaz y penetrante del autor no escapa la vana satisfacción que por sus propios escritos siente el poeta, su vanidad sin limites herida gravemente si el mejor amigo osa manifestarle que halla duro ó desaliñado un solo verso, el afán de aporrear los oídos cien veces con la misma cantilena, las quejas del escaso provecho sacado de su labor que juzga meritísima, y la necedad que le induce á creer que el mismo César le va á tomar bajo su protección, obligándole á escribir para gloria de las letras y orgullo del pueblo que le vió nacer y ha de aclamarle como hijo predilecto por las cien bocas de la fama que eternizan los nombres de los insignes escritores.

V. 233. *Chaerilus.* — De Querilo, poeta ramplón y desastrado, hablan también en el mismo sentido Aristóteles, Curcio y Plutarco.

V. 234. *Philippos.*—Moneda de oro con el busto de Filipo de Macedonia.

V. 239. *Praeter Apellem.* — El más célebre pintor de Grecia y el único á quien consintió Alejandro que le retratase.

V. 240. *Lysippo.*—El mismo honor mereció el estatuario Lisipo de Sicione, que, apartándose del camino trazado por Fidias, se aplicó al estudio del natural,

idealizando la belleza humana en la multitud asombrosa de estatuas que salieran de sus manos.

V. 242. *Judicium subtile.* — El que pagase espléndidamente el detestable poema de Querilo, pone de manifiesto la munificencia de Alejandro, y no su cortedad de entendimiento ó su dudoso gusto literario. La envidia que le inspiraba Aquiles por haber celebrado Homero sus hazañas, y su pasión por los Píndaros, Sófocles y Esquilos, prueban que sabía sentir las bellezas poéticas tan bien como los primores de las artes plásticas.

V. 244. *Baeotum in crasso.* — Al aire de la Beocia, craso y pesado, atribuían los atenienses la rudeza de sus naturales.

V. 245. *Tua de se judicia.* — El discernimiento de Octavio en cuestiones de poesía era tan fino y agudo como lo acredita el haber dispensado su amistad y protección á genios como Mecenas, Vario y Virgilio, que inmortalizaron sus nombres en la república de las letras y elevaron á las estrellas la fama del Imperio.

V. 255. *Custodem... Janum.*—El templo de Jano fué cerrado con motivo de la paz el año 744 de la fundación de Roma.

V. 258. *Nec meus audet.* — Sin embargo, en otras ocasiones se había atrevido á celebrar las empresas de Octavio, demostrando estar á la altura de su misión, hasta el punto de que nadie intentara disputarle la palma.

V. 269. *Vendentem thus et odores.* — El barrio de los perfumistas, entre el Foro y el Velabro, adonde iban á parar todos los malos libros, para envolver drogas, cosméticos y perfumes.

II

V. 1. *Flore... amice Neroni.* — Floro, el mismo á quien fué dirigida la epístola III del libro I, acompañó al Asia á su amigo Tiberio Nerón, tan valeroso caudillo y excelente príncipe en su juventud como luego detestable y corrompido emperador.

V. 3. *Tibure vel Gabiis.* — En Tibur, ciudad pintoresca y adornada de soberbias quintas, á la izquierda del Anio y poco distante de Roma, poseía Horacio una casita de campo, donde pasaba algunas temporadas tan á gusto como en su granja de Sabina. Los Gabios, entre Roma y Preneste, estaban completamente arruinados en tiempo de Augusto.

V. 4. *Et talos a vertice.*—No es menor la hermosura de este verso que la del mancebo en el mismo tan admirablemente pintada.

V. 7. *Litterulis Graecis.*—Á los jóvenes esclavos de aventajadas disposiciones se les daba una esmeradísima educación, para venderlos á buen precio.

V. 10. *Ubi plenius aequo.*—Acostumbran los comerciantes á ponderar exageradamente el valor real de la mercancía; pero también el comprador suele mostrarse desconfiado de los que pretenden engañarle con pomposos encomios de lo que quieren venderle.

V. 16. *Excepta... fuga.*—El vendedor de un esclavo contraía la obligación de manifestar sus faltas personales, ó de lo contrario, se exponía á la anulación del contrato de venta.

V. 21. *Talibus officiis.*—Es natural que fuese tardo y perezoso en escribir sus epístolas, pues tenía que meditarlas y corregirlas hasta que su perfección las hiciera dignas de las personas á quienes iban dirigidas.

V. 26. *Luculli miles.*—El cuento, anécdota ó historieta, viene como anillo al dedo. La necesidad ó la ambición nos incitan al trabajo; mas satisfecha la primera y tal vez conquistado el objeto por la segunda perseguido, ¿á qué repetir los anteriores y vigorosos esfuerzos ya coronados por el éxito?

V. 33. *Bis dena.*—Veinte mil sestercios.

V. 42. *Iratus Graiis Aquiles.* — Con *La Iliada* de Homero comenzaban los jóvenes en las escuelas el estudio de los autores griegos.

V. 43. *Artis Athenae.*—En Atenas estudió Horacio los sistemas filosóficos que se disputaban el dominio de la inteligencia humana.

V. 45. *Inter silvas Academi.* — La casa y los jardines de Academo, á las puertas de Atenas, eran el punto de cita de los filósofos, donde Platón explicó las admirables lecciones que han inmortalizado su nombre y el del generoso protector de la filosofía ateniense.

V. 46. *Dura... tempora.* — Duros y crueles fueron los días transcurridos entre la muerte del divino Julio y el imperio de Augusto, y el poeta tenía motivos para conservar de ellos un odioso recuerdo.

V. 51. *Paupertas impulit audax.* — La necesidad, maestra de muchas artes, y madre también de nobilísimas acciones.

V. 57. *Tendunt extòrquere poemata.* — Son pocos, muy pocos, los que en la edad de la reflexión y el desengaño han podido conservar la lucidez del entendimiento y aquel calor apasionado, aquella confianza en el propio valer y aquel entusiasmo por lo grande y lo bello, que hacen posible la inspiración poética, tan lozana y briosa en la juventud como débil y apagada en los últimos años de la existencia.

V. 60. *Bioneis sermonibus.* — Bión siguió las hue-

llas de Arquíloco, imitándole en lo cáustico y agresivo.

V. 68. *In colle Quirini.* — El Qnirinal, habitado primitivamente por una tribu samnita, dista cerca de una legua del Aventino.

V. 72. *Festinat calidus.* — Tiene mucha *vis* cómica la enumeración de los obstáculos y tropiezos que le impiden recogerse en sí mismo, cuando transita por las calles de la gran ciudad.

V. 87. *Frater erat.* —La anécdota de estos dos hermanos, que se prodigaban á manos llenas el incienso de la alabanza, es de aplicación constante en todo tiempo y lugar á esos escritorcillos hinchados de vanidad que se aplauden desesperada y furiosamente por medio de sus amigos, á quienes pagan en la misma moneda, pretendiendo escalar así las alturas de la fama inmortal.

V. 89. *Grachus.* — Cayo Graco, defensor de las leyes agrarias y orador elocuentísimo.

V. 89. *Mucius.* — Publio Mucio, civilista de gran fama y escritor eminente elogiado por Cicerón.

V. 94. *Vacuam... aedem.* — La biblioteca del templo de Apolo Palatino, cuyos anaqueles vacíos estaban aguardando los libros de los famosos poetas y oradores.

V. 95. *Si forte vacas.* — Si estás desocupado y no te disgusta oir las necedades que mutuamente se prodigan los poetas de segunda y tercera fila en el susodicho templo de Apolo.

V. 98. *Samnites.* — El simulacro de la lucha de los samnitas era diversión muy frecuente en los festines de los grandes.

V. 99. *Alcaeus.* — Horacio se reconocía imitador de los metros y aun los asuntos del lírico Alceo.

V. 100. *Callimachus.* — Calímaco de Cirene, director de la biblioteca de Alejandría, tuvo por discípulos á Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio y Apolonio de Ro-

das; y en lo poco que de su labor ha llegado á nosotros, se revela el erudito, culto y elegante, si no el genio de atrevidos vuelos.

V. 102. *Genus irritabile vatum.—La grey irascible de los poetas.* Entre los muchos defectos que se achacan á los cultivadores de la poesía, ninguno tan ostensible como esa vanidad femenil que les hace creerse dignos rivales de los Homeros y Virgilios, y esa irritación que se apodera de ellos si alguien rehusa tributarles el homenaje que obstinadamente solicitan, ó les señala defectos que dejaron pasar inadvertidos. Es lógico que así suceda; trabajan por la honra, no por el provecho, y cuando aquélla se les niega, revuélvense airados y coléricos contra quienes destruyen el edificio de su vanidad con el soplo helado de la indiferencia ó el golpe de la cruel censura.

V. 110. *Censoris... honesti.* — Antes de dar á la estampa sus producciones el autor, se ha de constituir en juez severo de las mismas, examinándolas fría y desapasionadamente, convencido de que no es oro nativo todo lo que sale del filón de su inteligencia, y ha de cercenar sin miramiento los versos desprovistos de gracia, inspiración y novedad, si no quiere ser blanco de flechas que se le claven en la carne y dejen impresas en ella dolorosas cicatrices.

V. 114. *Intra penetralia Vestae.* — El santuario de Vesta sólo estaba abierto al gran sacerdote; así Horacio aconseja la corrección esmerada antes de sacar los escritos á luz, y que sean sus defectos visibles á todo el mundo.

V. 115. *Obscurata diu.* — Se lamenta de la pérdida de aquellas voces significativas y hermosas que usaron los Catones y Cetegos, y que la ignorancia parecía haber desterrado, y aconseja se les abra las puertas del

patrio idioma, para que vuelvan á brillar con su antiguo esplendor, dando realce y magnificencia á la elocución poética, tan diferente de la vulgar que empleamos en los negocios prosaicos de la vida ordinaria.

V. 117. *Catonibus atque Cethegis.*—De Catón hemos hablado en otro lugar. Marco Cornelio Cetego fué compañero en el consulado de P. Sempronio Tuditano, el año 549 de la fundación de Roma.

V. 124. *Ludentis speciem.* — La facilidad y espontaneidad de la producción constituye su mérito más sobresaliente. Cuando vemos al autor luchar con las dificultades del asunto, las rebeldías de la forma ó las exigencias del metro, nos hace sufrir las angustias y trasudores que sufriríamos al ver á un acróbata ejecutar sus difíciles ejercicios, revelando en su fatiga los penosos esfuerzos que le cuesta realizarlos.

V. 125. *Nunc Satyrum, nunc agrestem Cyclopa.* — Los sátiros, compañeros de Dionisio ó Baco, representan la potencia generadora del mundo en su plenitud exuberante. Con los cabellos hirsutos, la nariz abultada, sus cuernecillos en la frente, la guirnalda en la cabeza, la copa ó el tirso en la mano y las pieles de bestias feroces sobre la espalda, recorrían los bosques y campiñas, que alegraban con sus rústicos instrumentos. Eran la fiel imagen de los placeres sensuales, y locamente apasionados por el vino, la música, la libertad, la danza y el reposo á la sombra de los árboles, que reponía muy pronto sus gastadas fuerzas y los lanzaba á perseguir nuevos goces y placeres. Los Cíclopes, con su ojo único en la frente, eran los gigantes que, reconocidos á Jove por haberlos sacado del Tártaro, forjaban en el antro de Vulcano los rayos que vibraba su omnipotente diestra.

V. 126. *Praetulerim.* — No conviene dar en este punto gran crédito á la confesión de un autor que tanto

recomienda en otros pasajes la esmerada lima del verso.

V. 128. *Fuit haud ignobile.*—Desconocemos el nombre de este loco rematado, á quien Aristóteles hizo natural de Abidos y Horacio le supone habitante de Argos.

V. 140. *Et demptus per vim.* — ¡Cuán poco tenemos que agradecer á esos maestros oficiosos que nos arrancan del error dulcísimo en que se deleita nuestra imaginación, soñando dichas y felicidades, no por soñadas menos sabrosas y gratas que las impresiones de la misma realidad! Sólo es la vida amable y deleitosa cuando rica de ilusiones vaga por los espacios de sus eternas aspiraciones, acompañada por la pasión, la juventud y el desconocimiento de las impurezas reales, que acibaran nuestros goces, y derriten las alas de Ícaro que nos remontan á la altura, dejándonos caer con estrepitosa caída. El error que nos extasía, subjetivamente considerado, vale cien veces más que la verdad que nos desengaña, y nos obliga á prorrumpir en amargas lamentaciones.

V. 141. *Sapere est utile.* — Es más útil y propio del varón cuerdo y prudente conocer los principios de la moral, que abandonarse á los encantos de la música y la poesía.

V. 146. *Si tibi.*—Horacio finge hablar consigo mismo; pero en realidad sus razones van dirigidas á Floro, invitándole á que ponga tanta solicitud en cuidar las dolencias del espíritu como las corporales, si peligrosas éstas para la vida, aquéllas para el honor y la fama de quien las padece.

V. 153. *Et cum sis.* — Te has hecho más rico, pero no más prudente, y aun cuando lo fueses, no podrías desarraigar de tu alma la avaricia que la ha penetrado con tan hondas raíces.

V. 158. *Libra mercatur et aere.*—Se pesaba y no se contaba el dinero que se ofrecía en las compraventas.

V. 160. *Villicus Orbi.* — También este Orbio nos es desconocido.

V. 167. *Emptor Aricini... Veientis.* — De Aricia se habló en las notas á la sátira V del libro I. Veyes era una ciudad de la confederación etrusca, á doce millas de Roma, que contaba tantos vecinos como Atenas. Tomada por Camilo, después de un sitio de diez años, quedó casi completamente abandonada hasta que Octavio la erigió en Municipio y la hizo recobrar su antigua importancia.

V. 174. *Permutet dominos.*— Si es insegura la vida, no lo es menos la propiedad, que se nos puede arrebatar de cien modos distintos.

V. 177. *Quid vici prosunt?* —La hacienda es útil y casi necesaria; pero de esto á suponer que resida en ella el colmo de la felicidad, hay cien leguas de camino; pues la salud, la alegría, el talento, el valor, la inspiración y la tranquilidad de la conciencia son bienes que no se compran con el oro, y frecuentan más las casas de los humildes y modestos que las enriquecidas por los dones de la fortuna.

V. 178. *Lucani.*— Entre la Campania, la Apulia, el Brucio y el Tirreno estaba la Lucania con sus pastos abundantísimos, donde se criaban bueyes de extraordinaria corpulencia y vigor.

V. 180. *Tyrrhena sigilla.* — Estatuas en que sobresalían los artífices toscanos.

V. 183. *Cur alter fratrum.* — Alude á los Adelfos de Terencio.

184. *Herodis pulmetis.*—El bosque de palmeras contiguo al palacio de Herodes le producía muy sanos rendimientos.

V. 190. *Utar et ex modico.* — Esta es la doctrina razonable: gastar módicamente lo que reclaman la manutención y las exigencias verdaderas, sin palidecer en la usura ni dar rienda suelta á la vanidad de la disipación.

V. 197. *Festis Quinquatribus.* — Las fiestas de Minerva duraban cinco días de huelga y regocijo para los estudiantes. Según el cómputo del padre Sanadón, Minerva nació el 19 de marzo, y como cuatro días después tenía lugar la purificación de los instrumentos músicos usados en los sacrificios, se consagraban al culto de la diosa estos cinco días; y de aquí el nombre dado á la festividad.

V. 205. *Caetera jam simul.* — Á medida que avanzamos en edad debemos irnos despojando de los prejuicios inherentes á la flaca naturaleza, y cuando las pasiones juveniles nos abandonan y dejan su puesto á la reflexión, es preciso que, obedeciendo á sus advertencias, nos apartemos de la avaricia y de todas las inclinaciones torcidas, para que nuestra vejez sea respetada por los que vienen detrás.

V. 209. *Nocturnos lemures.* — Los lemures ó genios maléficos de la muerte erraban como espectros durante la noche, y atormentaban á los vivos con sus siniestras apariciones.

V. 211. *Lenior et melior.* — El viejo que no sabe hacerse blando é indulgente con las faltas de los amigos, y riguroso con las propias, bien claro da á entender que no merecía el don de prolongar la vida tantos años con tan poco provecho.

V. 216. *Rideat... lasciva... aetas.* — Nunca es tan justificada la risa de los jóvenes como al ver á un vejestorio que intenta competir con ellos en sus devaneos y calaveradas.

NOTAS Á LA EPÍSTOLA Á LOS PISONES

V. 1. *Humano.* — Establece, como precepto fundamental de su doctrina, la congruencia y estrecha relación de las partes que deben constituir un todo indivisible y armónico. El libro que reuniese especies y conceptos incoherentes desligados del pensamiento capital que se propone desenvolver, aparecería tan incomprensible y absurdo como la tabla ó el lienzo donde el artista pintase á su capricho un monstruo con cabeza de mujer arrogante, cerviz de caballo, plumas de vistosos colores y por remate la cola de un disforme pez. Si es cierto que la fantasía acalorada por la inspiración se atreve á imaginar como reales seres más perfectos y maravillosos que los existentes, sus perfecciones han de parecer tan posibles y verosímiles, que no contradigan en poco ni en mucho las leyes eternas de la existencia.

V. 2. *Si velit.—Velit* por *vellet,* y luego *teneatis* por *teneretis.* En castellano también usamos el presente por el pretérito, poniendo como delante de los ojos una acción ya pasada.

V. 3. *Ut turpiter.* — Otros, con menos acierto, leen *aut turpiter.*

V. 5. *Spectatum.* — Supino en *um* regido del verbo de movimiento *admissi.*

V. 6. *Pisones.* — Los hijos del cónsul L. Pisón, á quienes dirigió Horacio esta epístola inmortal.

V. 9. *Pictoribus.* — Aquí, como en otros cien pasajes, revela la penetración que caracteriza á los grandes artistas y profundos pensadores. Admite de buen grado que el arte no es una servil imitación, que al pintor y al poeta debe concederse una libertad casi omnímoda para reconstituir en su mente, con arreglo á un plan precon-

cebido, los diversos elementos que el mundo de la realidad ofrece á sus miradas investigadoras; que pueden inventar, componer, perfeccionar y lanzarse en alas de su osadía por espacios inexplorados y descubrir en ellos elementos de belleza que nos hagan soñar en mundos mejores; mas esta libertad que el arte concede á sus predilectos es limitada, como todas las potencias humanas, y si en el orden civil huye de confundirse con la licencia, en el terreno artístico no ha de propasarse á quebrantar las leyes de la verosimilitud, so pena de hallar la befa y el desprecio donde esperaba conquistar el aplauso y la admiración.

V. 14. *Inceptis gravibus.* — Inculca la necesidad de no extraviarse en descripciones de objetos que tengan escasa relación con el asunto, aunque sean aisladamente consideradas, magníficas y deslumbradoras; porque rompen la unidad del poema, y se parecen á remiendos brillantes de púrpura cosidos en humilde sayo, que ponen de manifiesto la pobreza del traje que pretenden adornar.

V. 16. *Cum lucus et ara Dianae.*—El bosque y ara de Diana, esto es, la selva Aricinia, poco distante de Roma, y uno de los lugares más amenos y deleitosos, donde Diana tenía consagrada una ara, en la cual se le dedicaba toda clase de ofrendas.

V. 18. *Flumen Rhenum.*—Las orillas del Rhin, mudos testigos de cien batallas entre los bárbaros y las legiones, fueron también prolijamente descritas por los poetas del tiempo de Augusto, y constituían un tema casi obligado para los que intentaban celebrar las glorias de las armas romanas.

V. 19. *Sed nunc non erat his locus.* — Después de los magníficos versos antecedentes, hijos de su fantasía exuberante y arrebatada, véase con qué gracia y natu-

ralidad vuelve en su acuerdo, y reconoce que estas descripciones, aun siendo hermosas de suyo, pierden todo su valor si el objeto que las motiva no tiene estrechísima unión con el asunto tratado; porque pecan de inoportunas é incongruentes, y hacen el efecto de oir un chascarrillo en un entierro ó una lúgubre lamentación en el lugar donde reina la alegría. «No es este el lugar oportuno», podría decirse á muchos que aciertan á veces, cuando se desvían, y cuya desviación resulta más perceptible que el primor del acierto.

V. 19. *Et fortasse cupressum.* — La imagen del ciprés, símbolo de la muerte, no logra hacernos sentir las angustias del náufrago que lucha á brazo partido con las olas, y después mendiga de puerta en puerta un pedazo de pan, excitando la conmiseración de las gentes con la tabla donde el pintor ha trazado el cuadro de su desgracia.

V. 21. *Amphora.* — La contestación á la pregunta del maestro es que todos los poetas, ó los que presumen de tales, se sienten capaces de concebir obras pasmosas que arrebaten de admiración á las presentes y futuras generaciones; pero el genio, las dotes naturales, los bríos y la constancia son tan diferentes, que á la inmensa mayoría se les convierte en pobre y humilde jarro el ánfora que quisieron tornear con tanto primor como si fuese destinada á guardar el vino de las libaciones sagradas; porque la fantasía y la vanidad nos seducen y engañan con el mayor descaro, cuando la desconfianza del propio valer no se anticipa á cerrar el paso á sus falaces sugestiones.

V. 23. *Denique sit quodvis.* — El precepto resume de modo claro y evidente el carácter de la poesía antigua, que alcanza triunfos imperecederos sin apelar á grandes recursos. Con razón ha sido comparada la poe-

sía clásica á la estatuaria, y la del Renacimiento á la pintura, que reclama mayor número de personajes é incidentes. Á muchos lectores del día, la sublime sencillez de Homero y Esquilo acaso no causen el efecto que otras producciones menos acabadas que ofrecen mayores estímulos á su curiosidad insaciable, con la multitud de los lances y peripecias que trae aparejada necesariamente la complicación de un argumento desenvuelto en distintos tiempos y lugares y por un número crecido de personajes.

V. 24. *Maxima pars vatum.*—Afirma aquí una verdad inconcusa, que prueba su fino espíritu de observación, tanto más de notar cuanto que no pudo descubrírsela la propia experiencia, sino los desaciertos de sus contemporáneos y antecesores. Horacio no confundía lo festivo con lo chabacano, lo grave con lo pedantesco, lo sublime con lo hinchado, pero no sucedía lo mismo á los poetastros de su tiempo, que incurrían en desaciertos muy reprensibles por exagerar las dotes que creían el colmo de la perfección: desdicha que acaecerá siempre á los que no posean aquel discernimiento que se atreve á juzgar y corregir las obras propias con la misma rectitud y tranquilidad que si fuesen extrañas, sin que el amor propio les ciegue, hasta el punto de ocultarles sus defectos ó de considerarlos tal vez como rasgos delicados y primorosos.

V. 25. *Specie recti.*—Nos engaña la apariencia que tomamos por la realidad del acierto, y no hay disparate de la pluma que no se haya escrito en la convicción de ser una belleza sorprendente.

V. 25. *Brevis esse.*—¡Qué fácil es, si un talento despejado y un tacto exquisito no adornan al escritor, que al pretender la palma de la concisión, como quien aborrece la prolijidad superflua que enerva el vigor del

pensamiento, caiga en el fondo de la obscuridad, y resulten sus conceptos incomprensibles á la inteligencia de la muchedumbre! ¡Cuán frecuente que la lima y corrección excesiva roben á sus estrofas y períodos el calor con que salieron de su alma inflamada por la inspiración! ¡Qué expuesto, quien se empeña en ser grandilocuente y fogoso, á caer en un estilo hueco, resonante y campanudo, en el que sean más las estridencias de la sonoridad que las vibraciones reveladoras de un sentimiento honrado y enérgico á la par! ¡Qué pronto da en lo bajo y rastrero el que teme sacudir las alas con esfuerzo poderoso, por miedo de que le arrolle la violencia del huracán, y qué á pique de hundirse en el fondo de lo absurdo quien pretende con afán desmesurado la palma de la novedad, y por conquistarla no vacila en producir lo sorprendente valiéndose de lo imposible, ni en trastornar á su antojo las leyes eternas que la Naturaleza impuso á todos los seres, obligándolos á vivir en relación con sus instintos y en el medio ambiente adecuado á la satisfacción de sus necesidades! Este talento especial, este tacto discretísimo, no se han derramado por los cerebros humanos con tal prodigalidad que sean muchos los que puedan en justicia alardear de su posesión; así ven la luz tan pocas composiciones escritas que logren sana y duradera vida en los anales de las letras, que rehusan conceder á lo vulgar, lo insignificante y lo mediano el espacio que reservan al mérito real y positivo, el único que asegura la fama imperecedera.

V. 31. *In vitium.*—El que desconoce el arte y no ha experimentado las enormes dificultades de la composición, al evitar un defecto suele caer en otro más censurable, y su camino se convierte en una serie no interrumpida de equivocaciones y fracasos, pues sin genio

y sin arte á nadie le es posible trepar á las cumbres del Helicón.

V. 32. *Aemilium.*—El anterior precepto recomienda el conocimiento de la técnica; éste afirma y sostiene la ineficacia de sobresalir en los pormenores cuando no se acierta en el todo, proponiendo el ejemplo de un mediocre escultor que sabe modelar las uñas y los cabellos, pero no imprimir á su estatua la dignidad, nobleza y expresión apetecidas, para que responda á la idea que concibió su fantasía.

V. 32. *Faber imus.*—Este *imus* ha dado no poco que hacer á los intérpretes, cien veces perdidos en el laberinto de sus propias explicaciones. La traducción más racional, en nuestro sentir, es la de ínfimo, en contraposición á *insignis*, sobresaliente; porque no merece otro calificativo el artista que modela bien algunos miembros del cuerpo humano é ignora dar al todo de la obra artística, la perfección que requiere el asunto.

V. 37. *Nigris oculis nigroque capillo.*—Los ojos negros y el cabello del mismo color eran entonces, como ahora, grandemente estimados; mas de poco servirían estas dotes físicas al infeliz que asustase con sus narices descomunales, porque la verdadera belleza reclama la perfección en todas las partes y en la disposición del conjunto.

V. 38. *Sumite materium.*—Ningún escritor debiera echar en saco roto tan oportuna advertencia. Nadie carga sus hombros con peso mucho mayor del que pueden resistir; nadie atiborra su vientre, si aprecia la salud, con una cantidad de viandas que sea impotente á digerir; nadie se lanza en una carrera que la resistencia de sus músculos se niegue á terminar victoriosamente; pero todos, quién más, quién menos, alucinados por los espejismos de la vanidad, incurrimos en la pre-

sunción de lanzarnos en el campo de las letras á empresas superiores á nuestros bríos, presunción que pagamos harto cara cuando la indiferencia ó el desdén nos obligan á reconocer nuestra incapacidad, desvaneciendo como el humo las ilusiones que puerilmente nos habíamos forjado.

V. 40. *Cui lecta.* — Quien sepa escoger el argumento que conozca mejor bajo sus varios aspectos, hallará bien pronto en el mismo los hilos tenuísimos y brillantes que enlazan sus diferentes partes en un conjunto armónico. El que habla ó escribe sobre materias que le son bien conocidas, no tiene que esforzarse mucho en buscar las expresiones que el vigor del pensamiento pone en sus labios. Falta, por lo general, la palabra cuando la noción está borrosa é indeterminada; brota con la espontaneidad y frescura de un manantial, cuando el concepto se destaca limpio y luminoso en el fondo de la inteligencia.

V. 42. *Ordinis haec virtus erit.* — La recta y ordenada disposición de los sucesos que constituyen el núcleo de un poema añade no pocos quilates á su valor intrínseco. La obra artística se complace sobremanera en el orden y relación de los medios con el fin, imitando la Naturaleza, que en este como en otros sentidos es el perfecto modelo, del que nunca debe apartar su atención el que aspira á conquistar legítimos laureles. La trabazón íntima de las partes ha de ser, por supuesto, más perceptible y estrecha en la obra didáctica que en la literaria, en el discurso político que en la oda heroica; pero hasta en el aparente y bello desorden que reina en esta última ha de sentirse la fuerza que reune los elementos afines y el calor que resuelve en violenta y acendrada pasión los variados afectos que conmueven el alma. En los desórdenes y tumultos populares, á tra-

vés de las violencias y arrebatos de todo género, se deja ver un impulso, una aspiración ó un deseo ardiente que da unidad y carácter al desbordamiento de las turbas sobreexcitadas. Esta unidad es la que exigimos en los partos de la fantasía.

V. 43. *Ut jam nunc dicat.*— La interpretación que dan á este pasaje Iriarte, Martínez de la Rosa y Raimundo Miguel, nos parece más exacta que la de Burgos, empeñado en que el *jam nunc* repetido significa unas veces y otras, en vez de repetir la idea de actualidad; por consiguiente, la traducción será que se diga luego aquello que deba decirse, y se deje para mejor ocasión aquello que no sea oportuno en determinados momentos. El precepto es clarísimo y de una verdad incontestable; mas su aplicación á los diferentes casos ofrece grandes dificultades en la práctica, y sólo el ingenio y la penetración del autor pueden zanjarlas victoriosamente. Todos admiran la maestría con que Homero y Virgilio relatan los sucesos anteriores á sus narraciones épicas; pero no todos son Homeros ni Virgilios para seguir con pie firme sus huellas imborrables.

V. 45. *Promissi carminis.* — El autor de un poema esperado con ansiedad, por el ventajoso concepto que se tiene de su mérito; y no el autor de un poema heroico, como sustenta Raimundo Miguel, fundado en que sólo la poesía épica anuncia en la proposición el acontecimiento que va á ser el objeto de sus cantos.

V. 46. *In verbis.* — Advierte la parsimonia con que deben emplearse las voces nuevas, aun siendo necesarias.

V. 47. *Si callida... junctura.*—Predicar con el ejemplo es la más persuasiva de las predicaciones. La palabra *junctura* tiene algo de vulgar y prosaica; pero unida al epíteto *callida,* tan expresivo y sonoro, pierde su

vulgaridad, y se realza y abrillanta con el esplendor de su compañera.

V. 49. *Indiciis recentibus.* — Con palabras nuevas, ideas desconocidas. Para conceder libertad al escritor en la formación de voces nuevas, se le exigen dos condiciones: primera, que las ideas que trata de comunicar no tengan en el idioma su signo de expresión; en una palabra: que la necesidad sea tan imperiosa, que disculpe el atrevimiento; y segunda, que se acuda al Diccionario griego, y la palabra que se escoja, además de ser apropiada y significativa, reciba en su estructura y desinencia las alteraciones eufónicas que reclame la índole de la lengua en la cual se desea introducir. Este sabio consejo han seguido hasta la fecha los hombres de ciencia, explotando el griego y aun el latín y el árabe al inventar los términos técnicos que hacían imprescindibles los continuos y progresivos descubrimientos de las ciencias físicas y naturales; y este consejo, tomado con la amplitud que las necesidades modernas demandan, deben seguirlo cuantos se aventuren á la invención de voces nuevas, más difíciles de nacionalizar en ocasiones que los individuos de los pueblos extranjeros que respectivamente las emplean.

V. 50. *Cinctutis... Cethegis.* — Los ceñidos cetegos, porque llevaban cruzadas á modo de banda y sobre el pecho las puntas de la toga, para mayor libertad y expedición de sus movimientos.

V. 53. *Parce detorta.*—No basta que se acuda á la fuente del griego cuando se trata de enriquecer el caudal de voces del propio idioma; es indispensable que las nuevamente inventadas se modifiquen y pierdan su carácter de extranjeras, obteniendo carta de naturaleza en el idioma que pretenden enriquecer. Mediante ligeras inflexiones han pasado á nuestra lengua miles de

voces helénicas y latinas, que hoy consideramos tan propias nuestras como en su tiempo los habitantes de Roma y Atenas.

V. 53. *Quid autem?* — Se dispara contra los Zoilos de todos los tiempos, benévolos con las osadías y atrevimientos de los antiguos, y severos hasta la crueldad con los modernos, que se atreven á usar tal ó cual giro poético inusitado, á introducir un modismo desconocido ó prohijar una voz nunca pronunciada por sus antecesores; y pide para un Virgilio y un Vario la libertad que se concedió en otros días á Cecilio y á Plauto, con menores merecimientos.

V. 55. *Ego cur acquirere panea?*—Y no sólo reclama esta libertad para Virgilio y Vario, sino que revelándonos que tenía la conciencia de su propio valer, reclama también personalmente el derecho que le asiste á enriquecer la lengua del Lacio, como lo hicieron Ennio y Catón, pues el que explora campos no hollados por la planta de ningún predecesor ha de hallar dificultades antes no experimentadas, y sólo vencibles con los recursos que la inspiración del momento le sugiera.

V. 60. *Ut silvae foliis.*—Como las hojas secas caen con los vendavales del otoño, así las palabras antiguas caen en desuso ó alteran su significación, ó modifican su estructura, ó desaparecen envueltas por la sombra del olvido, y otras, llenas del vigor y la robustez de la juventud, ocupan el vacío que aquéllas dejaron, y viven y lozanean con el atractivo que les presta su novedad, hasta que les llega á su vez la última hora.

V. 63. *Debemur morti nos.*—Siendo el hombre mortal, han de ser mortales y perecederas todas sus invenciones, aun aquellas que parecen haber conquistado una fama eterna.

V. 63. *Sive receptus... Neptunus.* — Las construc-

ciones más atrevidas, las que osan desafiar las injurias de los tiempos, los cataclismos terrestres y el furor salvaje de las revoluciones, atestiguan un día con sus ruinas pavorosas que no hay nada que resista á los golpes implacables de la muerte. Aquí parece aludir al puerto Lucrino, construído por Augusto con admirable artificio, y al que en honor de César dió el nombre de Julio.

V. 65. *Sterilisve diu palus.*— Las lagunas pontinas mandadas desecar por Augusto.

V. 67. *Seu cursum mutavit.*—Otra de las empresas atrevidas de Octavio, que evitó no pocos perjuicios á los labradores, fué la de variar el curso del Tíber, disminuyendo los estragos de sus inundaciones.

V. 68. *Mortalia facta.*—El argumento es de mayor á menor: si las obras humanas más sólidas y arrogantes están sujetas á la inexorable ley de la desaparición y la ruina, ¿cómo vamos á pretender que sea eterna la gracia y hermosura de las palabras? El que tal pretendiera, conseguiría lo mismo que si intentase con su mano detener la corriente del Tíber, ó parar con su aliento la rueda incansable del tiempo, que todo lo muda, altera, trastorna y subvierte.

V. 70. *Multa renascentur.* — La ignorancia de la lengua da lugar á que insensiblemente se pierda el uso de voces significativas y melódicas que como oro en paño debieran ser conservadas; y cuando se cae en la cuenta del desdén ó el olvido injusto en que se las tuvo por largo tiempo, renacen con nuevos bríos y se imponen á la masa general, que acaso ignorante de los tesoros que encerraban los propios dominios iba á mendigarlos á países extranjeros, corrompiendo la pureza de su idioma nativo.

V. 71. *Si volet usus.*—El uso es el árbitro y juez en cuestiones de lenguaje; pero entiéndase bien, que no es

el uso de los lechuguinos que, por distanciarse del vulgo, inventan voces y acepciones tan estrambóticas como peregrinas; ni el uso de la ínfima plebe que por rudeza ó ignorancia estropea en la pronunciación y escritura las palabras más bellas del idioma; es el uso de las personas juiciosas y doctas que aciertan á emplear el lenguaje como el espejo del pensamiento, y el de los escritores eximios que, con la autoridad de su nombre, imponen al lector sus ideas y las formas y expresiones que los encarnan en el sonido articulado.

V. 73. *Res gestae.*—Habla del metro que pide cada composición, y asigna á la epopeya el exámetro, que por su amplitud y grandeza se presta de modo admirable á la relación de los hechos heroicos; como entre nosotros se ha escogido con sumo acierto la octava real, siquiera Burgos no la juzgue la estrofa más apropiada por razones que él considera muy persuasivas, pero insuficientes á modificar en un ápice nuestras convicciones.

V. 73. *Tristia bella.*—Metonimia de la causa por el efecto. Las guerras no son tristes, aunque ocasionan tal número de víctimas, estragos y desolaciones, que siembran la amargura y la tristeza por doquier.

V. 75. *Versibus impariter junctis.*—El dístico, compuesto de exámetro y pentámetro, se empleó constantemente en la elegía que exhalaba las quejas y angustias del alma lacerada: luego sirvió lo mismo para desahogar el pecho de las congojas que le oprimían, como para expresar los contentos y satisfacciones del amor afortunado; pero al fin la elegía recobró su antiguo ministerio, y hoy sólo abre sus labios al proferir lamentos y lanzar ayes que revelen las hondas perturbaciones del espíritu, causadas por terribles desgracias ó inesperados golpes de fortuna.

V. 76. *Compos voti.* — El que logra lo que desea, el que ha realizado su esperanza y se siente alegre y satisfecho de sí mismo y de cuanto le rodea, contribuyendo á su felicidad.

V. 77. *Exiguos elegos.*—Los pentámetros tienen un pie menos que los exámetros.

V. 78. *Grammatici certant.*—La invención del verso elegíaco se la disputan Calino, Arquíloco, Clonas y Polimnesto.

V. 79. *Archilochum proprio.* — No fué Arquíloco el inventor del yambo, pero le dió una causticidad y virulencia tan extremadas, que sus versos iracundos y frenéticos tuvieron la bastante resonancia para hacer olvidar los de poetas anteriores, hasta el punto de suponérsele su inventor.

V. 80. *Socci... cothurni.*—Los zuecos y los coturnos, ó sea la comedia y la tragedia.

V. 83. *Musa dedit fidibus.* — Enumera las cuatro especies de odas que se cantaban á los acordes de la lira: la religiosa, *divos;* la heroica, *pugilem victorem;* la apasionada, *juvenum curas,* y la anacreóntica, *libera vina;* y no especifica sus metros respectivos por ser éstos tan varios como los temas de sus inspiraciones, ya festivas y graciosas, ya tiernas y sentidas, ya graves y reflexivas, ya entusiastas y viriles, como las odas pindáricas.

V. 83. *Puerosque deorum.* — Los héroes, vástagos de un dios y un mortal, como Hércules, hijo de Júpiter y Alcmena, y por extensión todos aquellos que sin descender de tan alta prosapia realizaban hazañas que más parecían propias de un Numen que de un simple y desvalido mortal.

V. 86. *Descriptus servare vices.* — Sostiene la tesis de que no debe aspirar al título de poeta quien no sepa

dar á cada asunto su propio tono y colorido, según lo requieran la situación, los personajes y los afectos que se pretende inculcar.

V. 88. *Pudens prave.* — Un pudor mal entendido, como la vergüenza de aquellos que por no confesar su ignorancia persisten en ella, delatándola á todas horas con mengua de su reputación.

V. 89. *Res comica non vult.*—La comedia no ha de ataviarse con el estilo de la tragedia, porque se desarrolla comúnmente entre personas de condición vulgar, colocadas en situaciones de la vida ordinaria, que no consienten los vuelos y osadías de la musa trágica. Darle, por consiguiente, un tono muy elevado, sería tan impropio de su naturaleza como vestir al siervo Davo con el ropaje de un héroe y hacerle hablar con la elevación de los grandes de la tierra. Y lo mismo, en sentido inverso, se exige en la tragedia. Estos dos géneros dramáticos aparecieron más distintos en el teatro griego que en el moderno, y de ningún modo podía convenir al primero el tono y la versificación del segundo; por eso afirma que la tragedia se indigna, *indignatur*, de ser dialogada con los espontáneos y sencillos coloquios de la conversación privada, que tan bien sientan en la comedia, más próxima á la realidad, de la que somos fidedignos y diarios testigos.

V. 91. *Coena Thyestae.* — La cena de Tiestes equivale á cualquier argumento trágico. Los hermanos Tiestes y Atreo se aborrecían con implacable aborrecimiento. El primero deshonró el lecho conyugal del segundo, y éste vengóse de la afrenta aprisionando á los hijos de aquél, y simulando una verdadera reconciliación convidóle á un banquete en que le hizo comer la carne de sus propios vástagos, y después, con implacable crueldad, le enseñó las lívidas manos y cabezas de

los inocentes sacrificados á su furiosa venganza. Este banquete nefando sirvió de argumento á varias tragedias en la antigüedad.

V. 93. *Vocem comoedia tollit.* — Á veces el actor cómico levanta la voz, y esto sucede cuando las circunstancias lo exigen, ó por el carácter del personaje, ó por la índole de la situación en que se le coloca.

V. 96. *Telephus et Peleus.* — Télefo, rey de Misia, arrojado del trono, expulsado de su patria y reducido á la miserable condición del mendigo. Peleo, padre de Aquiles, se vió asimismo en circunstancias muy semejantes á las del primero. Si estos príncipes de cuyas desgracias se apoderó la musa trágica hubiesen empleado al relatar la larga serie de sus desventuras un estilo hueco, altisonante y pomposo, habrían concitado los ánimos contra su arrogancia intempestiva, en vez de atraérselos con aquella fuerza irresistible con que atraen las desdichas no merecidas á los que están dotados de almas nobles y abiertas por lo mismo á la compasión.

V. 99. *Non satis est.* — No basta que el drama sea digno de loa por su belleza y recta disposición; precisa que emocione al espectador inspirándole los sentimientos que animan á los personajes hasta hacerlos suyos propios, con esa energía y vigor con que multiplican su intensidad las muchedumbres entusiasmadas.

V. 101. *Ut ridentibus arrident.* — Son más fuertes que el egoísmo los lazos que nos unen á nuestros semejantes, y proclaman la eterna solidaridad de la especie; y así como un ceño adusto y sombrío deja vagar la sonrisa por sus labios ante las escenas cómicas y festivas que el teatro del mundo le ofrece, así hay pocos que no se muestren sobrecogidos de temor ante el silencio que reina en torno de un cadáver, que no humedezca sus

ojos oyendo los sollozos de una madre delante de la cuna donde acaba de expirar su hijo y no se sienta hondamente conmovido por el relato de una acción generosa que redunde en favor del desvalido y contribuya á secar parte de las lágrimas que con tanta profusión se derraman todos los días en este valle de miserias. En nuestro prójimo vemos una parte de nosotros mismos; sus dolores, persecuciones y caídas pueden ser mañana las nuestras; de aquí que nos contagiemos tan fácilmente con la tristeza de los tristes y acompañemos de mejor grado la alegría de los alegres, de que tanta necesidad tiene el hombre agobiado por el tedio ó el dolor.

V. 102. *Si vis me flere.*—Quien pretenda conmover con sus lances interesantes ó períodos arrebatadores, ha de estar vivamente sugestionado por la pasión, ó á lo menos fingir su lenguaje con acentos tan expresivos y sinceros que se confundan con los de la misma realidad. Entonces el autor y el auditorio se funden en un mismo sentimiento, y parece que forman una sola persona embargada por la emoción.

V. 104. *Male si mandata.* — Cuando en las escenas culminantes no se acierta á dar á los interlocutores el colorido de la verdad y se les permite hablar en lenguaje extraño é impropio de las circunstancias, que pretende con huecas declamaciones remedar los acentos de la pasión, sólo se consigue que el espectador se ría interiormente, ó se duerma aburrido por la insulsez y la monotonía del espectáculo.

V. 108. *Format enim natura.* — La Naturaleza nos ha formado iguales en lo substancial y permanente, siquiera la diversidad de temperamentos, caracteres y costumbres establezca diferencias pronunciadas entre las regiones, pueblos é individuos que constituyen el

linaje humano. Somos capaces de todas las alegrías y de todos los dolores de nuestros semejantes, y por eso nos identificamos tan pronto con las unas y los otros; además poseemos el don de revelar nuestros deseos y afecciones, ya para descargarnos de su peso, pues el sentimiento comunicado se alivia no poco en las expansiones de la amistad, ya para buscar remedio á nuestros males en la compasión ajena excitada por el conocimiento de los mismos. Cuando la expresión de estos íntimos afectos no guarda la debida conveniencia y el iracundo se convierte en frenético y loco de atar, el sensible en afectado, el alegre en chocarrero, y el grave en hinchado ó campanudo, el público percibe inmediatamente el engaño y se ríe á mandíbula batiente de la impericia y pretensiones del escritor.

V. 114. *Intererit multum.*—Aunque el hombre, genéricamente considerado, sea idéntico en la variedad de individuos, éstos se diversifican de mil maneras, por la condición, la edad, la clase, el sexo y el oficio que desempeñan; y no sientan bien en labios de un héroe las truhanerías, que parecen de perlas en la boca de un esclavo; no arde en la carne de un viejo el fuego que las pasiones amorosas encienden en la de un joven á quien apenas apunta el bozo; la matrona linajuda y opulenta distínguese por su vestido, sus maneras y su educación de la humilde doméstica, que respetuosa espera sus órdenes; el mercader, que ha corrido mundo y ha visto gentes de muy diversas cataduras, no suele conducirse ni expresarse como el tosco labriego, que, reducido á cultivar su campo en el rincón de la aldea, ni aspira á más que asegurar la cosecha que haga frente á las necesidades de su frugal existencia, ni sabe del mundo más que lo poco que ha aprendido de sus convecinos, tan sencillos é ignorantes como él de lo que pasa

fuera de los términos de la comarca en que vegeta, como las plantas regadas con el sudor de su frente. Y también la nacionalidad y hasta el pueblo donde se ha nacido imprimen sello especial en los individuos, y á tiro de ballesta distinguimos un italiano de un alemán, un lombardo de un napolitano, como distinguía Horacio al natural de Tebas y al de Argos, al nacido en Colcos ó en Asiria. El escritor dramático que no dibuje con la mayor precisión el carácter correspondiente á cada sujeto, contará por fracasos el número de sus ansiados éxitos, ó hará reir al público con su incongruente y disparatado modo de concebir la obra teatral, que cuanto más se aproxima á la verdad cobra mayor estimación en el juicio de los doctos, llamados á formar las reputaciones sólidas y duraderas.

V. 119. *Aut famam sequere.*—Los personajes históricos se han de presentar tales como la fama, eco de la tradición constante, ha venido pintándolos; de lo contrario se incurriría en la falsificación de la Historia ó la leyenda, que á falta de datos seguros y fehacientes ocupa su lugar; y cuando la tradición nos abandona y nos deja en libertad para seguir el rumbo que juzguemos preferible, aun en este caso es necesario que la ficción no contradiga la idea que de antemano tenemos formada. Pero á veces sucede que la Historia y la tradición popular no convienen exactamente acerca de la fisonomía moral del protagonista, y entonces, ¿cuál deberá ser nuestro guía? El Cid, por ejemplo, aunque guerreador incansable y valeroso, no es el mismo en los estudios históricos de Dozi y en el poema épico, el romancero y la leyenda. Don Pedro el Cruel, á quien la Historia designa con este odioso título, al parecer con sobrada razón, en los romances, dramas y novelas se destaca como un tipo caballeresco y justiciero, que contradice

abiertamente el relato verídico de sus crueldades y alevosías. Los poetas suelen seguir la tradición popular en tales casos, y nos inclinamos á creer en su acierto ya que ésta no es sino la misma Historia, fantaseada y exagerada en beneficio de los héroes que supieron captarse el amor popular, tan ciego en sus predilecciones como en sus odios, muchas veces injustificados.

V. 120. *Honoratum... Achillem.* — Los epítetos de *impiger*, emprendedor; *iracundus*, colérico; *inexorabilis*, incapaz de ablandarse por ruegos, y *acer*, valeroso, todos convienen en sumo grado al héroe principal de *La Iliada*, el gran Aquiles, hijo de Peleo y la diosa Tetis, criado por el centauro Chirón con entrañas de leones, osos y jabalíes, y sumergido por su madre en las ondas de la Estigia para que uniese á un vigor esforzado el privilegio de no poder ser herido sino en el talón, por donde su madre le tuvo cogido en el momento del baño. Paris, que sabía la parte vulnerable del héroe tan funesto á los troyanos, asestó contra ella un dardo certero cuando iba á celebrar sus bodas con la hermosa Polixena.

V. 123. *Sit Medea ferox.*—Medea, hija de Eta, rey de Colcos, y perdidamente enamorada de Jasón, huyó en su compañía sembrando el camino con los miembros de su hermano Absirto á fin de entorpecer la persecución de su padre. Viéndose después abandonada por su seductor, que contrajo nuevos vínculos con Creusa, hija de Creonte, rey de los corintios, tramó la horrorosa venganza que la hizo el prototipo de las madres despiadadas y crueles, asesinando á sus propios hijos habidos en Jasón, incendiando el palacio de su rival y dando lastimoso ejemplo de los estragos que pueden causar los celos de una mujer desatinada y furiosa.

V. 123. *Flebilis Ino.* — Ino, casada con Atamante,

rey de Tebas, viendo llena de horror que su esposo poseído de las Furias había hecho pedazos á su hijo Learco, se arrojó al mar desesperada, ahogando á su amado Melicerta por salvarle de las iras del padre.

V. 124. *Perfidus Ixion.* — Ixión, rey de Tesalia, mató alevosamente á su suegro en un banquete, y elevado luego por Júpiter al Olimpo, pagóle con torpe ingratitud atentando al pudor de Juno.

V. 124. *Io vaga.*—Io, hija de Inaco, tuvo la desgracia de ser amada por Júpiter, que la substrajo á la venganza de la rencorosa Juno, convirtiéndola en ternera; llegó á conocimiento de la diosa la felonía de Jove, y puso á su rival bajo la vigilancia de Argos, que la sometió á duras penalidades, haciendo que un tábano la punzase cruelmente sin dejarla punto de reposo. Aguijoneada por el implacable insecto recorrió las riberas del mar Jónico, las cumbres del Hemo, la Iliria, la Tracia, la Escitia y otras regiones, hasta que en Egipto Jove la restituyó á su primitiva forma, y allí fué venerada con el nombre de Isis.

V. 124. *Tristis Orestes.*—Orestes vengó la muerte de su padre Agamenón con la muerte de su madre Clitemnestra y el adúltero Egisto, por cuyo crimen las Furias le persiguieron obstinadamente, representándole la imagen de su atroz parricidio.

V. 125. *Si quid inexpertum.* — Los tipos de pura inventiva han de conservar su carácter, sin desmentirlo una sola vez durante el transcurso de la representación. Esto es lo que se llama sostener los caracteres desde el principio hasta el fin, lo cual no significa que no puedan mudar de conducta aleccionados por el escarmiento ú obedeciendo á impulsos interiores no despertados hasta el momento decisivo; pero estas mudanzas han de ser verosímiles y conformes con el natural del sujeto re-

presentado. Que un padre, por ejemplo, eche á un hijo de su casa, le desherede y le niegue en absoluto su cariño por alguna barrabasada propia de la edad, y que pasada la crisis de la cólera la fuerza del amor paterno se sobreponga á todos los demás afectos, es tan natural, que con razón reprocharíamos su crueldad y dureza si la llevara al extremo de no ablandarse por súplicas ni arrepentimientos; pero que un hombre valeroso se transforme de pronto en una tímida liebre, que un usurero ruin se llegue á convencer de la odiosidad de su oficio y se convierta en pródigo, dadivoso y hasta derrochador, no nos parecería tan puesto en razón por la sencillísima de que no se dan estas metamorfosis, ni en los avaros que todos conocemos, ni en los varones que han hecho del valor un ídolo en cuyas aras están siempre dispuestos al sacrificio.

V. 128. *Difficile est proprie communia dicere.*—No andan acordes los traductores en el sentido de esta frase, y nace la diversidad de pareceres del distinto valor que unos y otros dan á la palabra *communia*. Nosotros entendemos por su verdadera acepción la de asunto común, y, en su consecuencia, ya tratado por otros. En efecto; es dificilísimo revestir de novedad argumentos que son patrimonio de todo el mundo, y sin embargo, en esto se distingue el verdadero genio del poetastro ramplón. Cien veces se ha puesto en escena la pasión de los celos y sus funestas consecuencias; mas sólo un Shakespeare ha sabido concebir la grandeza de Otello. Todos hemos visto embusteros y trapalones que se dejan prender con facilidad en la tela de sus propios enredos, pero nadie como nuestro Alarcón supo pintar el prototipo del mentiroso en la figura del joven D. García. Á cualquiera le es dable observar las simplezas y puerilidades de esos lechuguinos almibarados, que pretenden

disputar á las damas el señorío de los corazones; pero ninguno como Moreto acertó á idear un vanidoso tan ridículo como su lindo D. Diego, castigando con dureza sus pretensiones insubstanciales y repulsivas por lo afeminadas á hombres y mujeres igualmente.

V. 128. *Tuque rectius Iliacum.*—El consejo es aplicable al arte de su tiempo más que al arte universal. En la tragedia griega los interlocutores son reyes y héroes, que en su mayoría tomaron parte muy activa en la expugnación de Troya. El recuerdo de sus hazañas, desgracias y crímenes, perpetuado por la tradición y los poemas de Homero, ofrecía asuntos tan patéticos y desgarradores como capaces de dar interés, elevación y grandeza á la fábula trágica.

V. 131. *Publica materies.*—Un asunto del dominio común y ya por otros explotado, llega á ser propiedad exclusiva de quien lo reviste de fisonomía propia, disponiendo las circunstancias hábilmente y dando al conjunto de la obra, sin faltar á la veracidad histórica, un nuevo aspecto que revele la fuerza de la inspiración personal.

V. 132. *Nec circa vilem.* — Y lo primero que aconseja (si esto puede aconsejarse) para el logro de la apetecida originalidad, es no encerrarse en un círculo vil y mezquino, copiando los incidentes, sucesos y pormenores como los consigna la tradición, sino elevar con los materiales existentes un edificio donde se vea señalada la marca del arquitecto, de modo que nadie lo confunda ni aun con los más semejantes en su ornato y disposición.

V. 133. *Fidus interpres.* — Un traductor no es un poeta: el primero viene obligado á trasladar con fidelidad escrupulosa las ideas y aun las palabras; el segundo ha de pensar y sentir por cuenta propia, no atán-

dose jamás al carro de un vencedor, que le condene á la servidumbre de la imitación.

V. 134. *Nec... imitator.* — El imitador adocenado suele meterse en un callejón sin salida y consumir sus brios en empresas menos atrevidas y gloriosas de lo que permitían esperar sus propósitos arrogantes.

V. 136. *Scriptor cyclicus.* — Llamábanse escritores cíclicos los que recitaban sus cantos en las esquinas y encrucijadas de las calles, como nuestros ciegos romanceros, ó los poetas de escaso numen y menguada inventiva, que celebraban las proezas de los héroes siguiendo un orden rigurosamente cronológico desde su nacimiento hasta su muerte.

V. 137. *Fortunam Priami.* — Á Metastasio no le parece este verso campanudo ni altisonante, ni cree que Horacio lo censure como tal, aunque lo desaprueba por la fanfarronada de prometer lo que no podía cumplir, abarcando la historia completa del sitio de Troya y los hechos de su monarca sin ventura.

V. 139. *Parturient montes.*—Alude á la fábula del parto de los montes, conocida desde muy remota antigüedad.

V. 140. *Quanto rectius hic.* — Á las desaforadas pretensiones del cantor cíclico opone la templanza de Homero, *qui nil molitur inepte*, que en todo muestra tino y sagacidad, no prometiendo grandes cosas, pero realizándolas con inspiración portentosa después de anunciar su propósito con sencillez y modestia encantadoras.

V. 143. *Non fumum.* — Esta metáfora nos advierte que no hemos de comenzar con desusada pompa y grandeza para acabar de un modo frío y desmayado; antes al contrario, que el principio sea modesto y sencillo, y que acalorándose la fantasía poco á poco produzca imá-

genes fulgurantes que deslumbren los ojos con su esplendor y sublimidad.

V. 145. *Antiphatem.* — Antífates, rey de los salvajes lestrigones, tan funestos á algunos compañeros de Ulises.

V. 145. *Scyllamque et cum Cyclope Carybdim.* — Cuenta la fábula que Escila, hija de Forco, se vió convertida por Circe en un monstruo, y que Caribdis, por haber robado los bueyes de Hércules, sufrió la misma transformación. Sus nombres bautizaron los escollos del estrecho de Mesina, situados en las costas de Calabria y Sicilia, que Ulises pudo atravesar con la pérdida consiguiente de algunos compañeros de su tripulación.

V. 146. *Nec reditum Diomedis.*—Antímaco escribió un poema sobre el regreso á la patria de Diomedes, comenzando la narración desde la muerte de su tío Meleagro, es decir, desde lo más lejos que pudo para cansar y aburrir al lector antes de entrar en el relato de sus proezas singulares, cosa que nunca hubiese hecho Homero, que sabía prometer poco, cumplir mucho, comenzar donde el interés lo exigía y poner punto á sus rapsodias donde la acción quedaba terminada, aunque las luchas bélicas siguiesen aplastando vidas con su lógica terrible y exterminadora.

V. 147. *Gemino... ab ovo.* — Desde los dos huevos. Júpiter, transformado en cisne, sedujo á Leda haciéndola producir dos huevos, de los cuales nacieron Cástor y Clitemnestra del uno, y del otro Pólux y Elena, á su tiempo casada con Menelao, rey de Esparta, y más tarde seducida por Paris, cuyo delito originó la famosa guerra troyana. Un poetastro, al cantar esta guerra, principió su poema nada menos que desde los amores de Júpiter y Leda, y lo mismo lo hubiera podido tomar

desde la creación del mundo para que no se desconociesen los antecedentes de la heroica contienda.

V. 148. *Semper ud eventum.* — Siempre va derecho al desenlace, sin detenerse en circunstancias de poco momento ni en episodios que no tengan trabazón íntima con el asunto.

V. 148. *Et in medias res.* — Homero acredita un gran conocimiento del arte poniendo al lector en seguida al tanto de los hechos más interesantes, como si ya conociese los anteriores, y relatando éstos después de un modo, por decirlo así, incidental para el cumplido conocimiento de la acción, pero sin constituir parte esencial de la misma. Virgilio en *La Eneida* siguió la conducta de su maestro con éxito igualmente satisfactorio.

V. 149. *Et quae desperat.* — Los datos que no se presten á la inspiración debemos abandonarlos por imposibles y aprovechar los que sean capaces de suministrarnos rasgos y consideraciones que cautiven por su interés y novedad.

V. 151. *Atque ita mentitur.* — El poeta supone verdaderos los hechos forjados en su mente, no con el fin de falsear la verdad, sino con el de hermosearla y darle los atractivos que surgen de la feliz combinación de lo real y lo posible, lo acaecido y lo imaginario, sin que el lector acierte á distinguir cuáles son los elementos que ha tomado de la Historia ó la Naturaleza, y cuáles los producidos por su fecunda genialidad.

V. 153. *Tu quid ego et populus.* — No basta que el drama recabe la aprobación del vulgo ignorante; precisa que el juicio de los doctos no le sea adverso, y que observe fielmente las conveniencias técnicas, fuera de las cuales sólo se producen disparatados abortos.

V. 156. *Aetatis cujusque.* — El dramaturgo ha de

tener conocimiento exacto y profundo del hombre á través de sus diferentes edades, y la pintura que de ellas hace el poeta demuestra que podía dar lecciones sobre punto tan difícil á los autores contemporáneos que explotaban la mina de las tablas, más atentos á su provecho particular que á la honra del arte á que consagraban sus aptitudes harto problemáticas.

V. 157. *Mobilibus naturis.* — González de Sepúlveda, á quien siguen Bentlei, Cuningan y Burgos, propone la variante de *maturis*, que juzgamos improcedente, ¿pues quién duda que las inclinaciones y gustos cambian con el tiempo de un modo tan radical, que apenas comprende el viejo cómo pudo lanzarse á las calaveradas de la juventud, ni el joven gozarse en las niñerías que hicieron su felicidad en los primeros años?

V. 158. *Reddere qui voces.* — El retrato del niño es todo del autor. El del joven, el hombre maduro y el viejo, están tomados de la poética de Aristóteles.

V. 161. *Imberbis juvenis.* — Los rasgos de la juvenil edad no ceden á los que en los precedentes versos esbozan los primeros pasos de la niñez.

V. 168. *Commisisse cavet.* — La prudencia, virtud característica de la virilidad, substituye á los caprichos juveniles junto con el amor á las riquezas, las amistades y las distinciones honoríficas, que si no feliz, la hacen más tolerable que la vejez, pronta á asaltarnos con todos sus achaques y penalidades.

V. 169. *Vel quod quaerit.*—Absurdo parece el maridaje de la avaricia con la vejez, pues pocos recursos necesita quien está próximo al fin de sus días, y, sin embargo, la experiencia cotidiana nos deja ver que, tanto como los jóvenes son liberales y esparcidos, tanto los viejos suelen inclinarse á guardar el dinero en el arca, porque saben cuán difícil es adquirir una posición

y cuán fácil una ruina estrepitosa si el orden y la economía no reinan en el hogar; cuánta consideración y estima gozan las personas acomodadas, y cuán poca las que vegetan en la miseria; cuán satisfactorio es tener de qué echar mano en las necesidades que sobrevienen inesperadas, y cuán triste cargados de años el haber de buscar los recursos indispensables á los gastos que reclama el gobierno de una casa metódica y ordenada.

V. 172. *Spe longus.*—De largas esperanzas. Intérpretes de fama, entre ellos Burgos y Martínez de la Rosa, entienden que debe traducirse esta expresión en sentido diametralmente opuesto, y se fundan en que Aristóteles presenta al viejo como muy poco confiado en el porvenir por los escarmientos de que ha sido víctima en lo pasado; pero aunque de natural receloso y descontentadizo, no deja de hacer sus cálculos y proyectos para el mañana, porque el temor de la muerte le incita á desterrar las ideas fúnebres de su pensamiento, recreándose con las más apacibles y consoladoras de una larga existencia tranquila y reposada.

V. 172. *Avidusque futuri.*— Bentlei substituye *avidus* por *puvidus,* inquieto por el porvenir, y Burgos parece inclinarse á esta lección, que juzgamos poco autorizada.

V. 173. *Laudator temporis acti.*—No hay viejo que no glorifique el tiempo pasado, error lógico en sus años; se sentía entonces joven y dichoso, y además desconocía una gran parte de la maldad humana que la experiencia le fué después enseñando, para amargar sus últimos días con el recelo de la desconfianza que le inspira el egoísmo de sus semejantes.

V. 175. *Multa ferunt anni venientes.*—Bien que nadie haya fijado con exactitud el punto donde terminan los años que vienen, *anni venientes,* ni aquel donde co-

mienzan los que se van, *recedentes*, es incontestable que el transcurso de la humana existencia se puede considerar dividido en estas dos grandes etapas: en la primera se adquieren fuerzas, vigor, experiencia, ideales y entusiasmos; en la segunda los bríos se debilitan, los entusiasmos se enfrían, las negruras de una experiencia dolorosa substituyen á los espejismos de la ilusión, y la vejez, con su obligado séquito de tristezas y desengaños, va poco á poco predisponiendo el ánimo á la idea de la muerte, cuya guadaña no podrá ya segar más que un organismo debilitado é impotente para realizar las empresas acariciadas en la juventud.

V. 178. *Semper in adjuntis*.—Tan ridículo es poner en boca del joven las sentencias de un viejo experimentado, como dar á éste la ligereza y el apasionamiento propios de los pocos años. Cada edad tiene su alma correspondiente, y cada alma su modo de pensar, sentir y expresar el fondo de su conciencia y los afectos que mueven su corazón.

V. 179. *Aut agitur res in scenis*. — Las reglas aquí expuestas se contraen á las composiciones dramáticas; ocurre en infinitos casos que algunos hechos íntimamente relacionados con la fábula no caben en su representación, siendo el conocimiento de los mismos indispensable en absoluto para comprender el desarrollo de la trama escénica: tal sucede con todos los que preceden al momento de la acción, y deben exponerse por medio del prólogo ó por el relato que haga de ellos algún interlocutor, ó intercalándolos hábilmente en el diálogo, para que el público, sin darse cuenta, se halle informado de cuanto necesita saber; pero estas narraciones, ya directas, ya disimuladas entre las preguntas y respuestas de los actores, han de economizarse lo posible, pues el drama prefiere la acción á la narración, y, como dice

Horacio, lo que averiguamos por cuenta ajena no nos causa la impresión viva y poderosa de aquello que contemplamos con nuestros propios ojos. No produce igual efecto el asistir á una batalla y ser testigo presencial del entusiasmo de los vencedores, el duelo de los vencidos, los lamentos de las víctimas y la vista de los cadáveres, que leer el relato de la misma en la crónica de un periódico, por muy exacta y minuciosa que haga la información. No obstante, cuando los hechos, por su índole especial, no deban realizarse en la escena, conviene suponerlos verificados fuera, y que un actor se encargue de darlos á conocer, evitando el disgusto de su representación.

V. 185. *Nec... Medea.*—Dos clases de escenas, según Horacio, y en esto le siguen la mayoría de los preceptistas, han de eliminarse de las tablas: las horrorosas, que llenan de espanto al espectador, y las inverosímiles, que asoman á sus labios la sonrisa de la incredulidad. Medea asesinando á sus inocentes hijos, y el vengativo Atreo sirviendo en un banquete á su hermano Tiestes la carne de su carne, son crímenes capaces de horrorizar al más empedernido, y deben substraerse á la vista del espectador, que no va al teatro á sufrir angustias espantosas, sino á saborear las bellezas de una representación estética que lo conmueva sin espantarlo y excite su compasión en presencia de los delirios á que puede arrastrar la furia de la venganza; pero ¿podemos deducir de aquí la regla absoluta de no ensangrentar nunca la escena, como pretende el rigorismo clásico francés? Seguramente que no, porque esto equivaldría á mutilar torpemente el drama trágico y privarle de recursos muy eficaces para inspirar el terror saludable que se propone. No es lo mismo lo sangriento que lo horroroso, ni siempre las víctimas merecen nuestra

conmiseración; así experimentamos placer tan intenso cuando la espada de la justicia se hunde en las entrañas del malvado que por sus fechorías se hizo digno de su rigor. Sólo el propio juicio advertirá al autor la línea de conducta que está obligado á seguir en los lances sangrientos, ocultándolos ó representándolos según las circunstancias, pero teniendo presente que los atroces, repulsivos y abominables vale más que se realicen lejos de la escena, para que la impresión trágica no llegue nunca al paroxismo del horror.

V. 187. *Aut in avem Progne.* — Progne, hija de Pandión, rey de Atenas, estuvo casada con el rey de Tracia, Tereo, que violó á Filomena, hermana de su esposa, y ésta, por vengarse del infiel marido, mató á su hijo Itis y se lo dió á comer en un festín. Sabedor Tereo de que la vengativa Progne le había regalado con los miembros de su propio hijo, quiso atravesarla con el acero, lo mismo que á su cuñada, las cuales huyeron llenas de susto, y se metamorfosearon, Progne en golondrina, y Filomena en ruiseñor. Tereo expió su furia convirtiéndose en abubilla, y el infeliz Itis en un hermoso faisán.

V. 187. *Cadmus in anguem.*—Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, fundó la ciudad de Tebas, y mató al dragón que había devorado á sus compañeros, por lo cual se vió convertido, junto con su esposa Hermione, en el espantoso monstruo á que había dado muerte.

V. 188. *Incredulus odi.*—Las transformaciones que acepta como verídicas la credulidad popular, si se fundan en mitos enlazados con la fe religiosa, no han de llevarse al teatro, donde todo debe parecer verosímil y ajustado á lo real.

V. 189. *Neve minor.*—No quiere que el drama conste de más ni menos que de los cinco actos en que se

dividían las representaciones latinas, división seguida al pie de la letra por Shakespeare, Schíller y los trágicos franceses; pero no aceptada por los ingenios españoles, que siguieron invariablemente al gran Lope de Vega en la división de sus comedias en tres jornadas, que se acomoda mejor con el plan de la obra, correspondiendo la primera á la exposición, al nudo la segunda, y la última al desenlace.

V. 191. *Nec deus intersit.* — La antigua tragedia griega, como fiesta semiheroica semirreligiosa, daba una soberana intervención á los dioses, que con su poder sobrenatural sacaban á los mortales de los trabajos y confusiones en que andaban metidos; de ahí que el empleo de lo maravilloso fuera en ellas tan frecuente como natural. El teatro romano, aunque imitador del griego, no tenía carácter religioso tan definido, ni en los espectadores dominaba tampoco la pureza de la fe helénica, y así Horacio aconseja á sus alumnos que no se valgan para desatar el nudo dramático de un poder sobrenatural, si no aparece absolutamente necesaria su intervención. La observancia de esta regla obliga tanto en nuestros días como en los de Horacio, dándole la extensión que reclama la naturaleza del arte moderno, en el cual apenas cabe la máquina ó maravilloso, es decir, en el sentido de que la obra sorprenda y admire con lo inesperado del desenlace, sin violentar los caracteres ni caer en torpes inverosimilitudes; antes, desenvolviendo los hechos con tal maestría y naturalidad, que el fin parezca resultado preciso é inmediato de la dirección de las fuerzas físicas y morales puestas en movimiento con perfecta armonía, á pesar de sus aparentes divergencias ó momentáneas contradicciones.

V. 192. *Nec cuarta loqui persona laboret.* — Más que como precepto debemos considerar esta adverten-

cia como saludable recomendación para que no intervengan muchas personas en el diálogo, produciendo el embrollo y la confusión.

V. 193. *Actoris partes chorus.*—Que el coro defienda la causa del protagonista y sostenga sus esfuerzos varoniles, *officiumque virile.* El coro de la tragedia antigua representaba la conciencia del pueblo, interesada en la suerte de los héroes, á quienes la saña del destino hacía víctimas de su horrorosa persecución, y de aquí que el pueblo representado por él se pusiese de parte del perseguido, lamentase sus desgracias, elevara al cielo súplicas en su favor y le alentara en la lucha que á brazo partido sostenía con la fatalidad, animando sus esfuerzos varoniles, capaces de contrastar las leyes del hado que irremisiblemente lo conducían á la catástrofe final.

V. 194. *Neu quid medios intercinat actus.*—El coro que cantaba al terminarse el episodio ó escena dialogada entre dos ó más individuos, sostenía mucho mejor la trabazón de las distintas partes de la tragedia que nuestros entreactos modernos, donde la acción queda por algún tiempo completamente suspendida y vienen impresiones del todo ajenas á las que produce la obra representada, á llenar el vacío que deja la interrupción del espectáculo. Comenzaba por exponer sus reflexiones, sus esperanzas y sus temores de un modo razonable y tranquilo, como no soliviantado por la violencia de la pasión que embargaba á los principales actores, bien que no fuese espectador indiferente de sus miserias y trabajos. En él no hallaba cabida nada que no estuviese íntimamente unido á la trama poética, nada que no sirviese al progreso de la misma y á conducirla por sus pasos al propósito perseguido; en una palabra: en vez de un descanso, venía á ser un movimiento sose-

gado de la acción, durante el cual reposaban de la fatiga de la escena los personajes trágicos.

V. 196. *Ille bonis.* — Representando el coro la opinión y la conciencia popular, vivamente interesadas por la suerte del protagonista, sus obligaciones debían ser las que aquí se consignan y enumeran. Ponerse del lado de los buenos, á quienes persigue con encarnizamiento el odio del poderoso, el rigor del hado ó la venganza de su propia sangre; aconsejarlos como fiel amigo para que en el colmo de su dolor y amargura no se lanzasen ciegos ú obcecados por sendas de perdición; templar á los que encendía la cólera hasta el punto de arrojarse á perpetrar espantosos crímenes; amar entrañablemente á esas almas cándidas y pudorosas que se sienten espantadas ante la idea de cometer un delito y tienen una fortaleza sin igual para soportar los golpes de la adversa fortuna; aplaudir la sobriedad en la comida y la bebida, porque los excesos de la gula ó la embriaguez conducen fácilmente á la ruina ó al crimen; glorificar la justicia, que permite á cada cual el goce de lo suyo y refrena con un temor saludable los siniestros impulsos del malvado; entonar himnos á la paz, que consiente á los ciudadanos abrir las puertas cerradas por miedo á los ataques del enemigo; guardar secreto sobre lo que ve hacer ú oye decir, para que su indiscreción extemporánea no pueda causar grandes y próximas desdichas, y elevar sus preces á los dioses á fin de que la suerte sople favorable á los mansos de condición, que soportan resignados la desgracia inmerecida, y sólo se encone contra los soberbios y poderosos, que hacen de su poder un instrumento de tiranía para aniquilar á las víctimas de sus odios reconcentrados. ¡Papel magnífico el del coro conservar la serenidad en medio del tumulto desenfrenado de las pasiones y ser como la voz de la piedad, de

la justicia y de la fe, que avisa á los hombres que no impunemente se conculcan las leyes eternas, sobre las que está basada la unión de las familias y los pueblos!

V. 202. *Tibia non ut nunc.*—La flauta antigua, formada de una sola pieza de boj ó hueso, sólo tenía tres ó cuatro agujeros, *foramine pauco.* Cuando el lujo fué invadiendo el teatro, este sencillo instrumento se construyó de varias piezas, unidas en sus junturas por ricos metales, y sus notas vibrantes llegaron á emular las del mismo clarín.

V. 211. *Licencia major.*—Según Manucio, alude á la mayor variedad de metros introducida en las representaciones; pero Raimundo Miguel se inclina á sospechar que la licencia se refiere al mayor lujo desplegado de día en día, y las mayores libertades que se permitían los cómicos para halagar los instintos del ínfimo vulgo, siempre dispuesto á aplaudir procaces desenvolturas.

V. 213. *Rusticus urbano confusus.*—En el teatro, junto á la persona correcta y de gustos delicados, se sienta el patán grosero ó el petimetre insubstancial, que toman por agudezas los atrevimientos, las payasadas por chistes, las violentas declamaciones por rasgos de sentida pasión, y aplauden frenéticamente las escenas más absurdas, mientras los discretos y entendidos sufren lo indecible por las imposiciones del estólido vulgo, que, fiado en el número, dicta sus sentencias inapelables con mengua del buen sentido y de los fueros de la justicia.

V. 215. *Traxitque vagus.*—La invasión del lujo llegó al punto de que el flautista saliese á las tablas vestido con el manto de cola llamado *syrma,* que sólo usaban anteriormente los actores trágicos.

V. 216. *Fidibus... severis.*—Porque acompañaba al

coro de la tragedia, y del mismo modo que se aumentaron los agujeros de la flauta, se añadieron también cuerdas á la lira hasta el número de siete, y posteriormente hasta diez.

V. 218. *Utiliumque sagax rerum.* — El coro, con el tiempo, llegó á exponer sus útiles advertencias y sus presentimientos de lo futuro de un modo tan conceptuoso y ambiguo, que su comprensión resultaba tan difícil y embarazosa como el interpretar las respuestas del oráculo de Delfos.

V. 220. *Carmine qui tragico.* — Unos adjudican la invención del drama satírico á Tespis, mientras reconocen otros á Pratinas por su creador; servía para templar con sus chistes y bufonadas el espectáculo doloroso y violento de la tragedia; que sus personajes eran sátiros y silenos desvergonzados, y que con ellos se mezclaban héroes y divinidades, deponiendo por un momento su majestad y arrogancia y tomando parte en las bromas y jugarretas de aquellos rústicos habitantes de las selvas. El drama satírico se representaba al terminar la trilogía, como los sainetes de nuestros días después de la pieza que constituye realmente la función.

V. 220. *Vilem ob hircum.* — «Por un vil macho cabrío.» Tal era el premio que recibía el poeta trágico, por ser este animal la víctima sacrificada á Baco en castigo de haberle rumiado un día las cepas que le estaban consagradas.

V. 221. *Satyros nudavit.* — Sacó á la escena á los desnudos sátiros, habitantes campestres con piernas de cabra, que abrasaban á las ninfas en ardorosos deseos.

V. 222. *Eo quod illecebris.* —Cuando el pueblo vuelve de una fiesta desenfrenado y borracho, no pide dramas que le conmuevan ó aterroricen, sino farsas chis-

peantes y alegres que hagan perfecta consonancia con su buen humor y lo sostengan y acrecienten hasta que el mismo exceso de la alegría le entregue en brazos del sueño que repare las fuerzas gastadas en el jolgorio.

V. 225. *Verum ita risores.*—En boca de los sátiros cabían muy bien algunos chistes impertinentes y audaces; mas los héroes, y aun los dioses que con ellos se mezclaban, debían hablar el lenguaje correspondiente á su dignidad, sin descender á bufonadas tabernarias ni elevar tanto el tono que sus voces se perdiesen en las nubes; evitando por igual modo la vulgaridad chocarrera y la afectación pedantesca, la una por atentar al decoro, y la otra por contradecir abiertamente el carácter festivo de la composición.

V. 231. *Effutire leves.*—La tragedia no consiente la ligereza ó familiaridad que tan bien encajan en una pieza festiva, y el actor trágico, que ha aparecido en la escena poco antes apasionando los ánimos y estremeciéndolos de terror, no puede producirse en el drama satírico riendo y bromeando como los sátiros, sino grave, digno y severo, como corresponde á su jerarquía; y si alguna licencia se tomare, parezca la de la matrona á quien se obliga á danzar en determinadas fiestas, que ni un solo momento olvida el recato y compostura que debe á su posición y á los respetos de que los suyos la han rodeado.

V. 234. *Non ego.*—Habla en hipótesis de lo que haría si se pusiese á escribir dramas satíricos y, por consiguiente, de lo que deben hacer quienes se lancen á tal empresa: no emplear un lenguaje desaliñado y trivial ni apartarse tanto del tono trágico que apenas se note diferencia entre el estilo de un príncipe ó el de un esclavo ruin y embelecador.

V. 239. *Silenus.*—Sileno, ayo y compañero de Baco,

es representado como un viejo calvo, de nariz roma, orejas grandes y caídas, recio de miembros, muy barrigudo y casi siempre borracho: digno compañero y maestro del dios plantador de las viñas.

V. 241. *Sudet multum, frustraque laboret.* — Los partos de una inspiración feliz realizados con sencillez y naturalidad, como si los incidentes y las varias escenas se ofreciesen por sí mismas á la mente del escritor, nos parece cosa llana y hacedera; pero metidos en el empeño, bien pronto nos convencemos de su difícil facilidad, y tras grandes fatigas y sudores, nos declaramos impotentes para contender en el palenque adonde nos quiso llevar nuestra infantil presunción.

V. 242. *Tantum series juncturaque.*—Tanto pueden el orden y la trabazón de las partes, que bastan por sí á dar primoroso realce y valor á los argumentos triviales y conocidos. *Series* denota el curso progresivo de los sucesos, y *junctura* el encadenamiento que debe existir entre los mismos, como entre los distintos miembros que componen un ser organizado, que todos tienden al fin único y exclusivo de su conservación.

V. 245. *Velut innati triviis.* — Trata del decoro y naturalidad con que deben expresarse los faunos y sátiros en la escena, huyendo por igual de los coloquios tiernos, propios de jóvenes educados en las escuelas y el fino trato de la capital, que de los usados entre los incultos habitantes de los bosques, ignorantes de sutiles refinamientos y galanterías, aun cuando esto no les autorice á prorrumpir en las groserías y desvergüenzas de esos hijos de la ínfima plebe que á la bajeza de su condición reunen la de su conducta, y el hábito torpísimo de llevar siempre en la boca las voces más obscenas y malsonantes del idioma.

V. 248. *Offenduntur enim.* — Pues este lenguaje

ofende á caballeros, patricios y ricachones, á la parte selecta del público que sabe distinguir y exige de cada cual que hable conforme á su clase y al respeto debido á la decencia del espectáculo.

V. 249. *Nec si quid frieti ciceris.*—Los compradores de nueces y garbanzos tostados, ó la chusma que va á divertirse á toda costa, mejor con payasadas y chistes groseros que con finuras y delicadezas que escapan á su comprensión, alentando siempre con sus aplausos extemporáneos las imprudencias y demasías de autorzuelos chabacanos, mientras el espectador prudente calla y se somete á la imposición vocinglera, porque no sabe contra quién revolver sus censuras, si contra el autor que tan poco respeta el arte, ó contra el público que tan poco se respeta á sí mismo con sus desatinadas aprobaciones.

V. 251. *Syllaba longa.*—El yambo, que consta de una sílaba breve y otra larga, dió origen al verso de esta denominación, el más á propósito, por su flexibilidad y soltura, para el diálogo dramático, que no admite de buen grado combinaciones métricas excesivamente artificiosas.

V. 252. *Unde etiam trimetris.*—Á pesar de que estos versos constan de seis pies iguales, recibieron el nombre de trimetros, por ser tan rápida su pronunciación que resultaban tres compases.

V. 255. *Tardior ut... veniret.*—Por la misma razón, y con el fin de darle gravedad y cadencia, se mezclaron con los pies yambos algunos espondeos más solemnes y lentos, bien que sin cederles nunca el segundo ni el cuarto lugar, porque los pies pares continuaron siendo yambos.

V. 258. *Hic et in Acci.*—En los trimetros famosos de Accio y Ennio aparece raramente esta combinación.

V. 260. *In scenam.*—Así como antes ha recomendado el trimetro, con yambos en los impares por acomodarse felizmente á las exigencias del diálogo, así ahora advierte al dramaturgo que evite con el mayor cuidado el predominio de tales versos, pues si algunos contribuyen á la gravedad y cadencia evitando la ligereza del yambo puro, cuando son excesivos convierten aquellas buenas prendas en la lentitud y pesadez, que se compadecen muy poco con la flexibilidad y viveza del diálogo, y acusan en el autor, ó desconocimiento punible del arte, ó el abandono en que jamás debe incurrir quien solicite los vítores de la fama.

V. 263. *Non quivis.*—Cierto que no todos los espectadores tienen gusto tan depurado y oído tan fino que cojan al vuelo el menor desliz en la versificación, ni eran los romanos en este particular tan exigentes como los griegos, que no perdonaban la menor falta de pronunciación en el discurso, ó de medida en el verso; pero esta condescendencia, ¿ha de darnos derecho para escribir á tontas y á locas, alimentando la pretensión de que los inteligentes perciban nuestras faltas, y sean tan bonachones que las absuelvan sin una dura penitencia? No, á buen seguro; y debemos evitar la culpa para no incurrir en la pena y merecer dignamente el premio antes que obtenerlo por una benevolencia que tenga visos de compasión.

V. 268. *Vos exemplaria graeca.*—«Estudiad—dice á los Pisones—noche y día los modelos griegos», y nosotros repetiremos la recomendación aconsejando á la juventud que lea sin descanso los autores clásicos griegos y latinos si quiere formarse un gusto depurado que la ponga á salvo de mil errores, que no le perdonará nunca la crítica severa y descontentadiza.

V. 270. *At nostri proavi.*— No pone en tela de jui-

cio la invención y la *vis cômica* de Plauto; pero nota su desaliño en la versificación y sus bufonerías con pretensiones de agudezas, que merecían de los entendidos amargas reconvenciones.

V. 275. *Ignotum tragicae.* — Tespis introdujo en el coro de la tragedia un interlocutor que relataba algún hecho interesante de la historia de Baco, y esta innovación, conocida con el nombre de episodio, agradó tanto á los atenienses, que hubo de componer varias piezas de la misma índole, representándolas por las aldeas del Ática, adonde llegaba como nuestros titiriteros ambulantes ó los cómicos de la legua, para regocijar los ánimos de los vecinos, con su cuadrilla de representantes y cantores, hacinados en carretas y tiznadas sus caras con heces de vino, en honor del dios que había hecho á los mortales el inmenso beneficio de la plantación de las viñas. De sus tragedias sólo se conservan los títulos, pues algunos fragmentos que se le atribuyen pertenecen á un gramático de tiempo posterior.

V. 278. *Post hunc.* — Después de Tespis apareció Esquilo, natural de Eleusis, el año 525 antes de Jesucristo. Peleó denodadamente en Platea y Salamina, y consagróse, libre de los azares de la guerra, á la composición de grandiosas tragedias, que inmortalizaron su nombre. Á él se atribuye la introducción de un nuevo actor que hiciera posible el diálogo, el dar las representaciones sobre un sencillo tablado, que vino á ser el embrión de las magníficas construcciones teatrales erigidas en tiempos posteriores, el haber inventado la máscara que cubría la cabeza de los histriones, imitando fielmente á los personajes respectivos y el hacerles hablar en un estilo arrebatado y sublime, en armonía con la grandeza de la acción y las pavorosas catástrofes que la terminaban. De las ochenta tragedias que compuso,

sólo han llegado hasta nosotros siete; pero aun así bastan y sobran á perpetuar su nombre en los fastos de la literatura dramática.

V. 281. *Successit vetus his comoedia.*—La comedia antigua, cuyo representante genuino es el gran Aristófanes, llegó al colmo de su perfección mucho después que la tragedia. Ya hemos hablado en otro lugar de sus abusos y atrevimientos, que dieron motivo á la intervención de la ley, á fin de que no se convirtiera en pretexto de inicua difamación lo que debía servir para solaz de los buenos y correctivo de desórdenes y extravagancias.

V. 288. *Vel qui praetextas... togatas.* — La interpretación dada á estas palabras por los comentadores deja en la sombra el verdadero valor de los términos contrapuestos. La pretexta era una de las especies de la toga, franjeada de púrpura y usada por sacerdotes, magistrados, dictadores, ediles y pretores. Tomándose, pues, el hábito por el monje, significaba la nobleza, y la toga simple, la plebe; mas al designar con estos vocablos dos clases distintas de dramas, lo mismo pueden significar la tragedia y la comedia, que se distinguían también por el zueco y el coturno, que la comedia urbana y aristocrática, en oposición á la popular, porque las denominaciones de las piezas teatrales se tomaban de su indumentaria respectiva, y según los casos se titulaban *praetextas, togatas, trabeatas* y *planipedias*.

V. 292. *Pompilius sanguis.* — Los Pisones descendían de Numa Pompilio.

V. 294. *Praesectum decies... ad unguen.* — Inculca la necesidad de corregir asiduamente la obra antes de publicarla, porque los censores no pecan de piadosos y compasivos, y es más sensato prevenir sus correcciones que fácil soportarlas, sobre todo cuando se nota la ma-

ligna complacencia con que señalan los errores en que incurre el descuido, como faltas merecedoras del desprecio ó la irrisión.

V. 295. *Ingenium misera.*—Creía Demócrito que el ingenio, esa doble vista del entendimiento que penetra de una mirada regiones inaccesibles á la miopía de los entes vulgares, era el creador de los grandes poetas, y lo mismo creemos nosotros; porque sin haber recibido del Cielo las dotes necesarias, jamás llega nadie á coronarse con guirnaldas de mirto en las cumbres del Helicón; pero no bastan las aptitudes naturales; precisa cultivarlas y perfeccionarlas de día en día, obedeciendo á los preceptos del arte, que dicta la experiencia de los siglos sancionada por la autoridad de insignes maestros. La tierra más fértil permanecerá improductiva si no se la trabaja con las labores adecuadas á la naturaleza del suelo y el clima, y no han sido pocos los ingenios sobresalientes que olvidando ó menospreciando las leyes del buen gusto cayeron en punibles aberraciones, alentados por el clamoreo de un entusiasmo indocto, febril y desatentado. Horacio, en quien el ingenio, la fantasía y la cordura se daban tan estrechamente la mano, nó admite que la presunción de estar dotado de ingenio autorice á comportarse como un ser extravagante, sucio y desaliñado, que no se corte las uñas ni se afeite, ni se lave el cuerpo ni viva en la sociedad de los demás, y se burla donosamente de estos sujetos sombríos y melenudos, que hacen consistir en tan poco limpias excentricidades su nombradía poética.

V. 301. *O ego laevus.*—¡Desgraciado de mí que me purgo la bilis al llegar la primavera, y soy aseado y limpio y comunicativo! Yo compondría, indudablemente, soberbios poemas si fuese un energúmeno furioso en vez de someterme á las órdenes de la prudencia, que

me corta los vuelos y me incapacita para escribir cosa que valga la pena.

V. 304. *Ergo fungar.*—«Haré—dice—lo que la piedra de afilar, que aguza el hierro, no siendo ellà cortante, y enseñaré el arte de escribir, aunque no escriba nada de provecho.» Bien podía afirmar, irónicamente por supuesto, que trocaba la tarea del escritor por la del magisterio quien había consagrado su existencia al cultivo de la más hermosa y fascinadora de las artes, sobresaliendo en sus distintos géneros como ninguno de sus antepasados, contemporáneos ni sucesores, y mereciendo por antonomasia el título de lírico latino sin rival en la oda erótica, la moral, la religiosa y la heroica, como tampoco en la didáctica y satírica, que le ornaron con tan espléndidos laureles.

V. 307. *Unde parentur opes.*—De donde ha de sacar los recursos ó conocimientos que debe reunir sobre la especialidad que cultive, y el asunto que por tema se proponga; lo que el buen gusto admite de grado y lo que rechaza terminantemente; las consecuencias del acierto y las funestísimas del error, casi nunca remediables.

V. 309. *Scribendi recti sapere.* —En oposición á la teoría de Demócrito, que divinizaba el furor poético, sostiene que el recto criterio es el principio fundamental del arte; pues cuando la fantasía exaltada se desboca sin rienda, sólo acierta á producir extravagancias ó monstruosidades, como los delirios de un enfermo á quien la intensidad de la fiebre trastorna los sentidos y potencias.

V. 310. *Socraticae... chartae.*—Los diálogos de Sócrates, cuya doctrina moral, contenida en los escritos de Platón y otros filósofos, acredita la justicia del oráculo de Apolo al declararlo el más sabio de los pensado-

res, y el aserto de Cicerón de que había hecho descender la filosofía del cielo é iluminado los senos obscuros de la conciencia con la luz eterna de la verdad.

V. 312. *Qui didicit.*—El que conoce los deberes que impone la patria, la familia y la amistad, y las dotes que deben adornar á un caudillo, á un senador, á un magistrado, á un sujeto de otra condición cualquiera, aquél sabrá darles el conveniente colorido cuando los presente en escena, haciéndolos tan verosímiles que la ficción llegue á confundirse con la verdad, y la representación logre los mismos efectos que alcanzaría la vista de un suceso real.

V. 319. *Interdum speciossa.*—Á veces una comedia con situaciones interesantes y caracteres bien sostenidos conquista sin esfuerzo nuestra aprobación, aunque no la aquilaten la gracia ni el artificio, como opina Raimundo Miguel, separándose de aquellos que interpretan la palabra *locis* como equivalente de sentencias ó máximas, por no avenirse con el inciso *sine pondere et arte.*

V. 323. *Graiis ingenium.* — El elogio de los griegos es tan lisonjero como imparcial. Dotados de puro idealismo, y en posesión de una lengua rica y primorosa que se prestaba á servir de instrumento á los alardes más atrevidos y juguetones de la imaginación, y avaros sólo de las alabanzas que se tributan á los héroes, los sabios y los artistas, parecía que su único anhelo fuese el de engrandecer la patria con sus hazañas y ennoblecerla con los títulos gloriosos que excitaban el asombro y el respeto de los bárbaros.

V. 325. *Romani pueri.* — Á la índole generosa de los griegos opone la educación práctica y egoísta de los jóvenes romanos, entregados á la Aritmética para ajustar con exactitud las ganancias del lucro y aumentar

considerablemente la hacienda á costa de las víctimas sacrificadas por sus préstamos usurarios.

V. 330. *An haec animos aerugo.*—Cuando esta herrumbre y este afán de atesorar se apodera de nosotros, nos impide volar en alas de la fantasía, y gracias si nos permite fijar nuestras plantas en el suelo.

V. 332. *Linenda cedro, et... servanda cupresso.*—Los volúmenes de mérito excepcional se ungían con aceite de cedro y se guardaban en cajas de ciprés, á fin de conservarlos contra todos los agentes, ya vivos, ya inanimados, de la destrucción.

V. 333. *Aut prodesse.* — Establece la división del arte transcendental y el arte por el arte, según que se proponga la enseñanza de la verdad, ó simplemente recrearnos con las hermosas imágenes sugeridas por el panorama de la Naturaleza, fuente inagotable de lo bello y lo sublime que pretendemos realizar en las concepciones artísticas.

V. 335. *Quidquid precipies.* — Nada tan enfadoso como la prolijidad, que acaba la paciencia del oyente ó lector. Castigar lo redundante y omitir lo superfluo sin descender á minucias que fácilmente sobrentiende la capacidad del que lee ó escucha, debe constituir el principal cuidado de quien escribe un poema didáctico; mas nunca se ha de abstener de lo indispensable, porque entonces caería en el extremo opuesto, no menos digno de censura, y resultaría parco y hasta avaro en la expresión.

V. 337. *Omne supervacaneum.*—No atinàmos en qué fundan sus extrañas opiniones Bentlei y Sanadón negando al autor la paternidad de este aserto, consecuencia legítima que deduce de las premisas sentadas, ni cómo pudo parecerles obscura una metáfora tan luminosa como la del vino que se desborda del vaso, inca-

paz de contener una gota más sobre su justa medida.

V. 338. *Ficta voluptatis causa.* — La ficción poética que toma sus elementos constitutivos del mundo real, idealizándolo y hermoseándolo, engendra la verosimilitud; única verdad exigida en los productos del ingenio.

V. 339. *Nec, quodcumque volet.* — Nadie pretenda que se acepten sin reserva, como verosímiles, los prodigios que repugnan al buen criterio de las personas sensatas; como el de extraer un niño vivo del vientre de la bruja que acaba de devorarlo. Hay más : casos extraordinarios, acaecidos realmente fuera de las condiciones en que se realizan por lo común, llegan á parecernos absurdos, mientras hechos ficticios que se desenvuelven de la manera normal y acostumbrada, nos causan la misma impresión que si real y positivamente hubiéramos sido sus testigos presenciales.

V. 341. *Centuriae seniorum.* — En el teatro es muy frecuente esta división de los espectadores : la gente grave y sesuda muestra su preferencia por las obras de sana doctrina; la juventud vehemente y atolondrada se complace mejor con aquellas que la cautivan por su gracia y ligereza.

V. 343. *Omne tulit punctum.* — Pero el que junte lo útil á lo agradable y sepa deleitar é instruir al mismo tiempo, se verá alentado por los sufragios de todos. Horacio fué un decidido partidario del arte docente, y sólo en sus odas amatorias y sus festivos epodos da rienda suelta á sus fugitivas impresiones personales en estrofas de una elegancia sin par.

V. 347. *Sunt delicta tamen.* — Recomienda una y mil veces la más esmerada corrección; pero confiesa también que nadie deja de incurrir en faltas y descuidos, que debemos perdonar generosamente cuando las bellezas abundan en el poema y obscurecen y disculpan

los errores en que se haya caído, ó por negligencia, ó por la imposibilidad de sostenerse siempre á la misma excelsa altura.

V. 353. *Quid ergo est.* — ¿Á qué regla, pues, nos atendremos? El autor responde satisfactoriamente á su misma pregunta con el buen sentido y la sensatez que le caracterizan. Tolerante y benévolo con ciertos leves lunares, no lo será con quien dé una en el clavo y veinte en la herradura y, como el burro flautista, de Iriarte, sólo por casualidad deje de equivocarse alguna vez.

V. 357. *Chaerilus.*—No sabemos si alude á Querilo, el autor dramático de Atenas, ó á Querilo de Samos, ó de Jasos, que floreció medio siglo después y fué muy estimado de Alejandro, quien, según nos refiere Acrón, le propuso en burla darle una moneda de oro por cada verso excelente que escribiera, y una bofetada por cada uno de los que le saliesen flojos y pedestres; siendo tan pocas las monedas que ganó y tantas las bofetadas recibidas, que el dolor y la vergüenza acabaron sus días y sus atrevimientos poéticos.

V. 359. *Quandoque bonus.* — Es cumplidísimo el elogio de Homero al revelarnos el disgusto que experimenta si acaso tiene que reprenderle algún pequeño lunar, y eso que en un poema de gran extensión viene á resultar imposible que el autor no se deje vencer á ratos por el sueño.

V. 361. *Ut pictura, poesis erit.* —Esta comparación no persuade del todo. La poesía realiza lo bello como la pintura, y valiéndose de la descripción, ofrece al espíritu, con exactitud y fuerza de colorido, la imagen idealizada de los seres que pueblan el Universo; pero la ofrece desenvolviéndolos gradualmente en el tiempo, y la pintura los destaca de un modo simultáneo en el espacio, amén de ser el campo de la primera infinita-

mente más vasto, pues la palabra pinta, esculpe, edifica y canta, según las ocasiones, haciendo suyos los dominios de todas las bellas artes.

V. 368. *Certis medium.*—En los oficios mecánicos y profesiones útiles se tolera con razón la medianía, porque las eminencias escasean en todos los órdenes de la actividad; pero en las artes liberales, que aspiran á deleitar, interesar y conmover, es insoportable y fastidiosa la vulgaridad, y el que no sepa cerner su vuelo muy alto, debe replegar sus alas y vivir desconocido antes que exponerse á la irrisión de aquellos á quienes pretende subyugar con su genio, menos poderoso de lo que le hizo creer su vana arrogancia.

V. 371. *Messalae.*—Marco Valerio Mesala Corvino nació el año 69 antes de Jesucristo, y fué general en los ejércitos de Bruto y Casio. Después de la derrota de Filipos negoció un honroso acomodamiento con Augusto, y le sirvió en las Galias y el Oriente, mereciendo los honores triunfales. Por su elocuencia y saber lo menciona Horacio, señalándole aquí lugar distinguido.

V. 371. *Casselius Aulus.* — Aulo Caselio, jurisconsulto contemporáneo de César y ferviente patriota, rechazó el consulado que Augusto le ofreciera por no servir á un gobierno personal que había acabado con las instituciones republicanas.

V. 372. *Mediocribus esse poetis.* — Ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas, toleran á los poetas la medianía. La palabra columnas ha dado lugar á extrañas interpretaciones. Dacier opina que alude á las columnas ó postes donde se anunciaba la lectura ó publicación; Batteux, que se refiere á las columnas del teatro, muy frecuentado por los recitadores, y otros, á las de los pórticos de calles y plazas, que aturdían al tran-

seunte con los versos de los poetastros y los aplausos de sus amigotes y paniaguados.

V. 374. *Ut gratas inter mensas.*—No se juzgan indispensables en la mesa ni los perfumes, ni la música, ni la miel con adormideras, y, por lo mismo, estos accesorios han de ser excelentes ó prescindirse de ellos antes que ofendan las narices, desgarren los oídos ó provoquen náuseas en el estómago de los comensales.

V. 379. *Ludere qui nescit.*—Los bisoños en el ejercicio de la lucha, la carrera, la natación y el tiro al blanco, ó en el juego de la pelota, el disco y el troco, que tenían lugar en el campo de Marte, no se determinaban á competir con los más hábiles concurrentes, por grandes que fueran sus deseos de probar su agilidad y destreza, temiendo las risas y cuchufletas de los mirones, que formaban un círculo apiñado en torno de los jugadores; y con ser harto más difícil y arriesgada la labor literaria, nunca han faltado ni faltarán jóvenes que la acometan con temeridad no coronada por la fortuna, como tiene que suceder cuando los alientos son débiles y no poca la magnitud de la empresa que se intenta realizar.

V. 382. *Quid ni?*—¿Y por qué no? Porque si basta ser rico, noble y de conducta loable para ser un buen esposo, un buen padre y un buen ciudadano, no bastan tales dotes á formar un buen poeta, que puede haber nacido en la esclavitud, vegetar en la miseria, morir en el destierro y llevar en su frente la luz de un ingenio soberano.

V. 385. *Invita Minerva.*—Á despecho de Minerva, protectora de las artes y las ciencias.

V. 387. *In Metii descendat.*—Advierte al joven Pisón que se asesore de personas juiciosas y entendidas antes de dar á luz sus poemas, y que éstas gocen de tanta

autoridad como Espurio Mecio Tarpa, censor eminente de las obras dramáticas; su padre Pisón, versadísimo en Literatura, y él mismo, que en materias de buen gusto se equivocaba tan pocas veces, que sus fallos podían considerarse dictados en última instancia.

V. 388. *Nonumque prematur in annum.*—Si los escritores siguiesen el consejo, ¡cuántos arrepentimientos tardíos se hubieran evitado, cuántos defectos hubieran podido corregir antes que los señalase una crítica maleante y burlona, y cuántos manuscritos hubieran yacido en el polvo, del que jamás debieron levantarse, para poner en ridículo un nombre acaso por otros conceptos respetable y digno de alabanza!

V. 390. *Nescit vox missa reverti.*—El hecho de que la voz pronunciada ya no pueda recogerse, debiera hacernos más prudentes y menos solícitos en dar á la estampa ensayos indignos de nuestra pretendida reputación.

V. 392. *Orpheus.* — Personaje mítico á quien las Musas enseñaron á pulsar la lira que Apolo le regalara, y á cuyos acordes las bestias feroces dulcificaban sus instintos, y los árboles y peñascos se movían de su lugar, arrebatados por la dulzura de su voz; mito que patentiza el influjo de la poesía y la ciencia entre los primeros habitantes de los bosques y cavernas.

V. 394. *Dictus et Amphion.* — La lira que Anfión recibió de Mercurio sonaba tan deliciosamente, que arrancando las piedras de las rocas las ponía en orden y concierto para levantar por sí mismas las murallas de Tebas; esta fábula nos da á entender que los cantos y exhortaciones del hijo de Júpiter y Antíope indujeron á los tebanos dispersos á reunirse y agruparse en tan célebre ciudad, viviendo al amparo de sus fuertes muros; defendidos por corazones más fuertes todavía.

V. 396. *Fuit haec sapientia.*—El arte de las edades primitivas no se redujo á la expresión de lo bello simplemente; alzando el vuelo remontóse á la enseñanza de los dogmas y ritos religiosos, á suavizar la aspereza de los hábitos incultos, á fundar sobre la base del matrimonio los derechos de la familia, grabar en tablas las leyes exigidas por el público bienestar, y edificar ciudades que fuesen con el tiempo centros de riqueza, cultura y civilización. De ahí el respeto profundo que á los vates se tributaba como semidioses descendidos á la tierra, que esparcían sobre ella con pródiga mano todas las bendiciones del cielo.

V. 401. *Insignis Homerus.*—El epíteto es propio y justísimo, pero se ha abusado tanto de él, prodigándolo á cualquier mediano talento, que ya parece pobre y vulgar como elogio tributado al padre de la poesía.

V. 402. *Tirtaeusque.*—Tirteo, aunque poco favorecido por la Naturaleza en dotes físicas, se acreditó de hábil caudillo en la segunda guerra mesenia, y de cantor patriótico varonil en las elegías que compuso para inflamar el valor de sus soldados.

V. 403. *Dictae per carmina sortes.*—Los oráculos del santuario de Delfos se dictaban en verso, á fin de grabarlos hondamente en la memoria.

V. 406. *Ne forte pudori.*—En aquellos, lo mismo que en nuestros positivos tiempos, no faltaban entes estólidos y enfatuados que consideraban la poesía como impropia ocupación de personas serias, y el maestro hace resaltar sus timbres gloriosísimos de haber servido para convertir en el campo de batalla los soldados en leones, mostrar al ciudadano el camino de lo recto y ordenado, obtener la gracia de los reyes, deteniendo los impulsos de su cólera, solazar con sus incentivos al

trabajador rendido por la faena, y dictar las profecías de Apolo que rasgaban el velo del porvenir.

V. 408. *Natura fieret.* — Inútilmente se esforzará en conquistar laureles poéticos quien no esté dotado de penetrante espíritu de observación, fantasía rica y arrebatada y sensibilidad exquisita que responda con viveza á las impresiones de cuanto le rodea; mas no por eso vayamos á creer vano y perjudicial el estudio de la sociedad, la Naturaleza y el hombre, que son las fuentes eternas é inagotables de la inspiración. Podríamos citar muchos brillantes ingenios que por lo endeble y somero de su instrucción no llegaron á producir sino obras efímeras, sepultadas bien pronto con sus nombres en la tumba del olvido.

V. 412. *Qui studet.* — Para sobresalir en cualquier profesión, además de las aptitudes correspondientes, se necesita el aprendizaje temprano y el asiduo ejercicio. ¿Y el arte de la poesía será de generación tan espontánea que baste coger la pluma á producir partos que llenen de asombro y maravilla?

V. 417. *Occupet extremum scabies.*—Exclamación con que los mozalbetes se estimulaban á correr, equivalente á ¡mala peste en el último!

V. 418. *Et quod non didici.*—El no reconocer y confesar ingenuamente la propia ignorancia, autoriza á que la reconozcan los extraños, con afrenta del nombre que pretendíamos enaltecer.

V. 419. *Ut praeco.* — Se asemeja al pregonero que anuncia la subasta el poeta rico y hacendado que convoca á los amigos y los consulta sobre sus recientes trabajos literarios, sabiendo que el temor de desagradarle ha de ponerles candados en la boca, y la esperanza de conseguir de su liberalidad nuevos favores puede convertirlos en críticos excesivamente benévolos, que pre-

cipiten su vanidad despeñándola en estruendoso fracaso. El que da banquetes y sale fiador de un pobre arruinado, ó le saca de las garras sangrientas de los curiales, no debe buscar á su protegido como juez imparcial, porque la gratitud sellará sus labios cuando tenga lugar la advertencia, y los desatará libremente con el menor motivo, entonando hiperbólicas alabanzas y gritando: «¡Bravo! ¡Magnífico!» Golpeará el suelo con los pies, saltará conmovido del asiento, y en algunos pasajes llegará hasta perder el color y derramar lágrimas que patenticen su honda emoción. La claque del siglo de Augusto y las lecturas de Nerón sabía su oficio bastante mejor que la de nuestros días, pero en punto á bajeza allá se van la contemporánea y la antigua.

V. 434. *Reges dicuntur.* — Astuto en verdad era el modo con que los reyes de Persia probaban la fidelidad de los favoritos en quienes se proponían descargar el peso del gobierno, porque la embriaguez se revela tan franca y expansiva, como hipócrita y doble la sumisión del que todo lo espera de un amigo rico y poderoso.

V. 438. *Quintilio si quid.* — Este Quintilio, el mismo que le arrancó tan sentidas lamentaciones en la oda XXIV del libro I, aparece como el modelo del corrector ingenuo y poco indulgente, por entender que la lenidad ha de refluir en detrimento de quien acude á su criterio imparcial antes de exponerse á las sentencias de jueces menos benévolos y desinteresados.

V. 442. *Si deffendere delictum.* — Increíble parece, y, sin embargo, se repite con harta frecuencia el hecho del novel autor que á las indicaciones francas de la amistad responde defendiendo tenazmente los defectos que las motivan, y pretende echar por el suelo la autoridad del juez que él mismo se ha buscado, por merecerle toda clase de respetos la independencia de su

juicio y su ilustración reconocida. Cuando esta controversia se suscita, el mejor partido es el de Quintilio: darse un punto en la boca y dejar al necio presuntuoso que, enamorado de sí mismo, se levante un altar, donde queme á manos llenas el incienso de la propia satisfacción.

V. 445. *Vir bonus et prudens.* — No basta que el crítico sea sincero y honrado; debe ser inteligente y capaz de distinguir el acierto del error, á veces oculto bajo brillantes apariencias.

V. 450. *Cur ego amicum?* — Así discurre la cautela interesada, pero la sinceridad le responde que tiene visos de indignidad el engañar á los que llamamos nuestros amigos, alentándolos con inmerecidos elogios que les acarreen en castigo bochornosos sonrojos, y que hasta lo que parece una bagatela sin importancia tiene su valor en las obras artísticas, que al desviarse corto trecho de la perfección corren peligro inminente de caer en absoluto descrédito.

V. 457. *Hic dum ructatur.*—Idea cáustica y maligna la de presentar al poeta chirle eructando sus versos y vagando solitario y abstraído sin percatarse de los cien peligros que amenazan acabar sus íntimas satisfacciones.

V. 465. *Empedocles.*—En las notas á la epístola XII hablamos ya de este filósofo.

V. 470. *Nec satis apparet.* — Nada tan irónico y mordaz como suponer á este versificador impertérrito expiando el doble sacrilegio de haberse orinado en las cenizas de su padre, ó arrancado de su sitio la piedra indicadora de la caída del rayo, hecho que se consideraba una de las más horrendas profanaciones.

FRAGMENTO ATRIBUÍDO Á TURNO

Los poetas cantarán los horrores del hambre, los venenos ocultos en los manjares, el pueblo extenuado, los amigos que engordan para morir, y disfrazada con el nombre de paz, la decrepitud y molicie del Imperio. Llamarán edad de oro á nuestros depravados tiempos, y celebrarán el pavoroso incendio de Roma como un espectáculo admirable y un consuelo de la obscuridad de la noche. También verán como un fausto suceso el triunfo del que asesinó á su madre, empeñado en luchar contra sus Furias vengadoras, oponiéndoles otras Furias más crueles y otras serpientes más venenosas, para aterrar con nuevos golpes y horrendos asesinatos. Loarán sus crueldades, sus torpezas y su casamiento con un mancebo por esposa, testimonio de su nefanda lubricidad. Ya las Musas no se avergüenzan de nada, y hasta desean olvidar su nombre y reputación de vírgenes. ¡Qué envilecimiento! Las doctas hermanas han renegado del pudor, y se prostituyen con nombres fingidos. Ellas, que descienden del sumo Jove; ellas, tan elevadas sobre la condición humana; ellas, que nada necesitan, se

venden á vil precio, y manchan la santidad de sus cuerpos, y se prestan fáciles á los antojos de un arrogante Menas, y se consideran dichosas al merecer las sonrisas y elogios de Policleto, y hasta se rinden al hombre que lleva señalado el rostro, á un Geta que ayer gemía en cadenas y aguantaba los azotes. ¿Qué más? Olvidadas de su padre y los dioses sus hermanos, y del honor que por sus virtudes les tributaba la antigua piedad, se entregan á Furias y monstruos, y llaman decretos del destino á los torpes antojos de ese Ticio, traspasando al Erebo lo que pertenecía al Olimpo. Se atreven á levantar templos impíos y aras sacrílegas, y á elevar segunda vez á las alturas los Titanes arrojados del cielo, engañando con sus falsas palabras la estolidez de las gentes.

NOTAS

Verso 1. *Ergo famem misĕram.*—Ni aun á los monstruos como Nerón faltan nunca apologistas de sus vergonzosas hazañas, y menos mal si fuesen poetastros desconocidos ó famélicos los que así arrastraron por el suelo el honor de las Musas; pero la Historia nos patentiza que por miedo, por vanidad, por ambición ó codicia, filósofos moralistas del fuste de Séneca no se avergonzaron de mezclarse en el coro que cantaba las indignidades del tirano como empresas que merecían esculpirse en mármoles y bronces.

V. 2. *Populum exsanguem, pinguesque in funus amicos.* — Antítesis hermosa y verdadera; el pueblo anémico, impotente y desfallecido, esperando alguna distribución que acallase los gritos del estómago, y las víctimas que habían de morir en la arena, cebadas como lechones, se ostentaban arrogantes, fuertes y lustrosas á la vista de los espectadores; la robustez y el vigor en los que iban á la muerte, la extenuación y flaqueza en los que sólo gozaban el derecho de vivir bajo durísimas privaciones.

V. 6. *Nigrae et solatia noctis.*—Llamar luminarias que ahuyentan la obscuridad de la noche á las llamas del incendio de la capital, encubridoras del pillaje, del saqueo y la matanza que acompañaron á tan espantosa catástrofe, es el colmo de la vileza y degradación, es insultar con burlas atroces los cadáveres de los mil infelices tendidos en las calles al reproducirse en aquellos

aciagos días todos los estragos y desolaciones de Troya cuando fué tomada por los griegos.

V. 7. *Letho matris ovantem.* — Séneca pudo disculpar y el pueblo aprobar el asesinato de Agripina; tan despreciable víctima hacía casi bueno al verdugo; pero el remordimiento y el terror atenacearon sin descanso al alevoso parricida, que representó de veras en el teatro el papel del infeliz Orestes.

V. 12. *Veneris monumenta nefandae.*—Según Suetonio, Nerón tomó á Esporo por mujer después de someterlo á crueles y dolorosas mutilaciones; y Tácito nos da la noticia de haber tomado á Pitágoras por marido. ¡Lindos matrimonios para acrecentar la familia imperial con vástagos que fuesen su sostén en los tiempos calamitosos que amenazaban sobrevenir con la furia de una tormenta que arrancase de cuajo hasta las últimas raíces de las antiguas instituciones!

V. 16. *Sub titulo prostant.* — Las damas romanas que frecuentaban los lupanares solían, por un resto de pudor, tomar como nombre de batalla el de las meretrices cuyas celdas ocupaban, para ocultar su degradación y la afrenta de su linaje.

V. 22. *Esterni Getae.* — En el reinado de Nerón y sus sucesores, los libertos que aun llevaban en la frente marcado el estigma de la esclavitud, se alzaron con magníficos empleos, y desde el pináculo del favor ultrajaban y perseguían á los más egregios patricios.

V. 26. *Tityi mandata.* — Del gigante Ticio se habló en las notas á las Odas.

V. 28. *Sacrilegasque audent aras.* — Cuanto más bajos, crueles y repulsivos eran los emperadores, más se apresuraba el pueblo á decretarles honores divinos y colocarlos en el Olimpo, sin duda para que no volviesen á turbar la tierra con sus crímenes é iniquidades.

SÁTIRA DE SULPICIA

Musa, permíteme cantar algunos versos en el tono que empleas cuando cantas los héroes y las batallas. Á ti me entrego, y sólo contigo comunico mis íntimos designios; por eso no escribo en ligeros faleucos, ni en yámbicos trimetros, ni en los escazontes que revelaron la violenta cólera del poeta de Clazomene. Hasta renuncio por siempre á los juegos poéticos que enseñaban á los romanos á competir con los griegos en sátiras chispeantes de nuevas sales, y corro tras ti, que eres la más inspirada y elocuente de las Musas. Desciende, pues, del Olimpo, y dígnate escuchar benévola mis súplicas.

Dime, Calíope, ¿cuáles son los proyectos del padre de los dioses? ¿Acaso intenta mudar la haz de la tierra y el curso de los tiempos, privar á los mortales de las artes que antiguamente aprendieran, y arrebatarles el habla y con ella la luz de la razón, del mismo modo que en la primer edad, cuando los hombres se arrastraban para coger la silvestre bellota y templar su sed en las ondas cristalinas, ó bien reserva sus favores á las ciudades y tierras extrañas, y sólo mues-

tra su enojo contra la raza ausonia y los descendientes de Rómulo? ¿Qué hemos de pensar? La grandeza de Roma es el fruto de sus virtudes en la guerra y su prudencia en la paz; pero su valor, ejercitado á costa de los pueblos circunvecinos en las guerras sociales, se arrojó á pasar el estrecho de Sicilia, llegó hasta las murallas de Cartago y sometió por fin los otros imperios, dominando el orbe con sus legiones. Después, como el vencedor que queda solo en la arena del estadio, siente languidecer sus bríos por falta de ejercicio, así dejó de batallar el pueblo romano, y con vigorosas riendas mantuvo en paz los países sometidos, se dedicó á dictar sabias leyes, aprender las artes de Grecia y regir las naciones conquistadas en sus incesantes luchas de mar y tierra con admirable sabiduría y consejo. Sin estos puntales no hubiese sostenido su poder, y habrían resultado falsas las promesas que hizo Júpiter á su esposa cuando le dijo: «Su imperio no tendrá fin.»

Mas el que ahora gobierna en Roma, ese déspota cargado de espaldas y consumido por los excesos, expulsa los buenos estudios y destierra de la capital el nombre y la raza de los sabios. ¡Qué contrasentido! Dejamos de ir á Grecia y las ciudades extranjeras, prefiriendo que nuestra juventud fuese aquí adoctrinada por sus maestros, y ahora, como los galos abandonaron las armas y el oro de la balanza á la aproximación de Camilo al Capitolio, así se dispersan los doc-

tos maestros, y se ven obligados á destruir sus obras para escapar de la muerte. ¡Cómo se equivocó Escipión el Numantino y Africano, tomando las lecciones del filósofo de Rodas, y toda aquella juventud tan elocuente como valerosa de la segunda guerra púnica, entre la cual brillaba el viejo Catón, que quiso saber si la descendencia de Rómulo se fortalecía más en los triunfos ó en los reveses! Indudablemente que en los últimos, pues cuando el amor patrio nos obliga á empuñar las armas, cuando nos incita á la pelea una esposa cautiva en su propio hogar, todos somos unos, como el enjambre de doradas abejas que aguza sus finos dardos contra las avispas que descienden de la cumbre del Moneta; pero después de la victoria la reina y el pueblo se entregan á un reposo fatal; así una larga y no interrumpida paz trajo la ruina del Imperio romano.

Mi conversación terminó de este modo: «¡Oh, tú, la más excelente de las Musas; tú, dulcísimo encanto de mi existencia, aconseja á los sabios, como antiguamente al tiempo de sucumbir Esmirna en guerra con los lidios, aconséjales que emigren ahora como en tiempos pasados, ó sugiéreles, benigna diosa, algún otro feliz acuerdo, y dígnate por mi Caleno mirar compasiva los muros de Roma y la descendencia de los sabinos!»

Así hablé, y la diosa me respondió en breves términos: «Depón esos fundados temores, hija mía. Los odios más rencorosos amenazan la vida

del tirano, que ha de perecer muy pronto en castigo de los ultrajes que nos ha inferido. Aun vivimos en los bosques de Numa, cerca de la sagrada fuente, y con la ninfa Egeria nos reímos de sus insensatas empresas. Vive y pásalo bien; la Fama eternizará tu hermoso dolor; te lo prometen el coro de las Musas y el gran Apolo, que reverencian los romanos.»

NOTAS

Verso 4. *Carmine phaleuço.* — El verso faleuco, así llamado del nombre de su inventor, se adaptaba perfectamente á la poesía festiva, y constaba de un espondeo, un dáctilo y tres coreos, con la cesura generalmente detrás del segundo pie. El senario ó trímetro yámbico cuenta seis pies, esto es, tres dipodias; porque dos coreos ó yambos equivalen á una medida; en el yámbico puro, todos los pies son yambos; cuando no, admite en los impares el espondeo, dáctilo, anapesto, y en todos, menos en el útimo, el tribraco; el coliambo ó escazonte, que significa cojo, se diferencia del senario en su quinto y sexto pies, respectivamente yambos y espondeos, y en no admitir más que estos últimos en los impares.

V. 6. *Duce Clazomenio.* — Pasa por inventor del escazonte Hiponax, á quien Sulpicia designa con la perífrasis del vate de Clazomene, ciudad jonia del Asia Menor, donde fijó su residencia el día en que se vió obligado á salir de Éfeso, su patria. Cuéntase de este Hiponax que habiendo tenido el poco tacto dos escultores de representarle en una estatua superlativamente feo, como él era de suyo, inventó el escazonte, y los acribilló con sus dardos en venganza del supuesto agravio recibido.

V. 8. *Primaque Romanas docui.* — Enseñé la primera el modelo de una nueva sátira romana que rivalizase con las griegas. Según observa atinadameute Pe-

rreau, la poesía satírica ofrece en ocasiones, á la vista del lector, escenas tan atrevidas y licenciosas, que una mujer honrada no puede contemplarlas frente á frente sin que le salte al rostro la sangre encendida del pudor. Por eso cuando Sulpicia empleaba su estro en la composición de sátiras, escribíalas del género grave, castas en el lenguaje y limpias de toda mancha de impureza. Esta sería tal vez la nueva sátira de que se proclama inventora la fiel esposa de Caleno.

V. 14. *Calliope.* — Calíope es la Musa de la poesía épica, y se la representa sentada con una tablilla en la izquierda y el estilo en la mano derecha.

V. 15. *Nosque jubet tacitos et jan rationis egenos.* —Nos priva del lenguaje y la luz de la razón. El lenguaje y la razón, como decía Schiller, son dos hermanos mellizos, engendrados por el mismo padre, dados á luz al mismo tiempo, y á los mismos pechos criados. El que habla, piensa en alta voz; el que piensa, habla interiormente; sin el lenguaje el pensamiento yacería muerto en el fondo del espíritu, y es, por consecuencia, exacta la observación de Sulpicia, que al quitarnos la lengua se nos priva también del discurso racional.

V. 19. *Sed genus Ausonium.* — Ausonia se llamó el territorio de los ausones y oscos, después conocido por la Campania; mas los poetas designan con este nombre la Italia entera.

V. 22. *Socialibus armis.* — Las guerras sociales. No deben ser, supuesto que tras ellas pone la conquista de Sicilia y la titánica lucha con Cartago, las que Mario, Sila, Pompeyo y Craso sostuvieron con los marsos, samnitas y lucanienses, sino las interiores, felizmente terminadas antes de las guerras púnicas, que dieron por resultado la dominación de Itália hasta la Gália Cisalpina. . . . .

V. 33. *Mendaxque diespiter olim.* — Á las querellas de Venus por los trabajos que los troyanos sufrieron antes de arribar á Italia, perseguidos por el odio implacable de Juno, respondió Júpiter profetizando los brillantes destinos que el porvenir reservaba al linaje de Eneas, pronunciando la frase que Sulpicia traslada de *La Eneida: Imperium sine fine dedi* (les di un imperio sin fin). (*En*, lib. I.)

V. 35. *Qui res romanas imperat.* — Tito Flavio Domiciano Augusto, tan infeliz en la guerra como en la paz desatinado; su gobierno fué el reverso del de su hermano Tito.

V. 36. *Non trabe sed tergo prolapsus.* — Concepto alambicado que se adivina mejor que se comprende, y cuyo sentido acaso no diste mucho del que le damos en el texto.

V. 39. *Graios hominumque reliquimus urbes.*—Dejamos los griegos y las ciudades extranjeras. Hasta las postrimerías de la República había sido general costumbre entre la juventud estudiosa completar su educación en Atenas, maestra de las artes, ó en Babilonia, Tarento, Marsella ó Alejandría; pero la centralización absorbente de Roma sobre los países conquistados, no sólo hizo refluir á su seno las riquezas y productos del orbe, sino que obligó á los sabios extranjeros á establecer en ella su residencia, como el punto donde podían ver sus lecciones mejor retribuídas por el número y la calidad de los discípulos que las recibiesen.

V. 41. *Camillo.* — Camilo atacó tan valerosamente á los galos sitiadores del Capitolio, que no les dió tiempo suficiente para recoger sus armas, ni embolsarse el oro pesado en la balanza como rescate de la ciudad; y por su brillantísima victoria fué saludado con el título de Segundo Rómulo.

V. 43. *Sic nostri... senes.*—La proscripción de los filósofos por Domiciano decretada, es hecho tan inconcuso como difícil de explicarlo satisfactoriamente. En efecto, no se concilia bien la orden de abrir una cátedra pública de Elocuencia y encomendarla al insigne Quintiliano, con el destierro impuesto años después á lós maestros de Filosofía; y sólo considerando que el estoicismo era el sistema que mayor número de adeptos contaba, y que sus máximas sobre la libertad política y la libertad interior se notaban de más francas y atrevidas de lo que podían soportar los oídos de un déspota; sólo así podemos entrever alguna razón verosímil que nos explique el misterioso enigma.

V. 45. *Ergo Numantinus Libyusque.*—Publio Cornelio Escipión Emiliano, hijo menor de Lucio Paulo, aprovechó su estancia en Atenas, tomando las lecciones de Panecio de Rodas, y llegando á ser un patricio de gusto literario exquisito y un orador elocuentísimo; su entusiasmo por las letras no enfrió en su corazón el amor á la gloria de los combates, que ilustraron su nombre con los títulos de Numantino y Africano por la destrucción de Cartago y Numancia.

V. 47. *Manus facunda.*—*Caudillos oradores.* En un pueblo regido por el gobierno representativo, y siempre atacado por la fiebre de la conquista, la juventud, que sentia hervir en su pecho la noble emulación de la gloria y aspiraba al desempeño de aquellas magistraturas tan elevadas, que á los mismos reyes imponían respeto, necesitaba ejercitar su facundia en el arte del bien decir, y sus bríos y agilidad en el campo de Marte, para dar un día á la patria enorgullecida aquellos generales tan expertos y valerosos en el campo de batalla, y adversarios tan temibles en las discusiones del Senado por su conocimiento del arte de persuadir

y mover la voluntad, adquirido en las escuelas de Retórica.

V. 53. *Arce Monetae.*—Moneta, sobrenombre que se daba á Juno como el numen de la moneda. Bajo esta advocación se le erigió un templo en el Capitolio, que servía igualmente de casa de acuñación.

V. 58. *Hoc fabella modo pausam facit.* — Fórmula de transición más propia del discurso que de la sátira, y no obstante la vemos empleada hasta por los poetas líricos.

V. 60. *Uti quondam Lydus dum Smirna peribat.*—Alude á la destrucción de la primitiva Esmirna en fecha remotísima y á su traslación al lugar donde actualmente se halla situada. Quizá su emplazamiento topográfico en la costa de Asia Menor y sobre el río Meles, junto con la capacidad de su magnífico puerto, que parece la destinan á ser uno de los emporios más ricos del comercio entre Europa y Asia, hayan sido las principales causas de su florecimiento, á través de las múltiples vicisitudes por que ha pasado.

V. 70. *Romanus Apollo.* — El Apolo Romano, ó lo que es lo mismo, la inspiración, la poesía y el Parnaso de Roma.

ÍNDICE

SÁTIRAS

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

EPÍSTOLAS

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

NOTAS Á LAS SÁTIRAS

NOTAS Á LAS EPÍSTOLAS


U. C. BERKELEY LIBRARIES
C046306788

